

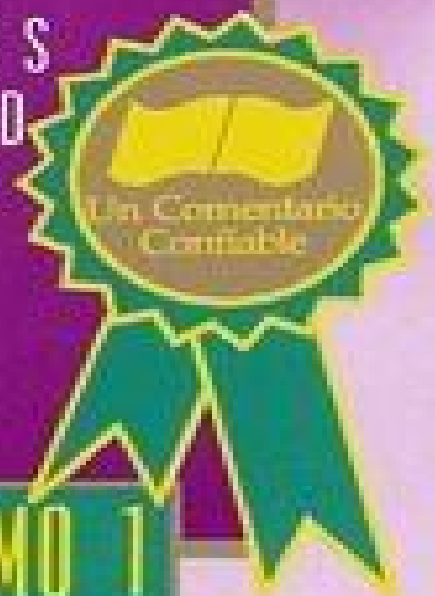
GÉNESIS

EB

EL CONOCIMIENTO
BÍBLICO

UN COMENTARIO EXPOSITIVO

EDITORES EN INGLÉS
JOHN F. WALDOORD
ROY B. ZUCK



ANTIGUO TESTAMENTO TOMO 1

CB
EL CONOCIMIENTO
BÍBLICO
UN COMENTARIO EXPOSITIVO
ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

Editores en inglés

John F. Walvoord

Roy B. Zuck

Responsables de la edición en castellano:

Julián Lloret

Jack Matlick

Ediciones Las Américas, A.C.

Apartado 78, 72000 Puebla, Pue., México

**Este material está disponible gratuitamente,
con la única finalidad de ofrecer lectura edificante
a tod@s aquell@s herman@s que no tienen
los medios económicos para adquirirlo.
Si usted es alguien financieramente privilegiado,
utilice este material para su evaluación,
y, si le gusta, bendiga al autor,
editores y librerías, con la compra del libro.**

adoradordejesucristo@hotmail.com

Dedicatoria

El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo se dedica al creciente número de lectores y estudiosos de la Biblia de habla hispana. Los distintivos de este *Comentario* son muchos, pero uno de los más sobresalientes es que comunica en forma concisa y clara el sentido del texto bíblico. Será muy útil para quienes aman la palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, que nos hacen sabios para conocer “la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

Agradecemos por este medio a los numerosos amigos que nos han ayudado a comenzar y perseverar en la publicación de esta edición en castellano:

- A los traductores, hombres y mujeres bien entrenados en el conocimiento de la Biblia y capacitados para traducir fielmente el texto del *Comentario*.
- Al personal de la casa publicadora, Ediciones Las Américas, A.C., Puebla, México.
- A la Junta Directiva y la Administración de CAM Internacional que aprobaron este gran proyecto con entusiasmo.
- A los fieles amigos de CAM Internacional que ofrendaron para realizar la publicación de los primeros tomos.
- A los colegas en el ministerio cristiano que nos animaron con sus palabras de estímulo; en especial a los editores generales de la edición original en inglés.

Julián Lloret

Jack Matlick

Introducción

La publicación de *El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo* es fruto de un largo e histórico enlace fraternal entre el personal de varias instituciones: el Seminario Teológico de Dallas, Tex., cuyo personal docente escribió el comentario original en inglés. Por otro lado, los editores, traductores y personal técnico de esta publicación en castellano provienen de CAM Internacional (antes llamada Misión Centroamericana), y de Ediciones Las Américas, A. C., Puebla, México. Es motivo de alabanza a Dios el espíritu de cooperación entusiasta entre estas entidades para publicar esta obra.

Prefacio

El Conocimiento Bíblico, Un Comentario Expositivo, es una serie de estudios detallados de las Sagradas Escrituras escritos y editados exclusivamente por catedráticos del Seminario Teológico de Dallas. La serie ha sido preparada para el uso de pastores, laicos, maestros de Biblia, y para quienes desean estudiar un comentario comprensible, breve y confiable de la Biblia completa.

¿Por qué publicar otro comentario bíblico cuando ya existen tantos? Hay varios distintivos que hacen de *El Conocimiento Bíblico* un libro con matices propios.

Primero, fue escrito por la facultad de un solo seminario, el Teológico de Dallas, Texas, E.U.A. Este hecho asegura una interpretación consistente de las Escrituras en el aspecto gramatical e histórico así como en la perspectiva pretribulacionista y premilenarista. Sin embargo, en las ocasiones en que existen diferencias de opinión entre los eruditos evangélicos, los autores presentan varias interpretaciones del pasaje.

Segundo, esta serie de comentarios se basa en la muy popular versión Reina-Valera Revisión 1960 que todos conocemos. Así que es una herramienta útil y fácil de usar junto con su Biblia de estudio personal.

Tercero, este *Comentario* tiene otros distintivos que no contienen otros: (a) Al comentar el texto bíblico, los autores señalan cómo se desarrolla el propósito de cada libro y la manera en que cada pasaje forma parte del contexto en que se encuentra. Esto ayuda al lector a ver la forma en que el Espíritu Santo guió a los autores bíblicos a escoger su material y sus palabras. (b) Se consideran y discuten con cuidado los pasajes problemáticos, costumbres bíblicas desconocidas, y las así llamadas “contradicciones”. (c) Se incorpora a este *Comentario* la opinión de los eruditos bíblicos modernos. (d) Se discuten muchas palabras hebreas, arameas, y griegas que son importantes para la comprensión de algunos pasajes. Se ha hecho una transliteración de ellas para los que no conocen los idiomas bíblicos. Pero, aun los que conocen bien esos idiomas, hallarán muy útiles los comentarios. (e) Para facilitar el estudio y comprensión del texto se incluyen diagramas, gráficas y listas que aparecen en el apéndice al final del tomo. (f) Se hacen numerosas referencias cruzadas que ayudan al lector a encontrar pasajes relativos o paralelos que amplían el tema que se trata.

El material de cada libro de la Biblia incluye una *Introducción* donde se estudia al autor, la fecha, el propósito, el estilo, y sus características únicas; un *Bosquejo*, el *Comentario*, y una *Bibliografía*. En la sección llamada *Comentario*, se da el resumen de pasajes enteros así como la explicación detallada de cada versículo y, muchas veces, de cada frase. Todas las palabras de la versión Reina-Valera Revisión 1960 que se citan textualmente aparecen en letra negrilla, así como el número de los versículos con que comienza cada párrafo. En la sección de *Bibliografía* se sugieren otros libros y comentarios para estudio personal que sin embargo, no han sido aprobados en forma total por los autores y editores de este *Comentario*.

Los tomos que constituyen la serie de *El Conocimiento Bíblico* presentan exposiciones y explicaciones basadas en una esmerada exégesis de las Escrituras, pero no es primordialmente un comentario devocional ni una obra exegética con detalles de lexicografía, gramática y sintaxis, ni hace un análisis de la crítica textual de los libros. Esperamos que este *Comentario* le ayude a profundizar su comprensión de las Sagradas Escrituras a medida que los ojos de su entendimiento son alumbrados por el ministerio del Espíritu Santo (Efesios 1:18).

Se ha diseñado este *Comentario* para enriquecer su comprensión y aprecio de las Escrituras, la palabra de Dios inspirada e inerrante, para motivarle a no ser un “oidor”, sino “hacedor” de lo que la Biblia enseña (Santiago 1:22), y para capacitarlo para que pueda “enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:2).

John F. Walvoord
Roy B. Zuck

GÉNESIS

Allen P. Ross

Traducción: Elizabeth C. de Márquez

INTRODUCCIÓN

Génesis es el libro de los comienzos. Contiene el registro dramático del origen de la humanidad y su universo, la entrada del pecado en el mundo, los efectos catastróficos que tuvo la maldición del pecado sobre la raza humana, y el inicio del plan de Dios para bendecir a las naciones a través de su Hijo Jesucristo.

De una u otra forma, la mayoría de los libros de la Biblia toman información del contenido de Génesis. Aparte de esto, a través de las edades el tema de Génesis y la forma carente de adornos en que está escrito, han cautivado la mente de los estudiosos bíblicos.

Como sucede con la verdad bíblica en general, este libro ha sido una piedra de tropiezo para muchos que se han acercado a él con nociones preconcebidas o bien, con prejuicios que rechazan lo sobrenatural. Pero para aquellos que lo reconocen como la palabra del Dios a quien quieren servir, Génesis es una fuente de consuelo y edificación. Y ellos consideran en forma diferente las preguntas y dificultades que presenta el libro.

Título del libro. El título hebr. del libro es la palabra inicial *b'rēšît*, que se trad. como “en el principio”. El título en español de “Génesis” se deriva de la trad. gr. del término *tôlêdôt* (“orígenes, generaciones, descendientes”), que en hebr. es la palabra clave del libro. En Génesis 2:4a, la trad. de la LXX dice: “Este es el libro de los *geneseōs* de los cielos y la tierra”.

Autor del libro. Tanto las Escrituras como la tradición atribuyen la composición del Pentateuco a Moisés. A través de la historia, esto ha sido suficiente para convencer a todos de que Génesis, el primer libro del Pentateuco, con seguridad puede adjudicarse a él.

Sin duda, nadie ha estado tan bien calificado para escribirlo. Puesto que “fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios ...” (Hch. 7:22), su preparación literaria debe haberle permitido reunir las crónicas y tradiciones de Israel para componer su obra. La comunión que tuvo con Dios en Horeb y durante toda su vida pudieron proporcionarle dirección a su trabajo, porque Génesis es la base teológica e histórica del Éxodo y del pacto de Sinaí.

Sin embargo, algunos críticos niegan la autoría de Moisés, tanto de Génesis como del resto del Pentateuco. Este punto de vista no es reciente; muy temprano en la era cristiana, los teólogos dudaban entre Moisés y Esdras como posibles autores del Pentateuco. Pero el

trad. traducción, traductor

LXX Septuaginta

punto de vista moderno que dice que el Pentateuco fue compilado a partir de varias fuentes, parece ser producto del racionalismo escéptico. Benedicto Spinoza (1632–1677 d.C.) creía que el Pentateuco fue escrito por Esdras, quien utilizó un gran conjunto de tradiciones (incluyendo algunas de Moisés).

En 1753, Jean Astruc (1684–1766) hizo el primer intento de elaborar una teoría documentaria acerca del origen del Pentateuco. Él promovió la idea de que Génesis fue compuesto a partir de dos documentos principales y de varios menos importantes. En los siguientes 124 años, los eruditos debatieron y desarrollaron la idea hasta que finalmente en 1877, Julius Wellhausen (1844–1918) reelaboró ese enfoque documentario con gran fuerza y meticulosidad.

Wellhausen dividió el Pentateuco en cuatro fuentes literarias a las que representó con las letras J, E, D y P. El material de “J” (llamado así por su predilección por la palabra Yawheh [Jehová]) supuestamente se escribió en el reino del sur, ca. 850 a.C. y se considera que fue personal, biográfico y antropomórfico. Contiene reflexiones éticas de estilo profético y reflexiones teológicas. “E” (se le dio ese nombre por su insistencia en Elohim [Dios]) fue escrito en el reino del norte ca. 750 a.C. Es más objetivo, se concentra menos en las reflexiones éticas y teológicas y se dedica más a mencionar detalles concretos.

De acuerdo con ese punto de vista, que posteriormente fue vuelto a elaborar por otros eruditos, estos dos documentos fueron combinados ca. 650 a.C. por un redactor o editor desconocido. El resultado fue “JE”.

La composición se completó con el material de “D” y “P”. El documento “D” fue compuesto bajo la supervisión de Hilcías ca. 621 a.C. como parte de las reformas de Josías. Esa escuela deuteronomica también fue la responsable de recomponer los libros de Josué a Reyes. Se dice que la fuente “P” (Esdras y el “Código de Santidad” conocido como “H”), fechada aproximadamente entre 570 a 445 a.C., contiene el origen e institución de la teocracia, las genealogías, los rituales y los sacrificios.

Lo que hizo surgir este acercamiento documentario fue el estudio analítico del texto en el que se encontraron diferencias aparentemente irreconciliables. Los eruditos críticos observaron cambios en los nombres dados a la Divinidad (Jehová vs. Elohim). Tampoco pudieron reconciliar historias paralelas (e.g., como cuando Abraham puso a Sara en peligro según se narra en Gn. 12:10–20 y en el cap. 20). Además, surgieron diferencias lingüísticas que parecían coincidir con los detalles de otras fuentes (e.g., “J” podía usar Sinaí mientras que “E” decía Horeb). Finalmente, las distintas ideas teológicas parecían armonizar con distintas fuentes emergentes.

Por décadas, esta teoría documentaria, que fue desarrollada minuciosamente hasta hacerla engañosamente plausible, ha cautivado a los eruditos. Para mayor información, vea R.K. Harrison, *Introduction to the Old Testament*, “Introducción al A.T.” Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1966; Umberto Cassuto, *The Documentary Hypothesis*, “La Hipótesis Documentaria”; y H. Wouk, *This is my God*, “Este es mi Dios”. Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1959, págs. 312–20. El libro de J. Skinner *Genesis*, “Génesis” (International Critical Commentary. Edimburgo: T. & T. Clark, 1910) es un ejemplo de la forma en que esa teoría influye erróneamente en la exégesis de este primer libro de la Biblia.

Lógicamente, la crítica de la teoría documentaria debe empezar por su base, la cual rechaza lo sobrenatural. Los adeptos a ese punto de vista someten la Biblia a la crítica como si sólo fuera un libro humano y por lo mismo, poco confiable. Además, el enfoque de la teoría es evolucionista y antropomórfico (i.e., el monoteísmo que se observa en Génesis era de origen humano y gradualmente evolucionó desde un estado primitivo) y se utilizó la dialéctica hegeliana para demostrar la forma en que evolucionó la enseñanza hasta alcanzar su forma final de “verdad”.

Aparte de sus presuposiciones fundamentales, que minan la revelación, ese acercamiento está plagado de problemas. Uno de ellos es la falta de unanimidad que hay entre los intérpretes acerca de las cuatro fuentes (J, E, P, D) y qué pasajes corresponden a cada una de ellas. Otro de sus problemas es la subjetividad que lo caracteriza. Con demasiada frecuencia, aparecen razonamientos en círculos. Por ejemplo, un pasaje se asigna a “J” porque usa con frecuencia la palabra hebr. *yālad* (“engendrar, generar”); por lo tanto, se argumenta, *yālad* es característica de “J”. Aunque el enfoque afirma que es analítico, con demasiada frecuencia evade, enmienda o elimina un texto cuando contradice al sistema.

Pero los descubrimientos arqueológicos han proporcionado material que no sólo cuestiona los criterios de la hipótesis documentaria, sino que también añade colorido a la literatura del Pentateuco tomada en su marco antiguo. La literatura ugarítica (ca. 1400 a.C.) de la tierra de Canaán muestra un amplio uso de términos cúlticos (que se atribuyen a “P”), así como clichés poéticos, palabras raras originalmente consideradas “arameísmos” posteriores, una variedad de nombres divinos y compuestos, así como repeticiones de estilo. Las recientemente descubiertas tablas de Ebla en Siria también han aportado documentos muy primitivos que contienen nombres, lugares e ideas que aparecen en el Pentateuco (cf. Giovanni Pettinato *The Archives of Ebla*, “Los Archivos de Ebla”, Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1981).

Más hacia el oriente, las tablas de Nuzi, que se descubrieron en 1925, y las de Mari, sacadas a luz en 1933, registran muchas costumbres y leyes que son afines a las que reflejan las narraciones patriarcales de Génesis.

Aunque estas y muchas otras contribuciones de la arqueología no “prueban” la existencia de los patriarcas o la fecha temprana de los relatos, sí casan muy bien con el material pentatéutico y con la forma en que se presentan las narraciones de Génesis. Con los descubrimientos arqueológicos cada vez más abundantes, hay menos y menos razones para dar una fecha más reciente a ese material.

La crítica de las formas, iniciada en los estudios del A.T. por Hermann Gunkel, reconoció la antigüedad de las tradiciones (e.g., que Génesis 1–11 debe compararse con la literatura sumeria-acadia del tercero y segundo milenios a.C., y que los patriarcas estarían extrañamente fuera de lugar cuando se se comparan con los asirios de la primera mitad del primer milenio). La crítica de las formas pretende determinar el género, estructura, escenario e intención de cada unidad literaria que hay *detrás* del material existente para poder reconstruir la unidad original y relacionar los textos con la gente del antiguo Israel.

Este método agrupa el material en unidades literarias, a menudo siguiendo el arreglo de las fuentes de JEDP. Después identifica la forma (o género) de la unidad (e.g., bendiciones, juramentos, himnos, leyendas, etc.) y la compara con las características dominantes, vocabulario y estructura comunes. Después, pretende determinar el escenario en que se dio esa unidad en la vida del antiguo Israel para entender su intención original. Para poder

hacer esto, el crítico de formas a menudo debe tratar de determinar la forma en que se transmitió la unidad.

Gunkel listó seis tipos de narraciones que en Génesis reflejan una etapa primitiva poética y oral del material (Hermann Gunkel, *Genesis*, “Génesis”, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1922). Estas son: (a) etiológica (e.g., el relato explica por qué el hombre es pecador), (b) etnológica (e.g., una narración explica por qué Canaán fue esclavizada), (c) etimológica (e.g., una narración explica un nombre bien conocido como Babel), (d) ceremonial (e.g., un relato explica el sábado), (e) geológica (e.g., una narrativa explica que había sal cerca de Sodoma) y (f) un grupo de tipos no clasificados.

La crítica de las formas ha producido muchas cosas valiosas para el estudio del A.T. porque en general, analiza el texto con más cautela. Asimismo, toma en cuenta la forma final y fija del texto como parte del estudio. Su énfasis en los tipos literarios y la tradición primitiva oral evidencian que hubo un desarrollo literario muy temprano en Israel.

Sin embargo, las conclusiones de la crítica de las formas a menudo están plagadas de las mismas debilidades que el enfoque documentario. La presuposición de que la literatura se desarrolló en forma natural en vez de hacerlo sobrenaturalmente, conduce a conclusiones falsas; entre ellas, que el monoteísmo de Israel se desarrolló a partir del politeísmo; que los milagros fueron explicaciones posteriores de acontecimientos previos, y que es posible que los registros no contengan la verdadera historia de los acontecimientos.

La idea de que las historias ya existían como unidades literarias orales específicas antes de que fueran compiladas, puede ser correcta en algunos casos, pero es muy difícil de probar. La idea de que esas tradiciones orales fueron editadas y adornadas a medida que adoptaban su forma final, también es problemática. Con demasiada frecuencia, la interpretación crítica considera esos adornos como si fueran una reforma exhaustiva o una reinterpretación de la tradición. En consecuencia, mucha de la exégesis de la crítica de las formas está centrada en reconstruir la tradición original—un procedimiento que a menudo es bastante subjetivo y probablemente imposible.

Sin embargo, el énfasis que pone la crítica de las formas en las unidades literarias, los tipos de literatura, la estructura, y el escenario de la vida del Israel primitivo, son muy importantes para la exégesis. Ésta está centrada en la forma final del texto bíblico, no con las posibles etapas preliterarias de las tradiciones. (Para mayor información, V. Gene Tucker, *Form Criticism of the Old Testament*, “La Crítica de las Formas del Antiguo Testamento”. Filadelfia: Fortress Press, 1971.)

A partir de la crítica de las formas, se desarrolló un gran número de enfoques para estudiar el Pentateuco. Uno de los más sobresalientes es la crítica tradicional-histórica. Muchos eruditos criticaron el antiguo enfoque literario analítico (JEDP) desde varias perspectivas. Ellos creían que se requería de un enfoque analítico completo—uno que tomara en cuenta la tradición oral, la mitología comparativa y la sicología hebrea—con el propósito de descubrir la formación y transmisión de la tradición israelita en su etapa preliminar.

Aunque la subjetividad provocada por tal enfoque ha creado grandes divergencias entre los críticos, los elementos esenciales de la teoría son como sigue: la historia fue transmitida oralmente repitiéndola de memoria en la etapa preliteraria; iba acompañada de su interpretación y era reformulada dependiendo de diversas fuerzas (tal vez, e.g., la etiología cananea, o un patrón redentor que se dio durante el período de la monarquía). A continuación, un editor creativo redactaba los ciclos de historias para formar una unidad

literaria. Posteriormente, en el período postexílico, las colecciones de historias se convirtieron en la norma de fe.

Las dos colecciones de tradiciones de amplio desarrollo que fueron contemporáneas y que la crítica tradicional-histórica toma como un hecho, son las colecciones de “P” y “D”. La primera consiste en gran parte de Génesis hasta Números; se centra en la pascua y en ella la fiesta se hace histórica. El trabajo “D” comprende de Deuteronomio hasta 2 Reyes. Así que aunque se rechazan las fuentes literarias del enfoque documentario antiguo, se mantiene un análisis similar de las fuentes. Demasiado frecuentemente, la historia de la tradición se considera más importante que la tradición en sí misma.

La crítica tradicional-histórica pone demasiado énfasis en la tradición oral. Sin duda la tradición oral existió, pero generalmente iba acompañada de documentos escritos (Kenneth A. Kitchen, *Ancient Orient and Old Testament*, “El Antiguo Oriente y el Antiguo Testamento”, pág. 136). Las evidencias arqueológicas importantes para Palestina (E. Nielsen, e.g., también se basa en materiales hindúes y de la antigua Islandia [*Oral Tradition*, “Tradición Oral”. Londres: SCM Press, 1954]) enfatizan el gran cuidado que se tenía en el mundo antiguo para copiar documentos (V. W.F. Albright, *From the Stone Age to Christianity*, “De la Edad de Piedra al Cristianismo”. Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1957).

El énfasis en la mitología comparativa presupone que la religión de Israel era parecida a las religiones paganas. Existen algunas similitudes, pero en esencia, el yavismo (la adoración de Jehová [“Yavé”, NC], el Dios verdadero, por parte de Israel) es diferente. Por lo tanto, si se adopta ese acercamiento, uno se queda sin una explicación de cuál fue el origen de la fe hebrea.

Finalmente, concentrarse en la supuesta reforma de las tradiciones carece de control científico, hecho que se pone en evidencia por la falta de acuerdo entre las reformas. Sin duda, las reconstrucciones a menudo son el producto de la predisposición de los críticos.

Aunque ha habido muchas contribuciones al estudio del A.T. por medio de esos enfoques, todos ellos fallan, porque no ponen el énfasis apropiado en la forma final del texto; i.e., la forma canónica del material bíblico. Si se pudieran rastrear esos niveles de desarrollo con certeza—lo cual es imposible—y si se usaran las fuentes para explicar las dificultades, todavía persistiría la cuestión de por qué se registró el material en la forma que actualmente tiene.

En consecuencia, ahora se pone más énfasis en la forma actual del texto. Las repeticiones, diversidad de estilos, variaciones de vocabulario y cosas parecidas a éstas, a menudo son consideradas por los eruditos que siguen la estructuración modificada o crítica retórica, como prueba de la unidad del texto.

El punto de vista tradicional de que Génesis (y el Pentateuco) poseen unidad y son obra de Moisés no se ha eliminado. Por el contrario, la evidencia confirma cada vez más y más la antigüedad y unidad de su trabajo. Esto no significa que la forma presente del libro no haya sido editada por escritores posteriores, cuyo trabajo fue dirigido e inspirado por el Espíritu Santo; pero sí afirma que es innecesaria y sin fundamento la generalizada reforma que se hace a los registros. Cualquier reestructuración de las tradiciones de Génesis debe haber sido hecha por Moisés bajo la inspiración divina, dando como resultado que el libro narre sucesos reales y proporcione las interpretaciones teológicas correctas de ellos.

Naturaleza de Génesis. Muchas de las discusiones relativas a la historicidad y origen de Génesis se relacionan con la consideración de la naturaleza de su contenido, en especial, con los sucesos primordiales que aparecen en los capítulos 1–11.

1. *¿Es Génesis un mito?* Muchos escritores describen el contenido de Génesis como un mito o bien atribuyen su origen a un mito. Pero la literatura mitológica pretende explicar el origen de las cosas en forma simbólica. Los mitos narran la supuestamente llamada “historia sagrada” y no la historia real; reportan la forma en que la realidad tomó existencia a través de los actos de los dioses y otras criaturas sobrenaturales. Pretenden establecer la realidad, la naturaleza del universo, la función del estado y los valores de la vida (cf. J.W. Rogerson, *Myth in Old Testament Interpretation*, “Los Mitos en la Interpretación del Antiguo Testamento”. N.Y.: Walter de Gruyter, 1974).

A menudo, Génesis se compara con la literatura pagana que registra actividades sobrenaturales como la creación, el diluvio y otras intervenciones divinas en el mundo del hombre. Algunos eruditos creen que Israel tomó prestada esa mitología al por mayor y después la desmitificó, i.e., la despojó de los mitos quitándole los elementos paganos, para hacerla más aceptable al yavismo. Pero cuando se entiende correctamente la mitología semítica, es claro que esto no fue posible.

Los mitos no sólo son lenguajes simbólicos o reflejos de la mentalidad primitiva. Más bien, fueron la expresión del hombre primitivo para explicar la manera en que percibía la realidad. En el centro de un mito está su doctrina correspondiente (i.e., el dios muere, por lo tanto, la vegetación también muere). Por ello, se realizaba un ritual basado en la magia simpática o por simpatía, para asegurar la continuación de las fuerzas vitales de la vida y la fertilidad.

El A.T. rompe radicalmente con esa filosofía del mundo antiguo. No se le hace justicia al A.T. diciendo que Israel tomó prestados los mitos, o que usó lenguaje mitológico para describir su fe. Para los hebreos, su existencia como nación se debía a un Dios absolutamente soberano. Su concepto del tiempo no era cíclico, sino escatológico; su ritual en el templo no era cósmico-mágico, sino la representación de su redención; y su concepto del espacio no estaba limitado al mundo primitivo, sino que se actualizaba en la historia. En una palabra, para Israel la realidad estaba dentro de su concepto de historia (Brevard S. Childs, *Myth and Reality in the Old Testament*, “Mito y Realidad en el Antiguo Testamento”. Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, 1960, pág. 13).

Por lo tanto, Génesis no es un mito. La fe de los hebreos fue un alejamiento radical del pensamiento mítico característico de los paganos. James Barr dice: “La principal batalla de la fe hebrea es contra la confusión entre lo humano y lo divino, de Dios y la naturaleza”, tan común en los mitos paganos (*The Meaning of ‘Mythology’ in Relation to the Old Testament*, “El Significado de ‘Mitología’ en Relación con el Antiguo Testamento” *Vetus Testamentum*, “Antiguo Testamento” 9. 1959:3). Si el A.T. conserva algunos vestigios míticos es para demostrar que con la venida del yavismo, éstos se eliminaron. Gerhard Hasel dice que Génesis utiliza ciertos términos y figuras tomados en parte de antecedentes teológicamente incompatibles y en parte escogidos debido a su contraste evidente con los conceptos similares del primitivo Cercano Oriente. Y les da un significado que es consonante con y expresión de la fe en Jehová. Esto representó un alejamiento de las formas espirituales producidas por la polémica antimítica que minaba los puntos de vista mitológicos que prevalecían (*The Polemic Nature of the Genesis Cosmology*, “Naturaleza Polémica de la Cosmología de Génesis”, *Evangelical Quarterly*, 46. 1974: 81–102). Así, el

A.T. en general y Génesis en particular, son el cementerio de los mitos y de los dioses sin vida.

2. *¿Es Génesis etiología?* Las narraciones de Génesis también se han clasificado como etiológicas, i.e., que son historias que explican las causas de algunos fenómenos dados o de realidades topográficas, etnológicas, cúllicas o costumbristas (V. S. Mowinkel, *Tetrateuch-Pentateuch-Hexateuch*, “Tetrateuco-Pentateuco-Hexateuco”. Berlín: Verlag Alfred Töppelmann, 1964, pág. 81; y Brevard S. Childs, *The Etiological Tale Re-examined*, “La Fábula Etiológica Reexaminada”, *Vetus Testamentum* 24. 1974:387–97).

Si la narración etiológica es la tradición y no simplemente un patrón repetitivo; i.e., si es una etiología primaria, entonces se arrojan dudas sobre la historicidad del suceso. John Bright observa correctamente que es imposible probar que una etiología es la fuerza creativa de la tradición (*Early Israel in Recent History Writing*, “El Israel Primitivo en los Escritos Históricos Recientes”. Londres: SCM Press, 1956, pág. 90). Sin duda, los relatos registran hechos reales. Si hay un elemento etiológico que se ha añadido en el uso que se hace de la tradición, generalmente es el responsable de un solo detalle o aplicación de la historia. Decir que un relato explica por qué existe algo es una cosa; pero es muy distinto decir que una historia utiliza un episodio mítico para formar la tradición.

En general, los patrones etiológicos sí aparecen en la Biblia, especialmente en Génesis, el cual explica los comienzos de muchas cosas. Pero estas narraciones no se pueden denominar cuentos etiológicos que surgieron para responder a ciertas preguntas.

3. *¿Es Génesis historia?* Todo lo anterior hace surgir la pregunta acerca de la historicidad de los relatos. Los eruditos se han negado a usar el término “historia”, a menos que sea adecuadamente calificada como diferente a las filosofías modernas de la historia. Norman Porteous afirma: “El hecho de que las tradiciones religiosas de Israel hagan frecuente mención de intervenciones sobrenaturales, a menudo es suficiente para hacer que el historiador las vea con desconfianza y asuma que el curso de los acontecimientos reales debe haber sido muy diferente” (*The Old Testament and History*, “El Antiguo Testamento y la Historia”, *Annual of the Swedish Theological Institute*, 8. 1972:22).

Para muchos, la evidencia de los sucesos de Génesis no es confiable como historia. Por no contar con fuentes externas para verificar los acontecimientos, los historiadores tienen que depender de los registros bíblicos mismos. Los muchos descubrimientos arqueológicos, que aunque confirman el escenario cultural de los sucesos, de hecho no *prueban* la existencia de Abraham o José. Así que los eruditos críticos dudan en aceptar que Génesis sea historia real.

Sin embargo, se debe recordar que la Biblia es un libro único. No se pretendió que Génesis fuera sólo una crónica de los acontecimientos, un relato para beneficio de la historia, o siquiera una biografía completa de la nación. Es una interpretación teológica de algunas narraciones seleccionadas acerca de los ancestros de Israel. Como sucede con todas las historias, Génesis explica las causas que hubo detrás de los acontecimientos—pero sus causas son divinas así como humanas. Debido a que es parte de la palabra de Dios revelada, y no sólo una historia humana comparable a las antiguas mitologías paganas, tanto los acontecimientos como sus explicaciones son verdaderos.

Para los israelitas, algunas de las preguntas básicas acerca de la vida fueron contestadas dentro de esta interpretación teológica de los acontecimientos de su historia. Esos sucesos eran reconocidos como parte integral del curso de la historia planeado y dirigido por Dios,

empezando desde la creación hasta los últimos días. En medio de ese punto inicial y de ese punto final, se encuentra la historia bíblica. Así que la fe era un requisito esencial para entender los acontecimientos nacionales e internacionales.

En el centro de esa historia bíblica está el pacto de Dios. Empezó con la elección—Dios escogió a Israel a través de Abram. El pueblo de Dios podía ver hacia atrás y ver lo que Dios había hecho, y con base en eso, podía ver hacia adelante, al cumplimiento total de las promesas. A pesar de que la promesa y su cumplimiento son características predominantes de la historia bíblica, la obediencia al pacto era el tema principal que estaba en la mente de los narradores. Así que los acontecimientos del pasado fueron registrados por razones apoloéticas, polémicas y didácticas.

El hecho de que Génesis sea una interpretación teológica de los acontecimientos primitivos no descarta su historicidad. Como dice Porteous: “Sería razonable suponer que la interpretación es una respuesta a algo que requiere ser interpretado” (*The Old Testament and History*, “El Antiguo Testamento y la Historia”, pág. 107). E. A. Speiser dice que mientras que puede ser que el material no sea histórico en el sentido convencional de ese término, “no puede desecharse como una fantasía. El autor narra los acontecimientos en su propio e inimitable estilo; no los inventa. De esta manera, lo que se pone por escrito es la tradición, realizándolo con el reverente cuidado de un genio literario. Donde la tradición puede ser corroborada independientemente, se prueba que es auténtica. Por algún tiempo, todo esto ha sido evidente con respecto a un gran número de detalles incidentales. Ahora se confirma que el marco principal del relato de los patriarcas ha sido presentado con exactitud” (*The Biblical Idea of History in the Common Near Eastern Setting*, “La Idea Bíblica de Historia en el Marco Común del Cercano Oriente”, *Israel Exploration Journal*, 7. 1957:202). Por supuesto que a los evangélicos no les sorprende que se pruebe que las narraciones bíblicas son auténticas.

4. ¿Es Génesis tradición? Muchos eruditos bíblicos prefieren describir las narrativas de Génesis como “tradiciones” o “epopeyas” (esta palabra debió haberse utilizado en lugar de “leyendas” al traducir el libro de Gunkel *The Legends of Genesis*, “Las Leyendas de Génesis”). Con esos términos dan a entender que son recuerdos de acontecimientos históricos del pueblo. Según ese punto de vista, la historicidad no está en peligro; sólo que no está asegurada. Gerhard von Rad dice que una epopeya es más que una historia, porque Dios es el sujeto, no el hombre (*Genesis*, “Génesis”. Filadelfia: Westminster Press, 1961, pág. 31).

Los eruditos conservadores no comparten la resistencia que hay para considerar que las narraciones son verdaderas. Ciertamente los relatos primitivos y las genealogías pudieron haber sido traídos desde Mesopotamia por los ancestros del pueblo. A estos se pudieron haber añadido los registros familiares de los patriarcas. Todas las tradiciones—orales y escritas—pudieron ser preservadas en Egipto por José junto con sus propios registros. Moisés entonces pudo haber compilado el trabajo esencialmente en la forma en que existe en la actualidad, siendo preservado del error y guiado en verdad por la inspiración divina del Espíritu Santo (Kenneth A. Kitchen, “The Old Testament in Its Context: 1” [“El A.T. en su Contexto: 1”], *Theological Students Fellowship Bulletin* 59. 1971:1–9). Así que aunque las narraciones sean llamadas tradiciones o historia, las mismas plasman la verdadera revelación de Dios y por lo tanto, corresponden a lo que en efecto sucedió.

Génesis es el primer libro de la Tora, los cinco libros de la ley. Sería mejor clasificar esta obra como “literatura toral”. Aunque específicamente no se le puede designar como

literatura legal, i.e., que contiene sólo leyes y mandamientos, sí establece el cimiento de la ley. Es una interpretación teológica de las tradiciones históricas que están en la base de la formación del pacto con Israel en Sinaí. A través de Génesis se puede discernir que Moisés estaba preparando a sus lectores para la revelación de la ley. Es en esto en lo que Génesis cumple con su naturaleza didáctica.

Pero el material de Génesis también está estrechamente relacionado con la literatura de sabiduría, especialmente los relatos de José. El énfasis del libro en la bendición de Dios para aquellos que viven en obediencia fiel, tiene mucho parecido con los libros de sabiduría, como se observará posteriormente. Entonces, Génesis es un libro único, pero también es un libro que en muchas formas, es como el resto de la Biblia. Aquí es donde comienzan la teología y la historia.

Composición literaria de Génesis. Este libro es una unidad literaria que arregla las tradiciones del pasado de acuerdo a “generaciones” (*tôlêdôt* en hebr.), las cuales desarrollan los patrones repetitivos de la bendición y la maldición. Asimismo, presenta en la tradición la base histórica para la elección y las promesas pactales con Abraham y sus descendientes.

1. *El propósito de Génesis.* Génesis provee la base histórica del pacto de Dios con su pueblo. Ésta puede rastrearse a través de todo el Pentateuco, porque como dice Moses Segal: “*El verdadero tema del Pentateuco es la elección de Israel de entre las naciones y su consagración al servicio de Dios y sus leyes en una tierra divinamente seleccionada. El suceso central del desarrollo de este tema es el pacto divino con Abraham y su ... promesa de hacer de sus descendientes el pueblo escogido de Dios y darle la tierra de Canaán como herencia eterna*” (*The Pentateuch: Its Composition and Its Authorship and Other Biblical Studies*, “El Pentateuco: Composición, Autoría y Diversos Estudios Bíblicos”, pág. 23, las itálicas son de ese autor).

Dentro del desarrollo de este tema, Génesis forma un prólogo indispensable al drama que se desarrolla en Éxodo. Génesis, como un antecedente literario, explica que la orden de salir de Egipto para ir a la tierra prometida, era demostración de que tal mandato era para cumplir un pacto con Abraham, Isaac y Jacob, los padres fundadores de esas tribus. Wilhelm M.L. DeWette dijo que Génesis fue el cimiento de la teocracia. Muestra que el pueblo de Dios se fue separando gradualmente de los otros porque su historia estaba completamente permeada por el plan claro y constante del gobierno divino del mundo, al cual se subordinaban las circunstancias individuales (*A Critical and Historical Introduction to the Canonical Scripture of the Old Testament*, “Introducción Crítica e Histórica a las Escrituras Canónicas del A.T.” trad. Por Theodore Parker, 2 vols. Boston: Charles C. Little & James Brown, 1850, págs. 1–22).

La operación del plan divino empieza con la creación soberana y se va desarrollando hasta llegar a la elección de Israel por medio de un hombre llamado Abraham. La sección de Génesis 1–11 parece haberse diseñado para explicar “la razón de asignar la adoración a Dios en el mundo a cierto pueblo, Israel, en una tierra específica, Canaán” (Segal, *The Pentateuch*, “El Pentateuco”, pág. 28).

En el prólogo aparecen dos progresiones opuestas: (a) la creación ordenada de Dios con su clímax en la bendición del hombre y (b) el trabajo totalmente destructor del pecado, siendo sus dos maldiciones más grandes, el diluvio y la dispersión de Babel (Derek Kidner, *Genesis*, “Génesis”, pág. 13). La primera progresión demuestra el plan de Dios de producir

un orden perfecto desde el principio, a pesar de lo que el lector pueda saber de la experiencia humana. La segunda progresión demuestra la gran necesidad de la intervención divina para proveer la solución al problema de la raza humana corrupta.

El deterioro moral de la raza humana estaba relacionado con el avance de la civilización, y cuando se corrompió más allá de cualquier arreglo, tuvo que ser destruida con el diluvio. Pero aun después del nuevo principio, los vicios se volvieron a multiplicar y la insolencia humana tuvo efectos de largo alcance; no sólo sobre un grupo, sino sobre toda la raza humana. La arrogancia y ambición de ella trajo una dispersión universal.

En consecuencia, Génesis tomó esos acontecimientos y construyó un cuadro teológico de la rebeldía del hombre contra su Hacedor y sus terribles consecuencias. Estos relatos, entretejidos en el prólogo de Génesis, son anteriores a Abraham y preparan al lector para él. El hombre rebelde queda abandonado a que busque una solución a su dilema.

La totalidad de la historia primitiva puede describirse como de castigo continuo y de provisión misericordiosa. Aun cuando la humanidad rebelde es maldecida con la dispersión por todo el mundo, el lector se pregunta qué relación tiene Dios con la raza maldecida. ¿Terminó la relación de Dios con la raza humana después del juicio de Babel, cuando la gente se esparció por todo el mundo?

Esa es la cuestión que plantea todo el cuadro de la historia primitiva. Sólo entonces, el lector queda listo para entender la elección y el programa de bendiciones a través de Abraham (Gn. 12–50). El deterioro moral de la raza humana esparcida sobre la tierra hizo que Dios eligiera a un pueblo que serviría como fuente de bendición para toda la humanidad. Esto lo realizó enfocándose en un hombre y su simiente. La voluntad salvífica de Dios se extendió a las naciones dispersas a través de un hombre que fue liberado de sus cadenas atávicas con otras naciones y se convirtió en el fundador de una nueva nación, receptora de las promesas que iban aún más allá de Israel. Sólo con Génesis 12:1–3 se hace comprensible el significado del prefacio universal de la historia salvífica y sólo con ese prefacio es que el pasaje de 12:1–3 se entiende completamente (von Rad, *Genesis*, pág. 148).

2. *Características dominantes de Génesis.* Todo el libro de Génesis gira alrededor de los patrones de la bendición y la maldición. La bendición prometida proporcionaría simiente a los patriarcas y tierra a la simiente; la maldición separaría, privaría y desheredaría a la simiente. Posteriormente, los profetas e historiadores abundaron en esas características y las aplicaron a los eventos futuros. No es de sorprender que esos patrones, que se ven a través de las Escrituras, surgieran del libro de los inicios. La bendición y maldición envuelven al hombre desde sus comienzos.

En el A.T., el vb. “maldecir” significa imponer una prohibición o una barrera, paralizar el movimiento u otras capacidades (H.C. Brichto, *The Problem of “Curse” in the Hebrew Bible*, “El Problema de la ‘Maldición’ en la Biblia Hebrea”. Filadelfia: Society of Biblical Literature and Exegesis, 1963, pág. 217). Tal poder pertenece sólo a Dios, o a una agencia a la que él haya otorgado un poder especial. Cualquiera podría imprecicar, pero la imprecación es más fuerte cuando invoca a un poder sobrenatural. La maldición involucra separación del lugar de bendición y aun de aquéllos que son bendecidos. El prólogo de Génesis (caps. 1–11) refleja preeminentemente la maldición desde el primer pecado hasta la maldición de Canaán.

Por otro lado, el vb. “bendecir”—que es la gran palabra que se usa en la Biblia para hablar de prosperidad—básicamente significa “enriquecer”. Aquí también Dios es su

origen, aun cuando el hombre también la ofrezca. Como se usa en Génesis, la promesa de bendición tiene que ver principalmente con los descendientes en la tierra de Canaán (Claus Westermann, *Blessing in the Bible and the Life of the Church*, “La Bendición en la Biblia y en la Vida de la Iglesia”. Filadelfia: Fortress Press, 1978, págs. 18–23). La bendición prometida incluía prosperidad con respecto a la fertilidad (tanto de la tierra como del patriarca). La bendición refleja la aprobación divina; por lo tanto, en última instancia es espiritual. El contraste entre bendición y maldición refleja la obediencia del hombre por fe o la desobediencia por incredulidad, y representa en forma gráfica la aprobación o desaprobación de Dios.

3. *Estructura de Génesis*. La estructura del libro está definida por una sección inicial seguida de once secciones con encabezados. La principal palabra que forma la estructura es *tôlê dôt* (“estas son las generaciones de ...”), que es un sustantivo femenino que viene de *yālad* (de la forma causativa hebr. del vb. “engendrar, generar”). El sustantivo se trad. a menudo como “generaciones, orígenes, relatos o descendientes”. Francis Brown, S. R. Driver, y Charles A. Briggs explican esto como los “relatos de los hombres y sus descendientes” (*A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament*, “Léxico Hebreo-Inglés del A.T.”. Oxford: Clarendon Press, 1972, pág. 410). La RVR60 la trad. como “orígenes, generaciones o descendientes”.

Tradicionalmente se considera que ese término marca el encabezado de cada sección. De acuerdo con este punto de vista, el libro tiene el siguiente arreglo:

1. La creación (1:1–2:3)
2. *Tôlê dôt* de los cielos y la tierra (2:4–4:26)
3. *Tôlê dôt* de Adán (5:1–6:8)
4. *Tôlê dôt* de Noé (6:9–9:29)
5. *Tôlê dôt* de Sem, Cam y Jafet (10:1–11:9)
6. *Tôlê dôt* de Sem (11:10–26)
7. *Tôlê dôt* de Taré (11:27–25:11)
8. *Tôlê dôt* de Ismael (25:12–18)
9. *Tôlê dôt* de Isaac (25:19–35:29)
10. *Tôlê dôt* de Esaú (36:1–8)
11. *Tôlê dôt* de Esaú, padre de los edomitas (36:9–37:1)
12. *Tôlê dôt* de Jacob (37:2–50:26)

Los puntos de vista acerca de este arreglo varían mucho. Por ejemplo, Speiser considera que *tôlê dôt* es un encabezado en todos los lugares, excepto en 2:4; 25:19 y 37:2. En esos lugares sugiere que significa “historia” o “relato” y que se refiere a lo que le precede y no a

la narración que le sigue (*Genesis*, “Génesis”, pág. xxiv). Sin embargo, Skinner duda que esa palabra pueda ser usada en relación con lo que le precedió; dice que se usaba como encabezado (*Genesis*, “Génesis”, págs. 39–40).

Como se dijo anteriormente, puesto que *tôlêdôt* se deriva de *yālad* (“engendrar, generar”), se refiere a lo que es “generado”. Entonces, esa palabra-fórmula de Génesis marca un punto de partida combinado de la narración y la genealogía, para moverse a partir de ese punto (*tôlêdôt*) hasta el final (donde comienza la siguiente *tôlêdôt*). Esta es la forma en que Moisés se mueve a través de las líneas históricas, yendo de un comienzo a un final, incluyendo el producto o resultado del punto de partida. S.R. Driver explicó que la palabra se refiere a “los detalles de un hombre y [sus] descendientes” (*The Book of Genesis*, “El Libro de Génesis”. Londres: Methuen & Co., 1904, pág. 19).

Algunos no están de acuerdo con el acercamiento tradicional que dice que cada *tôlêdôt* es un encabezado. P.J. Wiseman y R.K. Harrison sugieren que son similares a los colofones que aparecen en las tablillas de arcilla y que se refieren al material *precedente* de la narración (Wiseman, *New Discoveries in Babylonia about Genesis*, “Nuevos Descubrimientos en Babilonia acerca de Génesis”. Londres: Marshall, Morgan & Scott, 1937, pág. 8; Harrison, *Introduction to the Old Testament*, “Introducción al A.T.” pág. 548). Ellos piensan que las tradiciones de Génesis se registraron en tablillas de arcilla y que al final se les dio la forma actual del libro.

Wiseman alega que las *tôlêdôt* de Génesis son como los colofones babilonios que contienen el título, la fecha de escritura, número de serie y una declaración del término de una serie (si es que se completa una), y el nombre del escriba o propietario (*Creation Revealed in Six Days*, “La Creación Revelada en Seis Días”. Londres: Marshall, Morgan & Scott, 1949, pág. 46).

Sin embargo, este punto de vista no es convincente. Los colofones que aparecen en las tablas no son como las *tôlêdôt* de Génesis (V. e.g., Alexander Heidel, *The Babylonian Genesis*, “El Génesis Babilónico”. 2a. ed. Chicago: University of Chicago Press, 1963, págs. 25,30; A.L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia*, “Antigua Mesopotamia”. Chicago, University of Chicago Press, 1964, págs. 240–241). En las tablas cuneiformes, cada encabezado es una repetición de la primera línea de la tabla y no una descripción de su contenido. Asimismo, el nombre del propietario parece referirse al propietario actual, no al que lo fue originalmente. Es más, el equivalente académico de *tôlêdôt* no se usa en la fórmula.

Si las *tôlêdôt* de Génesis son referencias a lo que precedió inmediatamente a esa frase, entonces la declaración de Génesis 5:1 debería aparecer antes, en 4:16, al final de la historia de Adán y no después del material intermedio de 4:17–26. Otro pasaje que sería improbable como conclusión es 10:1, la *tôlêdôt* de los hijos de Noé, ya que es improbable que ponga fin al diluvio y la maldición, especialmente en vista de 10:32. Además de estos problemas de armonía, está la dificultad de que la historia de Abraham haya sido preservada por Ismael (la *tôlêdôt* de Ismael sería el colofón final de la historia anterior), lo que haría que Isaac fuera quien guardó los archivos de Ismael, Esaú los de Jacob, y José los de Jacob.

En ningún lugar del A.T. *tôlêdôt* se refiere *claramente* a lo que le precede; en todos los lugares puede y a menudo debe, referirse a lo que sigue (e.g., en Rut 4:18 el término ve

hacia adelante, a los descendientes de Fares y en Números 3:1 la *tôlêdôt* de Aarón y Moisés no puede relacionarse con el censo que le antecede en los caps. 1–2). Cuando las *tôlêdôt* se toman para referirse a las siguientes secciones, en Génesis éstas encajan perfectamente.

Asimismo, Génesis 2:4 incluye un encabezado para la sección que sigue. El mismo Wiseman avala que 2:1–3 forma una conclusión natural para el relato de la creación. Génesis 2:4a entonces sería el encabezado y 2:4b sería la cláusula dependiente del inicio (muy parecido al comienzo del poema épico asirio-babilónico *Enuma-Elish*: “Cuando en lo alto ...”). Esta estructura es parecida a 5:1, como se ve en estos dos vv.:

“Estas son las *tôlêdôt* de los cielos y de la tierra cuando fueron creados. Cuando Jehová Dios hizo la tierra y los cielos ...” (2:4, trad. del autor). “Este es el libro de las *tôlêdôt* de Adán. Cuando Dios creó al hombre ...” (5:1, trad. del autor).

El hecho de que Jehová Dios se use a través de 2:4–3:24, también nos conduce a relacionar el contenido de ese pasaje con el título de 2:4. (Sin embargo, sí existen evidencias de apéndices—expresiones diferentes de las *tôlêdôt* que virtualmente son colofones—en Génesis 10:5, 20, 31–32. Asimismo, 25:16 concluye la sección de los vv. 12–16; 36:19 concluye el pasaje de los vv. 1–19; 36:30b concluye los vv. 20–30; y 36:43 concluye todo el cap. 36.) El encabezado (*tôlêdôt*) aparece para introducir el resultado histórico de un ancestro y podría trad. libremente como: “esto es lo que resultó de ...” o bien, “aquí es desde donde empezó ...” (con referencia al siguiente término) (M.H. Woudstra, *The Toledot of the Book of Genesis and Their Redemptive-Historical Significance*, “Las Toledot del Libro de Génesis y su Significado Redentivo-Histórico”, Calvin Theological Journal 5. 1970: 187). Entonces, en Génesis 2:4, la *tôlêdôt* introduce el resultado histórico del cosmos, y 2:4–4:26 presenta lo que ocurrió con los cielos y la tierra. Por supuesto, lo que sigue es el relato de la caída, el asesinato de Abel, y el desarrollo del pecado dentro de la civilización. La historia no presenta otro relato de la creación. Por el contrario, lleva el registro desde el punto del clímax de la creación (reiterado en el cap. 2) hasta la corrupción de la creación por el pecado. “Esto es lo que resultó de ...”

Cuando se consideran los pasajes cruciales del A.T. de esta manera, esta es la definición más satisfactoria. El término no puede restringirse para significar sólo una “genealogía”, porque los contextos con frecuencia son más que eso. La palabra tampoco describe sólo biografías o historias, porque ciertamente las narraciones no las continúan. Los relatos incluyen lo que sucedió con “fulano de tal”, mencionando los detalles necesarios para el propósito de Génesis. La *tôlêdôt* de Taré no es acerca de él, sino principalmente lo que le sucedió, i.e., Abraham y sus parientes. La *tôlêdôt* de Isaac tiene como centro a Jacob, con otras partes relacionadas con Esaú. La de Jacob traza a la familia a partir de él siguiendo a través de la vida de José. El nombre que sigue a la *tôlêdôt* generalmente es el punto de inicio, no necesariamente el personaje central de la narrativa. Así que en este comentario la frase se trad., “esta es la sucesión de ...”

Pueden hacerse dos observaciones adicionales acerca del material que aparece en cada sección de la sucesión. La primera es que al trazar cada línea también hay un proceso de estrechamiento. Después del nuevo comienzo con Noé, el escritor proporciona la *tôlêdôt* de Sem, Cam y Jafet. Pero inmediatamente después se elige la *tôlêdôt* de Sem. La siguiente es

la de Taré, descendiente de Sem. Ese registro tiene que ver con la vida de Abraham. La línea se estrecha hasta Isaac, hijo de Abraham, pero aparece primero la *tôlêdôt* de Ismael, la línea que no fue elegida. El mismo desarrollo se repite en la siguiente generación; antes de desarrollar la *tôlêdôt* de Jacob, primero se trata la de Esaú.

Una segunda observación es que el material que hay dentro de cada *tôlêdôt* es un microcosmos del desarrollo del libro de Génesis mismo, donde los patrones repetitivos de la bendición y maldición juegan un papel predominante. Dentro de cada una de las primeras *tôlêdôt* se encuentra un agravamiento de la maldición hasta 12:1–2, donde el mensaje se mueve hacia la promesa de bendición. Desde ese punto hacia adelante, hay un esfuerzo constante por encontrar el lugar de la bendición, pero aun así, con cada narración sucesiva se encuentra más deterioro, ya que Isaac y Jacob no alcanzaron la medida de Abraham. En consecuencia, al final de Génesis la familia todavía no había llegado a la tierra de bendición, sino que estaba en Egipto. Kidner se refirió a esos acontecimientos declarando que “el hombre se había alejado tanto del Edén, que había muerto, y la familia elegida, en lugar de estar en Canaán, estaba en *Egipto*” (*Genesis*, pág. 224).

Desarrollo del mensaje de Génesis. Los encabezados *tôlêdôt* son “la trama misma alrededor de la cual se edifica Génesis” (Woudstra, *The Toledot of the Book of Genesis* “Las *tôlêdôt* del Libro de Génesis”, págs. 188–189). Cada *tôlêdôt*, que explica lo que sucedió con cada línea, muestra un estrechamiento y un deterioro en el desarrollo de la teología de bendición.

1. *La creación.* La primera sección (1:1–2:3) no lleva un encabezado *tôlêdôt* y es lógico que así sea. Puesto que es el comienzo, no hay necesidad de indicar lo que sucedió con la creación. En vez de ello, su propio encabezado, que aparece en 1:1, describe el contenido del capítulo. Lo importante de ese segmento es que el cumplimiento del plan divino de crearlo todo, recibe la aprobación y bendición divinas. La vida animal (vv. 22–25), la vida humana (v. 27), y el séptimo día (2:3), todos fueron bendecidos específicamente. Esta trilogía es importante para el argumento: el hombre, hecho a la imagen de Dios, es puesto como soberano de las criaturas de la tierra, y al cumplir con el descanso sabatino de Dios, el hombre tuvo un comienzo bendito.

2. *La *tôlêdôt* de los cielos y la tierra.* En esta sección (2:4–4:26), Génesis relata lo que sucedió con el cosmos. La sección empieza con una descripción de la creación de Adán y Eva e investiga el origen de su pecado, la maldición de Dios sobre éste, y el crecimiento del pecado en sus descendientes. Sin poder tener descanso ya más, la raza humana, viviendo en el mundo, y en su esfuerzo por sobrevivir y desarrollar la civilización, experimentó huidas y temor. Como si fuera una respuesta a las bendiciones de la creación, este pasaje incluye la maldición de tres cosas (de Satanás [3:14], de la tierra por causa del hombre [3:17], y de Caín [4:11]).

Pero aun en esa vida en decadencia, existe una muestra de gracia (4:15) y un rayo de esperanza (“los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová”).

3. *La tōlêdôt del libro de Adán.* En esta genealogía central de la línea de Adán a Noé, se ve la tendencia descendente del hombre (5:1–6:8). La sección comienza con una reiteración de la creación y concluye con el intenso desagrado divino por la existencia humana. Génesis 5:1–2 evoca la creación al usar el término *bārak* (“bendecir”); el v. 29 registra el nacimiento de Noé como muestra de gracia y alivio a la maldición, que aquí se define con el uso del vocablo *’ārar* (“maldecir”). La bendición que empezó con la creación de la raza humana se vio ensombrecida por la noticia de la muerte de todos sus descendientes. Una excepción a la maldición de muerte (Enoc) provee un rayo de esperanza en el sentido de que la maldición no es total.

4. *La tōlêdôt de Noé.* Esta sección (6:9–9:29) es de juicio (maldición) y bendición, porque Dios promete nunca volver a maldecir la tierra de la misma manera (8:21). No obstante, el relato de Noé empieza cuando él halla gracia y termina con su maldición sobre Canaán.

Pero en esta sección hay un nuevo comienzo a partir de un mundo que pereció por agua, que en muchas formas es paralelo al cap. 1: se relata la destrucción de un mundo violento que se encuentra en caos, la provisión misericordiosa de la redención para que el hombre pueda habitar en el nuevo mundo, la aparición de tierra seca para poder empezar de nuevo, el pacto con Noé, y la bendición de ese patriarca y sus hijos (paralela a la que se dio a Adán). Aquí la humanidad tiene un nuevo comienzo, y desde este punto inicial, la característica dominante de la bendición se hace más prominente en antítesis con la maldición. Sem fue bendecido.

5. *La tōlêdôt de los hijos de Noé.* A medida que la población aumentaba, de acuerdo con el oráculo de alcance mundial dado por Noé, la dirección del libro se vuelve a las naciones. En forma consistente, el autor desarrolla el mensaje de que por naturaleza, el hombre es propenso a ir por la senda que conduce a la ruina y el caos. Esta sección empieza con el fructífero crecimiento de la población con Sem, Cam y Jafet, pero termina con la explicación del origen de las naciones causada por la dispersión de Babel (10:1–11:9). Es un toque genial incluir hasta el final esa historia culminante, en especial porque cronológicamente es anterior. Esto deja al lector esperando la solución para el deterioro continuo del hombre y lo prepara para la bendición prometida.

6. *La tōlêdôt de Sem.* Basada en el panorama mundial de la creciente población de la sección anterior, esta parte (11:10–26) forma otra transición del libro, estrechando la elección de la línea de Sem hasta Abram. Esta lista sigue la línea de Noé a Abram junto con las bendiciones de prosperidad y posteridad (mientras que el cap. 5 siguió la línea de Adán a Noé y el diluvio). Dios no dejaría sin esperanza al mundo en manos de una población creciente y dividida bajo la maldición; él elegiría un hombre para construir una nación que traería bendición a la tierra. Cualquiera que supiera algo de Abraham, inmediatamente entendería la importancia de esta *tōlêdôt*, que abarca las secciones de la dispersión y la bendición prometidas (11:10–26).

7. *La tôle dôt de Taré.* Mientras que los caps. 1–11 generalmente retratan la rebelión del hombre, los caps. 12–50 detallan la forma en que Dios trae al hombre a un lugar de bendición. Esta sección (11:27–25:11) relata lo que sucedió con Taré, el último hombre de la lista (11:32). El relato sigue la vida de su hijo Abraham, la cual se convierte en la clave del libro, así como el plan de bendición del A.T. Dios prometió a Abraham, que fue el más bendecido de todos los patriarcas, una nación, una tierra, y un nombre. El relato desarrolla la forma en que crecía la fe obediente del patriarca.

8. *La tôle dôt de Ismael.* Este pasaje (25:12–18) explica lo que sucedió con Ismael, cuya línea no fue la escogida por Dios. El escritor se dedica a la línea de Ismael antes de volver a la que sí fue elegida.

9. *La tôle dôt de Isaac.* Al explicar lo que sucedió con Isaac, el hijo de la promesa, esta sección registra la historia de Jacob, su hijo, las luchas que hubo dentro de su familia, y la emergencia del pueblo de Israel (25:19–35:29). Asimismo, empiezan a desarrollarse las promesas de 12:2. La bendición dada a Abram ahora se transfiere en forma exclusiva a Jacob (cap. 27). A su vez, Jacob también creció en su fe, pero en el proceso, quedó descoyuntado de la cadera. Él no era un hombre igual a su abuelo; aun así, Israel “nació”.

10. *La tôle dôt de Esaú.* Una vez más, Génesis continúa el desarrollo a partir de Isaac. Pero antes de discutir la *tôle dôt* del hijo de la sucesión, esta sección (36:1–8) trata de Esaú, el hijo mayor, de quien Jacob, el menor, robó la primogenitura y la bendición. Con frecuencia, la nación que surgió de Jacob se toparía con sus parientes los edomitas, que descendían de Esaú. Esta parte da cuenta de las tres esposas que tuvo Esaú y de sus cinco hijos.

11. *La tôle dôt de Esaú, padre de los edomitas.* Se incluye otro recuento del desarrollo de Esaú debido a la gran importancia que tuvieron los jefes tribales de los edomitas, amalecitas y horeos (36:9–37:1).

12. *La tôle dôt de Jacob.* ¿Qué sucedió con Jacob? Sus hijos se convirtieron en los padres fundadores de las tribus de Israel (37:2–50:26). Esta narración tiene que ver con la vida de José y el traslado de la familia de Jacob a Egipto. En esencia, el relato dice por qué el pueblo de Dios estaba en Egipto y cómo se relacionaba con las bendiciones prometidas. En Canaán, la familia se había deteriorado al punto de que se estaba mezclando con los cananeos. Para preservar la línea de bendición, Dios se movió en forma asombrosa a través de la malvada voluntad de los hermanos de José para hacer que él llegara al poder en Egipto. Cuando la tierra de promisión fue maldecida con una hambruna, la bendición fue provista a través del poder y sabiduría de José. Sin embargo, el libro termina anticipando otra visitación divina llena de bendiciones.

Conclusión. Debido a que Génesis es el cimiento del resto del Pentateuco, el libro de Éxodo regresa a recordar el pacto divino con Abraham: “Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los

reconoció” (lit., “estaba preocupado por ellos”; Éx. 2:24–25). De hecho, los acontecimientos y palabras finales de Génesis anticipan el éxodo: “... mas Dios ciertamente os visitará (lit., “os tomará en cuenta”), y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob” (Gn. 50:24). Posteriormente, esta declaración fue repetida por Moisés cuando sacó de Egipto los huesos del patriarca (Éx. 13:19).

Por lo tanto, Génesis proporcionó a Israel la base teológica e histórica de su existencia como pueblo escogido de Dios. Israel podía trazar su genealogía hasta el patriarca Abraham, a quien Dios había elegido de entre las naciones dispersas, y a quien hizo las grandes promesas pactales de que tendría posteridad y territorio.

Debido a la importancia de la línea de descendientes (la primera bendición prometida), se dedica mucho espacio a las preocupaciones familiares de los patriarcas, tales como sus esposas, hijos, herederos, las primogenituras, y sus bendiciones. Después de la última profecía de Jacob (Gn. 49), el Pentateuco abarca cuatro siglos. Así que Génesis permanece como una declaración de la primogenitura de las tribus de Israel, aun cuando permanecían esclavizadas en Egipto, de donde posteriormente fueron llamadas para salir de la opresión.

Sabiendo que sin duda se habían convertido en la gran nación que Dios prometió al bendecir a Abraham, deben haberse dado cuenta de que no tenían ningún futuro en Egipto, o en Sodoma, o en Babilonia. Su futuro estaba en Canaán, la tierra que fue prometida por juramento divino.

El contenido de Génesis daba seguridad a los israelitas de que Dios les daría el futuro prometido, y que él era capaz de cumplir con sus promesas. Una y otra vez, el libro habla de la forma sobrenatural en que Dios intervino en la vida de los ancestros de Israel para traerles hasta ese punto. Ciertamente, el Dios que había empezado su buena obra seguramente la terminaría (Fil. 1:6). Si el pueblo reconocía que debía su existencia a la elección soberana y bendición divina, podría responder en obediencia. Entonces, Génesis fue un elemento muy adecuado que contribuyó grandemente a la labor de Moisés de sacar a Israel de Egipto.

Teología de Génesis. El libro se escribió tomando en cuenta las premisas de que Dios existe y que él se reveló en palabra y obra a los antepasados de Israel. El libro no discute la existencia de Dios; simplemente afirma que todo existe debido a él.

El tema central de la teología de Génesis ciertamente es la obra divina de establecer a Israel como el canal para bendecir a las familias de la tierra. Este libro constituye la introducción al tema principal del Pentateuco: la fundación de la teocracia; i.e., que Dios rige sobre toda la creación. Asimismo, presenta los comienzos que están en la base de la fundación de la teocracia: la bendición anunciada de que los descendientes de Abraham vivirían en la tierra prometida.

Éxodo presenta la redención de esos descendientes de la esclavitud y la concertación de un pacto con ellos. Levítico es el manual de ordenanzas que permitió a Dios hacer santo a su pueblo para que él, que es un Dios Santo, pudiera morar en medio de ellos. Números registra el arreglo militar y el censo de las tribus en el desierto, y muestra la forma en que Dios preservó sus bendiciones prometidas de peligros internos y externos. Deuteronomio presenta la renovación del pacto.

Al presentar el desarrollo de este grandioso programa divino, Génesis permite al lector comprender la naturaleza de Dios como Señor soberano sobre todo el universo, el que mueve el cielo y la tierra para establecer su voluntad. Él desea bendecir a la humanidad, pero no tolera la desobediencia e incredulidad. A través de esta revelación, el lector aprende que “sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6).

BOSQUEJO

- I. Primeros acontecimientos (1:1–11:26)
 - A. La Creación (1:1–2:3)
 - B. Sucesión de la creación de los cielos y la tierra (2:4–4:26)
 - 1. La creación del hombre y la mujer (2:4–25)
 - 2. La tentación y la caída (cap. 3).
 - 3. El extendimiento del pecado con el asesinato de Abel por Caín (4:1–16)
 - 4. El extendimiento de la civilización impía (4:17–26)
 - C. Sucesión a partir de Adán (5:1–6:8)
 - 1. Genealogía desde Adán hasta Noé (cap. 5)
 - 2. La corrupción de la humanidad (6:1–8)
 - D. Sucesión a partir de Noé (6:9–9:29)
 - 1. El castigo del diluvio (6:9–8:22)
 - 2. El pacto con Noé (9:1–17)
 - 3. La maldición de Canaán (9:18–29)
 - E. Sucesión a partir de los hijos de Noé (10:1–11:9)
 - 1. Lista de las naciones (cap. 10)
 - 2. La dispersión de Babel (11:1–9)
 - F. Sucesión a partir de Sem (11:10–26)
- II. Relatos de los patriarcas (11:27–50:26)
 - A. Sucesión de Taré (11:27–25:11)
 - 1. Pacto con Abraham (11:27–15:21)
 - 2. La provisión de la simiente prometida a Abraham, cuya fe se desarrolla por medio de la prueba (16:1–22:19)
 - 3. Transmisión de las promesas a Isaac por el fiel Abraham (22:20–25:11)
 - B. Sucesión de Ismael (25:12–18)
 - C. Sucesión a partir de Isaac (25:19–35:29)
 - 1. Transferencia de la bendición prometida a Jacob en lugar de Esaú (25:19–28:22)
 - 2. La bendición de Jacob en su peregrinación (caps. 29–32)
 - 3. El regreso de Jacob y la amenaza de la corrupción en la tierra (caps. 33–35)
 - D. Sucesión a partir de Esaú (36:1–8)
 - E. Sucesión de Esaú, padre de los edomitas (36:9–37:1)
 - F. Sucesión a partir de Jacob (37:2–50:26)
 - 1. José es vendido como esclavo (37:2–36)
 - 2. Corrupción de la familia de Judá y confirmación de la elección divina (cap. 38)
 - 3. José asciende al poder en Egipto (caps. 39–41)
 - 4. El traslado a Egipto (42:1–47:27)
 - 5. Provisión para la continuación de la bendición prometida (47:28–50:26)

COMENTARIO

I. Primeros acontecimientos (1:1–11:26)

A. *La Creación (1:1–2:3)*

El relato de la creación es el punto lógico para empezar Génesis, porque explica el principio del universo. Estos primeros vv. han recibido mucha atención por parte de la ciencia, lo cual era de esperarse. Pero el pasaje también es un tratado teológico, porque establece el cimiento del resto del Pentateuco.

Al escribir este libro para Israel, Moisés deseaba retratar a Dios como el fundador y creador de todo tipo de vida. El relato muestra que el Dios que creó a Israel es el mismo que creó al mundo y a todos los que habitan en él. De esta manera, la teocracia se funda en el soberano Dios de la creación. Israel, sus leyes, sus costumbres y creencias, todas se basan en la persona de Dios. En este relato, Israel podría aprender qué clase de Dios los estaba formando como nación.

Son muy grandes las implicaciones de esto. Primero, significa que todo lo que existe debe estar bajo el control divino. La creación debe estar sujeta a su creador. Las fuerzas de la naturaleza, los enemigos, las criaturas y objetos que se convirtieron en deidades paganas—nada de eso podía ser una amenaza para los siervos del Dios viviente.

En segundo lugar, la narrativa también revela el cimiento de la ley. Si en verdad Dios fue antes que todas las cosas e hizo todas las cosas, ¿qué necio sería poner a otros dioses delante de él! No hay ningún otro Dios. Si en verdad Dios hizo al hombre a su imagen para que lo representara, ¿qué necio sería hacer una imagen de Dios! Si en verdad Dios apartó un día para descansar de su obra, ¿no debería todo hombre que anda con él hacer lo mismo? Los mandamientos encuentran aquí su explicación.

En tercer lugar, el relato revela que Dios es un Dios redentor. Aquí se registra cómo creó el cosmos a partir del caos, cómo convirtió las tinieblas en luz, la división que hizo entre ellas, la forma en que cambió la maldición en bendición, y cómo transformó lo que era malo y oscuro en algo santo. Este es un paralelismo de la obra que Dios realizó en Éxodo, libro que registra la redención que hizo de Israel al destruir a las fuerzas egipcias que representaban el caos. Además, los profetas y apóstoles vieron aquí un paradigma de las actividades redentoras de Dios. Finalmente, Aquél que hizo que la luz alumbrara en medio de las tinieblas, también hizo que su luz brillara en el corazón de los creyentes (2 Co. 4:6), de tal modo que se convirtieran en nuevas criaturas (2 Co. 5:17).

1:1–2. Estos vv. tradicionalmente han sido entendidos como que se refieren al comienzo verdadero de la materia, a la creación a partir de la nada y por lo tanto, como parte del primer día. Pero el vocabulario y gramática de este pasaje requieren un análisis más cuidadoso. Las características dominantes y la estructura de la narración de la creación se presentan en los primeros dos vv. Que el universo es resultado de la obra creativa de Dios, se expresa perfectamente con la declaración **creó Dios los cielos y la tierra**. La palabra *bārāʾ* (“creó”) puede expresar la creación a partir de la nada, pero ciertamente no puede limitarse a eso (cf. 2:7). Más bien, hace hincapié en que lo que se creó era nuevo y perfecto. La palabra se usa a través de la Biblia sólo con Dios como sujeto.

Pero 1:2 describe un caos: todo estaba desordenado y vacío, y **las tinieblas estaban sobre la faz del abismo**. Parece que las cláusulas del v. 2 son modificadores

circunstanciales del v. 3, y explican cuál era la condición del mundo *cuando* Dios empezó a renovarlo: era un desorden caótico, vacío y estaba en tinieblas. Tales condiciones no pueden ser el resultado de la obra creativa de Dios (*bārā*). Más bien, en la Biblia estos son síntomas del pecado, y se relacionan con el castigo. Es más, la creación de Dios por decreto empieza en el v. 3, y los elementos que se encuentran en el v. 2 son corregidos durante la creación, empezando con la creación de la luz para disipar a las tinieblas. La expresión **desordenada y vacía** (*tōhû wābōhû*) parece que también provee un bosquejo del cap. 1, el cual describe la manera en que Dios dio forma a la tierra desordenada y vacía y después la llenó.

Algunos consideran que aquí hay una etapa intermedia de la creación, i.e., una obra inconclusa de creación (v. 2) que fue desarrollada posteriormente (vv. 3–25), hasta adquirir su forma actual. Pero esto no puede afirmarse basándose en la sintaxis o el vocabulario.

Otros han visto una “brecha” entre los dos primeros vv., para dar lugar a la caída de Satanás y la entrada del pecado en el mundo, que fue lo que causó el caos. Es más posible que el v. 1 se refiera a un principio relativo en vez de a un principio absoluto (Merrill F. Unger, *Unger’s Commentary on the Old Testament*, “El Comentario Unger del A.T.”, 2 vols. Chicago: Moody Press, 1981, 1:5). El cap. entonces estaría relatando la creación como el *hombre* la conoce, no *el* comienzo de todo, y los vv. 1–2 constituyen la introducción a ella. La caída de Satanás y la entrada del pecado en la creación original de Dios fue antes que esto.

Fue por el Espíritu que el Señor creó soberanamente todo lo que existe (v. 2b). En la oscuridad del caos, **el Espíritu de Dios se movía**, preparándolo todo para la operación efectiva de la palabra creadora de Dios.

1:3–5. Aquí se establece el patrón para cada uno de los días de la creación. Se observan: (a) la palabra creadora, (b) el informe del efecto que ésta tuvo, (c) la evaluación divina de que es “bueno”, (d) a veces se registra el nombre dado soberanamente, y (e) la numeración de cada día. Con respecto a la palabra **día** (*yôm*), se han sugerido varias interpretaciones. (1) Que los días de la creación se refieren a extensas etapas geológicas anteriores a la presencia del hombre sobre la tierra. (2) Que los días son períodos de veinticuatro horas en los que Dios *reveló* sus hechos creativos. (3) Que son días normales de 24 horas de actividad divina. A favor de este tercer punto de vista está el hecho de que dondequiera que aparece en el A.T. la construcción gramatical del término *yôm* precedido por un adjetivo ordinal (primero, segundo, etc.), significa un día de 24 horas. Asimismo, el entendimiento normal del cuarto mandamiento (Éx. 20:11) sugiere esta misma interpretación.

La primera palabra creativa de Dios produjo **la luz**. La elegancia y majestad de la creación por decreto hace un contraste refrescante con las inverosímiles historias que han inventado los paganos. Aquí se demuestra el poder de la palabra de Dios. Fue esa palabra la que motivó a Israel a confiar en él y a obedecerle.

La luz era natural y física. Su creación fue una victoria inmediata, porque alejó las tinieblas. En la Biblia, **la luz** y las tinieblas simbolizan el bien y el mal respectivamente. Aquí empezó la obra de Dios que culminará en los tiempos por venir, porque ya no habrá más tinieblas (Ap. 22:5). Israel sabía que Dios es la luz—y que la verdad y el camino están con él. En la oscuridad de Egipto (Éx. 10:21–24) el pueblo tenía luz; y en su liberación, siguieron a Aquél que es la luz (Éx. 13:21).

1:6–8. Dios separó las aguas que había en la atmósfera de las que estaban en la tierra por una **expansión** que estaba **en medio de las aguas**, a la cual llamó **Cielos**. Todo esto lo hizo en **el día segundo**. Esto sugiere que anteriormente había una humedad densa que envolvía la tierra. La obra de Dios incluye el hacer divisiones y distinciones.

1:9–13. Dios formó la tierra seca, los mares, la vegetación y toda **hierba que da semilla** en **el día tercero**. La vegetación es parte del universo ordenado del **Dios** verdadero. No existen mitos cíclicos o de temporada que la expliquen. Dios la creó de una vez y para siempre. Es más, mientras que los paganos creían que tenían que aplacar a las deidades del abismo, este relato demuestra que Dios también controla los límites de los mares (Job 38:8–11).

1:14–19. El cuarto día incluyó la creación del sol para que **señorease** (v. 16) **en el día** y la luna para que **señorease en la noche**. Asimismo, hizo **las estrellas**. Tal vez éstas fueron creadas con la apariencia de tener cierta edad, o bien habían sido creadas previamente y se hicieron visibles en la tierra durante el primero y segundo días en que **Dios** separó la luz de las tinieblas y las aguas que estaban arriba de las que estaban debajo.

Esos cuerpos celestes servirían **de señales para las estaciones, para los días y los años** (v. 14). Estos términos, así como “día” y “noche” del v. 5, carecen de significado a menos que exista el sol y la rotación de los planetas.

En la astrología, los incrédulos buscan dirección para su vida estudiando las estrellas y planetas, pero la Biblia dice que éstos únicamente despliegan la obra maravillosa de **Dios** (Sal. 19:1). ¡Qué necedad es seguir las gráficas astrológicas de los babilonios o adorar al dios sol de Egipto! Mejor sería que el hombre confiara sólo en el Dios único que creó esos cuerpos celestes. No obstante, muchos seres humanos rechazan repetidamente al Creador y prefieren adorar a los seres creados por él, sus criaturas (Ro. 1:25).

1:20–23. En **el día quinto**, Dios hizo que **las aguas** produjeran **seres vivientes**; asimismo creó las **aves**, para que volaran **sobre la tierra**. En esta sección (v. 21) se encuentra la segunda vez que aparece el término *bārāʾ* (“creó”; cf. v. 1). Los grandes **monstruos marinos** de las profundidades del mar que fueron adorados como dragones en el mundo antiguo, no eran nada más que criaturas del todopoderoso **Dios**. Es más, la fertilidad de los seres también viene como una bendición del Dios verdadero (v. 22).

1:24–31. El sexto día es el clímax de la creación, porque en él se incluyó a la raza humana. Aunque el **hombre** es la última criatura mencionada en el relato, no fue producto de la evolución, sino que fue creado.

La vida humana fue hecha **a** (lit., “como”, que significa “en esencia como”) **imagen** de Dios. Esa semejanza fue impartida sólo a los seres humanos (2:7). Aquí, “imagen” (*selem*) se usa en sentido figurado, porque Dios no tiene forma humana. Haber sido creados a la imagen de Dios significa que los seres humanos comparten, aunque en forma imperfecta y finita, la naturaleza divina; i.e., sus atributos comunicables (vida, personalidad, verdad, sabiduría, amor, santidad, justicia) y por lo tanto, tienen la capacidad de tener compañerismo espiritual con él.

El propósito de Dios al crear la vida humana a su imagen fue funcional: la hizo para que señoreara o tuviera dominio (1:26, 28). El gobierno de Dios se realiza por medio de su “representante”. (Más adelante, en su idolatría, los reyes egipcios hicieron algo similar: representaban a su gobierno o dominio haciendo estatuas a la imagen de sí mismos.) No obstante, debido al pecado, no todas las cosas están bajo el dominio del hombre (He. 2:8).

Sin embargo, en su segunda venida, Cristo establecerá su señorío sobre toda la tierra (He. 2:5–8).

Dios pronunció una bendición sobre el **varón y la hembra**. Les dijo: **Fructificad y multiplicaos**, i.e., les indicó que crecieran en número. En Génesis, el ser bendecido significaba ser enriquecido y fecundo. Estos maravillosos decretos de **Dios** deben haber sido muy importantes para el pueblo de Israel, que era el representante del Señor en la tierra. El pueblo entraría en la tierra prometida y esperaría tener bendiciones continuas.

2:1–3. El día séptimo, el sábado, fue de reposo. En hebr., la estructura de los vv. 2 y 3 está bien ordenada, y sus cláusulas ponen un énfasis paralelo en el adjetivo **séptimo**. El número “siete” a menudo representa el pacto (etimológicamente está relacionado con el vb. “jurar”); por eso no es de sorprender que el sábado se convirtiera en la señal del pacto de Dios en Sinaí (Éx. 31:13, 17).

Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó (lo hizo santo) porque conmemoraba la terminación y culminación de su **obra** creadora. Desde entonces, el día de reposo divino del sábado vino a ser una característica predominante de las Escrituras. Aquí, antes de la caída, representaba la perfección de la creación, santificada y en reposo. Después de la caída, ese reposo vino a ser la meta que el hombre debía tratar de alcanzar. El establecimiento del reposo teocrático en la tierra, ya fuera el de Moisés o el de Josué durante la conquista, requería fe y obediencia. En la actualidad, los creyentes entran en el reposo del sábado espiritualmente (He. 4:8–10) y ciertamente compartirán su total restauración.

El relato de la creación visto desde la perspectiva de la naciente nación israelita de los días de Moisés, tuvo una gran importancia teológica. De en medio del caos y las tinieblas del mundo pagano, Dios liberó a su pueblo y le enseñó la verdad, garantizándole la victoria sobre todas las potestades del cielo y la tierra, comisionándole para ser su representante y prometiéndole el reposo teocrático. De la misma manera, esto debe animar a los creyentes de todas las edades.

B. Sucesión de la creación de los cielos y la tierra (2:4–4:26)

1. LA CREACIÓN DEL HOMBRE Y LA MUJER (2:4–25)

2:4a. Esta sección (vv. 4–25), como indica el v. 4a, traza **los orígenes** (lo que sucedió) **de los cielos y la tierra cuando** (*b^eyôm*, lit., “en el día”, expresión idiomática que significa “cuando”) **fueron creados**. Lo que sucedió con la creación es que el pecado entró y devastó al mundo.

2:4b–7. Al comparar esto con la creación de Adán, se encuentra un asombroso contraste con el escenario anterior. En el tiempo en que no había vida, ni crecimiento, ni lluvia, ni nadie que labrara la tierra, Dios tuvo sumo cuidado al crear al hombre. El arreglo de estos vv. incluye un título: **Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados** (v. 4), y tres cláusulas circunstanciales que en hebr. comienzan con “cuando”, pero que la RVR60 trad. como “y”. **Y** (“cuando”) **toda planta del campo antes que fuese en la tierra; y** (“cuando”) **toda hierba del campo antes que naciese; y** (“cuando”) **ni había hombre para que labrase la tierra, “cuando” subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra)** y el vb. que comienza el relato (**Dios hizo**). Esto es un reflejo del cap. 1 (título, 1:1; cláusulas circunstanciales, 1:2; y el primer vb. de la narración, 1:3).

Es muy significativo el repetido énfasis que se hace en **Jehová Dios** (2:4-5, 7-9, 15-16, 18-19, 21-22). El Creador soberano (“Dios”) del cap. 1, también es Jehová (“Señor”), el que hace el pacto. De esta forma, Israel sabría que su Señor había creado todo y que *él* había formado a la humanidad con un diseño especial.

La obra del Señor al crear la vida humana incluyó tanto la formación del hombre **del polvo de la tierra** como darle el soplo de vida. La palabra **formó** (de *yāšar*,) 2:7) describe la obra de un artista. Como un alfarero que da forma a una vasija terrenal de arcilla, así Dios hizo al hombre “del polvo de la tierra”. El hombre fue hecho conforme al plan divino; y asimismo, fue formado de la tierra. Él es “terrenal” a pesar de sus posteriores pretensiones de ser como Dios (3:5). La palabra hebr. que se trad. como **hombre** (*’ādām*, de donde viene “Adán”, 2:20) está relacionada con la palabra tierra (*’āḏāmāh*; cf. 3:17).

Cuando Dios **sopló en la nariz** del hombre **aliento de vida**, cambió su forma y lo convirtió en **un ser viviente** (lit. “un alma con vida”). Esto hizo del hombre un ser espiritual, con la capacidad de servir a Dios y tener comunión con él. Con esta creación especial en mente, el lector puede ver la importancia de la caída del hombre en el pecado. Desde que ocurrió ésta, es esencial que la regeneración se haga por el “soplo” del Espíritu Santo, que permite a la persona disfrutar de la comunión con Dios.

2:8-10. La humanidad fue colocada en un escenario perfecto. El **huerto** fue la arena en la cual se probó la obediencia del hombre. La descripción del exuberante jardín (v. 8), de **todo árbol delicioso** (v. 9) y de **un río** (v. 10), que estaban en el huerto, conduce a un mandamiento: el hombre podía disfrutar de todo ello, pero no debía comer de un solo árbol prohibido (v. 17).

Mientras que Dios posiblemente creó los árboles con la apariencia de tener cierta edad (1:12), los del jardín eran diferentes, y crecieron posteriormente (2:9). Entre esos árboles del huerto había uno que producía vida (**el árbol de vida**) y otro que producía conocimiento (**el árbol de la ciencia del bien y del mal**), o cuando menos, comer de ellos producía esas cosas. Ese “conocimiento” era experimental. “El bien y el mal”, es un merismo (figura de lenguaje que consiste en la enumeración de las partes de un todo que ha sido anteriormente mencionado) que usa el autor para referirse a las cosas que protegen la vida y las que la destruyen, mismas que experimentarían si comían del fruto prohibido (v. 17). Había un gran potencial de sufrir una catástrofe si, ejerciendo su orgullo insolente, el hombre cruzaba sus límites y trataba de manipular la vida. El árbol de la vida, por otro lado, es evidente que era un medio para preservar y promover la vida de Adán y Eva en ese estado de felicidad perfecta. Esos árboles estaban **en medio del huerto**, obviamente cerca uno del otro; y fueron los que dieron origen a la prueba que se avecinaba.

Los árboles (v. 9), el río (v. 10), el oro y las piedras preciosas (vv. 11-12) que había en el jardín también estarán en la nueva tierra cuando ésta alcance su estado eterno. La nueva creación estará dotada de los mismos elementos (Ap. 21:10-11, 21; 22:1-2), lo cual indica que en la nueva tierra, el paraíso será restaurado.

2:11-14. Estos vv., que constituyen un largo paréntesis, describen la riqueza del mundo conocido entonces. El huerto probablemente estaba en la región del golfo Pérsico, a juzgar por el nombre de los lugares que aparecen en estos vv. Si la geografía de esa zona fue la misma después del diluvio que la que había antes, entonces podemos identificar el **tercer** río, el **Hidekel** (como el río Tigris) y **el cuarto río**, como el **Eufrates**. El primero de ellos, el **Pisón**, estaba en **Havila**, en la parte norte y central de Arabia, al oriente de Palestina. El

segundo río, el **Gihón**, estaba en **Cus**, tal vez en la actual Etiopía, pero más probablemente en la tierra de los casitas (*kaššu* en lenguaje acádico) que se encontraba en las montañas al oriente de Mesopotamia.

2:15–17. El propósito del hombre es proveer un servicio espiritual a Dios, como indican las palabras cuidadosamente elegidas: **Tomó ... Dios al hombre, y lo puso (*nûaḥ*)**, “puesto a reposar”) **en el huerto ... para que lo labrara (*āḇaḏ*, “servir”) y lo guardara.** Por lo tanto, cualquier trabajo que el hombre realice, se describe como siendo el servicio que rinde a Dios.

El v. 16 incluye el primer uso en el A.T. de *šāwāḥ*, el vb. hebr. principal que expresa “mandar”. El primer mandamiento de Dios al hombre tuvo que ver con la vida y la muerte, el bien y el mal. Como sucede con todos los mandamientos subsecuentes de Dios, éste contiene una bendición así como una prohibición. Todos los bienes y placeres terrenales estaban a disposición del hombre, excepto por ese único **árbol**, del cual le estaba prohibido comer. La sintaxis en hebr. de los vv. 16–17 establece el mandato con palabras muy fuertes: el **hombre** podía **comer** libremente de todos los demás frutos, pero si comía del **árbol** prohibido, **ciertamente** moriría.

De nueva cuenta, se enfatiza la lección principal para el pueblo de Dios que estaba siendo comandado por Moisés. Dios preparó a la humanidad con un diseño específico y le dio la capacidad de ejercer responsabilidad moral. Puso al hombre en el huerto de **Edén** para que le sirviera obedientemente, y le advirtió que ante él estaba la vida o la muerte, dependiendo de su obediencia al mandamiento. Deuteronomio 30:11–20 pone ante Israel todas las instrucciones que son paralelas a los patrones repetitivos de Génesis 2:8–17: la obediencia a los mandamientos de Dios resulta en vida y bendición.

2:18–25. Esta sección registra la creación de la primera mujer y la institución del matrimonio; así que dice mucho acerca de la estructura básica de la sociedad israelita. Dios planeó que el marido y su mujer fueran una unidad espiritual y funcional que andara en integridad sirviendo a **Dios** y guardando sus mandamientos juntos. Cuando esta armonía se hace realidad, la sociedad prospera bajo la mano divina.

Adán estaba **solo** y eso no era **bueno**, en contraste con todo el resto de la creación que era bueno (cf. 1:4, 10, 12, 18, 21, 25). A medida que el hombre empezó a funcionar como representante de Dios (dar nombre a los animales [2:19–20] indica que tenía dominio sobre ellos; cf. 1:28), se dio cuenta de su soledad (2:20). **Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán** (v. 21) y creó a Eva de sus **huesos y su carne** (vv. 21–23).

Dios decidió hacer una **ayuda idónea** (lit. “una ayudante que le correspondiera”, o “una ayuda correspondiente”) **para él** (v. 18). “Ayuda” no es un término despectivo; a menudo se usa en las Escrituras para describir a Dios Todopoderoso (e.g., Sal. 33:20; 70:5; 115:9, donde se trad. “ayuda”). La descripción que se hace de la mujer como “ayuda idónea para él” significa básicamente que lo que se dice del hombre en Génesis 2:7 también se aplica a ella. Ambos tienen la misma naturaleza. Pero de lo que el hombre carecía (no era bueno que estuviera solo) ella lo suplía, y lo que a ella le faltaba, él lo proveía. El punto culminante es que serían **una sola carne** (v. 24)—el hombre y la mujer son la unidad completa del matrimonio. Puesto que Adán y Eva formaban una unidad espiritual, i.e., vivían en integridad y sin pecado, no había necesidad de dar instrucciones aquí en cuanto a quién sería la cabeza. Más adelante, Pablo discutió esto en relación con el orden de la creación (1 Co. 11:3; 1 Ti. 2:13).

Las palabras ‘*al-kēn* (**por tanto**, Gn. 2:24) se usan con frecuencia en Génesis. Si el verbo “dejar” del v. 24 fue expresado directamente por Dios a Adán, entonces debería trad. en futuro **dejará** como lo trad. la RVR60. Pero si Dios dijo esas palabras a través de Moisés, debería trad. en tiempo presente “por tanto el hombre deja ...”. La implicación de esto es que el matrimonio consiste en que un hombre y una mujer se convierten en “una sola carne”. El hecho de que estuvieran **desnudos** (v. 25) sugiere que ambos se sentían a gusto el uno con el otro, sin temor a ser explotados o ser objeto de un mal potencial. Posteriormente, ese compañerismo fue destrozado por la caída, y sólo puede ser experimentado hasta cierto punto por una pareja casada cuando ambos empiezan a sentirse a gusto uno con el otro. Aquí la desnudez, aunque literal, también sugiere que no existía el pecado.

2. LA TENTACIÓN Y LA CAÍDA (CAP. 3)

3:1–7. Estos vv. nos proporcionan tanto el registro de la caída histórica del hombre como el prototipo de la tentación. Este pasaje es un perfecto caso para estudiar la tentación, ya que aquí no puede culparse a la herencia o al medio ambiente como causantes del pecado.

Génesis 1–2 narra lo que Dios dijo; **pero la serpiente** (el diablo, Ap. 20:2) habla ahora. La palabra de Dios trajo vida y orden; la de la serpiente produjo caos y muerte. La verdad es más antigua que la falsedad; la palabra divina vino antes que las mentiras satánicas.

En hebr., Génesis 3:1 se relaciona con 2:25 haciendo un juego de palabras: Adán y Eva estaban “desnudos” (‘*ārūmmîm*); y la serpiente **era astuta** (‘*ārûm*, “taimada”), **más que todos**. La desnudez representa el hecho de que el hombre y la mujer estaban ajenos a la maldad, porque no sabían en qué consistían sus trampas, mientras que Satanás usó su astucia para aprovecharse de su integridad. Ese aspecto de sagacidad o sutileza no es malo de por sí (de hecho, uno de los propósitos de la Biblia es dar sagacidad al creyente, según Pr. 1:4, donde ‘*armâh* se trad. como “sagacidad”). Pero aquí se usó con un propósito malévolo.

El tentador era una serpiente (Satanás con la forma de una víbora), lo cual sugiere que la tentación se presenta disfrazada, inesperadamente, y que a menudo procede de un subordinado (alguien sobre quien se puede ejercer dominio; cf. Gn. 1:28). Asimismo, puede verse un elemento polémico aquí, ya que la serpiente era adorada por los paganos. Para ellos, era símbolo de la vida y sin embargo, era la causa de la muerte. La divinidad no se alcanza (según la promesa hecha por Satanás en 3:5) siguiendo las creencias y símbolos paganos, los cuales son el camino a la muerte, no a la vida.

O Eva no conocía muy bien el mandato de Dios o bien no quiso recordarlo. En contraste, Cristo obtuvo la victoria sobre Satanás gracias a su perfecto conocimiento de la palabra de Dios (Mt. 4:4, 7, 10). (V. el cuadro “Tentaciones de Eva y Jesús” en el Apéndice, pág. 305.) Eva se expresó con ligereza acerca de los privilegios que tenían, añadió palabras a la prohibición de Dios y minimizó el castigo—lo cual se aprecia al contrastar sus palabras (Gn. 3:3) con los mandatos originales dados por Dios (2:16–17). Después de que Satanás escuchó esto, desvergonzadamente negó la pena de muerte que Dios había expresado (3:4). Satanás es mentiroso desde el principio (Jn. 8:44), y esta es su

mentira: que uno puede pecar sin tener que sufrir las consecuencias. Pero la muerte es la paga del pecado (Gn. 2:17).

Asimismo, el tentador arrojó dudas sobre el carácter divino, sugiriendo que **Dios** estaba celoso y trataba de evitar que ellos cumplieran su destino (3:5). Ellos vendrían a ser **como Dios** cuando comieran—y según Satanás, Dios lo sabía. Así que puso ante ellos la promesa de ser divinos—**sabiendo el bien y el mal**.

Con esto, el trabajo de Satanás quedó concluido. La mujer fue dejada a solas para que diera rienda suelta a sus deseos naturales y apetitos físicos. La palabra que se trad. **codiciable** (*nehmāḏ*, v. 6) se relaciona con un término que aparece posteriormente en el mandamiento, “No codiciarás” (*tahmōḏ*, Éx. 20:17). Lo físicamente práctico (**bueno para comer**), la belleza estética (**agradable a los ojos**) y el potencial **para alcanzar sabiduría**—para “saberlo todo”—son las cosas que empujan a una persona a hacer caso omiso de las prohibiciones una vez que desaparece el temor al castigo.

Por supuesto que los resultados no fueron los que ellos esperaban. La promesa de alcanzar sabiduría nunca se cumplió. Ambos vieron y comieron, pero al hacerlo, se contaminaron. Ya no estaban a gusto uno con el otro (surgió la desconfianza y la separación) ni con Dios (estaban temerosos y escondiéndose de él). Las promesas de Satanás nunca se cumplen. La sabiduría nunca se obtiene desobedeciendo la palabra de Dios. Al contrario, el principio de la sabiduría es el temor de Jehová (Pr. 1:7).

3:8–13. El resto de este cap. se puede dividir en tres secciones: (a) la confrontación con **Jehová Dios**, en la cual los dos pecadores, al escuchar su voz, temieron y **se escondieron de la presencia de Jehová ... entre los árboles** (vv. 8–13); (b) la profecía de Dios en la cual incluye nuevas reglas para la serpiente, la mujer y el hombre (vv. 14–19); y (c) las vestiduras hechas por el Señor como una provisión del nuevo orden de cosas (vv. 20–24).

Los efectos del pecado son el castigo y la provisión. Aunque **el hombre y su mujer** conservaron la vida, también murieron; donde había placer, ahora había dolor; en contraste con la abundancia, ahora tenían que obtener una magra subsistencia por medio del duro trabajo; en contraste con un compañerismo perfecto, ahora vivían separados y en conflicto.

Las características dominantes del cap. 3—la muerte, el duro trabajo, el sudor, las espinas, el árbol, la lucha y la simiente—posteriormente fueron todas trazadas hasta Cristo. Él es el segundo Adán, que se hizo maldición, quien sudó grandes gotas de sangre cuando agonizaba amargamente, quien llevó la corona de espinas, quien fue colgado de un madero hasta morir y quien fue depositado en el polvo de la tierra.

3:14–19. **Jehová Dios** habló **a la serpiente** (vv. 14–15), **a la mujer** (v. 16) y **al hombre** (vv. 17–19). Las palabras divinas a la serpiente incluyeron (a) el anuncio de que se arrastraría y comería **polvo**, lo cual sería un recordatorio perpetuo a la humanidad de la tentación y la caída y (b) una profecía acerca del poder que hay detrás de la serpiente. Dios dijo que iba a haber una **enemistad** permanente entre las fuerzas satánicas y el hombre; entre Satanás y **la mujer** y entre sus respectivas “simientes”. La **simiente** de la mujer fue Caín, luego toda la humanidad, y por último Cristo y aquellos que colectivamente están en él. La **simiente** de la serpiente incluye a los demonios y a cualquiera que promueva su reino de tinieblas, aquellos cuyo “padre” es el diablo (Jn. 8:44). Satanás herirá a la humanidad (**tú le herirás en el calcañar**), pero *la* simiente, que es Cristo, lo derrotará definitivamente (**ésta te herirá en la cabeza**).

Después, Dios dijo a **la mujer** que **con dolor** daría **a luz a sus hijos** y que su marido, a quien ella deseaba, se enseñorearía de ella. Debido a que el deseo de Eva probablemente se

refiere en este contexto a que ella indujo a Adán a pecar, es mejor trad. este v. como “tu deseo *fue* para tu marido”. Habiendo ella saltado los límites impuestos por Dios en esto, de ahí en adelante ella sería dominada por él.

Entonces Dios dijo a Adán que experimentaría grandes penas para poder arrancar el sustento de la tierra (3:17–19). (**Con dolor** es trad. de la misma palabra usada en el v. 16 para referirse a los dolores de parto. Esta palabra aparece sólo tres veces en todo el A.T., en los vv. 16–17 y en 5:29.) Su fin sería la muerte—regresaría **a la tierra** (*ʿădāmâh*, lo cual fue una provisión misericordiosa en vista del sufrimiento que experimentaría). Además le dijo: **al polvo volverás**, lo cual haría que se convirtiera en presa de la serpiente nuevamente (cf. 3:14). ¡Ahí terminaron las absurdas pretensiones de alcanzar la divinidad! El hombre puede tratar de ser como Dios, pero en realidad, es polvo.

Estos castigos representan la justicia retributiva. Adán y Eva pecaron al comer del fruto prohibido; por lo tanto, tendrían que sufrir para poder comer. Ella manipuló a su esposo; él se enseñorearía de ella. La serpiente destruyó a la raza humana y ella también será destruida.

Dios hizo también provisiones de misericordia porque la raza humana tiene que morir y no vivir para siempre en ese estado caótico. Y nacerán niños (v. 16) para que la humanidad resista y permanezca. La victoria final vendrá a través de Cristo, la simiente (Gá. 3:16) de la mujer (cf. Gá. 4:4, “nacido de mujer”).

No importa cuánto trate la gente de eliminar el yugo del hombre, el trabajo extenuante, los partos dolorosos y la muerte, estos males continuarán, porque el pecado sigue presente y estos son los frutos del pecado.

3:20–24. En estos vv. se pueden apreciar la fe de Adán y la provisión de Dios. El Señor los salvaría para asegurar que no tuvieran que vivir en ese estado de caos para siempre. La fe de Adán se aprecia en el acto de dar el **nombre de ... Eva** (lit., “viviente”) a **su mujer**. De esta manera, Adán estaba mirando hacia el futuro, y no principalmente a la muerte. La fe de Eva se observa posteriormente (4:1), cuando nombra a su primogénito Caín, porque fue dado por Jehová.

Todos los tratos de Dios con los pecadores pueden ser trazados hasta este acto de desobediencia de Adán y Eva. Sin embargo, **Jehová Dios** es un Dios que salva, y el hecho de que haya vestido a Adán y a Eva con pieles, da testimonio de ello. Un animal fue sacrificado para hacerles **túnicas de pieles**, y más tarde, todos los sacrificios animales de Israel serían parte de la provisión divina para remediar la maldición—vida por vida. ¡El hombre que pecare, morirá! (Ez. 18:20; Ro. 6:23) pero puede vivir si deposita su fe en el Señor, quien ha provisto a un sustituto. La piel con la que Dios **vistió** a Adán y Eva es un recordatorio perpetuo de la provisión divina. De igual forma, cuando llegó el cumplimiento del tiempo, Dios aceptó el sacrificio de Cristo, y con base en esa expiación, él viste de justicia a los creyentes (Ro. 3:21–26).

3. EL EXTENDIMIENTO DEL PECADO CON EL ASESINATO DE ABEL POR CAÍN (4:1–16)

El tema del cap. 4 es el extendimiento de la sociedad impía. Aquí el hombre se rebela contra Dios—el hombre que desobedeció y que destruyó lo santo y se negó a aceptar su responsabilidad y culpabilidad por ello. Aquí se presenta a los impíos como viviendo en el mundo (no obstante teniendo una marca protectora de gracia; cf. el comentario del v. 15)

sin ser salvos. Su sentido de culpabilidad se vio aminorado debido a su desarrollo cultural y expansión geográfica.

Bajo el liderazgo de Moisés, Israel se movería en un mundo de distintas culturas que los rodearían con su música, arte, industria y empresas. Éstas serían antagónicas para Israel y contribuirían a hacer que el pueblo de Dios rechazara los sacrificios y viviera como gente maldecida. Israel debía ser advertido para que no tomara esa posición arrogante.

En la historia de Caín y Abel, la simiente de la mujer tuvo un encuentro con la simiente de Satanás (3:15). Caín fue presa del diablo que lo acechaba, y finalmente se apartó para formar una sociedad impía, rechazando el camino divino. Por tanto, “el camino de Caín” (Jud. 11) consiste en la falta de fe que se manifiesta al envidiar el trato que Dios da a los justos, lo cual conduce a cometer actos homicidas, a negar la responsabilidad propia, y a no aceptar el castigo divino.

4:1–5. **Caín** y **Abel** se contrastan uno con el otro, invirtiendo los sujetos cláusula tras cláusula. De hecho, todo el cap. hace un contraste entre ellos: Caín se menciona trece veces en los vv. 1–16. Siete veces se menciona a Abel y otras tres ocasiones se sustituye su nombre por “hermano”. Con justa razón, el apóstol Juan consideró que el asesinato es un pecado contra el hermano (1 Jn. 3:12, 15).

La naturaleza rebelde del hombre se desenvuelve en la persona de **Caín**, quien tuvo un buen comienzo por ser el hijo de la esperanza. Pero la narración lo alinea con la maldición; **fue labrador de la tierra** (lit., *ʾădāmâh*, Gn. 4:2; cf. 3:17). **Abel** sin embargo, parece que se alinea con el propósito original del hombre, que fue enseñorearse de los seres vivos (cf. 1:28); **fue pastor de ovejas**. Estas descripciones coincidentes se subrayan debido a sus acciones de adoración. **Abel** hizo todo lo posible por agradar a Dios (lo cual significa que tenía fe en él, He. 11:6), mientras que **Caín** se limitaba a cumplir con él, considerándolo uno más de sus deberes. Las acciones de Abel fueron justas, pero las de Caín, malignas (1 Jn. 3:12). En la actualidad, todavía encontramos a esos dos tipos de personas.

La falta de fe de Caín se demuestra por la reacción que tuvo ante el rechazo divino de su ofrenda del fruto de la tierra (Gn. 4:5). En lugar de sentirse preocupado y tratar de remediar la situación para agradar a Dios, **se ensañó Caín**.

4:6–7. Caín se enojó tanto, que nadie pudo convencerlo de que no pecara—ni siquiera Dios. No obstante, Eva tuvo que ser convencida por Satanás para pecar; pero Caín “era del maligno” (1 Jn. 3:12). Pareciera que no podía aguardar más para destruir a su hermano—que es la solución que el hombre natural da a su propio fracaso.

El consejo de Jehová fue que si Caín complacía a Dios haciendo el **bien**, todo estaría bien. **Y si no ... el pecado está** (*rōbēs* se usa aquí como un animal que se agazapa) **a la puerta**, listo para vencerlo. El pecado deseaba vencer a Caín (estas palabras muestran la interpretación divina de “deseo”, la misma palabra hebr. que se menciona en Gn. 3:16), pero Caín podía señorearse de él. He aquí la lucha perpetua entre el bien y el mal. Cualquiera que está lleno de envidia y conflictos, es presa del maligno.

4:8–16. Después de asesinar a su hermano (v. 8), **Caín** se negó a aceptar que tuviera alguna responsabilidad en ese acto (v. 9) y protestó diciendo que el castigo de Dios (que su tierra sería infructuosa y que sería errante vv. 10–12) era demasiado severo (v. 13). Con misericordia, Dios lo protegió por medio de una **señal** o marca que serviría de impedimento para algún vengador (v. 15—en ningún lugar se aclara la naturaleza de esa “señal”), pero Dios lo condenó a una incesante vida errabunda (v. 12). Esta fue su maldición, ser

eliminado de la **presencia** de Dios (v. 14). Pero **Caín** desafió ese castigo viviendo en una ciudad **en tierra de Nod** (lit. “vagar”) que se encontraba **al oriente de Edén** (v. 16).

Aquí se fundamentan varias de las características dominantes repetidas por Moisés: (1) Los sacrificios debían ofrecerse a Dios desde el fondo de un corazón lleno de fe y deberían proceder de lo mejor del ganado, i.e., los primogénitos (v. 4). (2) Los israelitas tenían que cumplir ciertas responsabilidades con sus hermanos—eran guardas mutuos y no debían matarse el uno al otro. (3) La sangre homicida contaminó la tierra y clamaba por venganza—la sangre derramada clama con su voz acusadora desde la tierra (v. 10). (4) La venganza de sangre fue evitada por Dios a través de su cuidado protector y posteriormente también, porque proveyó asilo en las ciudades de refugio para impedir los desquites por homicidio. (5) El castigo de la culpa fue uno de los cimientos de la teocracia israelita. (6) La vida sin Dios es peligrosa, porque carece de protección. (7) Algunas veces, el hijo mayor era rechazado y se favorecía al más joven, revirtiendo así la costumbre normativa de la sociedad.

4. EL EXTENDIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN IMPÍA (4:17–26)

Enseguida, la narración traza la línea de Caín hasta su desarrollo total. ¿Qué sucede a una sociedad que se rebela contra Dios y abandona la tierra de bendición en desafío flagrante a sus leyes y sacrificios? En este caso, prosperó. Pero los justos nunca deben envidiar a los malos ni imitar su modo de vida (Sal. 49; 73). Dios les permite prosperar a su manera, basados en lo terrenal y son capaces de producir música, armamentos, herramientas agrícolas y ciudades—en otras palabras, formar su cultura. Este es el único recurso que les queda en un mundo amargo y maldecido.

Pero no así los justos. Algunos que pertenecían al linaje de Set, que fue el que sustituyó a Abel, empezaron a invocar el nombre de Jehová. Estos—y Noé y Abram entre otros—declararon la verdad a sus contemporáneos. Algunas personas—aunque sólo sea un remanente—no se han descarriado siguiendo la “buena vida” de una sociedad rica, sino que se preocupan de las cosas espirituales. De hecho y en espíritu, Israel debería trazar su linaje hasta Enós (Gn. 4:26).

4:17–18. La familia de Caín comenzó en Nod (v. 16). La palabra “Nod” (*nôḏ*) se relaciona con la frase “errabundo incansable” (*nā’wānāḏ*, v. 14). Esa era la tierra de los que huían de Dios. Allí, Caín tuvo un hijo, **Enoc ... y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo**. (No hay duda que la **mujer** de Caín era hija de Adán, cf. 5:4).

4:19–24. El séptimo descendiente desde Adán a través de Caín fue **Lamec** (probablemente contemporáneo del justo Enoc, también el séptimo descendiente desde Adán, 5:3–21). Lamec cambió el plan de Dios y **tomó para sí dos mujeres**. Su familia produjo instrumentos musicales (**arpa y flauta**) así como diversos implementos (**toda obra de bronce y de hierro**) para hacer la vida más disfrutable.

Pero a pesar de esa próspera buena vida, la maldad avanzaba peligrosamente. **Lamec** asesinó a un joven guerrero que lo había herido y exigió para sí mayor suavidad en cualquier venganza que pudiera venirle que la que se otorgó a **Caín** (4:24). **Lamec** se vanagloriaba del asesinato (la palabra **mataré** del v. 23 es *hārag*, “asesinar, matar”, la misma que se usa para describir el crimen de Caín contra Abel, vv. 8, 25). De modo que esta es la descripción de una sociedad rica que desafía a Dios y sus leyes, que busca el

placer y la autoindulgencia. En este mundo fue al que Israel (y posteriormente la iglesia) vendría a ser un reino de sacerdotes para proclamar la justicia de Dios.

4:25–26. En un fuerte contraste con esa sociedad impía estaban los justos. En la línea de **Set** había fe. El mismo Set fue una provisión divina, de acuerdo con la declaración de fe de Eva. En los días de **Enós**, hijo de Set, **los hombres comenzaron a invocar** (es mejor decir “proclamar”) **el nombre de Jehová** (*Yahweh*).

C. Sucesión a partir de Adán (5:1–6:8)

Aquí comienza una nueva *tôlêdôt* que tiene el doble propósito de enlazar la historia de la gente primitiva con la de Noé y demostrar el resultado del pecado. De hecho, da respuesta al problema propuesto en la sección precedente. Si a pesar del pecado hay progreso, civilización y prosperidad, ¿qué pasó con la maldición? La respuesta es que a pesar de las aspiraciones humanas, el hombre muere.

1. GENEALOGÍA DESDE ADÁN HASTA NOÉ (CAP. 5)

La genealogía que aparece en este cap. es una lista “vertical” que muestra la descendencia desde Adán a través de Set y hasta Noé. La genealogía de los “cainitas” del cap. 4 tuvo siete generaciones (de Caín a Jubal); pero ésta, tiene diez (de Adán a Noé). Ambas listas terminan con tres hijos nacidos al último hombre que aparece en la lista (Jabal, Jubal, Tubal-caín [4:20–22]; Sem, Cam y Jafet [5:32]). En cada lista sólo un hombre habla—Lamec por los cainitas (4:23–24), y un Lamec distinto en la lista de los setitas (5:29). El Lamec cainita se burlaba de la maldición (4:24), mientras que Lamec el setita estaba sufriendo bajo ella, buscando consuelo en su hijo Noé (5:29).

Tanto el relato bíblico como la Lista de los Reyes Sumerios, documento encontrado en Mesopotamia, dan testimonio de la longevidad de los primeros hombres. Es evidente que el medio ambiente antes del diluvio permitía a la gente vivir más años. De cierto, este puede haber sido parte del plan divino para llenar la tierra (cf. 1:28).

5:1–2. Este cap. comienza con una repetición de la creación del hombre **a semejanza** (“parecido”, sinónimo de “imagen”; cf. 1:26–27) **de Dios**. No puede dejar de apreciarse el énfasis que se pone en la bendición que hay por tener esa imagen (**y los bendijo**) desde su creación. Teniendo esto en mente, a continuación el cap. traza el resultado del pecado, que es la muerte.

5:3–32. La **semejanza** o imagen de Dios en Adán se reprodujo en **Set**, el **hijo** de Adán. Es sabido que las capacidades y cualidades de un padre se transmiten a sus hijos por medio de la reproducción natural.

Aparte de ser el enlace entre los tiempos de Adán con los tiempos de Noé, este cap. tiene una característica dominante que no puede pasar desapercibida—**y murió** (vv. 5, 8, 11, 14, 17, 20, 27, 31). Si alguien dudara de que la paga del pecado es la muerte (Ro. 6:23), sólo tiene que observar el desarrollo de la historia.

En el caso de Enoc, no se hace esa declaración—como se repite con todos los hombres de esa genealogía—de que vivió determinados años y después murió. En vez de ello, **caminó Enoc con Dios** (Gn. 5:22, 24). “Caminar” es la expresión bíblica que expresa el compañerismo y obediencia que hacen posible recibir el favor divino. El andar de Enoc duró **trescientos años**. Sin duda, este andar pudo haber continuado, pero **le llevó Dios** (v.

24)—no murió. Un andar semejante fue ordenado tanto a Israel (Lv. 26:3, 12) como a la iglesia.

Génesis 5 incluye la etimología del nombre **Noé**, cuya vida es la fuerza dominante de las secciones que siguen. **Lamec** llamó a su hijo **Noé**, con la esperanza de que trajera alivio de la maldición (v. 29; cf. “con dolor” y la maldición de la tierra en 3:17). “Alivio” no es trad. de Noé, pero las palabras hebr. suenan muy parecidas. Lamec no tenía idea de cómo podría Dios cambiar sus palabras para cumplir su deseo (cf. el comentario de 6:5–8), pero sí había cifrado grandes esperanzas en su hijo. Así, en este cap. de muerte aparece un segundo atisbo de esperanza. Enoc escapó de la maldición de la muerte, y Noé traería alivio a aquellos que estaban bajo la maldición.

2. LA CORRUPCIÓN DE LA HUMANIDAD (6:1–8)

Los detalles de esta sección han sido objeto de interminables discusiones, a menudo pasando por alto lo más obvio. Debe recordarse que es parte de la *tôlêdôt* que empieza en 5:1. Cualquiera que sea la posición que uno tome acerca de estos detalles, es claro que estos vv. muestran cómo se pervirtió la raza humana, y cómo la muerte fue su castigo permanente.

6:1–4. Muchos han sugerido que **los hijos de Dios** pertenecen a la línea setita de justos y que **las hijas de los hombres** eran cainitas. Pero esto no le hace justicia ni a la terminología que se usa ni al contexto. Otros creen que “los hijos de Dios” eran ángeles (como en Job 1:6), que cohabitaron con las mujeres de la tierra. Sin embargo, esto se contrapone con Mateo 22:30.

El incidente muestra el orgullo insolente que hace que se salten las barreras impuestas. Aquí se aplica a “los hijos de Dios”, que era un grupo humano lujurioso y lleno de poder que anhelaba adquirir fama y fertilidad. Probablemente eran poderosos gobernantes que estaban controlados (o poseídos) por los ángeles caídos. Es posible que los ángeles caídos hayan abandonado su morada y vinieran a habitar en el cuerpo de los déspotas humanos y guerreros, los poderosos de la tierra.

Por Ezequiel 28:11–19 y Daniel 10:13 sabemos que los grandes reyes de la tierra tienen “príncipes” que los controlan—su poder es demoníaco. No es sorprendente que en la literatura ugarítica (así como en la de otras naciones), los reyes se describan como siendo divinos, medio divinos o semidioses. Los paganos reverenciaban a esos grandes líderes. Muchas tradiciones mitológicas los describen como descendientes de los dioses mismos. De hecho, el término ugarítico *bn’lm* (“hijos de los dioses”) se aplica a los miembros del panteón de las deidades así como a los grandes reyes de la tierra. En la leyenda ugarítica del Amanecer, El, el dios principal del panteón, sedujo a dos mujeres. De la unión del dios con las dos mujeres, nacieron *Šhr* (“Amanecer”) y *Šlm* (“Atardecer”), que aparentemente se convirtieron en las diosas que representaban a Venus. Así que para los paganos, los dioses se habían originado como producto de las relaciones sexuales entre dioses y humanos. Los paganos pensaban que cualquier superhombre o gigante, real o mitológico, era de origen divino.

Génesis 6:1–4 describe entonces cuánto se corrompió el mundo cuando se generalizó esa clase de transgresión. Asimismo, es un ataque polémico *contra* la creencia pagana de

que los **gigantes** (hebr. *nēpīlīm*, V. nota mar., BLA; cf. Nm. 13:32–33) y los **varones de renombre** (Gn. 6:4) tenían origen divino, y que la inmortalidad se alcanzaba por medio de la inmoralidad. El culto cananeo (y la mayoría de los cultos del Cercano Oriente primitivo) incluía ritos de fertilidad en los que se practicaba la magia simpática, basada en la suposición de que la gente puede ser afectada sobrenaturalmente manipulando algún objeto que la representa. A Israel se le advirtió que rechazara esto porque era algo totalmente corrupto y erróneo.

De manera que el pasaje refuta las creencias paganas al declarar la verdad. **Los hijos de Dios** no eran divinos; estaban controlados por los demonios. Casarse con tantas mujeres como querían (tal vez este es el origen de los harenes) era para satisfacer sus más bajos instintos. Ellos formaban un orden de criaturas muy bajo, aunque eran poderosos y estaban influenciados por los demonios. Los **hijos** de esos matrimonios, a pesar de las ideas paganas, nos eran dioses-reyes. Aunque eran **valientes** y “varones de renombre”, eran de carne; y a su tiempo, murieron como todos los humanos. Cuando Dios juzgara al mundo—como iba a hacerlo en breve—ningún gigante o deidad, ni hombre, tendría poder alguno contra él. Sencillamente, Dios designa los días de cada cual y los lleva a su fin.

6:5–8. Las palabras de Dios relacionadas con la raza humana ciertamente son patéticas. Él vio que la **maldad ... era mucha ... y que todo designio** (una mejor trad. es “plan”, *yēšer*) **del corazón de ellos era de continuo solamente el mal** (cf. 8:21, “porque el intento del corazón del hombre es malo desde su niñez”). Dios había hecho al hombre por diseño (*yāšar*, “formar por diseño”; 2:7), pero el hombre había usado su capacidad para producir sólo mal. Difícilmente encontramos en la Biblia una definición más fuerte de lo que es el pecado. Este pasaje nos da un mejor entendimiento de la explicación dada por Jesús: “como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento” (Mt. 24:38). Evidentemente, esa es una declaración inofensiva hasta que se estudia el contexto. Además, el hombre había “corrompido la tierra” y ésta estaba llena de “violencia” (Gn. 6:11, 13).

Los juegos de palabras que se encuentran en los vv. 5–8 son asombrosos. Dios **se arrepintió** de haber hecho al hombre porque el pecado de la raza humana **le dolió en su corazón**. Las palabras “arrepintió”, “dolió” y “hecho” van hacia atrás, a los caps. 3 y 5. Lamec anhelaba recibir alivio (*nāḥam*) de sus obras y del *penoso* trabajo en que estaban debido a la maldición (5:29). Ahora Dios se “arrepintió” (*nāḥam*, “le pesó al Señor”, BLA) **haber hecho al hombre** porque el pecado humano le causaba *dolor* (6:6). Este es el motivo por el que el dolor entró en el mundo—el Señor estaba dolido por el pecado. Pero ahora Dios, en vez de consolar al hombre, se “arrepintió” de haberlo hecho. Esto dio un sesgo irónico a las palabras de Lamec. Dios decidió destruir a todos los hombres. (“Se arrepintió” no sugiere que Dios cambió de parecer, porque él es inmutable [Mal. 3:6]. Al contrario, significa que Dios estaba lleno de dolor.)

mar. margen, lectura marginal

Aunque un juicio expedito vendría porque el Espíritu de Dios no siempre puede cubrir (*dûn*; “escudo” es mejor que la trad. de RVR60 que dice “no contendrá mi Espíritu” en Gn. 6:3) a la humanidad, el castigo tardaría 120 años en llegar (v. 3). Durante ese lapso, Noé se convirtió en un “pregonero de justicia” (2 P. 2:5).

Noé fue el receptor de la gracia de Dios y por lo tanto escapó del castigo (en contraste con aquellos que aspiraban a obtener la inmortalidad). En tiempos de Moisés, Israel sabría que había sido escogido por Dios y que debía andar rectamente. Ellos, como pueblo de Dios, encontrarían a los gigantes (hebr. *nepilîm*, nota mar., BLA), a los hijos de Anac (Nm. 13:33), y a los refaítas (“gigantes”, del hebr. *refaim*; Dt. 2:11; 3:13; Jos. 12:4) cuando entraran a la tierra. Pero Israel no debía temerles como si fueran semidioses. Dios juzgaría al mundo corrupto por su idolatría y fornicación. Y en el último día, los impíos serán súbitamente arrasados por el juicio cuando Dios establezca su reino teocrático de bendición (Mt. 24:36–39).

D. Sucesión a partir de Noé (6:9–9:29)

1. EL CASTIGO DEL DILUVIO (6:9–8:22)

Dios castigó a los impíos con un juicio severo y catastrófico para poder reiniciar la vida con un pacto que provocaría la adoración. En medio del diluvio, en el cual el soberano Señor de la creación destruyó al mundo, Noé, siervo de Dios y receptor de su gracia, navegó a salvo para llegar a la “nueva creación” y adorar a Dios.

¿Por qué produjo Dios el diluvio? Existen varias razones: (1) el Señor es soberano sobre toda la creación y con frecuencia usa la naturaleza para castigar a la humanidad. (2) El diluvio fue el método más efectivo de purgar al mundo. Lavó y limpió todo de tal manera, que no quedó ni un rastro de los malvados. La paloma no encontró “donde sentar la planta de su pie” (8:6–9). (3) El diluvio fue usado por Dios para iniciar una “nueva creación”. Aquí se compara la primera creación iniciada con Adán con la segunda creación iniciada con Noé. Así como la tierra seca quedó descubierta cuando Dios separó las aguas de lo seco (1:9), asimismo las aguas redujeron su intensidad para que el arca reposara en el monte Ararat (8:4). Cuando Noé ya no necesitaba el arca, Dios le ordenó que fructificara, llenara la tierra (9:1) y que se enseñoreara sobre ella (9:2), tal como había dicho a Adán (1:26, 28). Noé cultivó un jardín (9:20), pero Dios hizo el jardín para Adán y Eva (2:8). Sin embargo, el pecado había contaminado a la humanidad. Adán y Noé se ponen en contraste: mientras que la desnudez de Adán era una señal de justicia (2:25), la de Noé fue degradante (9:21) y éste terminó maldiciendo a su nieto Canaán (9:25–27).

Las características dominantes de 6:9–8:22 son muy importantes. Primero, Dios se revela como juez de toda la tierra. En una palabra, él hace distinciones entre los justos y los impíos, los limpios y los contaminados. Lo que es limpio, es para Dios.

Una segunda característica es que Dios hizo una provisión para los receptores de su gracia. Así que la advertencia es que aquellos que afirman ser receptores de la gracia, deben andar en justicia con el Señor y separarse de los pecadores.

La tercera característica dominante fue muy importante para Israel. Así como Dios juzgó al mundo en los tiempos de Noé a través del diluvio y rescató a su siervo, asimismo castigó a los egipcios impíos y trajo a Israel a través de las aguas del mar Rojo con el fin de

que lo adoraran y sirvieran. Las instrucciones para esa adoración se señalan específicamente en el libro de Levítico. No es de sorprender que muchos términos de los que se usan aquí (Gn. 6:9–8:22), también aparezcan en Levítico.

Era indispensable que esa generación de pecadores muriera para que todos los demás quedaran advertidos de la ira venidera de Dios. Sin embargo, Noé escapó del juicio para iniciar una nueva era; es obvio que las catástrofes no interrumpen el programa divino.

La narración del diluvio revela el poder y libertad que Dios tiene sobre su creación. Asimismo, manifiesta que Dios se indigna tanto contra el pecado, que hace morir al pecador. El diluvio muestra que la redención misericordiosa de Dios tiene significado a la luz del castigo, y que su gracia no debe tomarse a la ligera. Se acentúa la causa del juicio divino—los monstruosos actos de pecado que el hombre realiza en su rutina habitual. La narración del diluvio se distingue en esto de los relatos hechos por los paganos (e.g., *Atrahasis* y *Gilgamés*); el registro babilónico de *Gilgamés* explica que los dioses produjeron el diluvio debido al exceso de ruido que hacían los hombres.

Así que, básicamente, los caps. 6–9 responden a la pregunta: ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Puede salirse con la suya viviendo inmoralmente y disfrutando de los placeres de este mundo con inconsciente abandono? ¿Es final esta vida, o sólo preparatoria? El juicio de Dios contesta todo esto con claridad. Pero el precio parece demasiado alto. El castigo es demasiado severo. No se dice ni una palabra acerca del terror de los que se perdieron, aunque Noé debe haberlo sentido. El diluvio muestra el extremo a que Dios llegará para hacer que haya santidad y reposo en la tierra. Aquí es donde los santos hallan ánimo—en el plan divino para que al final triunfe el bien sobre el mal. Sólo existe otro acontecimiento que muestra que la santidad es el objeto por el que Dios sacrifica todo lo demás—la crucifixión de su Hijo.

El relato se divide en tres secciones: el encargo dado a Noé para que construyera el arca y salvara la vida (6:9–7:5), la destrucción de toda carne fuera del arca por medio del agua (7:6–24), y la adoración sacrificial de Noé después del diluvio (cap. 8).

a. *El encargo a Noé (6:9–7:5)*

6:9–13. A diferencia de la razón que aduce el relato babilónico (que se debió al capricho de los dioses debido al exceso de ruido producido por el hombre), el registro bíblico presenta el diluvio como un juicio moral bien definido. La raza humana se **corrompió** (vv. 11–12) a tal grado, **y estaba la tierra tan llena de violencia** (vv. 11, 13), que Dios dijo: **yo los destruiré**, excepto a **Noé, que con Dios caminó** (v. 9), y a su familia (v. 18).

6:14–18. La liberación iba a realizarse por medio de **un arca**, que era un navío rectangular con fondo plano de **trescientos codos** (137 mts.) **de longitud ... cincuenta codos** (23 mts.) **su anchura, y de treinta codos** (14 mts.) **su altura**, la cual tendría un desplazamiento de unas 43,300 toneladas (Merrill F. Unger *Archaeology and the Old Testament*, “La Arqueología y el Antiguo Testamento”. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1954, págs. 59–60) y con tres pisos. (V. “Concepto Artístico del Arca de Noé” en el Apéndice, pág. 306, donde aparece la forma que pudo haber tenido el arca.) Según la tradición babilónica, el barco tenía forma cúbica y era cinco veces más grande que el arca de Noé. Pero sólo Génesis preserva la descripción de un barco capaz de navegar en el mar.

6:19–7:5. Dentro del **arca**, Noé debía meter **dos de cada especie** de todos los animales vivientes para preservar la vida en la tierra. Desde ese entonces ya se hizo una distinción entre **animales** limpios y **no limpios**. Para preservar la vida, **Noé** debía llevar a bordo dos ejemplares de cada tipo de animal, pero para comer y presentar sacrificios, debía incluir además **siete parejas** de todo animal limpio (7:2). La distinción entre animales limpios y no limpios se convirtió en un punto clave del orden levítico (Lv. 11:2–23).

b. Destrucción de toda la carne que estaba fuera del arca (7:6–24)

7:6–20. Después de terminar todos los preparativos, **el diluvio ... vino**. Por un lado, cayó una lluvia torrencial por **cuarenta días y cuarenta noches** (vv. 11–12). Por el otro, hubo los correspondientes cataclismos y movimientos gigantescos de la corteza terrestre que ocasionaron que el fondo de los océanos se levantara y se rompieran todas sus reservas subterráneas de agua (v. 11; cf. Unger, *Archaeology*, “Arqueología”, pág. 61). Como resultado de ello, toda la tierra se inundó por el desastre (v. 19). Sin duda, la superficie de **la tierra**, la forma de vida y la longevidad de los seres humanos fueron transformadas por ese cataclismo.

7:21–24. Y murió toda carne que estaba sobre **la tierra** (que se encontraba fuera del arca). Sólo sobrevivió la vida marina. El pecado había contaminado todos los aspectos de la vida, y por eso, era necesario comenzar de nuevo. Así también será al final de esta era (Mt. 24:37–39).

c. La adoración sacrificial de Noé (cap. 8)

8:1–3. Las torrenciales lluvias duraron cuarenta días (7:4, 12), pero continuó lloviendo por ciento diez días (cf. 7:24, “y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días”). Los cuarenta días fueron parte de los ciento cincuenta, porque parece que siguió cayendo lluvia más ligera (o los trastornos subterráneos continuaron por otros ciento diez días. V. “Cronología del Diluvio” en el Apéndice, pág. 307).

8:4–19. Y reposó el arca ... sobre los montes de Ararat ciento cincuenta días después de que empezaron las lluvias. Los anales asirios identifican ese nombre como perteneciente a Armenia, en Turquía oriental, pero se desconoce su localización exacta. Después que se hizo claro que la tierra era habitable, las ocho personas y **todos los animales ... salieron del arca**. Esto es, 377 días después de que entraron en ella (cf. 7:11 con 8:13–14). El tema del reposo se hace muy evidente en todo este relato. El arca **reposó** (v. 4); y al principio, la paloma no encontró un lugar **donde sentar la planta de su pie** (v. 9, lit., “un lugar de reposo para la planta de su pie”, BLA). Cuando el arca encalló en el monte Ararat, fue algo más que un desembarque en tierra seca. Fue un nuevo comienzo; el mundo estaba limpio y en reposo.

8:20–22. Dejando el arca, **Noé** presentó un holocausto a Dios, el cual fue un **olor grato** para él. El pueblo de Dios es gente que le adora, así como Israel lo iba a aprender, y esa adoración iba a tomar la forma de dar a Dios algo de lo mejor de lo que a él pertenece. Los

lit. literalmente

redimidos por Dios le ofrecen la alabanza de sus labios (He. 13:15), lo mejor de sus posesiones (Pr. 3:9), y la disposición y humildad de su espíritu. Noé recibió la gracia divina, anduvo con Dios en obediencia y justicia, fue preservado del juicio, entró a una nueva era en que la maldad humana había sido temporalmente eliminada, y respondió con adoración y sacrificios.

Después de que Noé presentó su sacrificio, Dios le prometió: **no volveré más a maldecir la tierra** de la misma forma. La continuidad de las estaciones del año es evidencia de la misericordia divina.

2. EL PACTO CON NOÉ (9:1–17)

9:1–4. Dios instruyó a Noé para que él y sus hijos fructificaran, se multiplicaran y llenaran **la tierra** (vv. 1, 7) igual que como había dicho a Adán (1:28). Y Noé, al igual que Adán, debía tener dominio sobre los animales (9:2; cf. 1:26, 28). Asimismo, a los dos les fue dada comida (9:3 cf. 1:29; 2:16) con una sola prohibición (9:5–6; cf. 2:17).

9:5–7. Junto con el nuevo comienzo con Noé, se hizo un pacto. Ahora era necesario establecerlo con objeto de marcar las obligaciones del hombre y la promesa de **Dios**. Debido a la destrucción de la vida en el diluvio, la gente podría pensar que Dios consideraba que la vida era barata y que tomar otra vida era asunto de poca monta. Este pacto muestra que **la vida** es sagrada y que el **hombre** no debe destruir a otro **hombre ... porque a imagen de Dios es hecho el hombre**.

En esencia, este pacto se estableció para asegurar la estabilidad de la naturaleza. Serviría para garantizar el orden del mundo. Asimismo, la gente aprendería que la ley humana era necesaria para la estabilidad de la vida y que la maldad no sería impune como anteriormente. Así fue como se inició el gobierno humano.

9:8–17. Que ese **pacto** (vv. 9, 11–13, 15–17) es cósmico y universal (**con todo ser viviente**, vv. 10, 12, 15, 16; **toda carne**, vv. 11, 15, 16, 17) se ve en el **arco iris** que Dios puso como **señal** (vv. 12–13, 17). Cuando aparece en el horizonte después de la lluvia, es un signo de la grandeza de la fidelidad de Dios a su obra de gracia. Las señales recuerdan a los participantes que hay un **pacto**, y que deben guardar las condiciones contenidas en él. En el arco iris, Dios, que es omnisciente, se recuerda a sí mismo perpetuamente (lo cual se repite en los vv. 15–16) que **no habrá más diluvio de aguas** sobre el mundo nunca jamás (vv. 11, 15). Puesto que nunca antes del diluvio había caído lluvia (2:5), no se requería del arco iris. Pero ahora, cuando las nubes se han ido, la refracción de la luz lo despliega en forma maravillosa. El arco iris cuelga de las nubes y se dobla como un arco de flechas. (La palabra hebr. que se usa para arco iris es *qešet*, que también se usa para referirse al arco de batalla.) En otros lados del A.T., Dios se refirió a tormentas de castigo usando los términos militares de arcos y flechas.

El arco está actualmente “guardado”, colgado en su lugar por las nubes, lo cual sugiere que la “batalla”, la tormenta, ha terminado. Así, el arco iris nos habla de paz. En el Cercano Oriente primitivo, después de las guerras se hacían acuerdos o pactos, como condición para la consecución de la paz. De manera similar, Dios, después de juzgar el pecado, hizo un **pacto** de paz. Ciertamente Israel se vería fortalecido al ver en los cielos una y otra vez la señal divina de que Dios cumple su promesa de gracia. Pero sin duda, el arco iris también recordaba a los fieles de Israel que el juicio divino había terminado para esa era. Pero el juicio vendrá una vez más al final de los tiempos (Zac. 14:1–3; Ap. 19:15), antes de que

puedan existir la paz y reposo mileniales (Ap. 20:6). Entonces, Génesis 9:8–17 anticipa que al final, Israel convertirá sus espadas en arados (Is. 2:4; Miq. 4:3). Mientras tanto, la vida sigue un nuevo orden; el propósito divino de paciencia y “gracia común” sigue vigente hasta que llegue el final.

3. LA MALDICIÓN DE CANAÁN (9:18–29)

Este pasaje tiene varios problemas interpretativos que siempre han preocupado a los eruditos bíblicos. Es importante recordar el propósito del libro, porque esta porción contiene referencias directas a la naturaleza y destino de los cananeos, los enemigos de Israel.

9:18–23. Aquí se identifica a aquellos **que salieron del arca** y se hace mención especial de que **Cam es el padre de Canaán**. De los tres **hijos de Noé** descienden todos los habitantes de la tierra. Los de **Sem** eran los semitas, de quien descendió Abraham (cf. 10:21–31; 11:10–26).

Noé, “el hombre de la tierra” (como trad. los rabinos las palabras **labrar la tierra**), **plantó una viña**. Aunque se dice que el **vino** alegra el corazón (Jue. 9:13; Sal. 104:15) y alivia el dolor de la maldición (Pr. 31:6), es claro que también tiene efectos desastrosos. Aquí, **Noé se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda**. La embriaguez y el desenfreno sexual son características de los paganos, y ambos se trazan hasta este acontecimiento de la vida de Noé. En realidad, el hombre no había cambiado ni un ápice; aun teniendo la oportunidad de comenzar “una nueva creación”, Noé actuó como un pagano (cf. Gn. 6:5; 8:21).

La pregunta básica tiene que ver con lo que hizo **Cam**, el hijo menor de Noé (9:22, 24) y por qué maldijo Noé a Canaán, “hijo” de Cam (vv. 25–27). Se han propuesto muchas ideas descabelladas. Los rabinos decían que Cam castró a Noé, lo cual explicaría por qué no tuvo más hijos. Otros aseguran que Cam durmió con su madre, descubriendo así la desnudez de su padre y que Canaán fue el hijo de esa unión. Otros han dicho que Cam perpetró un ataque homosexual contra su padre. Pero la expresión en hebr. significa lo que dice: **Cam ... vio la desnudez de su padre** (v. 22). No se relacionó sexualmente con Noé, porque en ese caso, el hebr. se habría trad. “él descubrió (forma causativa de *gālâh*) la desnudez de su padre”. Por el contrario, Noé se había **descubierto** a sí mismo (*wayyitgal*, forma reflexiva, v. 21) y Cam lo vio así.

Sin embargo, para los antiguos, el sólo hecho de ver a su padre desnudo era una violación a la ética familiar. La santidad de la familia se destruía y la fuerza del padre se convertía en burla. Es evidente que Cam tropezó con esto en forma accidental, pero salió y burlonamente **lo dijo a sus dos hermanos que estaban afuera**, como si hubiera triunfado sobre su padre.

Entonces, lo que parece ser un incidente trivial se convirtió en algo grave. La profecía de Noé (vv. 25–27) muestra que el carácter de sus tres hijos se transmitiría a sus descendientes.

En hebr., en todos excepto uno de los vv. de Levítico 18:6–19, Moisés usó la forma causativa del vb. *gālâh* para referirse a que los cananeos (los descendientes de Cam)

“descubrieran” la desnudez de otro (que equivale a “tener relaciones sexuales”). Este eufemismo habla del flagrante comportamiento licencioso y repulsivamente inmoral de los descendientes de Cam (cf. Lv. 18:3). La tendencia de Cam al abandono moral dio fruto en el desenfreno moral de sus descendientes, los cananeos.

9:24–29. Debido a este incidente, **Noé** profetizó acerca de los descendientes de sus hijos. Empezó con las muy directas palabras: **Maldito sea Canaán**. Sin embargo, Noé no estaba castigando al hijo de Cam por algo que su padre hizo. Más bien, las palabras de Noé se refieren al pueblo cananeo que saldría de Cam a través de Canaán. El acto de soberbia insolente de Cam no podía dejar de tener consecuencias. Se requería de una humillación acorde con el principio de justicia retributiva. Cam cometió una violación irreparable contra la familia de *su padre*; por tanto, se dictaría una maldición sobre la familia de *su hijo*. Se ha sugerido que Cam pudo haber tratado de imponer su liderazgo sobre sus hermanos para beneficiar a sus descendientes. Esto sería parecido a otras tradiciones antiguas acerca de un hijo que reemplaza a su padre. Pero si lo hizo así, su intento falló, y sus descendientes a través de Canaán no fueron puestos en liderazgo sobre otros clanes, sino debajo de ellos (v. 25).

El oráculo de Noé predijo que los cananeos servirían a los semitas y a los jafetitas (vv. 26–27). Pero esto era porque los cananeos vivieron vidas degradantes como Cam, no por lo que Cam hizo. El punto aquí es que cuando menos nacionalmente, el libertinaje y la embriaguez esclavizan a las personas. Es por ello que en el programa de Dios de bendecir a Israel, se condenó a los cananeos. Serían juzgados por Dios a través de la conquista de su tierra, porque sus actividades siguieron el mismo patrón y molde de su ancestro Cam.

La esclavitud de los cananeos se ve en muchas ocasiones a través del A.T. Un caso de estos surgió muy pronto; los cananeos fueron derrotados y esclavizados por los reyes del oriente (cap. 14). Otro ejemplo es el de los gabaonitas que posteriormente, bajo el mando de Josué, se convirtieron en los leñadores y aguadores del tabernáculo de Israel (Jos. 9:27). Si la subyugación de Canaán a la línea de Jafet debe llevarse hasta el extremo, como a veces implica la palabra *‘ebed* (**siervo**, Gn. 9:26–27), entonces no debió ir más allá de la batalla de Cartago (146 a.C.), donde los fenicios (que eran cananeos) fueron derrotados finalmente. Pero las palabras de Noé parecen ser una profecía general más que específica, en el sentido de que la línea de **Sem** sería bendecida y que la línea de Cam a través de **Canaán** sería maldecida.

Este patrón repetitivo de la bendición y maldición es crucial para Génesis. Los cananeos deberían ser desposeídos de su tierra por Israel bajo el mando de Josué para que pudiera venir la bendición sobre Sem (v. 26) y para que los jafetitas pudieran morar **en las tiendas de Sem** (v. 27). Esto significaba que los jafetitas vivirían con los semitas en términos amistosos, no que los jafetitas desposeerían a los semitas. Así que los vv. 24–29 de hecho ponen el fundamento de la política exterior de Israel con respecto a la tierra (Dt. 20:16–18).

E. Sucesión a partir de los hijos de Noé (10:1–11:9)

1. LISTA DE LAS NACIONES (CAP. 10)

10:1. Esta lista de naciones es un registro de los descendientes **de los tres hijos de Noé**. Dios les había ordenado “llenad la tierra” (9:1). Pero posteriormente, el hecho de que sus

descendientes cambiaran de localidad y llenaran la tierra (11:1–9), constituyó un castigo divino sobre el pueblo rebelde.

Esta tabla parece que representa a las tribus conocidas en la tierra. Se listan setenta descendientes de los hijos de Noé, incluyendo a 14 de Jafet, 30 de Cam y 26 de Sem. Y todos ellos están arreglados siguiendo un patrón inteligentemente pensado.

El marco básico de la tabla es el patrón *b^enê* (“los hijos de”). En hebr., *b^enê* se repite doce veces, en los vv. 2–4, 6–7, 20–23, 29, 31–32). Sin embargo, en otras instancias, se usa *yālad* (“engendró”) en este cap., lo cual parece sugerir que estas son interpretaciones que se dieron a la tabla *b^enê*. Estas secciones de *yālad* (empezando en los vv. 8, 13, 15, 21, 25–26), en concordancia con la línea que siguen las *tôl^edôt*, trazan los acontecimientos importantes de los personajes dentro de la estructura de la tabla. De especial interés son los vv. 15–19, en los cuales se trazan los descendientes de Canaán (vv. 15–18) y hasta se dan los límites de la tierra prometida (v. 19). Es evidente que el escritor estaba usando una tabla primitiva para clarificar cuáles descendientes de Noé iban a recibir la bendición y cuáles experimentarían la maldición. La mayoría de las secciones de *yālad* (“engendró”), se refieren a los cananeos o a los camitas, las tribus cercanas a Israel. Para saber cuáles de sus vecinos recibirían bendición y cuáles maldición, Israel sólo necesitaba consultar esta tabla.

La tabla de naciones es una genealogía “horizontal” en vez de una “vertical” (las que aparecen en los caps. 5 y 11 son verticales). Su propósito principal no era listar a los ancestros; más bien, muestra las afiliaciones políticas, geográficas y étnicas entre las tribus por diversas razones, siendo entre ellas la más destacada la guerra santa. Las tribus que se muestran como “parientes” formarían una alianza. Por lo tanto, esta tabla alinea a las tribus predominantes en y alrededor de la tierra prometida a Israel. Estos nombres incluyen a los fundadores de tribus, clanes, ciudades y territorios.

La tabla muestra qué pueblos del mundo antiguo compartían las características dominantes de bendición y maldición. Asimismo, acentúa cómo se extendieron y llenaron la tierra, aunque no en obediencia. Todos ellos descendieron de un solo hombre, Noé, y por lo tanto, eran un solo pueblo; pero algunos se relacionaron de forma cercana entre sí, mientras que otros eran parientes más remotos. La tabla también muestra el predicamento en que se encontraba la raza humana, dispersa sobre la faz de la tierra y viviendo de acuerdo a sus propias afiliaciones culturales y lingüísticas. Por lo tanto, era inevitable que surgieran guerras y conflictos como resultado de ese arreglo.

10:2–5. Se enlistan primero los **hijos de Jafet**, que fueron catorce. Estos se radicaron en el norte, lejos de Israel. **Gomer** representa a los cimerios, que se piensa fueron de la misma rama que los escitas. **Magog** se refiere a la tierra de Gog, que estaba entre Armenia y Capadocia (Ez. 38:2; 39:6. V. el mapa “El Mundo de Jeremías y Ezequiel” en el Apéndice, pág. 308). Ese nombre representa a las hordas de escitas que vivían al suroeste del mar Negro. **Madai** representa a los medos que habitaron al este de Asiria y al suroeste del mar Caspio. **Javán** es el nombre común que se dio a la raza helénica, o sea, a los jónicos de Asia Menor occidental. **Tubal y Mesec** fueron estados militares del norte. Pueden haberse ubicado en el Ponto y las montañas de Armenia. **Tiras** puede referirse a los pelasgos, hombres de mar de las costas Egeas.

De estos siete, se derivan otros siete. Tres tribus del norte vinieron de **Gomer: Askenaz** (relacionados con los escitas), **Rifat y Togarma** (tribus distantes del norte).

Los hijos de Javán, dos de los cuales son lugares geográficos y dos de ellos nombres de tribus, estuvieron relacionados con los griegos. **Elisa** fue Alasia, o Chipre. **Tarsis** era una costa distante de Asia Menor. Los **Quitim** también vivieron en Chipre. Los **Dodanim** tal vez vivieron en Dodona, Grecia (a menos que “Dodanim” sea una variante textual de “Rodanim” [Rodas]; cf. 1 Cr. 1:7).

Estas tribus del norte no figuran en forma importante en la historia de Israel, pero sí se mencionan con frecuencia en los escritos proféticos (Ez. 27; 37–39).

10:6–7. Los hijos **de Cam** (vv. 6–20) formaron los pueblos orientales y sureños de Mesopotamia.

Los cusitas, descendientes de **Cus**, se asentaron en el sur de Arabia y en el actual territorio del sur de Egipto, Sudán y el norte de Etiopía. Estos se mezclaron con las tribus semitas que habitaban la misma región; por lo tanto se repiten algunos nombres en otras líneas. **Seba** se encontraba al sur de Egipto y **Havila** (“tierra de arena”) pudiera referirse a la parte norte y oriental de Arabia en el golfo Pérsico o a la costa de Etiopía. **Sabta**, la antigua Hadramaut, estaba en la costa occidental del golfo Pérsico. **Raama y Sabteca** se ubicaron en el sur de Arabia.

Seba estaba al suroeste de Arabia (cf. la reina de Sabá, 1 R. 10:1–13) y **Dedán**, al norte de ese mismo territorio. Algunos pueblos de esos antiguos reinos trazaban su linaje hasta Jotán, descendiente de Sem (Gn. 10:29). Así que había mezclas raciales en ese asentamiento.

10:8–12. En medio de esta lista de naciones, se encuentra la historia de **Nimrod**. Esta es la primera sección que se marca con “engendró” (cf. el comentario del v. 1) y forma una ruptura importante en el estilo en que están arreglados los nombres de las tribus que le preceden. Los esfuerzos por identificar o fechar la historia de Nimrod han sido en vano. Debido a que su nombre parece estar relacionado con el vb. “rebelar” (*māraḏ*), la tradición lo ha identificado con el poder tiránico. Fue el fundador de los poderes imperiales mundiales más antiguos de **Babel** y **Asiria**. La lista simplemente lo presenta como un **vigoroso cazador**, cualidad que a menudo se encontraba en los reyes asirios. Fundó varias ciudades-estado muy poderosas y los pueblos que estableció, se convirtieron en los principales enemigos de Israel.

10:13–14. Otro “hijo” de Cam fue **Mizraim**, o Egipto. Mizraim se desarrolló (*yālaḏ*) en tribus que habitaron desde el norte de África hasta Creta. La mención **de los filisteos** en relación con él indica que hubo migraciones, no linaje (al igual que Israel, que se dice que vino “de” Egipto). Los filisteos emigraron de sus hogares que estaban en el mar Egeo a través de Caftor (Creta) hasta llegar al delta del río Nilo en Egipto y finalmente a Palestina. Sin embargo, esto parece referirse a un grupo primigenio de tribus pelasgo-filisteas, diferente a las que había en el s. XIII a.C.

10:15–20. La última línea camita que fue importante para Israel era el grupo de **los cananeos**. De nueva cuenta, la lista emplea “engendró” (*yālaḏ*) para enumerar las ciudades y tribus de los pueblos que vivieron en la tierra prometida. **Sidón** era la ciudad fenicia más importante. Los heteos (*ḥēt*, **Het**) son problemáticos, pero puede referirse a un puñado de ellos que procedía de los primeros movimientos de tribus. El **jebuseo** era el pueblo que

habitaba en Jerusalén. El **amorreo** era el nombre común que se daba a los semitas occidentales, pero aquí señala a un grupo étnico menor que se hallaba en la mezclada población de Canaán. Los otros siete nombres de tribus cananeas son menos problemáticos; eran tribus que se asentaron en Líbano, en Amat, sobre la ribera del río Orontes, y a través de toda la tierra. Su inclusión en la lista es importante porque aparece después del pasaje donde se maldice a Canaán (9:25–27).

10:21–31. Los descendientes de **Sem** se registran a lo último. Los elamitas, descendientes de **Elam**, el primer hijo de Sem, habitaron al oriente de Babilonia. **Asur** era el nombre de la región y sus pobladores de Asiria donde Nimrod, un camita, fundó varias ciudades (v. 11). **Arfaxad** residió al nordeste de Nínive. **Lud** era la tribu ludbu de los asirios. Tal vez Lud es una forma abreviada de Ludda, posiblemente otro de los nombres de Lidia (en lo que ahora es Turquía occidental). **Aram** fue el antecesor de las tribus arameas que habitaron en las estepas de Mesopotamia. Sus descendientes (v. 23) no son muy conocidos.

La línea después traza a **Arfaxad** hasta **Heber** y sus hijos, usando “engendró” para introducir este cambio.

La nota que se incluye acerca de **Peleg**, hijo de Heber—**porque en sus días fue repartida la tierra**—parece que apunta a la experiencia de Babel (11:1–9). El vb. *pālag* se usa en el A.T. para describir la división de lenguas. Así que el acontecimiento de Babel ocurrió cinco generaciones después del diluvio.

La lista ahora se dedica a trazar las tribus del **hermano** de Peleg, **Joctán** (10:26–29), la mayoría de las cuales **habitaron** en la península arábiga. En el desierto, Israel iba a encontrar que tenía antiguas relaciones de sangre con esas trece tribus de joctanitas.

10:32. Este v. es un final a la manera de un colofón, que recuerda a los lectores que todas las familias vinieron **de Noé**, aunque algunas eran de mayor interés para la nación de Israel que otras.

2. LA DISPERSIÓN DE BABEL (11:1–9)

Este pasaje explica cómo se esparcieron las naciones por toda la tierra del mundo antiguo. Contiene un mensaje de juicio: lo que era el orgullo de los hombres, fue precisamente lo que provocó su caída, y lo que más temían, fue lo que vino sobre ellos (cf. Pr. 10:24a).

El relato se estructura usando el paralelismo antitético y el quiasmo (fig. de la retórica que consiste en presentar en orden inverso los miembros de dos secuencias; e.g. “Cuando quiero llorar no lloro, y a veces lloro sin querer”). Todo lo que la humanidad se propuso en la primera parte de la porción (Gn. 11:3–4), desapareció en la segunda (vv. 5–9); es casi un deshacer o regresión de su actividad, aun al extremo de que se expresa en términos paralelos. La narración gira alrededor del hecho central: “Y descendió Jehová” (v. 5).

Uno de los problemas de este pasaje es la relación que tiene con el cap. 10. El principio del cap. 11 dice que todo mundo hablaba “una sola lengua” y usaba un solo vocabulario, pero en el cap. 10, el relato dice que ya se habían dividido las naciones de acuerdo a sus pueblos y lenguas. Las palabras “tierras”, “naciones”, “familias” y “lenguas” aparecen tres veces, aunque no siempre en el mismo orden (10:5, 20, 31). Es probable que 11:1–9 sea la explicación de cómo surgió el arreglo del cap. 10, ya que a menudo, Génesis se sale del orden cronológico para componer el material temáticamente. La cronología exacta sólo se

esboza en la expresión que se incluye acerca de Peleg: “en sus días fue repartida la tierra” (10:25).

11:1–4. Parece que el pecado de los sinaritas (habitantes de **una llanura en la tierra de Sinar**) fue el orgullo desmedido, porque dijeron: **Vamos, edificuémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre.** Esta fue una rebelión abierta contra Dios, porque pretendieron independizarse de él. Con frecuencia se compara a la humildad con la confianza y la obediencia. Por el contrario, el orgullo se relaciona con la independencia y desobediencia. Aquí, la gente se unió para fortalecerse y orgullosamente, hacerse de una reputación por sí mismos: **por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.** Parece que esta fue una directa oposición a la orden divina de que se multiplicaran y llenaran la tierra (9:1).

11:5–9. Su deseo de aumentar su unidad y fortalecerse llevaba en sí mismo un gran potencial para cometer la maldad más grande, según la evaluó Dios: **han comenzado a hacer la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer** (“y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible”, BLA). Así que lo que no quisieron hacer en obediencia (i.e., esparcirse por la tierra, v. 4), al castigarlos, el Señor lo hizo por ellos (v. 8).

Sin duda, Sinar (v. 2) se refiere a la zona de Babilonia, porque el pasaje culmina (v. 9) usando un juego de palabras. **Babel** (*bāḇel*) suena muy parecido al vb. **confundió** (*bālal*). Los escritos babilónicos que relatan la construcción de la ciudad de Babilonia refieren que fue edificada en el cielo por los dioses como una ciudad celestial, la cual es una expresión de vanagloria (*Enuma Elish* VI, líneas 55–64). Esos registros dicen que fue edificada siguiendo el mismo proceso de hacer ladrillos que se describe en el v. 3, pero además, cada ladrillo tenía inscrito el nombre del dios babilonio Marduk. Asimismo, el zigurat, la torre que se cree fue construida por primera vez en Babilonia, se decía que tenía su punta en el cielo (cf. v. 4). Esa montaña artificial se convirtió en el centro de adoración de la ciudad, y tenía un templo en miniatura en lo alto de la torre. Los babilonios se enorgullecían de su capacidad de construcción y se vanagloriaban de su ciudad, porque la consideraban no sólo impenetrable, sino también la ciudad celestial *bābīlī* (“la puerta de Dios”).

Pero el registro de Génesis ve a esa ciudad como la primera potencia del mundo, el epítome de los poderes impíos. En una palabra, es el “anti-reino”. Por lo tanto, el registro de los vv. 1–9 es literatura polémica, porque muestra el poder absoluto de Dios al dictar ese castigo sumario. Lo que la gente creía que era su mayor fuerza—la unidad—el Señor la destruyó con rapidez al confundir **su lengua** (v. 7; cf. v. 9). Lo que ellos tenían más—ser esparcidos (v. 4)—fue lo que vino sobre ellos en forma natural (**los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra**, v. 8; cf. v. 9). Lo que ellos más deseaban—hacerse un nombre (v. 4)—irónicamente fue precisamente lo que sucedió, porque su ciudad vino a ser conocida como “Babel”. Fue así que **dejaron de edificar la ciudad** y fueron esparcidos por toda la tierra.

Este relato provee una conclusión muy adecuada para los acontecimientos primigenios. La narración describe a las familias de la tierra esparcidas través de todo el mundo entonces conocido y sin esperanza. Ya habían desaparecido tanto la señal de protección para los fugitivos (cf. 4:15) como la señal del arco iris en las nubes (9:13). Los hombres se quedaron

sin un rayo de esperanza o muestra de la gracia divina. Todo esto deja al lector esperando una solución. Después de incluir una genealogía como conexión (11:10–26), se provee precisamente esa solución. De entre las naciones esparcidas, Dios formó una nación que posteriormente fue su canal de bendición. Así que el Señor no había terminado su plan para la raza humana. Este cap. simplemente prepara al lector para la obra que él va a realizar.

Ciertamente, en todo esto se encuentra algo más que un simple relato de lo que pasó para explicar la lista de naciones (cap. 10). Si Moisés sólo hubiera querido trazar el desarrollo del programa de Dios, lo habría hecho en forma directa. Pero hace uso de juegos de palabras, repeticiones, caracterizaciones y moralejas—todo ello teniendo en mente a la *tôrâh* (“ley”), la regla moral—para enseñar una lección.

Israel fue llamado de Egipto para constituir la teocracia escogida por Dios. Debía establecerse como el pueblo unificado de Dios y ser conocido en todo el mundo. El único requisito era que le obedecieran. Si lo hacían, el Señor los establecería con firmeza. Pero si por el contrario erguían la cabeza en señal de desafío y se rebelaban contra él, serían esparcidos por toda la tierra. Por lo que siguió, sabemos que Israel continuó por el mismo camino desastroso que los babilonios.

Entonces, el tema del orgullo aquí es muy importante. Dios corrige a los que se exaltan con soberbia. Para él, la dispersión (con sus guerras y conflictos) es preferible a una apostasía unificada. El plan divino se llevará a cabo, si no es contando con la obediencia del hombre, entonces a pesar de la desobediencia de él.

El profeta Sofonías explica maravillosamente la humillación de Babel. De cierto, sus palabras vuelven a estos acontecimientos y anticipan la gran unificación que ocurrirá en el reino milenial, cuando todos hablarán un solo y puro lenguaje para adorar a Dios en su monte santo. Además, todos se reunirán de las naciones a las cuales habrán sido esparcidos (Sof. 3:9–11). El milagro que se realizó en Pentecostés (Hch. 2:6–11) fue un atisbo de ese acontecimiento que todavía está por venir.

F. Sucesión a partir de Sem (11:10–26)

11:10–26. Este registro genealógico traza la línea desde **Sem**, hijo de Noé, hasta **Abram**. Anteriormente, Moisés había trazado las familias de la tierra que procedían de los tres hijos de Noé (cap. 10), explicando cómo es que se esparcieron por toda la tierra (11:1–9). Aquí, dirige su atención nuevamente hacia los semitas.

La genealogía de **Sem** es “vertical”, y está diseñada para mostrar los ancestros legítimos. En el mundo antiguo, a menudo se usaba este tipo de registro para establecer la autenticidad de un rey o dinastía. La lista de los vv. 10–26 muestra la línea directa desde Sem, quien había sido bendecido, hasta Abram, para autenticar la transmisión de la bendición divina hasta este último.

Algunos argumentan que los nombres de las tablas genealógicas de los caps. 5 y 11 son inventadas, y que se seleccionaron (de entre otras que no se incluyen) para mostrar cierta simetría (e.g., cada lista termina con una referencia a tres hijos, 5:32; 11:26), pero este punto de vista no puede apoyarse en una exégesis consistente. Para mostrar esas “brechas” en la genealogía, uno debe dar por sentadas algunas elipses: “X vivió tantos años y engendró a [la línea que culminó en] Y”. Pero estas elipses son difíciles de comprobar. Es más, las brechas no son posibles en dos lugares de la misma lista (Sem fue el hijo de Noé, y

Abram fue el hijo de Taré). Por eso, los vv. 10–26 parece que presentan una cronología sin brechas.

La contribución más importante de este pasaje es unir a Abram con la línea de Sem, porque era allí donde estaban los ancestros de Israel. Un material arqueológico muy interesante muestra que muchos de los nombres que se mencionan aquí se preservaron en el nombre de muchos sitios que estaban en los alrededores de Harán.

En contraste con la genealogía del cap. 5, la lista de 11:10–26 no registra el total del número de años que vivió cada persona, y tampoco termina cada sección con las palabras “y murió”. Génesis 5:1–6:8 acentúa la muerte antes del diluvio, pero 11:10–26 enfatiza la vida y expansión a pesar de que la longevidad iba en descenso. Entonces, la tónica del cap. 11 es distinta de la que se encuentra en la genealogía anterior. Esto se debe a que los vv. 10–26 trazan el linaje de Abram—que iba a ser bendecido por Dios—hasta Sem, el hijo de Noé que también fue bendecido por el Señor (9:26).

II. Relatos de los patriarcas (11:27–50:26)

A. Sucesión de Taré (11:27–25:11)

La historia de Abraham, que comienza aquí, está bajo el encabezado de Taré. Como se hizo notar antes (V. la Introducción, “3. La estructura de Génesis”), lo que sigue después de la *tôl’ dôt* son los “detalles” de la familia de Taré—esto es lo que sucedió a Taré a través de su hijo Abram. La misma se inicia con el viaje de Taré hacia Harán y continúa con el viaje de Abram, el receptor de la promesa, a Canaán. La historia de Taré termina cuando Abram finalmente tiene un hijo, que sería el que llevaría adelante la línea y la bendición.

1. PACTO CON ABRAHAM (11:27–15:21)

a. El viaje de Taré (11:27–32)

11:27–32. Esta breve sección da cuenta de los tres hijos de **Taré** y de sus casamientos (V. “Familia de Taré” en el Apéndice, pág. 310). Asimismo incluye a Lot, el sobrino de Abram, quien juega un papel importante en las narraciones relativas al patriarca.

Taré era idólatra porque adoraba a otros dioses (Jos. 24:2). Probablemente, el hogar de Taré originalmente estuvo en **Harán**, porque muchos de los nombres de sus ancestros son similares a los nombres de algunos lugares de la tierra de Aram, donde estaba localizada la ciudad de Harán. Si esto es así, entonces la familia había migrado anteriormente hacia el sureste, viajando unos 960 kms. hasta **Ur**, capital de Sumer, donde nació y **murió Harán**, el hijo menor de Taré (Gn. 11:28). El llamamiento de Dios a Abram (12:11) inicialmente se dio en Ur, y entonces la familia regresó a **Harán**, y **se quedaron allí** (11:31), donde a su vez, **murió Taré** (v. 32). Debido a que esa no era la tierra prometida, Abram siguió su camino hasta Canaán, donde Dios se le apareció para confirmarle la localización de la tierra que le daría.

b. El llamamiento de Abram (12:1–9)

En este relato, cambia la dirección del libro. El pasaje registra cómo llamó Dios a Abram de entre el mundo pagano y le hizo asombrosas promesas, las cuales posteriormente formaron parte del pacto abrahámico formal.

Asimismo, el pasaje destaca la fe de Abram y nos enseña que la fe responde en obediencia a Dios. Abram era de mediana edad, próspero, estable y totalmente pagano. La palabra del Señor vino a él—aunque no se sabe exactamente cómo—y él respondió por fe. Obedientemente lo dejó todo por seguir el plan divino. Por eso es que se convirtió en el epítome de la fe en la Biblia (cf. Ro. 4:1–3, 16–24; Gá. 3:6–9; He. 11:8–19; Stg. 2:21–23).

Ciertamente, el punto religioso-histórico del pasaje es el llamamiento de Abram para fundar una nación nueva. De esto, Israel aprendería que su existencia se debía a la obra de Dios realizada a través de un hombre que respondió por fe y salió hacia Canaán. Sería un mensaje para convencer al pueblo escogido del llamamiento divino que estaba confrontando y de la necesidad de ejercer la fe para salir de Egipto hacia Canaán.

12:1–3. Los vv. 1–3 registran el llamamiento divino hecho a **Abram** y los vv. 4–9 relatan la obediencia del patriarca. El llamamiento contiene dos imperativos, cada uno con su promesa correspondiente. El primero de ellos es que saliera (**Vete de tu tierra ... a la tierra que te mostraré**, v. 1) y el segundo, es que fuera una bendición. (Muchas versiones, incluyendo a la RVR60, trad. incorrectamente el segundo imperativo [v. 2] como una predicción: **y serás bendición**, pero lit. significa “sé tú una bendición”, BJ.) Su viaje inició una reacción en cadena. Si Abram salía de Ur, Dios haría tres cosas por él, para que a su vez pudiera ser de bendición en la tierra (el segundo imperativo). Pero asimismo, él tenía que ser bendición para que Dios pudiera hacer otras tres cosas por él. No debe pasarse por alto esta simetría, porque refuerza el significado. El llamamiento de Abram tenía un propósito: su obediencia traería una gran bendición.

Tres promesas se basaban en el llamamiento de Dios para que Abram dejara su tierra: (a) sería **una nación grande**, (b) sería bendecido y (c) su **nombre** sería engrandecido (v. 2). Estas tres promesas le permitirían ser una bendición (según el segundo imperativo, v. 2). Basadas en esta obediencia, descansaban otras tres promesas: (a) bendecir **a los que lo bendijeren**, (b) maldecir **a los que lo maldijeren** o trataran con desprecio y (c) **las familias de la tierra** serían benditas a través de él (v. 3). El hecho de que alguien bendijera o maldijera a Abram equivalía a hacerlo con el Dios de Abram. Infortunadamente, Dios tuvo que usar a otras naciones para disciplinar a su pueblo porque, lejos de ser una bendición para el mundo, generalmente era desobediente. La tercera promesa llegó a su cumplimiento final en el hecho de que Jesucristo se convirtió en el medio de bendición para el mundo (Gá. 3:8, 16; cf. Ro. 9:5).

En estos pasajes se hace mucho hincapié en la idea de la fe. A Abram se le dijo que dejara varias cosas—“su tierra”, “su parentela” y “la casa de su padre” (Gn. 12:1). Pero no

RVR60 Reina-Valera Revisión 1960

trad. traducción, traductor

lit. literalmente

BJ Biblia de Jerusalén

se le dijo nada acerca de la tierra a la cual iría. Su salida requería de un acto de fe sin paralelo.

Asimismo, se destacan los temas de la bendición y la maldición. De hecho, este es el pasaje central del libro de Génesis. Aquí comienza el programa que tan desesperadamente se necesitaba en los caps. 1–11 (y cuyo propósito fue mostrar que se requería de esta bendición). Este fue el llamamiento y Abram respondió con fe. Las promesas se formularon más tarde, bajo las cláusulas del pacto formal (15:8–21).

12:4–9. El relato enfoca la obediencia al decir: **se fue Abram**. Se da cuenta de su obediencia en dos formas, correspondiendo a los dos imperativos del v. 2. Él se fue (v. 4) y fue una bendición (vv. 5–9). En **Harán**, muchas **personas** (lit., “almas”) **habían** sido adquiridas por Abram y su familia (v. 5). Esta “adquisición de almas” puede referirse a que eran prosélitos, i.e., que Abram influyó sobre algunos haranitas para que siguieran a Jehová. Posteriormente, en **la tierra de Canaán** y llegando a **Siquem** (v. 6) ... **edificó allí un altar a Jehová**, así como lo hizo al llegar **al oriente de Bet-el** (v. 8). En esta segunda localidad, **invocó el nombre de Jehová**, i.e., hizo una proclamación de Jehová usando su nombre (cf. 21:33; 26:25). Lutero trad. este vb. como “predicó” y es una trad. bastante acertada. De esta manera, Dios tuvo un testigo en medio de los cananeos que habitaban en esa tierra. De hecho, la mención de “el encino de More” (lit., “maestro”) es importante en relación con esto. Los cananeos tenían sus altares en bosquecillos de robles y tal vez **More** era uno de sus centros de culto.

En Siquem, le **apareció Jehová a Abram** para confirmar su promesa y premiar su fe cuando le dijo: **A tu descendencia daré esta tierra** (12:7). Abram llegó a la tierra y Dios se la mostró, pero sería entregada a sus descendientes, no a él. De hecho, cuando el patriarca murió, su única posesión de bienes raíces era una cueva que había comprado para enterrar a su familia (23:17–20). Después de que Dios confirmó su promesa, **Abram** habitó en la tierra, esperando el cumplimiento de la promesa. Pero los cananeos ya poseían toda la tierra buena y fértil, por lo que **Abram** tuvo que seguir viajando en etapas, **yendo hacia el Neguev**, el desierto estéril que estaba al sur de Canaán (12:9).

Para Israel, el llamamiento de su gran patriarca demostraba que las promesas provenían de Dios y que serían una gran nación, que poseerían una tierra, y que contarían con la bendición y protección divinas. La aparición de Jehová y la confirmación (v. 7) probaban que Canaán era su destino. Pero Dios exigía una respuesta de fe si es que esa generación iba a compartir las bendiciones prometidas. La fe le toma la palabra a Dios y lo obedece. (V. “Viajes de Abraham” en el Apéndice, pág. 311.)

c. La estancia en Egipto (12:10–20)

La estancia temporal en Egipto contiene mucho más que una simple lección de honradez—aunque ciertamente esta historia advierte contra la necedad del engaño. La afirmación “ella es mi hermana”, aparece tres veces en las narraciones de los patriarcas (v. 13; 20:2; 26:7). Algunos críticos dicen que las tres se refieren al mismo acontecimiento. Pero en la segunda instancia, Abram explicó que esa era la política que seguían por dondequiera que iban (20:13), así que no es de sorprender que repitiera su mentira.

No se puede pasar por alto el paralelismo deliberado entre esta estancia de Abram en Egipto y el acontecimiento histórico posterior en que la nación estuvo esclavizada en ese mismo país. Las características dominantes son asombrosamente parecidas: la hambruna en la tierra (12:10; 47:13), el viaje a Egipto para permanecer allí temporalmente (12:10; 47:27), el intento de matar a los hombres y salvar a las mujeres (12:12; Éx. 1:22), las plagas

que cayeron sobre Egipto (Gn. 12:17; Éx. 7:14–11:10), la entrega de bienes por parte de los egipcios (Gn. 12:16; Éx. 12:35–36), la liberación (Gn. 12:19; Éx. 15), y el regreso al Neguev (Gn. 13:1; Nm. 13:17, 22). La gran liberación de la esclavitud que experimentó Israel era una repetición de la alcanzada por su ancestro, y seguramente sería una fuente de consuelo y ánimo para ellos. Dios estaba haciendo algo más que prometerles libertad para su nación futura; es como si en Abram se hubiera dramatizado la liberación anticipadamente.

En relación con el mensaje del libro, es significativo que Génesis 12:10–20 esté colocado justo después del llamamiento y obediencia de Abram. En esta instancia, el patriarca ya no andaba por fe como al principio, pero Dios le había hecho promesas y las cumpliría. Abram no fue el único patriarca que tuvo que ser rescatado de sus dificultades en forma bastante deslucida.

12:10–13. La maquinación de Abram, nacida del temor, se volvió contra él, y la promesa divina se puso en grave peligro. Sólo Dios podía rescatar a su mujer para que la promesa hecha a Abram pudiera cumplirse. Cuando **Abram** confrontó el **hambre en la tierra ..., descendió ... a Egipto para morar allá** por un cierto tiempo, pero sin planes de quedarse en forma permanente. En 26:1 y 41:56 se mencionan otras hambrunas que azotaron a Palestina. No se puede culpar al patriarca por esto, excepto porque no dio evidencia de que estuviera actuando por fe. Su artimaña, basada en una costumbre que practicaba la sociedad nómada beduina de la época, consistió en decir una verdad a medias en relación con su hermana-esposa. Esta era una manera de acallar su conciencia. De hecho, sí era su **hermana** (aunque más exactamente su media hermana; cf. 20:12), de modo que dijo a los egipcios sólo lo que quería que supieran. Sin duda, su motivación se basó en las leyes de la sociedad fratriarcal (i.e., leyes que regían las relaciones entre hermanos; cf. Labán, 24:29–61). Cuando se encontraba en territorio enemigo, un hombre podía ser asesinado por quitarle a **su mujer**. Pero si Abram fuera conocido por ser su hermano, alguno que la quisiera tendría que hacer los arreglos matrimoniales con él, lo cual probablemente le daría tiempo para reaccionar en beneficio propio.

12:14–16. El sesgo irónico que tomó la historia vino cuando en efecto alguien deseó a Sarai, en especial alguien que no tenía por qué regatear por ella, i.e., **Faraón**. Las palabras de Abram: “para que me vaya bien por causa tuya” (v. 13) precisamente fue lo que sucedió, porque faraón **hizo bien a Abram por causa de ella**, y como resultado, se enriqueció. (Cf. el buen trato que posteriormente el faraón dispuso a José, el bisnieto de Abram, 41:41–43 y a Jacob, nieto de Abram, 45:16–20.) Pero esto hizo que Abram quedara atado a una obligación de la cual no pudo soltarse. Su trama ocasionó que casi perdiera a su esposa, y sin ella, la bendición prometida estaba condenada al fracaso.

12:17–20. Mas **Jehová** envió **grandes plagas** a los residentes del palacio egipcio. Sólo la intervención divina pudo sacar a **Sarai** del harén faraónico sin sufrir daño. Pero con la liberación vino una reprensión de parte del rey (vv. 18–19) y la expulsión del país (v. 20). Los egipcios eran muy supersticiosos y la clase de plagas que cayeron sobre ellos fueron interpretadas como un mal presagio. La orden de faraón: **tómala y vete** puede compararse a las palabras parecidas con que Dios llamó a Abram (“Vete de tu tierra y de tu parentela”; v. 1), pero las de faraón fueron dichas en deshonra.

En esta historia se manifiesta la forma en que Dios liberó a la familia patriarcal de los egipcios por medio de plagas, y la manera en que esto refleja la experiencia futura del éxodo. Pero esta primera liberación se hizo necesaria debido al engaño de Abram. A pesar del perjuicio que el patriarca se causó a sí mismo, Dios permaneció fiel a su promesa y no

permitió que la necedad del hombre pusiera en peligro su plan. Es probable que Abram pensara que la forma más sencilla de *evitar* el peligro era actuar engañosamente. Pero su maquinación lo puso a él *en* grave peligro así como a la promesa. Los siervos de Dios deben confiar en él plenamente y no recurrir a tramas dirigidas por ellos mismos.

Al principio, Abram prosperó como resultado de su engaño. Es verdad que se hizo rico, pero esas riquezas pudieron haberle impedido retener a Sarai, precisamente la persona que se necesitaba para que se cumpliera la promesa. Generalmente se supone que Agar fue comprada durante la estancia en Egipto. Al entregar a su esposa Sarai, Abram pudo haber adquirido a Agar, que posteriormente se convirtió en su esposa-esclava (16:1–2).

De esta forma, Moisés quería que sus lectores conocieran la protección misericordiosa del plan divino a través de la intervención y liberación de parte de Dios. Asimismo, quería que supieran que era necio tratar de salvarse a sí mismos de las dificultades maquinando engaños.

d. La separación de Lot (cap. 13)

Confrontados con el problema de sobrevivir debido a sus muchas posesiones (v. 6) y la consiguiente contienda que surgió (v. 7), los jeques Abram y Lot tuvieron que separarse, cada uno tomando su camino. Hubiera podido esperarse que Abram, el receptor de la promesa divina, hubiera ejercido su derecho para escoger primero. Pero magnánimamente ofreció el derecho de escoger a Lot, quien tomó su decisión basado únicamente en la apreciación humana, para quedarse con lo mejor de la tierra. La decisión de Abram de dejar que Lot escogiera primero sin duda fue tomada con base en la fe, porque Abram no veía lo temporal, sino lo espiritual, i.e., a la promesa de Dios.

El cap. 13 muestra la forma en que la fe resuelve la contienda. Se puede decir que la generosidad es una muestra de fe en las promesas de Dios, porque la fe no busca egoístamente cumplir los deseos personales, sino que es generosa, magnánima, y se niega a sí misma.

13:1–7. Los vv. 1–4 nos proporcionan el escenario de la historia, pero ese escenario es una historia en sí mismo, porque habla de cómo enfrentar el conflicto contando con las bendiciones divinas. Los primeros vv. hacen hincapié en que Abram **volvió ... hasta el lugar donde había estado** al principio. No se puede pasar por alto el énfasis que se pone aquí en **antes** (dos veces, vv. 3, 4) para describir su regreso a la tierra. De vuelta en ella, Abram renovó su adoración y proclamación de **el nombre de Jehová** en el **altar** que había hecho anteriormente (cf. 12:8).

Es muy importante el énfasis que se pone en esta sección en las riquezas de **Abram** (13:2), pues dice que **era riquísimo en ganado, en plata y en oro. También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas** (v. 5). Ambos habían prosperado grandemente. En especial, se especifica que **Lot** tenía tiendas, hecho que se desarrolla posteriormente.

Debido a sus muchas posesiones, **la tierra no era suficiente para que habitasen juntos**. Además, los cananeos poseían las mejores tierras, así que los siervos de estos dos hombres tenían que batallar para encontrar agua y alimento en las regiones más desérticas. Por causa de esto, **hubo contienda** (*רִיב*; posteriormente, esta palabra fue usada en Israel para describir controversias legales) **entre los pastores ... de Abram ... y los ... de Lot**. Además, estaban rodeados del **cananeo y el ferezeo** (v. 7). (La de los ferezeos era una de

varias tribus que vivían en Palestina, y generalmente aparecen junto con los cananeos; cf. 34:30; Dt. 7:1; Jue. 1:4; 3:5.) (V. “Canaán en tiempos de los patriarcas” en el Apéndice, pág. 312.)

13:8–13. La solución de Abram a las contiendas fue dar magnánimamente a **Lot** la oportunidad de escoger primero. Aquí se encuentra una ironía, porque se podría esperar que **Abram** se aferrara a lo que se le había prometido y que dijera a Lot que se fuera a buscar sus propias tierras.

La nota de advertencia de Abram—**No haya ahora altercado** (*merîbâh*, que está relacionada con la palabra *rîb*) **entre nosotros**—debe haber tocado una fibra íntima en el corazón de los israelitas cuando más tarde leyeron esto en relación con lo que sucedió en Meriba (Éx. 17:1–7). En aquel desierto no había agua para beber y la gente se quejó contra Jehová, por lo que Moisés golpeó la roca. Más tarde, Masah (“prueba”) y Meriba (“contienda”) se convirtieron en nombres ominosos, porque el pueblo provocó a Jehová por su incredulidad y fueron lanzados a vagar por el desierto hasta que murieron (Sal. 95:8–10). Su egoísmo manifestó su incredulidad (Sal. 95:10), de tal manera, que no entraron en la tierra (Sal. 95:11). Aquí también la elección de Lot fue completamente egoísta; así que se apartó de Abram y se fue hacia Sodoma (Gn. 13:12). La advertencia de Dios (Sal. 95:8–11) fue muy parecida a la que le hizo Abram (Gn. 13:8).

No se debe perder de vista el motivo de la preocupación de **Abram: porque somos hermanos**; i.e., parientes (v. 8). El vínculo común que habían compartido por tanto tiempo era para el patriarca algo digno de preservar. Para guardarlo intacto, parecía que la única posibilidad era la separación.

De nuevo, se da relevancia a **la tierra**. Abram dio a Lot la oportunidad de elegir entre toda la tierra que en derecho le pertenecía a él. **Y alzó** (*nāšāʾ*) **Lot sus ojos, y vio** (*rāʾâh*; cf. v. 14) **toda la llanura** (círculo) **del valle del Jordán**. Ese valle era fértil y fructífero, **de riego, como el huerto de Jehová**. (**Zoar** era un pequeño poblado que se encontraba en la llanura a la cual huirían posteriormente Lot y su familia, 19:18–22. Antes de esto, se llamaba Bela, 14:2, 8). Esto puede ser un recordatorio solemne de la primera vez que alguien vio un jardín con deseos malsanos (3:6). Pero ciertamente hay una nota amenazadora en la cláusula temporal—**antes que destruyese Jehová a Sodoma y a Gomorra**—como si el autor quisiera decir que lo que atrajo a **Lot** sería de corta duración. Sin tomar en cuenta a Abram, Lot hizo su elección, que se convirtió en el error más grande de su vida.

Por tanto, Lot fue **poniendo sus tiendas hasta Sodoma**, donde **los hombres eran malos y pecadores contra Jehová en gran manera**. Más adelante, el cap. 19 aclara en qué consistía su maldad.

13:14–18. Esta tercera sección del cap. proporciona un poco de solaz: Jehová confirma su promesa. La fuerte interrupción en la narración se marca por la frase **y Jehová dijo**. Los vv. 14–17 explican por qué **Abram** pudo dar a Lot la oportunidad de elegir de entre toda la tierra—es que contaba con la promesa segura de Dios; poseía la confirmación de que en el Señor tendría posesiones abundantes. Sabiendo que la promesa divina era auténtica, a Abram no le importaba qué porción escogiera Lot. Una persona que tiene la promesa de que contará con la provisión divina no tiene por qué aferrarse a las cosas materiales.

En los vv. 14–17 se hace un contraste entre Abram y Lot. Éste había estado ocupado adueñándose de lo que pensaba que era lo mejor. Ahora Jehová reformula las ideas, e

instruye a Abram dándole varios mandatos. Primero le dijo: **Alza** (*nāšāʾ*) **ahora tus ojos, y mira** (*rāʾāh*, v. 14; cf. v. 10) lo que Lot había hecho por sí mismo. Abram estaba esperando que Dios le diera la tierra en posesión, pero Lot se la apropió. El Señor volvió a decirle que le daría **la tierra** en posesión para siempre. Era mejor que Dios se la diera y no que alguien la tomara. Asimismo, Jehová dijo a Abram que **su descendencia** sería tan numerosa **como el polvo de la tierra** (cf. 22:17; 28:14). A continuación, se le invitó a que anduviera **a lo largo de ella** y contemplara su propiedad. El cap. 13 termina en la misma forma en que comenzó, con Abram asentándose (esta vez **en el encinar de Mamre**; cf. 14:13, **en Hebrón**, 35 kms. al sur de Jerusalén) y edificando **altar a Jehová**.

Difícilmente hay en la Biblia otro cap. que describa la fe en forma tan maravillosa. Aquí se ve al patriarca como un creyente y adorador auténtico de Jehová—cuya fe funcionó en un conflicto. Lot, andando por vista, escogió con base en lo que agradó a sus ojos. Su elección fue para su beneficio y gratificación. Pero la misma se hizo peligrosa y de corta duración, porque no todo era como parecía ser en la superficie. **Abram**, por otro lado, que andaba por fe, permitió generosamente que Lot escogiera primero. Abram no era egoísta y confiaba en Dios. Había aprendido que no era siguiendo su propio plan como conseguiría la tierra, o por medio de aferrarse a lo que era de él. Actuó con justicia y generosidad. El que sabe que Dios ha prometido proveerle todo, no es ambicioso, ni está preocupado, ni es codicioso.

e. Victoria sobre los reyes del oriente (14:1–16)

El registro de la batalla de los cuatro reyes contra cinco, es muy interesante, porque es parte del cumplimiento de la promesa que Dios hizo a Abram de hacerlo grande y de bendecir a aquellos que lo bendijeran y maldecir a quienes lo maldijeran (12:3). El cap. 14 describe una típica escaramuza “internacional” del mundo antiguo en la que algunas naciones poderosas formaron una coalición para saquear y subyugar la zona cercana a la frontera de la tierra prometida al patriarca.

14:1–12. Con objeto de apagar una rebelión (v. 4), cuatro reyes poderosos de oriente invadieron el valle del Jordán cerca del **mar Salado**, i.e., el mar Muerto (v. 3). Derrotaron a todas las fuerzas de la región (vv. 5–7), despojaron a los cinco reyes jordanos (vv. 8–11) y tomaron a Lot como rehén (v. 12).

Para entender los antecedentes de este cap., la arqueología es por demás útil. No se ha podido identificar a los reyes, pero sus nombres se parecen a varios reyes del Cercano Oriente de esa época, en especial, a los reyes de Mesopotamia. (El nombre de Arriyuk, parecido a **Arioc**, se encontró en Mari; **Qedorlaomer** es parecido a Kudur; y Tudhalia, que recuerda a **Tidal**, se menciona en la literatura hitita primitiva.) Además, era muy común que las ciudades-estado (naciones) se unieran con el fin de aumentar su poderío militar.

También se conoce la ubicación de muchas de las regiones y ciudades que se mencionan. **Sinar** (cf. 10:10) es otro de los nombres dados a la región que posteriormente se denominó Babilonia. **Elam** (cf. 10:22) estaba al oriente de Sinar. Sin embargo, se desconoce la localización de **Elasar** y **Goim**. **Sodoma ...**, **Gomorra ...**, **Adma ...**, **Zeboim** y **Bela** (la cual es **Zoar**; cf. 19:22)—las ciudades de los cinco reyes que se rebelaron contra **Qedorlaomer**—estaban cerca del mar Salado o Muerto. **Astarot Karnaim** (14:5) estaba en Haurán, la antigua Basán, al oriente del mar de Cineret. **Ham**

estaba en la parte oriental de Galaad, al sur de Basán. **Save-quiriataim** estaba al oriente del mar Muerto, y **el monte de Seir** al sureste del mar Muerto, en la región que posteriormente se conoció como Edom. **Parán** es el moderno Elat, que se encuentra en el golfo de Aqaba. **Cades** y **Hazezontamar** estaban al suroeste del mar Muerto. La ruta de los conquistadores era bien conocida en el mundo antiguo, y se designó “la ruta de los reyes” (Nm. 20:17; 21:22). **Quedorlaomer ... Tidal ... Amrafel y Arioc**, los **cuatro reyes** (Gn. 14:9)— bajaron por la parte oriental del Jordán, dieron vuelta en el Arabá (el escarpado valle que se encuentra al sur del mar Muerto), subieron por Cades hasta Hazezontamar y después a la zona de **Sodoma y Gomorra ... en el valle de Sidim** (vv. 8, 10). Es evidente que las cinco ciudades de la llanura estaban muy cerca una de la otra en la parte sur del valle (Unger, *Archaeology and the Old Testament*, “La Arqueología y el A.T.”, págs. 114–118). Los cuatro reyes saquearon a Sodoma y Gomorra y capturaron a Lot.

14:13–16. Al escuchar de la invasión y la captura de Lot, **Abram** reunió y **armó a trescientos dieciocho** hombres y junto con sus aliados (v. 13) persiguió y derrotó a los invasores durante un ataque nocturno. **Los siguió hasta Dan**, que en el futuro sería la frontera norte de la tierra prometida (a 224 kms. de la casa de Abram, que se encontraba en Hebrón). En aquel entonces, a Dan se le conocía como Lesem (Jos. 19:47) o Lais (Jue. 18:29). Abram **cayó sobre ellos de noche ... les atacó, y les fue siguiendo hasta Hoba**, otros 160 kms. al norte de Dan, **y recobró ... a Lot y sus bienes y a los demás** cautivos. Esta fue una asombrosa victoria del patriarca sobre cuatro reyes líderes que previamente habían conquistado una extensa porción de Transjordania y la zona que estaba al sur del mar Muerto.

Así, “Abram el hebreo” (*ibrî*, Gn. 14:13) fue reconocido como líder del clan. Esta es la primera vez que se menciona en la Biblia la palabra “hebreo”. Aunque este término no debe identificarse con el grupo posterior de soldados merodeadores que se llamaron “habiru”, sí pueden estar relacionados etimológicamente. De hecho, la actividad militar de Abram que se menciona en este cap. demuestra que le sienta bien esa designación cargada de significado. Por tanto, el suyo era un ejército que las naciones debían tener en cuenta.

El hecho de que Lot vivía en Sodoma fue lo que hizo que Abram fuera arrastrado al conflicto. En ese tiempo, Abram vivía en Hebrón (13:18) pero había hecho un pacto con **Mamre el amorreo** y con sus hermanos **Escol y Aner** (14:13; cf. v. 24). En este caso, el convenio benefició a Abram, porque esos amorreos, que le permitieron morar entre ellos, tuvieron que pelear junto a él. Cuando se usa el término “amorreo” a solas, se refiere a los pueblos semitas de occidente que vivían en los reinos transjordanos y en las montañas de Palestina. Estos amorreos era un grupo étnico pequeño, no la gran oleada de amorreos que poblaron tanto la antigua Sumeria como el occidente.

Como Abram era el comandante, a él se le atribuyó la victoria (v. 17). Pero esto no explica totalmente el triunfo que obtuvo. Más adelante, Melquisedec atribuyó la victoria a Dios, como parte de la bendición que había derramado sobre el patriarca (v. 20). El Altísimo estaba obrando a través de la vida de Abram en conformidad con sus promesas. Cuando los invasores saquearon la tierra y tomaron preso a **su revoltoso pariente**, Abram instintivamente se puso en acción.

Israel aprendería así que Dios dio la victoria a su pueblo escogido sobre los enemigos que saqueaban la tierra prometida. Esto debió animar al pueblo durante el período de los Jueces y en las invasiones posteriores. Por supuesto que la fe en Dios y la obediencia a él son requisitos indispensables para obtener la victoria.

En el A.T., las guerras eran reales y físicas, pero también eran de importancia espiritual por su relación con la fe. Conforme al N.T., la batalla del cristiano y las armas que usa son espirituales, y las promesas divinas son eternas. Usando figuras militares del lenguaje, Pablo compara la muerte de Cristo con una victoria (Ef. 4:8), en la cual el Señor derrota al pecado, la muerte y la tumba. Los dones que Cristo ha dado a sus siervos son espirituales, para que sean usados en su servicio. Con esos dones espirituales, y utilizando las armas espirituales, los cristianos deben defender la justicia, la verdad y la equidad (Ef. 6:10–19). Dios da a su pueblo la victoria sobre el mundo conforme a sus promesas de bendecir y maldecir, usando a sus siervos que han experimentado su irresistible llamamiento y que pueden usar las armas de la guerra espiritual con gran destreza.

f. La bendición de Melquisedec (14:17–24)

14:17–21. Ese es uno de los encuentros más fascinantes del A.T. Dos reyes que no podían ser más diferentes salieron al encuentro de Abram cuando regresó de la batalla. En contraste con la malvada ciudad de **Sodoma** y su gobernante Bera (v. 2), que sin duda también era inicuo, estaba **Melquisedec, rey de Salem** (i.e., Jerusalén, Sal. 76:2) y **sacerdote del Dios Altísimo** (Gn. 14:18). El nombre de ese rey (que significa “rey de justicia”) sugiere que era un gobernante justo y por lo tanto, representante de Dios. (Algunos eruditos bíblicos creen que Melquisedec fue una teofanía, i.e., una aparición de Cristo preencarnado.)

Melquisedec es la única persona que Abram reconoció como superior espiritualmente. **Abram** aceptó su bendición (v. 19) y le pagó **los diezmos de todo** lo que tenía (v. 20). El patriarca hizo esto a propósito, completamente consciente de lo que estaba haciendo. Esto muestra cuán sencillo y humilde era, a pesar de haber logrado una gran victoria. Reconocía que la revelación de Dios no se limitaba a él. Mientras que la atención del lector se centra en Abram como el que llevaba sobre sí toda la esperanza espiritual del mundo, aquí se presenta, salido de un oscuro valle cananeo, un hombre que estaba más cerca de Dios que Abram, y que “lo bendijo”. El valle se refiere **al valle de Save** (v. 17), probablemente el valle de Cedrón que se encontraba cerca de Jerusalén (cf. 2 S. 18:18).

El arreglo de esta confrontación de Abram se basa en un quiasmo: (a) **el rey de Sodoma** recibió a Abram (Gn. 14:17), (b) el rey de Salem recibió a Abram (v. 18), (b¹) el rey de Salem bendijo a Abram (vv. 19–20), (a¹) **el rey de Sodoma** le ofrece un trato (v. 21). El hecho de que la propuesta del rey de Sodoma fuera posterior a la bendición de Melquisedec, hizo que Abram mantuviera las cosas en la perspectiva correcta.

14:22–24. **Abram** juró delante de **Jehová Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra** (cf. v. 19) que no tomaría **nada** de lo que perteneciera a Sodoma para que su rey no se adjudicara el crédito de haber enriquecido **a Abram**.

Ese incidente fue una prueba de fe para Abram, después de haber obtenido una victoria tan impresionante. Bera, rey de Sodoma, le ofreció un trato por demás atractivo. Pero Abram, conociendo lo que sabía acerca de ese rey, sentía que conservar el botín que había obtenido lo convertiría en súbdito de Bera. Él quería algo más duradero que las posesiones y las riquezas; deseaba que se cumpliera la milagrosa e imperecedera promesa de Dios. La fe ve más allá de las riquezas de este mundo, hacia los prospectos más grandes que Dios tiene guardados.

Abram sabía que iba a prosperar más y quién era el que lo estaba bendiciendo. Pretendía recibir todo de Dios y ni siquiera **un hilo o una correa** de Sodoma. Los creyentes

obedientes enmarcan su vida de tal modo que para obtener el éxito, el gozo, el consuelo y la prosperidad, dependen de Dios—pero su fe, como la de Abram, está profundamente enraizada y haciéndose más fuerte cada día, y no más débil y pasajera. El rey de Sodoma evidentemente era un monarca impío que gobernaba un imperio malvado. Abram se dio cuenta de que hacer tratos con él sería perjudicial. Pero Abram pudo haber justificado la posible alianza diciendo que Dios estaba buscando la manera de bendecirlo a través de la oferta de ese rey. Sin embargo, no pudo encontrar ningún punto de comparación entre la bendición de Dios y las riquezas que le ofrecía Sodoma.

Melquisedec es un personaje importante en la Biblia. Precedió a Abram, y por tanto no era sacerdote levítico. Cuando David, el primer rey israelita que se sentó en el trono de Melquisedec, profetizó que su gran descendiente, el Mesías, sería un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. 110:4), el rey estaba viendo más allá del sacerdocio levítico que desaparecería. El libro de Hebreos demuestra cómo, en su muerte, Jesucristo cumplió el orden levítico e inició un sumo sacerdocio mejor. Al referirse a Melquisedec como el tipo perfecto de Cristo, el escritor de Hebreos hace hincapié en el anonimato de Melquisedec. En un libro (Gn.) tan lleno de genealogías y anotaciones ancestrales, ese hombre apareció sin registro familiar (He. 7:3) y es recordado como sumo sacerdote. Debido a que Abram le dio los diezmos de todo, el orden de Melquisedec es superior al de Leví, que fue descendiente de Abram (He. 7:4–10).

g. La creación del pacto (cap. 15)

Después de que Abram rescató a Lot y recibió la bendición de Melquisedec, el Señor hizo con él un pacto formal, confirmando la promesa que le había hecho con anterioridad (12:2–3). Pero Dios le advirtió que habría un largo período de esclavitud (15:13).

15:1–3. Antes de hacer el pacto, Dios hizo a un lado el temor y dudas de Abram con las palabras: **No temas ... yo soy tu escudo**. Cuando el Señor le prometió: **tu galardón será sobremanera grande**, de inmediato **Abram** preguntó: **¿qué me darás** si no tengo **hijo**? Esto demuestra su fe. Su visión no se había cegado por la oferta de Bera (14:22–24); el patriarca todavía tenía una sola esperanza, la de recibir la promesa original que Dios le había hecho (12:2–3). Su preocupación se expresa en un maravilloso juego de palabras basado en el origen del **mayordomo** (*ben mešeq*, lit., “hijo de posesión”) **de su casa, el damasceno** (*dammeš eq*) **Eliezer** (15:2). Es como si Abram quisiera recordar al Señor que en ese nombre estaba la señal, y que un simple **esclavo** sería su heredero.

15:4–6. Pero con fuerza, **Jehová** le respondió: **No te heredaré éste** (ni siquiera utilizó el nombre de Eliezer), **sino un hijo tuyo**, el cual vendría del propio cuerpo del patriarca, y sería **el que** heredaría la promesa. A continuación, Dios le mostró **las estrellas**, indicando que su **descendencia** sería igual de incontable (cf. 22:17; 26:4). La misma palabra que usó Dios para crear las estrellas, fue la misma que garantizó la simiente a Abram.

Abram **creyó** (lit., “creyó en”) **a Jehová, y le fue contado por justicia**. Esta verdad fundamental se repite tres veces en el N.T. (Ro. 4:3; Gá. 3:6; Stg. 2:23) para mostrar que a cambio de la fe, se recibe la justificación.

Génesis 15:6 proporciona una nota importante, pero no especifica la conversión de Abram, la cual había ocurrido años antes, cuando salió de Ur. (La forma de la palabra hebr. “creyó” muestra que su fe *no* empezó después de los acontecimientos que se narran en los vv. 1–5.) La fe de Abram se menciona aquí porque era fundamental para llevar a cabo el

convenio. El pacto abrahámico no proporcionó la redención a Abram; más bien fue un convenio que Dios hizo con alguien que había creído previamente y a quien ya se había otorgado la justificación. Claramente, la Biblia enseña que en todas las edades, la justificación (i.e., la salvación) es adjudicada por la fe.

15:7–10. En la ceremonia solemne en que **Jehová** hizo el pacto forzoso con Abram, el Señor le aseguró que sus promesas se cumplirían al pie de la letra (vv. 7, 18–21). Asimismo, le declaró que sus descendientes vivirían en la esclavitud (vv. 13–16) por un largo período de cuatrocientos años.

Obedeciendo las instrucciones del Señor, **Abram** partió por la mitad (v. 10) a tres animales—**una becerro ... una cabra ... y un carnero** (v. 9)—y también trajo **una tórtola y un palomino**.

15:11–16. En ese momento cayó un terror repentino sobre **Abram**, ya que las **aves de rapiña** descendieron sobre los animales de la ofrenda—sin duda una señal amenazadora. Pero el anuncio de la esclavitud de Israel (vv. 13–14) aclaró el significado del ataque de los animales de carroña. La palabra **oprimida** (*‘ānāh*, v. 13; cf. 16:6) es la misma que se usa en Éxodo 1:11–12 para describir la opresión de Israel por Egipto. Esta nación, como ave de rapiña, se opuso al pacto, pero al final, éste se cumpliría. Más adelante, en los días de Moisés, cuando los israelitas estaban en Egipto, podrían contar los años para ver que ya habían pasado **cuatrocientos años** (desde el tiempo en que Jacob entró en Egipto en el año 1876 a.C.; cf. “Cronología de los Patriarcas” en el Apéndice, pág. 317) y se acercaba el tiempo de su liberación de la esclavitud (**saldrán con gran riqueza**). Éxodo 12:40 y Gálatas 3:17 afirman que la esclavitud en Egipto duró 430 años (de 1876 a 1446 a.C.) Es evidente entonces, que tanto Génesis 15:13 como Hechos 7:6 con sus referencias a 400 años, usan números redondos (V. el comentario de Hch. 7:6 y Gá. 3:17).

Dios es justo y permitió que llegara **a su colmo la maldad del amorreo** antes de juzgarlos (Gn. 15:16). (V. el comentario acerca de los amorreos en 14:13–16.) Jehová iba a tolerar su pecado hasta que Israel, bajo Josué, conquistara Palestina. Entonces, el cumplimiento de las promesas a Abram incluye un juicio de retribución contra los habitantes de la tierra de Canaán. La simiente de Abram obtendría la tierra—pero ni siquiera una hora antes de que lo exigiera la justicia absoluta. Dios tenía mucho que hacer antes de cumplir su promesa—incluyendo disciplinar a su pueblo para capacitarlo para que recibiera la promesa. Para Abram, debe haber sido terrible saber esto con anticipación—tanto como ver a las aves de rapiña.

15:17–21. Pasando el ocaso, Dios se reveló en **un horno humeando y una antorcha de fuego**, dos elementos que se relacionaban con los ritos sacrificiales del mundo antiguo. Esas imágenes son parte de la característica dominante de “quemar”, que describe el celo divino y el juicio sobre el mundo. El fuego representa el celo purificador y consumidor de Jehová así como su santidad inalcanzable, los cuales se relacionan entre sí (Is. 6:3–7). En la oscuridad (Gn. 15:17), Abram no vio otra cosa de esa visión, excepto los elementos ardientes **que pasaban por entre** las piezas de **los animales divididos**. De la misma manera, el santo Dios sería celoso al castigar a las naciones y después cumplir sus promesas pactales con Israel. Descendió e **hizo** (lit., “cortó”) **Jehová un pacto formal con Abram** (llamado “pacto abrahámico”). Puesto que Dios no podía “jurar” (confirmar el pacto) por nadie que fuera más grande que él, “juró por sí mismo” (He. 6:13). En otras palabras, fue un convenio unilateral y sus promesas eran absolutamente seguras.

Dios aún especificó los límites geográficos de la tierra de Israel que serían **desde el río de Egipto** (Wadi el-Arish, no el río Nilo) **hasta el río grande, el Eufrates**. Israel nunca ha poseído la tierra en su totalidad, pero lo hará cuando Cristo regrese a reinar como Mesías. Más adelante, las tribus cananeas que se listan (Gn. 15:19–21) fueron desposeídas de sus tierras durante la conquista.

Para Abram, el mensaje divino era muy claro: a pesar de los prospectos de muerte y sufrimiento (esclavitud y opresión), sus descendientes recibirían las promesas, porque Dios así lo confirmó. Así que Israel se animaría con esto durante el éxodo y en los subsiguientes tiempos de aflicción, incluyendo la cautividad babilónica. El pacto solemne hecho por Dios asegura al pueblo escogido el cumplimiento final de sus promesas a pesar de que habría tiempos en que pasarían por la muerte y el sufrimiento.

Asimismo, era imposible que Israel no notara el paralelismo que aparece al principio de esta narración. (Cf. “Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos”, v. 7 con Éx. 20:2: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto”.) Esto aseguraba a Israel que a pesar de la oposición y la esclavitud, Dios castigaría a quienes los oprimieran y cumpliría sus promesas.

Este pasaje también anima a los creyentes del N.T. Dios afirmó solemnemente que él cumplirá sus promesas relativas a la salvación así como todas las bendiciones que pertenecen a esa vida (cf. 2 P. 1:3–4); a pesar de la oposición, sufrimiento y aun la muerte, él cumple sus promesas.

2. LA PROVISIÓN DE LA SIMIENTE PROMETIDA A ABRAHAM, CUYA FE SE DESARROLLA POR MEDIO DE LA PRUEBA (16:1–22:19)

Este ciclo de narraciones presenta las luchas que el patriarca Abram tuvo mientras esperaba que se cumplieran las promesas divinas. A veces tropezaba, pero al fin y al cabo, su fe fue comprobada.

a. *La falta de fe y nacimiento de Ismael (cap. 16)*

A medida que se desarrollaba y probaba la fe de Abram, se vio una demora en el cumplimiento de la promesa de Dios. En momentos de debilidad, siempre existen sugerencias para realizar planes alternativos—mismos que no se basan en la fe. Los esfuerzos humanos para ayudar al cumplimiento de las promesas divinas complicaron el asunto. Más tarde, Israel también aprendería que cuando trataba de hacer las cosas sin Dios, todo se complicaba.

16:1–6. **Sarai** era estéril, así que para la mente humana, el heredero de la promesa no podría venir de ella en lo absoluto. Esto puso en movimiento algunas actividades dudosas por parte de Abram y su esposa Sarai. Sin embargo, **Abram** aprendió que la promesa de Dios no se iba a cumplir de esa manera.

Siguiendo la costumbre legal de aquellos días, una mujer estéril podía dar su **sierva** a su esposo para que fuera su mujer, y el niño que naciera de esa unión se consideraba como hijo de la esposa. Si el marido decía al hijo de la esposa-esclava “tú eres mi hijo”, entonces era adoptado como hijo y heredero. Así que la sugerencia de Sarai fue inobjetable, considerando las costumbres de esos días. Pero a menudo, Dios repudia las costumbres sociales.

Sin embargo, el plan de Sarai, que se realizó con el consentimiento de Abram, fracasó después de que **Agar**, la **sierva egipcia ... concibió y miraba con desprecio a su señora**. Ambas mujeres deben haberse preguntado qué sucedería con la simiente de Abram. ¿Procedería de Agar? Debido al conflicto que surgió entre las mujeres, **Sarai** culpó a **Abram** por el desacuerdo, pero él le dijo que hiciera **con ella lo que bien** le pareciera. Entonces, **Sarai la afligía** (*‘ānāh*; V. el comentario de esta palabra en 15:13), por lo que Agar **huyó de su presencia** (16:6).

Al igual que Adán (3:17), Abram siguió el consejo equivocado de su esposa y quedó atrapado e indefenso en medio de la situación.

16:7–16. La historia tiene tanto un lado oscuro (Sarai afligió a su sierva) como uno brillante (**la halló el ángel de Jehová** en el desierto y se comunicó con ella). No hay problema en descubrir lo que falló en la parte oscura de la historia. Cuando se abandonó el camino de la fe (que involucra espera paciente) y se tomó el camino de las consideraciones humanas, Abram se vio inmerso en una cadena de causas y efectos que lo afectarían muchísimo en los años que estaban por venir. (Ismael se convirtió en el ancestro de los árabes, que todavía siguen siendo hostiles a los judíos.)

El ángel de Jehová encontró a la sierva **junto a una fuente de agua** que estaba **en el camino de Shur** (cf. 25:18) cuando ella iba de camino a Egipto, su tierra. Esta es la primera referencia que se hace en el A.T. al “ángel de Jehová”. Este ángel se identifica con Jehová en 16:13 así como en 22:11–12; 31:11, 13; 48:16; Jueces 6:11, 16, 22; 13:22–23; Zacarías 3:1–2. Y aun así, el ángel es diferente de Jehová (Gn. 24:7; 2 S. 24:16; Zac. 1:12). Entonces, “el ángel de Jehová” puede referirse a una teofanía de Cristo preencarnado (cf. Gn. 18:1–2; 19:1; Nm. 22:22; Jue. 2:1–4; 5:23; Zac. 12:8).

Después de hacer dos preguntas a **Agar: ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas?** Dios le dio dos mensajes, el primero, de exhortación—**vuélvete ... y ponte sumisa** (Gn. 16:9) y el segundo de promesa—que daría a luz a un hijo (vv. 10–12). Ella llamó a Jehová **Dios que ve** (v. 13) y para conmemorar el acontecimiento, nombró al pozo que en ese entonces todavía era desconocido: **Pozo del Viviente-que-me-ve** (*“Be’ēr laḥaī rō’ī”*; cf. 24:62; 25:11).

En Génesis, a menudo las etimologías populares conllevan un mensaje. Son recursos retóricos que reciben del relato la explicación de los nombres. Este nombre era un recurso mnemotécnico para recordar los acontecimientos y su significancia. En este pasaje, hay dos etimologías populares que no sólo forman el clímax de la sección, sino que señalan el propósito de toda la unidad. Dios mismo llamó **Ismael** al hijo de la sierva, nombre que enseguida se explica: **porque Jehová ha oído tu aflicción** (16:11). Claramente, quería dar un mensaje primeramente a Agar, pero también iba dirigido a Abram y Sarai.

El otro nombre es la expresión de Agar que se refiere a Dios como el “Dios que ve” por ella, i.e., que “cuidaba de ella”. Así que en estos dos nombres encontramos todo un mundo de teología. Dios escucha y también ve. Posteriormente, el pozo se convirtió en un lugar santo, donde Dios podía ser hallado para escuchar el llanto de su pueblo y suplir sus necesidades.

Los nombres nos dan el mensaje: Dios habló en una revelación directa y Agar respondió por fe. Dios ve el dolor y la aflicción y él oye. Sarai debería haber sabido esto. Puesto que Dios sabía que ella era estéril, ella debió haber clamado al Señor. Pero en lugar de eso, tuvo que aprender su lección de la forma difícil—de la experiencia de una despreciada esposa-sierva que irónicamente, regresó a su hogar con una experiencia de fe.

Seguramente, **Abram** se sintió fuertemente reprendido cuando **Agar** le dijo que Dios le había dicho que llamara a su hijo **Ismael**, “Dios oye”.

Cuando nos hallemos pasando por la aflicción (en este caso la esterilidad de Sarai), debemos acudir al Señor porque él escucha al afligido, ve su necesidad y milagrosamente cumple sus promesas. Éstas no pueden cumplirse con la intervención humana. Dar hijos a la estéril es obra divina (Sal. 113:9). Más adelante, Lea también supo que Dios escucha al afligido, y para reflejar precisamente eso, dio a sus hijos los nombres de Rubén y Simeón (Gn. 29:32–33). A Sarai todavía le faltaba mucho por progresar en su fe.

Así que Dios proveyó lo necesario a la mujer embarazada que fue lanzada al desierto. El Señor prometió a Agar que sería una matriarca—porque su hijo sería **hombre fiero** y padre de una gran tribu de gente aguerrida y hostil (cf. 25:18) que moraría en el desierto arábigo (25:12–18). Pero ellos no serían la simiente prometida; sólo complicarían las cosas. El pecado de Sarai dio origen a los ismaelitas, una siembra que todavía sigue dando frutos amargos. Posteriormente, José, el bisnieto de Sarai, fue llevado a Egipto por los ismaelitas (37:28).

La lección fue muy clara tanto para Sarai, como para Abram, Agar, el pueblo de Israel y los cristianos: Los siervos de Dios deben confiar en su palabra y esperar su cumplimiento aguantando con paciencia hasta el final. En Génesis se va haciendo más y más claro que toda persona o nación que debe su existencia a la elección divina, debe vivir por fe. Los esfuerzos humanos no son de ayuda. Las buenas nuevas para el pueblo de Dios es que el Dios vivo ve y escucha.

b. La promesa de la simiente se confirma por medio de un nombre y una señal (cap. 17)

Este cap. registra (a) la confirmación de las promesas divinas cambiando el nombre de Abram (vv. 1–8) y de Sarai (vv. 15–18), (b) la institución de la circuncisión como señal del pacto (vv. 9–14), (c) la palabra segura de Dios respecto al cumplimiento de la promesa a través de Sara (vv. 19–22) y (d) la obediencia de Abraham (vv. 23–27).

En las primeras tres secciones, Dios es la figura dominante: Prometió a Abram un hijo y lo llamó Isaac, renombró a Abram y Sarai para que sus nombres reflejaran su promesa y después, instituyó una señal para el pacto.

17:1–8. Las promesas de Dios a **Abram** se fueron haciendo más y más maravillosas. Por ser **el Dios Todopoderoso**, él es completamente capaz de cumplir sus promesas. (Esta es la primera vez que aparece en el A.T. el título “Dios Todopoderoso” [’ēl šadday] que en Génesis se usa varias veces [17:1; 28:3; 35:11; 43:14; 48:3; cf. 49:25]. Algunos eruditos han sugerido que šadday se relaciona con la palabra acadia šadû, que significa pecho, o montaña, o ambos. [Algunas palabras que describen al cuerpo humano también se usaban como descripciones geográficas; e.g., la “boca” de un río, el “pie” de la montaña.] Así que, cuando se aplica a Dios, šadday se refiere ya sea a su capacidad de suplir abundantemente [“el que es Abundante”] o a su fuerza majestuosa [“el Todopoderoso”].) Entonces Dios le dijo: **Serás padre de muchedumbre de gentes** (17:4; cf. “nación grande” 12:2), y **reyes saldrán de ti** (17:6; cf. v. 16). Además, le dijo que el **pacto** entrabos sería **perpetuo** (v. 7). Asimismo, **toda la tierra de Canaán** que pertenecería a Abram (15:7) sería **heredad perpetua** de sus descendientes.

El cambio de nombre del patriarca fue crucial. El nombre **Abram** (17:5), que significa “padre excelso” se remontaba hacia *atrás*, a Taré (11:27) e implica que Abram descendía de un linaje real. Pero en hebr., el nombre **Abraham** (ʿabrāhām) suena parecido a **padre de muchedumbre** (ʿab hāmôn) **de gentes** (17:4–5). Su nuevo nombre sugiere una mirada hacia *adelante*, a su **descendencia**.

Podemos imaginar con certeza que Abram se sintió herido por las sonrisas reprimidas de sus hombres cuando les dijo que le llamaran Abraham, con su significado de ser padre de una multitud, precisamente cuando ya era **de edad de noventa y nueve años** (vv. 1, 24). Pero aun así, Abraham sabía que Dios no lo había engañado. Su nuevo nombre y el de su esposa serían recordatorios perpetuos de la palabra segura de Dios. Cada vez que alguien lo llamara por su nombre, él recordaría la promesa divina, hasta que llegara el día en que Isaac, el hijo de la promesa, le llamara “abba” (padre).

17:9–14. La otra señal confirmatoria (v. 2) fue la circuncisión. Ésta debía aplicarse a todos los varones que compartieran la promesa. Esa operación se practicaba en otros lugares del Medio Oriente, pero aquí alcanzó un nuevo significado. También recordaría a **Abraham** y a su **descendencia** el **pacto perpetuo** (v. 13; cf. vv. 7, 19). Por medio de ese símbolo, Dios enseñó la impureza de la naturaleza humana y la dependencia en Dios para la producción de toda clase de vida. Ellos reconocerían y recordarían: (a) que la impureza congénita debe hacerse a un lado, especialmente en el matrimonio, y (b) que la naturaleza humana es incapaz de producir la simiente prometida. Además, debían permanecer fieles a su familia. Cualquier israelita que se rehusara a ser **circuncidado**, sería cortado o separado **de su pueblo** (v. 14) debido a que había desobedecido el mandato divino.

En otros lugares, las Escrituras se refieren a la circuncisión como símbolo de separación, pureza y lealtad al pacto. Moisés dijo que Dios circuncidaría los corazones de su pueblo para que ellos pudieran consagrarse a él (Dt. 30:6). Y Pablo escribió que la “circuncisión del corazón” (i.e., ser separado interiormente “por el Espíritu”) es evidencia de la salvación y compañerismo con Dios (Ro. 2:28–29; cf. Ro. 4:11). Uno debe entregarse a Dios y a sus promesas confiadamente, haciendo a un lado su fuerza natural. La incredulidad se equipara con un corazón incircunciso (Jer. 9:26; Ez. 44:7–9).

17:15–18. Dios anunció que **Sarai** debía ser llamada **Sara**. Aunque este nuevo nombre incluye sólo un cambio mínimo y significa “princesa”, fue muy adecuado para una mujer cuya simiente estaría formada por reyes (v. 16; cf. v. 6). Al escuchar esto, **Abraham ... se rió** porque le parecía imposible que una mujer estéril, y **ya de noventa años**, pudiera concebir a un hijo. Abraham había supuesto que su descendencia vendría de **Ismael**.

17:19–22. Aun así, **Dios** le aseguró que **Sara** le daría **a luz un hijo**, a quien debía llamar **Isaac**, que significa “él ríe” (v. 19). Su nombre sería un recordatorio continuo de que alguien se había reído de la palabra de Jehová. No obstante, **Ismael** no quedó en el olvido, porque Dios dijo que tendría muchos descendientes también. Es más, aquí incluso se predice el número de hijos que tendría: **doce**. Sus nombres se registran en 25:13–15.

17:23–27. Una vez que recibió la palabra acerca de Isaac, **Abraham** de inmediato obedeció el mandato acerca de la circuncisión, reflejando así su fe en la palabra divina. Abraham fue circuncidado a la **edad de noventa y nueve años ... Ismael ... de trece años ... y todos los varones de su casa**, tanto **el siervo nacido en casa** como **el comprado ... por dinero**, todos **fueron circuncidados con él**.

c. *La promesa de la simiente se confirma por medio de una visita (18:1–15)*

18:1–8. Estando Abraham **en el encinar de Mamre** en Hebrón, **tres varones** lo visitaron (cf. 13:18; 14:13) para confirmar el tiempo en que se cumpliría la promesa. Esos personajes eran el **Señor** (18:1, 10, 13; cf. el comentario del “ángel de Jehová”, 16:7) y dos ángeles. Aunque se justifica que en este pasaje encontremos lecciones acerca de la hospitalidad, los ángeles ciertamente no visitaron a Abraham con el propósito de enseñarle esto. ¿Por qué se acercó el ángel de Jehová a Abraham de esa manera? ¿Por qué no utilizó a un oráculo, una visión, o una voz? Posiblemente quería que fuera un examen tanto para Abraham como para los sodomitas. El estado moral de Abraham y Sodoma quedó de manifiesto por la forma tan diferente en que trataron a los extranjeros. La visita pacífica y quieta con Abraham se contrasta grandemente con la explosión de brutalidad y crueldad de los habitantes de Sodoma (cf. caps. 18–19).

Pero es más probable que los visitantes de Abraham quisieran enseñar la importancia de mantener un compañerismo íntimo. Comer juntos era importante para lograr ese fin, así como parte de las ofrendas de paz y al concertar tratados. Cuando el Señor estuvo listo para especificar el cumplimiento de la promesa pactal, él vino en persona y comió en la tienda de Abraham. Nada hubiera podido comunicar más significativamente su relación íntima.

Abraham **salió corriendo** en cuanto los vio (18:2), **fue de prisa a la tienda** (v. 6), **corrió ... a las vacas** (v. 7), y el **criado ... se dio prisa** (v. 7). Además, Abraham se postró en tierra ante ellos (v. 2); hizo que se trajera **agua** para lavar **sus pies** (v. 4); les sirvió pan recién horneado (v. 6), carne **de becerro tierno y bueno** (v. 7), así como **mantequilla y leche** (v. 8) y **él se estuvo con ellos** de pie mientras **comieron** (v. 8; cf. vv. 1–2). Todo esto sugiere que él sabía quiénes eran sus visitantes.

18:9–15. Después de la comida, uno de los visitantes angélicos le anunció que según el tiempo de la vida, **Sara** tendría un hijo. Este ángel de Jehová claramente era el Señor mismo (cf. 16:7). La idea le pareció ridícula a **Sara**, por lo que **se rió** dentro de su corazón. La respuesta del Señor fue una reprensión para la mujer, pues le dijo: **¿Hay para Dios alguna cosa difícil?** (Una mejor trad. es “maravillosa”).

Básicamente, el relato es un llamamiento a creer que Dios puede realizar aun lo imposible. Él confirmó su promesa por medio de una visita personal—y comió con ellos—para anunciarles que el **tiempo** se acercaba. Fue la anunciación de un nacimiento humanamente imposible. Cuando algo tan increíble como esto se declara, la respuesta humana es consistente: como **Sara**, la gente es tomada por sorpresa, se ríe y después debido al temor, niega haberse reído (18:15). Pero Dios conoce el corazón humano y sabe que a menudo, los cristianos se tambalean ante lo que él dice que puede hacer.

¿Es el nacimiento de un hijo de una matriz muerta demasiado maravilloso para Aquél que hizo que todas las cosas existan? No es cuestión de risa. Él puede hacerlo. Nada es increíble para aquellos que se encuentran en un compañerismo pactal con el Señor, porque no hay nada demasiado difícil para que él lo realice.

d. La intercesión de Abraham por la gente de Sodoma (18:16–33)

El tema predominante de este relato es la justicia. Proviene de los vv. precedentes (vv. 9–15). Ciertamente Dios es capaz de hacer lo que él elige hacer, ¿pero será justo lo que hace? La respuesta es obvia, como se muestra por la contestación que dio a las peticiones de Abraham.

18:16–21. Este es un soliloquio del Señor donde expresa su juicio sobre las ciudades de la llanura, siendo la mayor de ellas **Sodoma**. Es interesante que **Jehová** tuviera una doble

motivación para revelar su plan: (1) puesto que a través de **Abraham** iban a **ser benditas ... todas las naciones**; Dios le dijo que una ciudad (Sodoma) iba a ser removida antes de que tuviera la oportunidad de ser bendecida a través de él. (2) Abraham debía enseñar a sus descendientes **justicia y juicio** (v. 19), **para que** pudieran disfrutar de las bendiciones divinas.

Debido a que **el clamor** de la gente **contra Sodoma y Gomorra** iba en aumento porque **el pecado de ellos se había agravado en extremo**, el Señor descendió para ver si esto era así de malo. (Por supuesto que debido a su omnisciencia, él conocía los pecados de Sodoma y Gomorra, pero quería demostrar su justicia para con ellos.) Si el pecado de ellos se había **consumado**, serían castigados.

18:22–33. ¿Destruiría Dios **también al justo con el impío**? Abraham estaba seguro de que había algunos **justos** en Sodoma—no estaba orando sólo por Lot—así que intercedió por la ciudad apelando a la justicia divina.

En esa intercesión se revela el gran carácter que tenía Abraham. Pidió que todos los habitantes de las ciudades—**el justo** así como **el impío**—fueran librados por amor a los justos (v. 23). Con anterioridad, él había rescatado personalmente a esa gente durante una batalla (14:16). Ahora pidió por ellos con el mismo denuedo, insistencia y generosidad con que había peleado por ellos. El “regateo” de Abraham con Dios molesta a algunos lectores, pero las oraciones del patriarca, aunque audaces, se hicieron con auténtica humildad y profunda reverencia. Fue para que se honrara la justicia que pidió la liberación de Sodoma si se encontraran en ella tan pocos como **cincuenta ... cuarenta y cinco ... cuarenta ... treinta ... veinte ...** o aun si sólo se hallaren **allí diez** justos (18:24–32). Él no estaba tratando de convencer a Dios de que hiciera algo en contra de su voluntad (en contraste, la oración de Lot por Zoar fue muy diferente, 19:18–23).

De esta manera, el tema de la justicia predomina aquí: aquellos que disfrutaban de la bendición de Dios (a) enseñarán justicia y juicio a otros (18:19); (b) pueden interceder para que se haga un juicio justo con el fin de preservar a los justos; y (c) sabrán que Dios puede preservar a los impíos por causa de los justos. Es seguro que Israel aprendió de esto que Dios es un Juez justo, que la justicia engrandece a la nación (cf. Pr. 14:34) y que los justos ayudan a preservar a la sociedad (cf. Mt. 5:13). Estas verdades deben haber sido de importancia capital para Israel así como lo fueron para **Abraham**, quien las convirtió en motivo de su intercesión compasiva.

e. El juicio de las ciudades de la llanura (cap. 19)

Este cap. registra el castigo de Dios sobre la moralmente corrupta civilización cananea, pero también contiene una fuerte advertencia contra quienes se hicieran como ellos, porque ya había sido muy difícil sacar a Lot de Sodoma, y sacar a Sodoma de la familia de Lot.

Lot era un ciudadano ejemplar, hospitalario, generoso (vv. 2–3) y líder de la comunidad. De hecho, había llegado a ser juez, pues se sentaba “a la puerta” de la ciudad (v. 1; cf. v. 9). Generalmente, los jueces oficiaban en la puerta de la ciudad, o sea, en los lugares públicos (cf. Job 29:7, 12–17), donde se realizaban las transacciones legales y comerciales (cf. Gn. 23:18). Al ejercer su oficio, Lot trataba de eliminar la maldad de sus conciudadanos y aconsejarlos para que llevaran una vida recta. Él conocía la verdad y la justicia, la rectitud y la maldad. Él era “justo” (2 P. 2:7–8).

Pero a pesar de que condenaba el estilo de vida de los sodomitas, a Lot le encantaba disfrutar de la vida en Sodoma. Prefería ganar dinero a costa de sus paisanos que vivir en

las colinas (cf. Gn. 13:10–11), donde no habría una vida corrupta, pero tampoco “una buena vida”.

La hora de la verdad se presentó cuando recibió una visita de lo alto. Lot parecía ser santo y puro, pero era un hipócrita, ya que sus palabras no eran tomadas en serio (19:14). Al principio, “este santo” puso sus tiendas cerca de Sodoma, pero posteriormente, Sodoma llegó a controlar su vida. Él era moral pues se oponía a la sodomía y la homosexualidad y reconocía la maldad cuando la veía. Pero irónicamente, estuvo dispuesto a sacrificar la virginidad de sus hijas con tal de mantener a raya a los degenerados sodomitas (v. 8). Escapó de ser castigado por la gracia de Dios, pero su corazón estaba aferrado a Sodoma. Su esposa estaba demasiado unida a la ciudad como para obedecer el llamamiento de la gracia, y sus hijas no tuvieron reparo en tener relaciones sexuales con su padre borracho y desnudo (vv. 30–35).

Mientras Dios dejara a Lot en paz, él seguiría diciendo que tenía fe y al mismo tiempo seguiría viviendo en Sodoma. Pero al final, no pudo conservar ambas cosas. Sodoma lo hubiera destruido a él si Dios no hubiera destruido a Sodoma.

19:1–14. Los dos ángeles (cf. 18:2, 22) fueron unos visitantes renuentes. A pesar de la hospitalidad de **Lot**, prefirieron quedarse **en la calle** o plaza. Pero él insistió **y entraron** y los recibió **en su casa**. Estando allí, **rodearon la casa los hombres de la ciudad**. Su deseo era tener relaciones sexuales (**para que los conozcamos**, i.e., sexualmente) con los visitantes de Lot. Querían tener relaciones homosexuales con aquellos dos que suponían eran hombres. Por ser ángeles, es obvio que su apariencia era muy atractiva. Asombrosamente, la vileza de los hombres fue tan grande como la hipocresía de Lot, quien aun ofreció entregar a sus **dos hijas** vírgenes (19:8). Proteger a sus huéspedes era parte de la hospitalidad, pero ¡esto fue demasiado lejos! Las súplicas de Lot de que no se hiciera tal maldad con sus visitantes (v. 7) fueron en vano, y los sodomitas pudieron ver la otra cara de su **juez** (v. 9). Hasta les parecía una burla. Entonces, los ángeles **alargaron la mano, y metieron a Lot en casa ... y a los hombres que estaban a la puerta ... hirieron con ceguera ... y dijeron ... a Lot** que sacara de la ciudad a su familia porque iban **a destruir** la ciudad. Pero cuando Lot dijo esto a **sus yernos** o sea, los prometidos de sus hijas, no le creyeron.

19:15–22. Antes del amanecer, **los ángeles** literalmente tuvieron que arrastrar a **Lot** fuera **de la ciudad** (v. 16). Por supuesto que en la liberación de Lot se mostró **la misericordia de Jehová** gracias a la intercesión de Abraham (cf. 18:23; 19:29). Pero aun después de haber sido librado, Lot extrajo una concesión más de los ángeles. Él quería irse a vivir a una **pequeña ... ciudad** que después fue conocida como **Zoar**, que significa “pequeña” (vv. 18–22). (Anteriormente se conocía como Bela, 14:2.) Ese lugar siempre recordaría al pueblo de Israel la historia de Lot, que se resistió y demoró su salida de Sodoma, por lo que tuvo que ser arrastrado fuera de ella para ponerlo a salvo. ¿Por qué será que algunos hijos de Dios se adaptan al mundo corrupto en vez de escapar voluntariamente de una sociedad destinada a la destrucción?

19:23–29. Entonces Jehová hizo llover ... azufre y fuego sobre las malvadas **ciudades**, y sobre **toda aquella llanura**, con lo que fueron totalmente destruidas (vv. 24–25). Algunos eruditos han sugerido que los depósitos de azufre surgieron de la tierra y explotaron (cf. “pozos de asfalto”, 14:10) y después llovieron “desde los cielos” inflamados por el fuego (cf. Lc. 17:29). **La mujer de Lot miró atrás** deliberadamente y **se volvió estatua de sal**, formando así un monumento a la desobediencia. **El humo como de un horno** (19:28) que Abraham vio al día siguiente, fue causado por el azufre quemándose (v.

24). Pero cuando **destruyó Dios** a los pecadores de **las ciudades de la llanura**, **Dios se acordó de Abraham**, i.e., recordó su petición (18:23–32), y salvó **a Lot de en medio de la destrucción** y del castigo.

19:30–38. Esta sección final registra el acto que cometieron las **dos hijas** de Lot en la cueva de un monte. Lot **tuvo miedo** de habitar en los montes (v. 19) así que se fue a vivir a Zoar (v. 22). Pero irónicamente, salió de **Zoar, y habitó en una cueva** (v. 30). ¡Qué gran diferencia había entre ésta y la “civilización progresista” (Lc. 17:28) de la ciudad de Sodoma que había abandonado!

Sabiendo que sus expectativas de casarse de nuevo eran muy escasas (Gn. 19:31), las dos hijas, cuyos prometidos habían muerto en el holocausto de Sodoma, tomaron turnos para emborrachar a su padre y tener relaciones sexuales con él (vv. 32–35). Este acto incestuoso demuestra la influencia que Sodoma había ejercido en ellas. Ambas dieron a luz un hijo, la primera a **Moab ..., padre de los moabitas** y la segunda a **Ben-ammi ..., padre de los amonitas** (vv. 36–38), que se convirtieron en los enemigos permanentes de Israel. En hebr., “Moab” suena como las palabras “hijo de papá”, y “Ben-ammi” significa “hijo de mi pariente”. Para Israel, esas etimologías perpetuaban el ignominioso comienzo de sus malvados enemigos.

En este cap. encontramos cuatro características dominantes: el castigo repentino de Dios sobre los malvados cananeos, la cercana relación de Lot con la sociedad impía, la misericordiosa liberación divina de Lot de la destrucción, y “el renacimiento de Sodoma” en la cueva.

A través de ellas, Israel vería que Dios castiga severamente, y que es justo porque castiga la gran vileza imperante. Asimismo, aprendería la necesidad de imitar y aferrarse a la impiedad de los cananeos.

Entonces, ¿cómo debían vivir sabiendo la forma en que Dios actuó con los cananeos? La lección es bastante clara: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo ... Porque ... los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida ... pasan” (1 Jn. 2:15, 17) y reciben el castigo de Dios. Es peligroso y necio aferrarse al actual sistema corrupto del mundo, porque le espera la destrucción repentina y expedita de parte de Dios.

Jesús hizo referencia a Génesis 19:26 para advertir de la destrucción que vendría sobre el Israel incrédulo diciendo: “Acordaos de la mujer de Lot” (Lc. 17:32). Cuando Cristo regrese, la gente no debe mirar hacia atrás como hizo ella (Lc. 17:30–31). Si un incrédulo ahora tener lo mejor de este mundo, perderá tanto al mundo (puesto que es pasajero) como la vida eterna en el mundo venidero (Lc. 17:33–37).

El Señor también dijo que si los milagros que hizo en Capernaum hubieran sido hechos en Sodoma, los sodomitas se habrían arrepentido (Mt. 11:23). Y añadió: “... os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma”, que para las ciudades de Galilea (Mt. 11:24). Esto quiere decir que Dios juzga conforme al conocimiento, y que a los pecadores les espera un castigo más riguroso que la destrucción física.

f. El engaño de Abraham ante Abimelec (cap. 20)

Esta historia registra la protección providencial de Dios de su pueblo, pero su énfasis principal es la pureza, específicamente la preservación de la de Sara. Para que se realizara el cumplimiento de la promesa, era muy importante el matrimonio, ya que para poder

participar de las bendiciones de las promesas divinas es necesario separarse de la corrupción mundana.

La pecaminosidad y la debilidad en la fe hicieron surgir una amenaza contra la bendición prometida. Este es un triste comentario acerca de la falta de fe, porque Dios tuvo que librar a los suyos una y otra vez.

20:1–7. Poco tiempo antes, Dios había librado a Abram de Egipto enviando plagas después de que mintió al faraón diciendo que Sarai era su hermana (cap. 12). Aquí, de nueva cuenta y movido por el temor (v. 11), **Abraham** repitió la misma mentira acerca de **Sara** (20:2), pero esta vez a **Abimelec, rey de Gerar**. Posteriormente, Isaac hizo la misma cosa ¡con otro Abimelec! (26:1–11) Gerar estaba cerca de la costa, a unos 19 kms. al sur de Gaza y a unos 80 kms. al sur de Hebrón, en tierra de los filisteos (21:34). Cuando Abimelec **tomó a Sara, Dios le habló en sueños** (20:3) y causó esterilidad en su esposa y siervas (vv. 17–18) para advertirle que ella era **casada**.

En este pasaje existe un juego de palabras muy adecuado. Abraham había orado para que los justos no fueran *destruidos* junto con los impíos (18:23–32). Aquí, las palabras de Abimelec muestran la misma preocupación: **Señor, ¿matarás también al inocente?** La repreensión contenida en esta expresión debe haber sido muy fuerte para Abraham.

Así que cuando Abimelec aseguró a Dios que lo había hecho **con sencillez de ... corazón** y limpia conciencia, el Señor le dijo que devolviera **la mujer a su marido** y que hiciera que Abraham el **profeta** (*nābîʾ*, la primera vez que aparece esta palabra en el A.T.) o vocero de Dios, orara por Abimelec. Sólo la oración del patriarca podría salvar la vida del rey.

Dios no reprendió a Abimelec, pero sí le hizo una fortísima advertencia: no debía cometer adulterio porque era una ofensa capital (20:7). Estas palabras claramente son un antecedente del mandamiento expresado en el decálogo (Éx. 20:14). Dios unió a Abraham y Sara y los hizo uno para que pudieran producir la simiente santa. Esto era primordial para el pacto.

Ambas liberaciones del patriarca preservaron la pureza de Sara y quedó intacta la promesa. Sin embargo, el primer incidente (Gn. 12) ocurrió fuera de la tierra prometida y refleja más claramente la lucha entre la vida y la muerte que el pueblo tendría en Egipto, y la forma en que más tarde, Dios los salvaría y libraría. El segundo incidente (cap. 20) fue dentro de la tierra y fue un acontecimiento en el que Dios protegió el matrimonio del patriarca y con él, a la promesa. Dios controla el nacimiento; interviene milagrosamente; él es quien abre y cierra la matriz (vv. 17–18). Nadie, por importante que sea, puede controvertir el plan divino.

20:8–18. Aunque Dios no reprendió a Abimelec, **Abimelec** sí lo hizo con **Abraham**. El rey habló **del grande pecado** que la acción de Abraham había traído sobre él (v. 9). Además, Abimelec habló a Sara de la enorme ofensa que le había hecho a ella (v. 16). Él sabía que su plan de hacerla parte de su harén estaba equivocado. Así que para enmendar su error, dio al patriarca **ovejas y vacas** (cf. 21:27) y **siervos y siervas** (20:14) y le permitió que habitara en su **tierra** (v. 15) y además, entregó **mil monedas de plata** (v. 16), a Abraham, a quien llamó **tu hermano**!

El hecho de que Dios evitara la destrucción del matrimonio de Abraham por causa de la infidelidad, refuerza el mandamiento de que los israelitas no debían destruir sus matrimonios por causa del adulterio. Aquí también se hace hincapié en la protección divina

para impedir que se efectuaran matrimonios mixtos con los paganos. Además, tomar la mujer de otro hombre es un asunto de vida o muerte. Y Dios castiga ese pecado.

Así que el mensaje era muy claro: Dios no quería que en el pueblo de Israel hubiera casamientos con paganos—en especial, cuando involucraban adulterio o divorcio. Pero Israel rara vez recordó esto (Mal. 2:10–17).

g. Nacimiento de Isaac y expulsión de Ismael (21:1–21)

21:1–7. El Señor dio el hijo de la promesa a **Sara** y a **Abraham ... en el tiempo que Dios les había dicho** (cf. 18:10). Ellos respondieron en fe (a) al llamarlo **Isaac** (21:3), (b) al circuncindarlo de acuerdo con el pacto (v. 4; cf. 17:9–14, y (c) alabando a Dios por el asombroso cumplimiento de su promesa (21:6–7).

El nombre de Isaac (“él ríe”) se explica aquí muy sutilmente. **Sara dijo: Dios me ha hecho reír** (v. 6) i.e., me ha dado alegría. Su risa de incredulidad (18:12) se convirtió en regocijo a través del nacimiento de su hijo. Después añadió: **cualquiera que lo oyere, se reirá** (se regocijará) **conmigo**. Pero Ismael convirtió su risa en burla insultante (V. el comentario de 21:9) de la obra divina.

21:8–13. Dios utilizó el incidente de la burla de Ismael para echarlo del hogar tanto a él como a su madre (v. 10), ya que constituían una amenaza para la simiente prometida. La palabra “burla” es *m^eṣahēq* (“reírse o ridiculizar”) la misma de donde proviene “Isaac” (*yīṣḥāq*). Anteriormente, Sara había tratado mal a **la sierva** (16:6); ahora el hijo de ésta estaba tratando mal al hijo de Sara. Igualmente, Sara había hecho que Agar, estando embarazada, tuviera que huir (16:6); ahora hizo que se alejaran ella y **su hijo** de 16 o 17 años. (Cuando Ismael nació, Abraham tenía 86 años [16:16] y 100 cuando nació Isaac [21:5]. Probablemente Isaac **fue destetado** [v. 8] a los dos o tres años.) La petición de Sara de que echara fuera a Agar y a Ismael pareció a **Abraham ... grave**, por lo que el patriarca se preocupó grandemente, pero **Dios** le aseguró que Ismael tendría un futuro, porque también era **su descendiente** (vv. 11–13).

Entonces, los dos énfasis (vv. 1–13) son los siguientes: el nacimiento de Isaac (cuyo nombre conmemoraba el cumplimiento del pacto y cuya circuncisión lo confirmó), y la expulsión de Ismael para eliminar la amenaza contra el pacto. Una vez que Abraham y Sara recibieron al hijo de la promesa y se regocijaron por la provisión milagrosa de Dios, tuvieron que impedir cualquier posible amenaza que hubiera sobre la herencia de Isaac. Debido a que Dios escogió a uno solo de los hijos, esa elección debía ser protegida. Abraham y Sara tenían que expulsar a Ismael.

21:14–21. **El ángel de Dios** se encontró con **Agar** y su hijo en el desierto (vv. 17–18) como había hecho antes (16:7) y les proporcionó **agua** de una fuente (21:19), como había hecho anteriormente (16:14). Después **Dios** dijo a Agar, como había dicho a Abraham, que de Ismael saldría **una gran nación** (21:18; cf. v. 13). Ismael **habitó en el desierto y fue tirador de arco** (v. 20; cf. 16:12). Además, se casó con una egipcia (21:21). **El desierto de Parán** está en la porción nordeste de la península de Sinaí.

El comentario que hace el apóstol Pablo acerca de este relato es maravilloso (Gá. 4:21–31. V. el comentario de ese pasaje). Ismael nació según la carne a través de la esclava (4:29–30). Isaac nació según la promesa y fue el heredero. El primero representaba la esclavitud de Sinaí, el otro, la libertad cuando finalmente se cumplió la promesa. Cuando vino Cristo quien fue la simiente, terminó con todo lo que era viejo. Una vez que llegó el

Prometido, los creyentes son coherederos con esa simiente prometida por medio de la adopción a través de la gracia de Dios. Volver a la ley equivale a deshacer el cumplimiento de la promesa divina. Los que han sido adoptados por la simiente, vienen a ser simiente y quedan libres de la esclavitud de la ley (Gá. 5:1). Así como hubo conflicto entre Ismael e Isaac (Gá. 4:29), asimismo luchan la carne y el Espíritu. La carne batalla contra el Espíritu, con frecuencia haciendo burla de él (Gá. 5:16–18). Por lo tanto, los creyentes también deben “echar fuera a la sierva y a su hijo” (Gá. 4:30), i.e., eliminar la amenaza de la carne para poder “andar en el Espíritu” (Gá. 5:16).

h. El pacto en Beerseba (21:22–34)

La característica más sobresaliente de este pasaje es la explicación que se hace del nombre de Beerseba, lugar donde moraba Abraham. Ese nombre siempre recordaría el pacto que hizo el patriarca con los residentes de esa tierra, mismo que le permitió morar en ella en paz y prosperidad.

21:22–34. La palabra *šāḇaʿ* (“jurar o tomar juramento”) aparece tres veces en este pasaje (vv. 23–24 [**júrame, juraré**], 31 [**juraron**]; asimismo, aparece tres veces el adjetivo numeral *šebaʿ* (**siete**, vv. 28–30); el nombre *beʿēr šāḇa* (“pozo de los siete” o “pozo del juramento”) también aparece tres veces (vv. 31–33). Ciertamente, el énfasis está en el significado del juramento (v. 31) entre **Abraham** y **Abimelec**, hecho que se conmemoró al dar nombre a Beerseba. Evidentemente, *šāḇa* ‘es la clave del pasaje. Más adelante, Israel aprendería todo acerca de la solemnidad de hacer juramentos y convenios.

La colocación de esta historia cabe muy bien en el contexto que conduce al sacrificio de Isaac en el cap. 22. El nacimiento de Isaac fue claramente prometido (18:1–15), y por medio de la mentira de Abraham (cap. 20), Abimelec comprendió que la mano de Dios estaba sobre el patriarca (cf. 21:22). Después, nació la simiente prometida y el rival, Ismael, fue expulsado (vv. 1–18). Aquí (vv. 22–34) se hace un convenio que permite a **Abraham** asentarse en la tierra en paz y a **Abimelec** compartir de esa bendición. Todo esto conduce lentamente hacia la prueba del cap. 22; cada cap. muestra el cumplimiento de distintas fases de la promesa.

La historia de 21:22–34 revela que el patriarca fue bendecido por Dios, y que algunos paganos reconocieron las bendiciones divinas. Además, vuelve a aparecer la característica dominante del **pozo** (cf. 16:14; 21:19). Dios proporcionó agua—símbolo de bendición—tanto del desierto, como de la tierra estéril y de la roca. Abimelec se dio cuenta de esto, y después de la controversia en cuanto a que los siervos de Abimelec le habían quitado un pozo (v. 25), ambos **hicieron pacto**, de tal modo que el rey pagano pudo compartir la bendición (cf. 12:1–3).

Al hacer el convenio (pacto), **Abraham** dio a **Abimelec** tanto **ovejas** como **vacas** (21:27; cf. lo contrario en 20:14), y además **siete corderas del rebaño** (21:29–30). Esto aseguraba a Abraham el derecho legal a morar en esa tierra en paz, y legalmente forzaba a Abimelec a reconocer que el **pozo** de **Beerseba** era propiedad de Abraham (vv. 30–31). De esta manera, el patriarca aseguró por medio de un tratado, el derecho al pozo, i.e., la provisión divina de bendición.

Es muy significativo el hecho de que Abraham **plantó ... un árbol** y que moró en aquel lugar por **muchos días** (vv. 33–34), lo cual indica que tenía fe y gozaba de seguridad. El

hecho de plantar un árbol en Beerseba presupone que habría agua continuamente y muestra su decisión de quedarse en la región. Dios lo bendeciría con el agua del pozo, y Abraham se asentaría en la tierra. Morar bajo un árbol propio era señal de paz y seguridad (Zac. 3:10).

Ciertamente, el pasaje prevé la coexistencia pacífica futura de Israel en esa tierra con otras tribus que responderían al mensaje de paz y a los deseos de compartir la bendición.

No obstante, en esta historia se encuentra una reprensión sutil (cf. la admonición de Abimelec en Gn. 20:9–10). Abimelec presionó para que se hiciera el convenio con objeto de que Abraham no actuara falsamente con él (21:23). Todo lo que Abimelec sabía acerca de ese hombre era (a) que Dios lo bendecía (v. 22) y (b) que era engañoso (v. 23). Esta contradicción trágica exigía que hubiera un convenio obligatorio para ambas partes.

De la misma manera, Israel debía cumplir sus juramentos y evitar la falsedad. En la actualidad, los creyentes deben hablar la verdad sin necesidad de usar juramentos (Mt. 5:37; Stg. 5:12). Los tratos veraces y fieles que aseguran las relaciones pacíficas son un adorno a la obra de Dios.

Los filisteos (Gn. 21:32) se asentaron masivamente en Palestina ca. 1200 a.C. Sin embargo, algunos marinos mercantes poblaron la costa de Palestina tan temprano como lo hizo Abraham, que vivió de 2166–1991 a.C. (V. “Cronología de los Patriarcas” en el Apéndice, pág. 317).

i. La fe de Abraham es probada (22:1–19)

22:1–2. La prueba más grande de la vida de **Abraham** (lo **probó Dios**) vino después de que nació la simiente prometida después de una larga espera. La prueba fue muy real: debía regresar a su hijo Isaac a Dios. Como tal, esta prueba estaba diseñada para probar su fe. Y para que fuera una prueba verdadera, debía desafiar la lógica; debía consistir de algo que Abraham se resistiría a hacer.

Dios había ordenado al patriarca que echara fuera a Ismael (21:12–13) y aquí le mandó que sacrificara a Isaac. Por su propia voluntad, Abraham había enviado a Ismael, pero no querría matar a Isaac.

Una cosa es decir que confiamos en la palabra de Dios cuando estamos esperando algo; pero es algo muy diferente confiar y obedecer a su palabra cuando ya lo hemos recibido. Esta fue una prueba de cuánto obedecería Abraham a la palabra de Dios. ¿Se aferraría al hijo ahora que ya lo tenía, o a cualquier precio obedecería y lo regresaría al Señor? En otras palabras, ¿qué tan lejos llegaría Abraham en su obediencia? ¿En verdad creía que Dios todavía cumpliría su palabra y que levantaría la simiente de la promesa?

En esta situación existen parecidos muy obvios con las anteriores palabras de Dios a Abraham de que saliera de su tierra y fuera a la tierra que el Señor le mostraría (12:1–3). Pero con este recordatorio sutil de su llamamiento original, Dios también le recordó su cumplimiento, lo cual hizo que la prueba fuera tan dura: **Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac** (“risa”), **a quien amas** (22:2). La orden de sacrificar a su propio hijo **en holocausto**, sin duda debe haberle parecido al patriarca totalmente irrazonable (aun cuando ya se conocían los sacrificios de infantes en Canaán). ¿Cómo podría Dios entonces cumplir las promesas que le había hecho antes (12:1–3), eso sin contar con la pérdida emocional que sufriría Abraham por la muerte de su hijo único, que había nacido tan tarde en su vida?

22:3–8. La respuesta de Abraham es asombrosa—respondió con obediencia inmediata e irrestricta. Es más, **¡se levantó muy de mañana!** para cumplirla. Aun así, el viaje de tres días (v. 4) seguramente fue muy difícil y tal vez lo hizo en silencio. La distancia entre Beerseba y el monte Moriah era de unos 80 kms. (V. mapa del “Viaje de Abraham e Isaac al Monte Moriah” en el Apéndice, pág. 313).

Cuando **Abraham ... vio el lugar de lejos** en la región de Moriah (v. 2; que posteriormente fue el monte del templo; 2 Cr. 3:1), dijo **a sus siervos** que esperaran allí mientras él llevaba a **el muchacho**. Su afirmación **iremos hasta allí y adoraremos y volveremos** (Gn. 22:5) es asombrosa. Lo único que el patriarca sabía era (a) que Dios había planeado el futuro contando con Isaac, y (b) que Dios quería que sacrificara a Isaac. Aunque no podía reconciliar ambos conceptos, de todos modos obedecería. Eso es fe. En la respuesta que dio a la pregunta de Isaac: **¿dónde está el cordero para el holocausto?** de nuevo Abraham reveló su fe. Respondió: **Dios se proveerá de cordero** (v. 8; cf. v. 14). En dos ocasiones, Isaac fue sacado de entre los muertos—la primera cuando nació de la matriz muerta de Sara y la segunda cuando fue librado de morir en un altar (cf. He. 11:17–19).

22:9–14. La intervención divina—tan dramática e instructiva—muestra que Dios nunca quiso que **Abraham** llevara a cabo el sacrificio (éstos no debían practicarse en Israel), sino que en efecto era una prueba. **El ángel de Jehová** (V. el comentario de 16:7) detuvo a Abraham justo cuando el patriarca **tomó el cuchillo para degollar a su hijo**. Ahora el Señor sabía que Abraham no le negaría nada y que en verdad temía **a Dios**. Temer a Dios significa reverenciarlo como soberano, confiar en él completamente y obedecerle sin restricciones.

Un verdadero adorador de Dios no le niega nada al Señor, sino que obedientemente le da lo que le pide, confiando en que él proveerá. La idea central de todo el pasaje se resume en el nombre que Abraham dio a **aquel lugar: Yahweh Yir'eh, Jehová proveerá** (o “verá”; v. 14). La explicación que se da es: **En el monte de Jehová será provisto** (o “visto”, *yērā'eh*, v. 14; cf. v. 8). Esta es la base de una verdad que a menudo se repite en el A.T. La nación debía adorar al Señor en su santo monte. “Tres veces en el año se presentará [*yērā'eh*, “será visto”] todo varón [de Israel] delante de Jehová el Señor” para adorarle, trayendo sus ofrendas y sacrificios (Éx. 23:17; cf. Dt. 16:16). El Señor verá (*rā'âh*) las necesidades de aquellos que vienen ante él, y las suplirá. De esta manera, al proveer para ellas, él sería “visto”.

Al dar nombre al lugar, por supuesto que Abraham estaba conmemorando su propia experiencia sacrificial al Señor. Un animal (**un carnero**—no una oveja; cf. Gn. 22:8—**trabado en un zarzal por sus cuernos**) fue provisto por la gracia de Dios como ofrenda, en sustitución del muchacho (v. 13). Posteriormente, todo Israel ofrecería holocaustos de animales al Señor. La adoración incluía la aceptación de la sustitución sacrificial que hizo Dios. Pero por supuesto, en el N.T. Dios sustituyó a los animales por su propio Hijo y se realizó el sacrificio perfecto. Con seguridad esto es lo que Juan tenía en mente cuando presentó a Jesús como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Y sin embargo, el punto principal de Génesis 22:9–14 no es la doctrina de la expiación. Es presentar a un siervo obediente que adora a Dios en fe a un costo enorme, y que al final recibe la provisión divina. Abraham no negó a su hijo. De la misma manera, Pablo escribió que Dios “no escatimó [*efeisato*] ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos

nosotros” (Ro. 8:32). En la LXX se usa otra forma (*efeiso*) de la palabra gr. para referirse a Abraham: “por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gn. 22:12).

Esto revela la grandeza de la fe de Abraham, ya que estuvo dispuesto a obedecer a Dios al sacrificar a su hijo. También demuestra la grandeza de la fe de Isaac al someterse voluntariamente a la decisión paterna. Aunque poseía todo en el mundo por lo cual vivir, obedeció las palabras de su padre, creyendo que Dios proveería un cordero.

22:15–19. Dios volvió a confirmar su pacto con **Abraham** (cf. 15:5, 18–21; 17:3–8). Su **descendencia** sería tan numerosa **como las estrellas del cielo** (15:5; 26:4), **y como la arena que está a la orilla del mar** (cf. 32:12) y “como el polvo de la tierra” (cf. 13:16; 28:14). A continuación, Dios añadió otro elemento: su **descendencia** vencería a todas las ciudades **de sus enemigos** cananeos. Esto fue realizado por Josué durante la conquista de la tierra prometida.

Las lecciones acerca de la verdadera adoración no pasan de moda: (1) La fe obedece completamente a la palabra de Dios. (2) La fe entrega lo mejor a Dios, sin reservarse nada. (3) La fe espera en el Señor para que provea todo lo necesario. Pero Dios no lo hace sino hasta que se realiza un sacrificio personal. La adoración verdadera es costosa. Así fue siempre para Israel cuando presentaba sus sacrificios. Se suponía que sus ofrendas debían darse en fe, para que Dios pudiera suplir todas las necesidades de cada uno de los adoradores de buena voluntad.

3. TRANSMISIÓN DE LAS PROMESAS A ISAAC POR EL FIEL ABRAHAM (22:20–25:11)

Desde este punto en adelante, la labor de Abraham fue hacer los preparativos para recibir las bendiciones futuras a través de Isaac.

a. *Informe de la familia de Nacor (22:20–24)*

22:20–24. Por aquel entonces, llegaron informes desde el oriente diciendo que la familia de **Nacor**, el hermano de Abraham (cf. 11:27–29), se estaba expandiendo. Entre sus descendientes estaba **Rebeca**, la futura esposa de Isaac (cf. 24:15, 67). Ella fue hija de **Betuel**, el más joven de los ocho hijos de Nacor que se casó con **Milca** (la sobrina de Nacor. V. “La familia de Taré” en el Apéndice, pág. 310). Este registro se incluye aquí a pesar de que se esperaba que apareciera más cerca del cap. 24. Pero sirve de enlace con el cap. 23, el cual narra la muerte de Sara y su entierro. Al enterrar a Sara en Canaán, **Abraham** rompió con sus ancestros, pues no regresó a Padan-aram para enterrarla.

b. *Compra de la cueva de Macpela dentro de la tierra prometida (cap. 23)*

23:1–4. La compra de una cueva funeraria “cerca de Mamre” (v. 19; cf. 13:18; 14:13; 18:1) fue ocasionada por la muerte de **Sara**, quien vivió **ciento veintisiete años**. (En ese entonces, Isaac ya tenía 37 años, 17:17.) Esta es la primera indicación de que se avecinaba una transición. Después de **hacer duelo por Sara** en **Hebrón** (23:2), **Abraham** regateó para comprar una porción de la tierra que tuviera una **sepultura**.

Este incidente incluye muchas similitudes con las leyes cananeas y heteas. (V. James B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, “Textos Antiguos

del Cercano Oriente Relacionados con el Antiguo Testamento”. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1955, págs. 188–96, párr. 46 relacionado con las obligaciones feudales relativas a todo el campo, párr. 47 relacionado con los regalos que nulificaban las obligaciones feudales, así como párrs. 48 y 169.) Hay otras leyes de Ugarit (en Siria) que también están relacionadas con este suceso. Los dueños del predio eran **los hijos de Het** (vv. 3, 5, 7, 10, 16, 18, 20). Aunque el gran imperio heteo (Jos. 1:4) nunca se extendió tan lejos como este lugar, había grupos que pudieron asentarse allí y que conservaban sus costumbres a pesar de que hablaban el idioma semítico. Asimismo, aunque las leyes escritas de los heteos tienen una fecha posterior a estos eventos, ya deben haber existido en forma de tradiciones orales antes de que se pusieran por escrito.

23:5–20. Abraham era considerado en alta estima por la gente que lo rodeaba, pues le dijeron: **Eres un príncipe de Dios entre nosotros** (cf. 20:6–11).

En esa transacción legal, **Abraham** sólo quería comprar la **cueva** que pertenecía a **Efrón** (23:8–9), pero éste quería venderle todo el campo. Cuando **Efrón** le dijo **te doy** el predio y **la cueva** (tres veces en v. 11), no significaba que se los daría en forma gratuita. Esta era la forma de regateo entre los beduinos—dando y dando. Aunque **Abraham** no quería toda la **heredad**, estuvo dispuesto a comprarla (vv. 12–13) a un alto precio (**cuatrocientos siclos de plata**) con tal de quedarse con la cueva (vv. 15–16). La transacción se cerró **en presencia de los hijos de Het en la puerta de la ciudad**, que era el lugar donde se llevaban a cabo las transacciones legales y comerciales (cf. 19:1).

En esa **cueva** no sólo se sepultó a **Sara**, sino también a Abraham (25:9), a Isaac y a su esposa Rebeca, así como a Jacob y a Lea (49:29–31; 50:13).

El propósito de ese acontecimiento fue asegurar que la cueva y el campo que la rodeaba serían **posesión** de Abraham pero él no era presuntuoso; por fe compró la tierra, no aceptando nada gratis de aquella gente (cf. 14:21–24). En aquel entonces, era muy importante el lugar donde se enterraba a los muertos; la sepultura debía hacerse en su tierra natal. Pero en este caso no habría regreso. Aunque **Abraham** era “extranjero y forastero” entre la gente (23:4), su esperanza estaba en la tierra.

Cuando Abraham compró esa cueva, estaba renunciando a Padan-aram, i.e., a la parte noroeste de Mesopotamia (cf. 25:20). Este hecho había sido recientemente recordado a los lectores (22:20–24) en forma indirecta al mencionar a los parientes de Abraham que todavía permanecían en Mesopotamia (cf. 11:27–31).

Canaán era ahora la nueva tierra de Abraham. Es interesante notar que la única parte de la tierra prometida que Abraham recibió fue comprada por él, y sólo fue esa cueva funeraria. Esa primera propiedad de los patriarcas—una cueva—los ancló a la tierra prometida en forma definitiva. Esa fue su verdadera “ocupación” de la tierra. Nunca más volverían a Mesopotamia. Los patriarcas posteriores también morirían y serían enterrados junto con sus ancestros en Canaán.

Abraham sabía que no podía agotar la promesa de Dios, así que hizo planes para el futuro. Cuando compró la tierra para sus muertos, se vio forzado a descubrir que las promesas divinas no terminan con la vida. El Señor haría mucho más de lo que ya había hecho en su vida. Esa es la misma esperanza que tienen todos lo que mueren en la fe.

En Génesis, uno de los temas principales es la promesa de la tierra. Pero también lo es la muerte. Ésta entró por el pecado y arruinó a la raza humana. La muerte de los patriarcas y los santos son recordatorios brutales de que la gente es pecadora. La muerte produce luto. Pero en este pasaje, la muerte también es la base de la esperanza. En vida, los patriarcas eran forasteros; en su muerte, fueron herederos de la promesa y “ocuparon” la tierra.

Los patriarcas y otros muchos murieron sin recibir las promesas; no obstante, murieron en fe (He. 11:39–40). No era el plan de Dios darles el reposo prometido sin incluir a los creyentes del N.T. En la actualidad sigue vigente el reposo sabático. Los que creen entran en él aún ahora, y en el futuro, lo comprenderán completamente (He. 4:8–10). El punto es que las promesas divinas a aquellos que están en la fe no se agotan en esta vida. Así como la esperanza de Abraham compró un sitio de sepultura en la tierra, así los creyentes de hoy tienen una esperanza que va más allá de esta vida. El tiempo de la muerte—cuando la inclinación natural es ponerse de luto como hace el mundo—debería ser el tiempo en que el creyente da la mayor demostración de su fe, porque el receptor de las promesas divinas tiene una esperanza que va más allá de la tumba. Jesús mismo se refirió a Abraham al discutir la resurrección con los saduceos (Mt. 22:31–32). ¡Las promesas de Dios exigen la resurrección!

c. Adquisición de una esposa para Isaac (cap. 24)

Este acontecimiento enfatiza la intervención providencial de Dios en las circunstancias de sus siervos fieles. La idea clave del pasaje está en la palabra *hesed*, “amor leal” o “lealtad al pacto”—tanto desde la perspectiva de Dios como del hombre. (La RVR60 la trad. como “misericordia” en los vv. 12, 27 y 49, pero no comunica el significado cabal de la palabra.)

Providencialmente, el Señor aseguró el cumplimiento de su promesa guiando al siervo de Abraham para que obtuviera una esposa para Isaac. Este cap. se divide en cuatro secciones:

(1) La comisión. **24:1–9. Abraham**, que seguía confiando en la promesa del Señor, tenía un **criado ... que gobernaba en todo lo que tenía**. A éste, le hizo jurar que buscaría una **mujer** para Isaac en la **tierra** del patriarca, que estaba a 720 kms. de distancia. El poner su **mano debajo del muslo** (cf. 47:29) era una señal solemne de que si el juramento no se cumplía, los hijos que le nacieran a **Abraham** vengarían la infidelidad del siervo.

(2) La confianza. **24:10–27**. Eliezer (15:2) se puso en las manos de **Jehová** para que le proporcionara dirección específica. Él rogó pidiendo que la futura esposa de Isaac fuera la que le ofreciera agua para él y sus **camellos**. Dar **de beber** a diez camellos sedientos (v. 10) requería de mucho trabajo, porque esos animales consumen grandes cantidades de agua. En **la ciudad de Nacor**, que se encontraba en Aram Naharaim (al noroeste de Mesopotamia, 24:10; cf. 25:20) él recibió una respuesta exacta a su oración. En gratitud, dio a la muchacha joyas muy caras, **un pendiente de oro que pesaba medio siclo** (una beka, i.e., 6 grs.) y **dos brazaletes de oro que pesaban diez siclos** (115 grs.). Después le preguntó si había alojamiento en casa de su **padre** para pasar la noche. De nuevo, **ella** reveló su amabilidad ofreciéndole no sólo un lugar **para posar**, sino también **forraje** para los camellos.

(3) El éxito. **24:28–59. Labán** invitó a Eliezer y a sus hombres a que se quedaran. Entonces Eliezer relató a la familia de Rebeca cuál era su misión y la respuesta providencial de Dios, por lo que obtuvo su permiso y bendición para llevar a la muchacha hasta donde estaba Isaac. En aquella sociedad, el hermano de la mujer era el que entregaba a su hermana en matrimonio, lo cual explica por qué **Labán**, el **hermano** de Rebeca, fue el que negoció el contrato matrimonial.

(4) El final. **24:60–67. Rebeca** regresó con Eliezer para conocer a **Isaac. Él habitaba en el Neguev** y ella se convirtió en **mujer** de Isaac cuando éste tenía cuarenta años (25:20; por aquel entonces, Abraham tenía ciento cuarenta años).

En estas cuatro secciones, hay cuatro personajes que actuaron con *hesed*: Abraham al prepararse para el futuro, Eliezer en llevar a cabo el plan, Dios al realizarlo, y Rebeca al responder a él.

En la providencia divina y su *hesed* (“amor leal”), soberanamente el Señor obró a través de las circunstancias de aquellos que vivían por fe. Esta causalidad oculta de Dios se acentúa en el cap. 24 de tres maneras:

1. Dios fue la causa única de todos estos acontecimientos históricos. Las palabras de Eliezer: “... guiándome Jehová en el camino” (v. 27; cf. v. 48), son el lema. Esto es cierto a través de toda la Biblia. Hasta Labán, el hermano de Rebeca, (v. 29), reconoció que todo era obra de Dios (vv. 50–51)

2. Dios permaneció deliberadamente tras bambalinas, dirigiendo los acontecimientos. Este suceso de la vida de Abraham es parecido a la experiencia de Rut (Ronald M. Hals, *The Theology of the Book of Ruth*, “Teología del libro de Rut”. Filadelfia: Fortress Press, 1969). El relato de Génesis 24 no contiene ninguna palabra de Dios, ni un milagro o palabra profética; tampoco confirma el pacto con Abraham. Este acontecimiento es único en Génesis; y sin embargo, es muy real para los creyentes de hoy. El papel anticipatorio de la fe, que se expresa por medio de una oración personal, busca evidencias externas de la obra de Dios y es predominante, porque Dios no aparece *visiblemente* activo.

3. La historia revela más que sólo un acto de la providencia divina, forma parte del desarrollo de su plan para bendecir a la humanidad. Aquí se evitaron muchos riesgos potenciales: el siervo pudo haber fallado (vv. 5–8), la “señal” pudo haberse pasado por alto (vv. 14, 21), Labán pudo haberse negado (vv. 49–51) o Rebeca tal vez no hubiera estado dispuesta a seguir a Eliezer (vv. 54–58). Pero Dios maniobró entre todos esos riesgos potenciales y unió todas las piezas.

Mientras que uno se maravilla de la providencia divina en esta historia, en ella también se manifiesta la responsabilidad humana. El siervo cumplió con su encargo fielmente. (1) Fue leal a su encomienda santa de adelantar el programa de Dios de bendecir a la humanidad. (2) Confió en Dios completamente, buscando su dirección en oración. (3) La lealtad al juramento fue su motivación principal (vv. 9, 12, 27, 49). (4) Adoró a Dios aun antes de terminar su encargo (vv. 27, 48–49). Esta adoración es parte importante de la historia. Muchos expositores la pasan por alto por repetitiva. Pero precisamente ese es el punto: es una historia tan maravillosa, que tiene que repetirse.

Así que la elección de la esposa para Isaac fue obra de Dios. La señal la confirmó. Labán la reconoció. Rebeca la aceptó. Aquellos que hacen la voluntad de Dios en oración y obediencia, son guiados por el Señor (Pr. 3:5–6).

d. Muerte de Abraham (25:1–11)

Con este informe, la vida de Abraham llega a su término y la bendición de Dios se transfiere a Isaac, su “único” hijo (22:2).

Este pasaje consta de cuatro secciones: (a) nacimiento de otros hijos de Abraham (25:1–4), (b) salvaguarda de la herencia de Isaac (cf. 5–6), (c) muerte y sepultura de Abraham (vv. 7–10), y (d) bendición de Isaac (v. 11).

25:1–4. La fecha en que **Abraham** se casó con **Cetura** es incierta, pero el vb. **tomó** y el adjetivo **otra**, sugieren que fue después de la muerte de Sara. (Aunque de hecho, Cetura era una de sus concubinas, 1 Cr. 1:32.) Esto significa que hubo un período máximo de 37 años en los cuales nacieron los seis hijos de Cetura. (Abraham tenía 138 cuando murió Sara y murió cuando tenía 175.) Las tribus de **Madián** (v. 4), así como las de **Seba** y **Dedán** en Arabia (Gn. 25:3), provinieron de Abraham. Esto fue para cumplir las promesas hechas por Dios a Abraham de que sería grande (12:2), ya que “muchas naciones” lo consideran su antepasado (17:4).

25:5–6. **Abraham** amaba a todos su hijos y les **dio ... dones**. Pero ellos y sus descendientes tal vez eran una amenaza para **Isaac**. Así que Abraham **los envió lejos** como había hecho con Ismael (21:8–14), **hacia el oriente**, para preservar así la primacía de Isaac y su derecho como heredero de Abraham.

25:7–11. **Isaac e Ismael sepultaron** a su padre (que alcanzó la edad de 175 años), **en la cueva de Macpela** con **Sara su mujer** (cf. 23:19). La presencia de Ismael podría haber sido una amenaza mayor contra los derechos de Isaac ahora que su padre había muerto. Pero la bendición divina estaba sobre Isaac.

Por aquel entonces, **Isaac** estaba viviendo en *B'er laḥa'î rō'î*, el **pozo del Viviente-que-me-ve**. Ese era el pozo que se conocía como el lugar donde el Señor respondía. Allí fue donde Dios escuchó a Agar y la liberó (16:14). En el mismo lugar, Isaac estuvo meditando mientras esperaba a su futura esposa (24:62). Así que Isaac vivía en un lugar especial, donde Dios respondía las oraciones.

Actuando en fe, Abraham envió lejos a todos sus otros hijos, e hizo las provisiones necesarias para hacer la transferencia de su bendición a Isaac, que también esperaba en el Señor. Abraham podía morir, pero el programa divino iba a continuar. Ningún líder del pacto es indispensable, porque el programa de Dios de bendecir al mundo continuará creciendo y expandiéndose de generación en generación. Cada uno de los siervos de Dios debe hacer todo lo que pueda para asegurar la continuación de la obra divina, pero ésta es mucho más grande que cualquier individuo.

B. Sucesión de Ismael (25:12–18)

25:12–18. Debido a que Ismael también fue **hijo de Abraham**, antes de regresar a la línea escogida, la de Isaac, Dios da cuenta de lo que sucedió con él y sus descendientes (**estos son los descendientes** [la *tôl'ê dôt*] **de Ismael**). Ismael tuvo doce **hijos** como predijo

Dios (17:20) y murió a la edad de **ciento treinta y siete años**. Sus hijos habitaron en la península arábiga **desde Havila** (en la parte norcentral de Arabia) **hasta Shur** (entre Beerseba y **Egipto**). Los ismaelitas vivieron en guerra permanente con todos sus hermanos (“su mano será contra todos, y la mano de todos contra él”) en cumplimiento de las palabras de Dios a Agar (16:12).

C. *Sucesión a partir de Isaac (25:19–35:29)*

Después de mencionar brevemente la línea de Ismael (25:12–18), la narración vuelve a la línea escogida de Isaac. “Estos son los descendientes (la *tôlêdôt*) de Isaac” (25:19). La primera sección (25:19–28:22) registra la prosperidad de ese patriarca y la lucha de Jacob por obtener el derecho a sus bienes—acontecimientos que se llevan a cabo dentro de la tierra prometida. Los caps. 29–32 relatan la bendición de Jacob durante su estancia fuera de la tierra de promisión, y los caps. 33–35, de su regreso a ella y de la posible corrupción de la tierra.

1. TRANSFERENCIA DE LA BENDICIÓN PROMETIDA A JACOB EN LUGAR DE A ESAÚ (25:19–28:22)

a. *Profecía al nacer los gemelos (25:19–26)*

Este relato del nacimiento de Esaú y Jacob es una introducción muy adecuada de los siguientes caps., ya que su lucha por lograr la supremacía se manifestó aun antes de que nacieran (cf. Os. 12:3).

25:19–20. También **Rebeca**, la esposa de Isaac, era su prima (cf. 24:15). Asimismo, Nacor se había casado con su sobrina (11:29. V. “La familia de Taré” en el Apéndice, pág. 310). De esta manera, el casamiento de Isaac con Rebeca ató a ese patriarca con la tierra natal y familia de Abraham y asimismo con los arameos, que habitaban en la parte noroeste de Mesopotamia (cf. 24:10), posteriormente conocida como Siria.

25:21–23. En forma sobrenatural, Dios proveyó a **Isaac** de hijos, porque al igual que Sara, **Rebeca ... era estéril** (v. 21) y eso ¡a pesar de que Dios había prometido que muchas naciones saldrían de Abraham! En contraste con Abraham (16:1–4), Isaac **oró por su mujer** y Dios le respondió. Esto muestra que los nacimientos a veces eran provisiones sobrenaturales. Más adelante, Raquel, esposa de Jacob, también fue estéril temporalmente (29:31).

Pero dentro de la matriz de Rebeca había un conflicto (25:22). Cuando ella **fue a consultar a Jehová** acerca de ello, recibió una profecía de parte de él: había **dos naciones** en su vientre, i.e., Dios le dijo que los progenitores gemelos de dos pueblos estaban luchando en sus entrañas y que **el mayor serviría al menor** (v. 23). Ciertamente, los israelitas (descendientes de Jacob) y los edomitas (descendientes de Esaú) estuvieron en guerra continua. La elección divina de Jacob, el menor sobre el mayor, iba contra el orden natural.

25:24–26. Los padres observaban la extraña situación y en vista de la profecía divina, conmemoraron el acontecimiento dando a cada uno de sus hijos un nombre apropiado.

El primero de los **gemelos** fue **rubio** (“rojizo”, BLA, o “pelirrojo”, nota marg.), y **velludo** como un animalito, por lo que **llamaron su nombre Esaú**. La mención de que era rojizo prevé su futura naturaleza áspera (vv. 27–34).

Para describir al primer gemelo se usan fascinantes juegos de palabras. El nombre Esaú (‘ēśāw) tiene una lejana relación con la palabra “Seir” (śē’îr) que era el nombre primitivo de Edom, y cuyo territorio se encontraba al sureste del mar Muerto, donde posteriormente vivió Esaú (32:3; 36:8). La palabra hebr. “rojizo” (’admonî) se relaciona con la palabra “Edom” (’ēdôm; cf. 25:30); y “velludo” (śē’ār) es parecida a “Seir”. Esas palabras fueron cuidadosamente escogidas para personificar en el muchacho la naturaleza de Edom, el futuro archirival de Israel.

El segundo gemelo **salió con la mano trabada ... al calcañar de Esaú** (v. 26). En vista de la profecía que habían recibido los padres (v. 23), parecía apropiado dar a ese muchacho un nombre que preservara el recuerdo de ese acontecimiento. El nombre de **Jacob** (ya ‘āqōb, que significa “el Señor proteja”) fue elegido por su parecido en sonido y sentido con el sustantivo “talón” (‘āqēb). El vb. ‘āqab significa “observar por detrás”. Pero como sucedió con Esaú, posteriormente el nombre de Jacob llegó a adoptar un sentido diferente, a medida que su naturaleza engañosa se hacía evidente. Su nombre también puede significar “el que toma por el talón” o “suplantador” (BLA, nota marg.), o “alguien que causa tropiezo”. Así que el nacimiento de los gemelos tuvo una gran importancia para los acontecimientos posteriores de sus vidas.

El cumplimiento de la promesa divina a Abraham se realizó por medio de la elección que Dios hizo de Jacob (que más tarde fue la nación de Israel). Al mismo tiempo, por el lado humano, era necesaria la oración (v. 21). La promesa de Dios no se realiza más que por la fe en su obra sobrenatural. Más tarde, Dios dio la promesa a Israel, su pueblo escogido. Pero ésta no se cumpliría sin que Israel tuviera que luchar.

Desde el principio, el nacimiento de la nación de Israel fue supervisado sobrenaturalmente. Pablo escribió que antes del nacimiento de los gemelos, Dios ya había escogido al menor sobre el mayor (Ro. 9:11–12). A menudo, Dios altera el orden natural del hombre, porque sus caminos no son como nuestros caminos.

b. La compra de la primogenitura de Esaú (25:27–34)

Es triste que a menudo, las cosas de gran valor espiritual se manejen en forma profana y descuidada. Algunos tratan las cosas espirituales y eternas con desprecio, porque consideran que no tienen valor. Y otros, aunque las tengan en alta estima, hacen que esas causas dignas los beneficien a ellos a través de subterfugios y manipulación. Esaú y Jacob son ejemplo de ambos tipos de gente.

25:27–34. Esaú y Jacob se desarrollaron conforme a sus características iniciales. Esaú, “el rubio rojizo”, estaba dominado por su apetito físico y a cambio de su primogenitura pidió comer del **guiso rojo** (v. 30) que su hermano había cocinado. Y Jacob, “el que toma por el talón”, arteralmente se aprovechó de su hermano y se quedó con la **primogenitura**.

Aunque **Jacob** no era justo, en esa instancia no fue engañoso. Más bien fue muy directo y obvio, porque era inescrupuloso. Se le debe dar crédito porque conocía lo que era de valor y quería adquirirlo. Por su parte, **Esaú** era totalmente “profano” (cf. He. 12:16).

Este pasaje también contiene varios juegos de palabras muy importantes. **Esaú** era **diestro en la caza** (lit., “conocedor de cacería” [*ṣayid*] y **hombre del campo**; Gn. 25:27), pero en esa ocasión, no pudo encontrar animales de caza (v. 29). Su padre lo amaba debido a que compartían el mismo gusto por **la caza** (*ṣayid*, v. 28). Así que la naturaleza y ocupación de Esaú eran favorecidas por **Isaac**, porque con ellas satisfacía su paladar. Tanto Isaac como Esaú tomaron sus decisiones debido a ello.

Rebeca amaba a Jacob (v. 28) en parte debido a la profecía (v. 23) que probablemente ella mencionaba con frecuencia. Además, **era varón quieto, que habitaba en tiendas** (v. 27). Pero irónicamente, **Jacob** se convirtió en un avezado cazador, preparando el cebo para atrapar a un hambriento “animal”, su hermano. Un día, **guisó** (lit. “hirvió”, *wayyāzed*) **un potaje** (“sopa de verduras”, *nāzîd*, v. 29) hecho de lentejas (v. 34). Estas palabras reflejan en su sonido la palabra que se usaba para “caza” (*ṣayid*, vv. 27–28). Pero asimismo, el vb. *zîd* (“hervir”) habla de la presunción de Jacob, pues significa “ser exaltado o presuntuoso”. Así que el potaje hirviente personifica a un hombre que se sale de sus límites.

Debido a que era el mayor, **Esaú** tenía el derecho de **primogenitura**, pero **Jacob** tenía el potaje. En el intercambio de bienes, Esaú recibió el potaje y Jacob la primogenitura. **Esaú** menospreció su derecho (v. 34) porque dijo: **¿para qué, pues, me servirá** si llego a morirme de hambre? (v. 32)

Jacob, el segundo en nacer, se apoderó así de la primogenitura. El hombre quieto y calculador que reconocía el valor espiritual de ese derecho, manipuló a su hermano profano para que se lo cediera. Tal vez Jacob conocía la profecía (v. 23) y había estado esperando su oportunidad. Sin embargo, más tarde Dios hizo que Jacob se diera cuenta de que sus promesas no se adquieren de esa manera (cf. la manipulación de su abuelo Abraham, 16:1–6).

Ciertamente, la naturaleza incrédula de Esaú sería una advertencia para Israel. Es incorrecto sacrificar las bendiciones espirituales para satisfacer nuestros apetitos físicos. Es cuestión de prioridades. Esaú sólo vio la comida e hizo cuanto era necesario para obtener lo que deseaba (cf. Eva y el fruto del árbol, 3:6).

Esaú se presenta como un tipo muy emotivo: se sentía desmayar por el agotamiento (estaba **cansado**, 25:29), comió a trancones (como lo sugiere el v. 34 en hebr.), y por último, menospreció (v. 34) su primogenitura. En esta coyuntura dejó de ser un cazador avezado; más bien actuó como un animal que queda atrapado con el cebo. Vivir en ese nivel tan bajo, en el que sólo se busca satisfacer los apetitos carnales, inevitablemente conduce a menospreciar las cosas espirituales.

Jacob, aunque permanecía cerca de las tiendas, resultó ser mejor cazador que Esaú. Él también anhelaba algo—pero ciertamente algo que valía la pena. Anteriormente se había aferrado al talón de su hermano; ahora fue más lejos. Pero hay peligro aun en ese tipo de ambición espiritual. Los creyentes deben buscar las cosas de valor espiritual, pero evitar las

trampas de la carne. No obstante, después de que Jacob fue expurgado de sus deseos humanos, se convirtió en un siervo eficaz, porque para entonces, sus prioridades eran las correctas.

c. Isaac disfruta de la prosperidad concedida por la bendición abrahámica (26:1–33)

26:1–5. Algunos han supuesto que la tradición confundía la historia de **Isaac ... y Abimelec ... en Gerar** con las ocasiones en que Abraham estuvo en **Egipto** (12:10–20) y con Abimelec en la misma ciudad (cap. 20). Pero la repetición del conjunto de características dominantes que se mencionan se hizo en forma deliberada y muestra que la bendición fue traspasada a los descendientes de Abraham. Los paralelismos entre Isaac y **Abraham** que se encuentran aquí son muy numerosos: (a) **hubo hambre en la tierra** (cf. 12:10); (b) se diseñó un plan para ir a Egipto (cf. 12:11); (c) la estancia en Gerar (cf. 20:1); (d) debido al temor, decir que su esposa era su “hermana” (cf. 12:12–13; 20:2, 11); (e) la belleza de la esposa (12:11, 14); (f) la preocupación de Abimelec por no cometer adulterio (20:4–7); y (g) la reprensión de Abimelec (20:9–10). El Abimelec mencionado en 26:1 tal vez no era el mismo del cap. 20, porque ambos acontecimientos estuvieron separados por unos 90 años. No es improbable que Abimelec fuera un título (como faraón o César) porque Aquis (1 S. 21:10) también era conocido como Abimelec (cf. el título del salmo 34). De manera parecida, Ficol (Gn. 26:26) puede ser un título, aunque esto no se puede probar. O tal vez este Ficol tenía el mismo nombre del que se menciona anteriormente (21:22, 32).

Abraham ya se había ido. ¡Estaba muerto! ¿Qué sucedería con la promesa que Dios le había hecho? Simplemente, ésta continuaría aun después de su muerte. Usando varios recursos retóricos, el cap. 26 hace hincapié en que la promesa continuó con **Isaac**.

La idea principal de 26:1–11 es que los descendientes de Abraham, el siervo obediente, serían bendecidos debido a él, pero ellos también debían ejercitar su fe para poder disfrutar de las bendiciones prometidas. La auténtica fe en las promesas de Dios produce un valeroso andar con él; pero retraerse por temor pone en peligro la bendición y hace burla de la fe.

La obediencia de un hombre trajo bendición a sus descendientes. El Señor dio las promesas de Abraham a Isaac (le aseguró la presencia divina, la bendición, la posesión de **la tierra**, y una **descendencia como las estrellas del cielo**; cf. 12:2–3; 15:5–8; 17:3–8; 22:15–18; 28:13–14). Dios dijo que todo esto era **por cuanto oyó Abraham mi voz** (“obedeció”) y **guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes**. Todos estos son términos comunes en la literatura legal del A.T. Israel inmediatamente vería en el relato de Abraham la terminología de la Tora (ley) y se vería impulsado a cumplir la ley. Abraham aprendió que la verdadera fe obedece la palabra de Dios.

26:6–11. Así como hizo su padre, **Isaac** engañó a **Abimelec** en **Gerar** y por lo tanto, fue reprendido por el **rey** pagano que sabía que el castigo por el adulterio era la muerte (vv. 10–11). Este comentario legal también debe haber recordado a Israel de la importancia de preservar el matrimonio para asegurar el futuro de su nación. Cuando desaparece este fundamento, la sociedad cae (si el matrimonio de Isaac no hubiera continuado, no existiría la sociedad israelita).

Pero lo interesante de todo esto es el juego de palabras que se hace en hebr. con el nombre de Isaac. Después de engañar a Abimelec diciéndole que **Rebeca** era su **hermana**, Isaac fue sorprendido acariciándola (*mēšahēq*, v. 8). Este participio hace juego con el nombre de Isaac (*yīṣhāq*), pero también recuerda la burla de Ismael (*mēšahēq*, 21:9). La

selección de palabras es interesante. Es como si Moisés estuviera escribiendo que la recaída en la fe de Isaac—por haberse ido a Gerar y por decir que su esposa era su hermana—hacía burla de la gran promesa que encerraba su nombre. El hecho de acariciar a su esposa resultó ser una burla para Abimelec, a quien había intentado engañar. **Isaac** se burló de **Abimelec** al tratar de engañarlo. Pero Isaac debió tomar más en serio las promesas del pacto que se le acababa de dar (26:2–5).

Así que Isaac, al igual que Abraham, recibió la gran promesa divina, pero debido al temor, engañó a Abimelec e hizo burla de la bendición prometida. El temor hace burla de la fe; pero la fe se ríe abiertamente porque triunfa. Una persona que en verdad cree en las promesas de Dios, obedece sus estatutos, preceptos y mandamientos.

26:12–22. **Isaac** permaneció en aquella tierra disfrutando de la prosperidad divina (**cosechó** abundantemente y **se enriqueció**). Pero **los filisteos le tuvieron envidia** debido a sus riquezas, por lo que cegaron y llenaron **de tierra** los **pozos** de Isaac.

Aquí nuevamente los pozos proporcionan una característica dominante porque son evidencia tangible de la bendición divina (cf. la discusión de Abraham con los filisteos por un pozo, 21:25, 30). Sin importar dónde excavara Isaac y cuán frecuentemente le taparan los pozos los filisteos, Isaac abría una y otra vez los pozos llenos de tierra (26:17). La bendición de Dios sobre Isaac no podía ser entorpecida.

Alejado por los filisteos, Isaac **acampó en el valle de Gerar** y continuó su búsqueda de agua. Ahí también enfrentó la oposición; los habitantes del valle le reclamaron diciendo que el agua de dos de los tres pozos que Isaac había abierto era de ellos. Los nombres que dio a los tres pozos reflejan no sólo su lucha, sino también su triunfo: **Esek** (“riña”) y **Sitna** (“oposición”) reflejan el conflicto suscitado por los dos pozos y **Rehobot** (“ensanche”, “lugares amplios” o “anchura”, BLA) representa el ensanchamiento provisto por **Jehová**. Isaac se rehusó a vengarse. Continuó cediendo pozo tras pozo hasta que los filisteos, frustrados, lo dejaron en paz.

26:23–25. Después de que Isaac se trasladó a **Beerseba ...**, **se le apareció Jehová** para confirmarle nuevamente el pacto abrahámico (vv. 23–24). **Isaac** respondió como lo había hecho su padre, edificando **allí un altar** e invocando (proclamando) **el nombre de Jehová** (cf. 12:7–8; 21:33).

26:26–33. Una vez que se arregló el conflicto suscitado por los pozos, **Abimelec** solicitó a Isaac que hicieran un **pacto**. Así como un Abimelec anterior había reconocido que Dios estaba con Abraham (21:22), asimismo este Abimelec reconoció que Isaac era un hombre **bendito de Jehová**. Isaac nombró al pozo del lugar **Seba** (“juramento” o “siete”) porque ahí hicieron un convenio y **juraron** (26:28–31, 33) **el uno al otro**. Este fue un pacto similar al que Abraham hizo anteriormente cuando llamó a la ciudad **Beerseba** (21:23–24, 31). Ese convenio tenía que ser necesariamente ratificado con Isaac porque la bendición de Jehová estaba con la simiente de Abraham, e Isaac era su heredero legal.

Sin importar cuánta oposición se levantara para impedirla, la bendición permanecería. Otras naciones también reconocerían que la mano de Dios estaba sobre la simiente de Abraham y buscaría tener **paz** con Israel si es que querían compartir de la bendición.

d. El fracaso de Esaú (26:34–35)

26:34–35. Los casamientos de **Esaú** con dos mujeres heteas (**Judit y ... Basemat**) **fueron amargura** para sus padres. Esta mención demuestra cuán indigno era Esaú de

recibir la bendición de Dios y cuán necio fue el intento posterior de Isaac de bendecirlo (27:1–40). Más adelante, Esaú se casó con una tercer mujer, Mahalat (28:9).

e. *El engaño de Jacob para recibir la bendición (27:1–40)*

Dios espera que sus siervos cumplan con sus responsabilidades espirituales por medio de la fe. Desafortunadamente, la fe no siempre está presente y es entonces cuando las cosas se complican innecesariamente. Este cap. describe a toda una familia tratando de cumplir con sus responsabilidades, pero por medio de sus sentidos físicos y sin recurrir a la fe. Esta es la ya familiar historia de cómo Jacob obtuvo la bendición de su padre Isaac a través del engaño. Es un relato de la fragmentación de una familia ¡por causa de asuntos espirituales!

Todos los participantes fallaron. Isaac conocía la profecía que Dios le había dado a Rebeca (25:23) en el sentido de que el hijo mayor serviría al menor. No obstante, se propuso impedirla ¡bendiciendo a Esaú! Éste, estando de acuerdo con el plan, rompió el juramento que había hecho a Jacob (25:33). Rebeca y Jacob, sabiendo que perseguían una buena causa, cada uno trató de alcanzar la bendición divina por medio del engaño, sin ejercer la fe ni el amor. Ellos obtendrían la victoria, pero cosecharían odio y separación, porque Rebeca ¡nunca volvió a ver a Jacob! Por tanto, el conflicto entre Jacob y Esaú se vio grandemente agravado por la búsqueda de Jacob—él quería lo que pertenecía al primogénito, la bendición. Pero la historia no es sólo acerca de Jacob. Él no fue quien destruyó a la familia por sí mismo, sino el favoritismo de sus padres.

27:1–4. PRIMERA ESCENA (*Isaac y Esaú*)—Isaac ofreció bendecir a **Esaú**. En este pasaje se dan los importantes datos de que Isaac **envejeció** y que **sus ojos se oscurecieron, quedando sin vista**. Además se hace hincapié en que le gustaban los animales de **caza** y la comida bien sazónada (cf. 25:28, 34). Su paladar era el que gobernaba su corazón. Pero la intención de Isaac era dar su bendición a Esaú antes de morir. Esto representaba un conflicto para Rebeca, por lo que se movilizó a la acción.

27:5–17. SEGUNDA ESCENA (*Rebeca y Jacob*)—**Entonces Rebeca habló a Jacob** para que actuara con objeto de detener a **Isaac**. La mujer parecía estar segura de que podía imitar el sabor de la carne de un animal de caza con la carne de cabra (v. 9). Pero **Jacob** no estaba muy seguro de poder engañar a su padre. Después de todo, como dijo Jacob, si Isaac le tocaba, notaría la diferencia entre el cuerpo **velloso** de Esaú y el **lampiño** de Jacob. Éste no sentía remordimientos—sólo temor—en cuanto al plan. Pero la **bendición** estaba en peligro y todo debía arriesgarse, hasta la posibilidad de que **Rebeca** recibiera una **maldición** (vv. 12–13). Así que **Jacob** hizo todo lo que su madre le dijo. ¡**Rebeca** incluso hizo que Jacob se pusiera **los vestidos** de Esaú!

27:18–29. TERCERA ESCENA (*Jacob e Isaac*)—**Jacob** engañó a su padre y obtuvo la bendición. Instigado por su madre, **Jacob** mintió dos veces a su padre. Primero, acerca de su identidad (**yo soy Esaú**, v. 19) y después, diciendo que **Dios** lo había bendecido porque **hizo que** tuviera éxito (en la cacería, v. 20). En tres ocasiones, el anciano expresó sus sospechas (vv. 20, 22, 24). Pero engañado por sus sentidos del tacto (vv. 16, 23) y del olfato (v. 27), **bendijo** a Jacob pensando que era **Esaú** (vv. 27–29). La bendición incluía la prosperidad en las cosechas (v. 28), dominio sobre otras naciones y sus hermanos (cf. v. 37), la maldición sobre quienes lo **maldijeren** y la bendición sobre los que lo **bendijeren** (v. 29).

27:30–40. CUARTA ESCENA (*Esaú e Isaac*)—Muy pronto, **Esaú** regresó a casa y pidió la bendición de su **padre**. Cuando Esaú le trajo la comida, las emociones se desataron ya que

se estremeció Isaac grandemente por lo que había pasado y Esaú se enfureció al hacer una muy grande y muy amarga exclamación (v. 34). Isaac sabía que él había estado interfiriendo con el plan de Dios y que había sido derrotado; ya no había manera de retroceder. Esaú se empezó a dar cuenta de la verdadera naturaleza de Jacob—en dos ocasiones ya lo había engañado o suplantado, primero arrebatándole su primogenitura (25:27–34) y después su bendición. Lo único que quedaba era la bendición para un profano (27:39–40). Esaú no contaría con las grosuras de la tierra ni con el rocío de los cielos (cf. v. 28). Los edomitas, que fueron los descendientes de Esaú, vivirían en una tierra menos fértil que Palestina. Asimismo, Esaú viviría por la fuerza de su espada, serviría a Jacob y viviría sin reposo (cf. Ismael, 16:12).

Así que en cierto modo, Rebeca y Jacob ganaron, aunque no fue nada que Dios no les hubiera dado ya. Sin embargo, sí perdieron mucho.

Aun así, Dios obró a través de su estrategia. Todas sus actividades tuvieron éxito sólo en la medida de lo que Dios había profetizado en su oráculo. El programa divino siempre triunfa, con frecuencia a pesar de las actividades humanas.

La historia refleja el favoritismo de los padres, que fue el que despedazó la familia completamente. Asimismo, es el registro de la insensibilidad espiritual. Todos los sentidos naturales juegan un papel muy importante en ella—en especial, el sentido del gusto, en el que Isaac se gloriaba, pero que fue el que le dio la respuesta incorrecta. Cuando confiamos en nuestros sentidos para obtener discernimiento espiritual, no sólo se comprueba que éstos son falibles, sino que a veces arruinan nuestra vida innecesariamente.

Sin embargo, lo más importante es que la historia es acerca del engaño. Lo único que hizo titubear a Jacob fue el temor a ser maldecido en vez de bendecido (27:12). Cuando menos se daba cuenta de que tales acciones podrían poner en peligro la promesa de Dios. Más adelante, Jacob aprendería que las bendiciones son dadas por Dios, no obtenidas por engaño.

f. *La huida de Jacob (27:41–28:9)*

27:41–46. Este pasaje da comienzo a las historias de Labán. Debido a su engaño, Jacob tuvo que salir huyendo de su hogar. Pero ese hecho incluye la característica dominante de casarse con una mujer procedente de su parentela oriental. Isaac permaneció en la tierra mientras el siervo de Abraham iba a buscarle y traerle a su esposa (cap. 24), pero el viaje de Jacob fue forzado por el peligro inminente de ser asesinado por su enfurecido hermano (27:41–42). Además, Dios iba a tratar con Jacob con mucha severidad bajo la mano de su tío Labán. Sin duda, su permanencia en tierra extraña se parece en varias formas a la posterior permanencia de la familia de Jacob en Egipto.

Rebeca dijo a Jacob que Esaú estaba muy enojado y le conminó a partir de inmediato hacia la casa de Labán su hermano, en Harán. Engañando de nuevo a su esposo por el bien de su hijo, ella expresó su disgusto por sus dos nueras, las hijas de Het, llamadas Judit y Basemat (v. 46; 26:34–35) y urgió a Isaac para que dejara que Jacob fuera a casarse con alguien de su propia familia. De esta manera, Jacob huiría con la bendición de Isaac (cf. 28:1).

28:1–5. De nuevo, Isaac ... bendijo a Jacob y le dijo: No tomes mujer de las hijas de Canaán. Los cananeos eran una mezcla de razas—formada por docenas de grupos y clanes que se incorporaban a su sociedad por medio de tratados y matrimonios. La familia de Abraham se oponía a esas mezclas (cf. la negativa de Abraham a que Isaac se casara con

una cananea, 24:3). La razón de querer casarse dentro de su propio clan era para mantener la pureza de la línea y permanecer fieles a su propia familia. La forma más segura de perder los distintivos tribales era casándose con personas procedentes de mezclas raciales. Sin duda, la insistencia de Moisés cuando decía a los israelitas una y otra vez que sus ancestros se habían negado a mezclarse, era una nota de advertencia. El casarse con cananeos indudablemente destruiría la pureza de su línea, pero lo que era más importante, destruiría la pureza de la fe de los israelitas.

Antes de que Jacob se fuera, Isaac le dio una bendición pura y legítima. Ya no había razón para contenerse; específicamente, **Isaac** le transmitió a **Jacob** la bendición que **Dios** le había dado tanto a **Abraham** como a Isaac. Le reiteró la bendición del **Dios omnipotente** (*ʿēl šadday*; V. el comentario de 17:1) relativa a la prosperidad y a **la tierra** (28:3–4; cf. 15:5, 18–20) y conminó a su hijo para que se fuera a **Padan-aram**. Los que heredaban las bendiciones del pacto abrahámico no debían ponerlas en peligro casándose con los cananeos. La pureza espiritual debía mantenerse en todas las generaciones.

28:6–9. Por contraste, **Esaú**, tratando de agradar a su **padre**, se casó con una descendiente de **Abraham** por la línea de Ismael. Por lo tanto, **Mahalat, hija de Ismael**, era prima de Esaú. Irónicamente, ¡el hijo no escogido de *Isaac* se casó con alguien de la línea no escogida de *Ismael*! De esta manera, Esaú intentó mejorar su reputación matrimonial casándose con su tercera esposa (cf. 26:34). Esaú no comprendía el pacto abrahámico y su pureza. Seguía viviendo al nivel humano.

g. Las promesas del pacto son confirmadas en Bet-el (28:10–22)

La visión de Jacob en Bet-el se basó únicamente en la gracia de Dios. El Señor se apareció a Jacob para confirmarle su promesa de bendición y protección, haciendo que respondiera en una maravillosa actitud de adoración por medio de la cual juró fidelidad al Señor. Este pasaje (a) responde la pregunta de si el Señor también era el Dios de Jacob, y (b) muestra la forma dramática en que cambió la manera en que Jacob veía las cosas.

28:10–15. **Jacob ... llegó a un cierto lugar** para pasar la noche cuando iba de camino a buscar a su tío arameo Labán, quien vivía en **Harán** de Padan-aram (cf. 25:20; 28:2) y **soñó con una escalera** que llegaba al **cielo** con **ángeles de Dios que subían y descendían por ella**. El meollo de la historia es que Dios estaba con Jacob **por dondequiera que iba**. Esto se simboliza con la escalera, que se explica en palabras de Dios mismo (vv. 13–15) y que es reconocida en fe por Jacob (vv. 20–22). Dios reiteró a Jacob el pacto hecho con Abraham e Isaac y le prometió **la tierra** y una **descendencia como el polvo de la tierra** (cf. 13:16; 22:17) así como la bendición universal a través de él (cf. 12:2–3; 15:5, 18; 17:3–8; 22:15–18; 35:11–12). Asimismo, Dios le prometió protegerlo y estar con él mientras estuviera fuera de su tierra y hacer que regresara a ella.

28:16–22. La respuesta de adoración de Jacob incluyó (a) temor a **Jehová**, (b) alzar una **piedra ... por señal**, (c) consagrar la piedra al derramar **aceite encima de ella**, (d) llamar al **lugar Bet-el** (“casa de Dios”) para conmemorar ese acontecimiento, (e) hacer un **voto** en el que expresó por primera vez su fe en Dios (**Jehová será mi Dios**), y (f) prometiendo apartar **el diezmo** (v. 22). Todos estos detalles destacan la idea central de la presencia protectora de Dios.

Con Jacob se establecieron varias características dominantes relativas a las costumbres israelitas posteriores. La más importante es el memorial de Bet-el. Más tarde, los israelitas conquistadores lo recordarían como un lugar santo donde podían ver a Dios.

Otra característica dominante es el diezmo (como hizo Abram en 14:20). Diezmar era un acto por medio del cual una persona aceptaba que todas sus posesiones pertenecían a Dios. La fe reconoce este hecho externamente por medio de una manifestación concreta.

Asimismo, el voto de Jacob es un elemento importante de este suceso. Él juró que si **Dios** lo protegía, proveía y lo regresaba a la tierra, entonces ese lugar se convertiría en un centro principal de adoración para él. Posteriormente, los votos llegaron a ser muy importantes para Israel.

Es más, las piedras alzadas también se hicieron importantes a partir de este punto. Eran diferentes de los altares. Los memoriales eran levantados para recordar visitas divinas para que otros aprendieran acerca de Dios cuando preguntaran: “¿Qué significan estas piedras?” (Jos. 4:6)

La presencia de esos patrones religiosos repetitivos enfatizan el punto de que un lugar anónimo se convirtió en un centro importante de adoración para Israel. La estructura paralela entre las dos secciones (Gn. 28:10–13 y 16–19) muestra que la adoración era una respuesta a la visión. Por ejemplo, en hebr. se repite el término “cabecera”, primero para referirse al lugar donde Jacob recostó su cabeza (v. 11), después al extremo (lit. “la cabeza”) de la escalera (v. 12) y por último a la cabeza de la piedra (v. 18). Además, aparece otro juego de palabras con la palabra “parado”; primero, Dios estaba [parado] en lo alto de la escalera (v. 13) y Jacob “paró” la piedra cuando la alzó como memorial (v. 18). Estos paralelismos muestran que el altar en miniatura que levantó Jacob era una representación de la visión que tuvo.

La promesa divina de estar con su pueblo es un tema que se repite a través de toda la Escritura (e.g., Dios dijo a Isaac, “... no temas, porque yo estoy contigo ...”, 26:24). La seguridad de la presencia de Dios debería producir en cada creyente la misma respuesta de adoración y confianza que produjo en Jacob. Este es el mensaje desde el principio: por gracia, Dios visita a su pueblo y le promete protegerlo y proveerle lo necesario, de tal modo que pueda ser una bendición para otros. A su vez, ellos debían responder en fe, temerle, adorarlo, ofrendarle, jurarle fidelidad y levantar recordatorios en esos lugares para los adoradores futuros. (V. “Viaje de Jacob a Harán” en el Apéndice, pág. 314)

Entonces, el acontecimiento de Bet-el fue un arquetipo de la adoración de Israel, que seguía el mismo patrón—y sin duda llevaba su nombre—que el patriarca Jacob.

2. LA BENDICIÓN DE JACOB EN SU PEREGRINACIÓN (CAPS. 29–32)

Estos caps. manifiestan la forma en que Dios cumplió su promesa y bendijo a Jacob abundantemente. Asimismo, muestran cómo, en el proceso, el Señor disciplinó al patriarca.

a. *El encuentro con Raquel y el engaño de Labán (29:1–30)*

29:1–6. La estructura y contenido de este pasaje reflejan la importancia de la experiencia en Bet-el. **Jacob** había estado huyendo de Esaú; ahora andaba en busca de una esposa. Este cambio de propósito se debió a la promesa que Dios le dio en Bet-el. Esta búsqueda era para dar cumplimiento a una parte de la promesa, i.e., de la simiente, mientras

Jacob permanecía fuera de su tierra. Además, el espíritu de Jacob se despojó de egoísmo y se hizo magnánimo. Adquirió una nueva perspectiva.

Es significativo que el encuentro de Jacob con Raquel se asemeje al de su padre con Rebeca (cap. 24). Seguramente, Labán, el hermano de Rebeca, recordaba la forma en que Dios había dirigido a Eliezer, siervo de Abraham. Aunque esta narración, en contraste con la del cap. 24, no hace hincapié en la dirección divina, sí lo sugiere. Este era el hombre que había recibido una visión maravillosa; él conocía el plan de Dios de bendecirlo y dirigirlo. Así que Jacob se dio prisa para cumplir su misión (**siguió luego ... su camino** lit. significa “levantó sus pies”, BLA, nota marg.). “Por casualidad” llegó a un lugar donde había **un pozo**; “por casualidad” el pozo estaba cerca de **Harán**, donde vivía **Labán** (29:5) y “por casualidad” **su hija Raquel** iba llegando al pozo (v. 6). Este sincronismo fue obra del amante Dios soberano que estaba dirigiendo todo su camino (cf. 24:27). Es significativo que el encuentro se haya realizado en un pozo, porque éstos a menudo se asociaban con la bendición de Dios (cf. 16:13–14; 21:19; 26:19–25, 33).

29:7–14. En la mención de que Jacob **abrevó el rebaño de Labán**, se encuentra una nota de anticipación, ya que los caps. subsiguientes (30–31) muestran la forma en que **Labán** y sus rebaños prosperaron gracias a la presencia de Jacob (cf. 12:2–3). En contraste con los perezosos pastores de Labán (29:7–8), **Jacob** era generoso, celoso y trabajador (v. 10). Él tenía una misión que cumplir y una búsqueda que realizar. Esa meta ardiente proporcionada por su experiencia previa, era la que lo motivaba a tener éxito.

Besar a los parientes (vv. 11, 13) era la forma indicada de saludarlos. Al llamar a Jacob **hueso mío y carne mía eres** (v. 14), posiblemente Labán estaba adoptando a **Jacob**, su sobrino, como a un hijo.

29:15–30. La gozosa perspectiva de casarse con **Raquel** se convirtió en una pesadilla para Jacob debido al engaño de Labán. En su tío, Jacob encontró a un equivalente suyo y además fue el medio por el que recibió la disciplina de Dios. **Jacob** había engañado a su propio padre y hermano y aquí fue engañado ¡por el hermano de su madre! Le esperaban veinte años (31:38) de rudo trabajo, aflicción y engaños. A través de **Labán**, recibió una dosis de su propia medicina de engaños. Pero la tenacidad de Jacob demuestra que él consideraba todo como contratiempos sin importancia. Dios lo tomó, desarrolló su carácter, cambió el fruto de sus engaños en bendición y edificó la simiente prometida, la nación de Israel.

El plan de Jacob era trabajar **siete años por Raquel** para después hacerla su esposa. Aquellos **siete años ... le parecieron como pocos días, porque la amaba** (29:20). Es interesante que las esposas de los tres primeros patriarcas hayan sido muy bellas: Sara (12:11), Rebeca (24:15–16) y Raquel (29:17).

Cuando llegó el día del **banquete** de boda (vv. 21–22), los corazones estaban alegres y los espíritus complacidos. Pero durante la noche, Labán envió al lecho nupcial a **Lea**, la hermana mayor de Raquel. Esta fue una obra maestra de traición desvergonzada—**Lea**, la que no era amada, fue entregada al hombre que amaba a **Raquel**.

La ira de Jacob fue infructuosa. Pero por haber sido objeto de esa trampa, pudo entender lo que sintió Esaú. **Labán** dio una explicación técnica acerca de las costumbres locales: no era correcto dar a **la hija menor antes de la mayor**. ¡Esas palabras deben haber taladrado la conciencia de Jacob! En sus años mozos, él, el menor, había aparentado ser el mayor ante su padre (cap. 27). Si los convencionalismos sociales debían ser eliminados, tendría que hacerlo Dios, no por medio de engaños. Las quemantes palabras de Labán se dejan sin comentarios; este suceso fue simplemente un decreto de Dios contra **Jacob**.

La Biblia demuestra una y otra vez el principio de que lo que el hombre siembra eso es lo que cosecha (Gá. 6:7). Algunos han llamado a esto ironía o justicia poética, pero es más que eso. Es la retribución divina por medio de la cual a menudo se recibe medida por medida. Dios ordena los asuntos de la gente para corregir las cosas. Con Jacob, este engaño estuvo hecho a su medida; era un castigo divino para hacerlo consciente de sus propias argucias. Él se había presentado ante su padre disfrazado como su primogénito Esaú, ahora **Lea**, la primogénita, ¡le fue entregada disfrazada como **Raquel**, la menor! Después de su reacción inicial, Jacob aceptó el engaño por lo que era y se conformó con él. Cumplió con **la semana** de esponsales (Gn. 29:27; cf. **la semana** en el v. 28), al término de la cual también recibió a **Raquel** (¡dos esposas en siete días!). (A cada hija se le dio una **criada** como regalo de bodas, que era la costumbre de aquella cultura. **Lea** recibió a **Zilpa**, v. 24, y **Raquel** recibió a **Bilha**, v. 29; cf. 30:4–13.) A continuación, Jacob **sirvió a Labán aún otros siete años**, los cuales le debía por casarse con Raquel (29:30; cf. 31:38, 41).

Desafortunadamente, Jacob no es el único creyente que necesitaba a un Labán para que lo disciplinara.

b. El extendimiento de la simiente prometida a través del nacimiento de los ancestros tribales (29:31–30:24)

A menudo, el deseo de recibir aprobación y afecto nos lleva por caminos peligrosos. La competencia por tener hijos entre Raquel y Lea es un ejemplo de ese deseo dentro de una familia. La historia es acerca del anhelo que tenemos los seres humanos de recibir amor y reconocimiento, y el precio que se tiene que pagar por tratar de frustrarlo.

29:31–35. En sus relaciones familiares, Jacob también sembró semillas amargas. Se portaba fríamente con **Lea**, su esposa no deseada, y Dios, así como ella, estaban conscientes de ello. Por otro lado, al igual que sus antecesoras Sara y Rebeca, **Raquel era estéril** (v. 31; cf. 16:1; 25:21).

Los primeros cuatro hijos de Lea nacieron en rápida sucesión; esto debe contrastarse con las largas esperas de los primeros padres. La historia de esos nacimientos es triste, pero en ellos, como en el cap. como un todo, Dios es reconocido como el que da vida a pesar de los esfuerzos humanos.

Lea nombró a su primogénito **Rubén** (*r'ûḇēn*), **porque dijo: Ha mirado Jehová mi aflicción** (*rā'âh b'ônyî*). A continuación, aparece otro juego de palabras: **ahora, por tanto, me amaré** (*ye 'ēhābanî*) **mi marido**. Este nombre muestra que la mujer tenía esperanza, consuelo y fe en Jehová. Jacob nunca vio su aflicción, pero Dios sí (cf. *B'ēr laḥaî rō'î*, lit. “Pozo del Viviente-que-me-ve”, 16:14; 24:62; 25:11).

Simeón fue nombrado así **por cuanto oyó** (*šāma'*) **Jehová que ... era menospreciada**. “Oyó Jehová” es testimonio de la fe que esa mujer tenía en la provisión divina (cf. “Ismael”, que significa “Dios oye”, 16:15).

Leví fue llamado así por la esperanza que Lea tenía de que al fin su marido se uniera (*yillāweh*) a ella, pero esto no habría de suceder.

Judá fue su consuelo; ella se satisfaría con alabar (*ʾôdeh*) a **Jehová**, porque Judá significa “sea él alabado”. En medio de su gran aflicción, Lea demostró una fe auténtica. (V. “La familia de Jacob” en el Apéndice, pág. 315.)

30:1–8. Pero los hijos que Raquel tuvo a través de Bilha no reflejan la misma fe de Lea. **Raquel** estaba desesperada por su esterilidad. Sus esfuerzos por tener **hijos** a través de su **sierva Bilha** son parecidos a lo que Sara trató de hacer con Agar (16:1–4). El nombre de los dos hijos que nacieron de Bilha reflejan la amarga lucha que sostenía Raquel y su sentimiento de triunfo. Se explica el nombre de **Dan** con la palabra *dānannî*, porque dijo ella: **Me juzgó Dios, y también oyó mi voz**; i.e., el Señor había corregido el mal de Raquel, que era su esterilidad. El nombre de **Neftalí** indica las grandes **luchas** (*naptûlê*) en que había **contendido** (*nıptaltî*) con su **hermana** Lea (30:8).

30:9–13. Lea contraatacó ofreciendo a **Jacob** por mujer a **Zilpa su sierva**, de quien nacieron **Gad (ventura)** y **Aser (dicha)**. Lea vio que con la ayuda de Dios, estaba prosperando.

30:14–21. Rubén, el primogénito de Jacob, fue al campo y **halló mandrágoras**, que supuestamente eran yerbas afrodisíacas y que **Raquel** pensó que podían servirle para curar su esterilidad (vv. 14–15). A cambio de ellas, **Lea** alquiló a su marido y concibió al **quinto hijo** de **Jacob**. El nombre de **Isacar** se explica con el término *ś^ekartîkā* (“recompensa”, nota marg. BLA). El nombre del **sexto hijo** de Lea y Jacob, **Zabulón**, tiene el doble significado de “dote o regalo” y “habitación u honor” (BLA), por cuanto ella dijo que **Dios** le había **dado una buena dote** y por lo tanto, su marido iba a morar con ella y a tratarla con honor. Esto indica que Lea nunca abandonó sus esperanzas. Por último, **dio a luz una hija**, a la cual llamó **Dina**.

30:22–24. Por fin, **Raquel ... concibió y dio a luz a José (yôsēp)**, pero sin necesidad de las mandrágoras. Esto demuestra que la concepción es dada por Dios, y que no puede ser manipulada por la gente. El nombre de José, como el de Zabulón, tiene un doble significado. Raquel dijo: **Dios ha quitado (ʾāsap) mi afrenta**, y a continuación oró pidiendo: **Añádame (yôsēp) Jehová otro hijo**. Finalmente, Raquel estaba jubilosa, esperando con fe recibir a otro hijo de Dios.

Este pasaje (29:31–30:24) es una combinación de pequeñas narraciones que tienen por objeto enfatizar el significado de los nombres de los hijos de Jacob. Cada uno de los nombres fue interpretado por Lea o Raquel como reflejo de las condiciones que existían en la familia, sacrificando la sustancia piadosa que tenían como prueba de que Dios es el dador de la vida.

Ciertamente, el pasaje muestra la forma en que el Señor prosperó a Jacob y empezó a convertirlo en una gran nación. Así, los israelitas podrían mirar la historia hacia atrás e identificarse con sus ancestros en Jacob y en el conflicto entre sus mujeres. Los hijos de Jacob que se convirtieron en “Israel” aprenderían que por ser hermanos, no debían ser envidiosos como sus madres.

Para Israel, estos relatos eran algo más que interesantes historietas. La rivalidad que aparece en ellos explica en gran manera la que existía entre las tribus que descendían de las mujeres de Jacob. **Pero Génesis es muy claro al decir que Dios escogió a Lea, la esposa menospreciada, y la exaltó hasta convertirla en la primera madre de Israel. La monárquica**

tribu de Judá y la sacerdotal de Leví se remontan a ella, a pesar del amor de Jacob por Raquel y por su hijo José.

c. *Crecimiento de las posesiones de Jacob a costa de Labán (30:25–43)*

Esta es una historia poco común que relata la forma en que Jacob adquirió sus riquezas. Ese hombre superó a su opositor en astucia, o cuando menos, así lo parecía. Pero la victoria de Jacob se debió más a Dios que lo que Jacob pudo entender entonces.

30:25–36. Cuando **Jacob** pidió permiso a **Labán** de regresar a su casa, éste le insistió para que se quedara (vv. 27–28, 31). Este es un ejemplo de diplomacia oriental—pues muestra a dos líderes beduinos negociando cautelosamente y puestos en guardia. Labán le dijo que había **experimentado** (por adivinación) **que Jehová lo había bendecido por su causa**. Tal vez él buscaba señales o simplemente percibió esa realidad. Las **ovejas manchadas** eran una buena señal; o cuando menos, la exagerada cantidad de ellas indica esto (v. 32). **Jacob** coincidió en que Dios había **bendecido** a Labán (v. 30). Por ello, le propuso un plan por medio del cual (aparentemente) él ganaría muy poco. Recibiría como **salario** de su trabajo las **ovejas manchadas y salpicadas de color, y las ... de color oscuro**, así como las salpicadas y manchadas de **las cabras**—las más raras—que nacieran. **Labán** lo pensó y con rapidez cerró el trato (v. 34), porque sólo veía grandes beneficios para él.

El plan de Jacob era de lo más arriesgado. Sin embargo, estaba pensando sólo en sus propios intereses, y tenía la esperanza de beneficiarse de ello.

Pero la treta de Labán aumentó el riesgo. Para mayor seguridad, Labán **apartó** de inmediato todos los animales de color anormal, y los dio a **sus hijos** y no a Jacob. Y como precaución adicional, **puso tres días de camino entre sí y Jacob**. De esa manera, se estaba asegurando de que **Jacob** no pudiera obtener un rebaño considerable.

30:37–43. Dios bendijo a **Jacob** de una manera poco común. Aquí se encuentra un juego de palabras con el nombre **Labán** (“blanco”), porque en la medida en que Jacob **descortezó** las varas para descubrir **lo blanco (lābān)** de ellas, veía cómo aumentaban sus rebaños. Le siguió el juego a Labán y ganó—fue más listo que “Blanco”.

Posteriormente, Jacob aceptó claramente (31:7–12) que Dios había intervenido para cumplir las expectativas que él había puesto en las varas blancas. Parecía que **las varas**, puestas **en los abrevaderos**, hacían que sus animales fueran más fértiles, ya que se apareaban frente a los abrevaderos. Además, **Jacob** usó la cruce selectiva para aparear los animales **más fuertes** para su rebaño y **las ovejas más débiles** (las hembras) para **Labán**. Pero esta no fue la única ocasión en que la intervención de Dios en el éxito de Jacob fue mucho más grande de lo que un observador podría pensar.

Así que **Jacob se enriqueció muchísimo** (30:43) en cumplimiento de la promesa que Dios le hizo en Bet-el y a costa de Labán, que así recibió parte de la recompensa que se merecía. Entre Labán y Jacob se desarrolló una lucha fascinante. Las injusticias y artimañas de Labán se adelantaron al plan de Jacob, así como la intención de Isaac de bendecir a Esaú había precipitado el engaño de Jacob. En ambos casos, las intenciones de defraudarlo, de hecho fueron superadas por Jacob mismo. Sin embargo, posteriormente **Jacob** consideró que su ganancia real se debía a la bendición divina, aunque tuvo que aceptar las consecuencias (temor y peligro) de sus tretas.

d. *Jacob huye de Labán y es protegido por Dios (cap. 31)*

El que Jacob prosperara con Labán y que regresara ileso a su tierra natal fue un testimonio de la bendición divina. Esa prueba de protección y prosperidad debería motivar al pueblo de Dios a vivir por fe.

31:1–16. Jacob viajó hacia Canaán por dos razones que estaban relacionadas entre sí. La primera, la creciente hostilidad **de los hijos de Labán** contra Jacob que hizo que **el semblante de Labán** se tornara amenazador (vv. 1–2). Tal vez Dios quería moverle el tapete a Jacob. En segundo lugar, **también Jehová dijo a Jacob** que regresara a su **tierra** (v. 3); este fue el llamamiento divino a regresar a la tierra prometida.

Jacob dio un maravilloso discurso a sus dos esposas, quienes a petición de él, se le reunieron en el **campo** (vv. 4–16). Pero esto no lo hizo sólo para protegerse, sino porque él quería llevarse a una familia bien dispuesta, así que les testificó de la dirección y provisión de Dios diciéndoles que debía cumplir el voto que había hecho en **Bet-el** (28:20–22). La respuesta de ambas mujeres también fue originada por la fe (31:14–16). **Labán** había dilapidado la **riqueza** de Lea y Raquel, lo que hizo que perdieron la confianza en él, así que estuvieron dispuestas a dejar a su padre.

31:17–21. Así que iniciaron el escape, pero éste fue más riesgoso de lo que Jacob había previsto, porque **Raquel hurtó los ídolos** familiares de Labán (lit. “terafines”, figurillas representando a las deidades). Esto muestra que había una gran influencia pagana en la familia de Labán. Un juego de palabras indica que Raquel se convirtió en una verdadera “Jacob”, y establece un paralelismo entre ellos: Él partió con engaños y ella robó los dioses. Tal vez Raquel se dijo a sí misma que ella los merecía porque, aduciendo la costumbre, Labán se había aprovechado de ella privándola de su deseo de casarse primero. Cualquiera que haya sido la razón, su tozudez y egoísmo por poco provocan un desastre. Tal vez el poseer los terafines demostraba su derecho a la herencia (esto es precisamente lo que significaba según las tablillas de Nuzi del s. 15 a.C.); ciertamente significaba que dejaba a Labán sin lo que él consideraba que era su protección.

A esto se debió que persiguiera a Jacob. Una cosa era que Jacob se hubiera llevado a sus rebaños y su familia, ¿pero también a sus ídolos? Tal vez pensaba que Jacob trataría de regresar algún día a Harán para reclamar sus posesiones. (No pudiendo encontrar a los ídolos, posteriormente [vv. 43–53], Labán hizo un pacto para que ese hombre conflictivo permaneciera alejado de su territorio.)

31:22–35. Durante los **siete días** de persecución hasta **Galaad**, que estaba al oriente del río Jordán, justo cuando Labán iba acercándose a Jacob, recibió una advertencia de parte de Dios en el sentido de que no hablara **descomedidamente** a Jacob. Sin este acto decisivo de Dios, Jacob tal vez no hubiera podido llevarse nada a casa.

En la confrontación que ocurrió entre Jacob y Labán, se usa la jerga legal que describe una demanda civil. En su primera “riña” (*riḇ*, cf. v. 36) o acusación, **Labán** afirmó que **Jacob** le había robado (vv. 26–27, 30)—no obstante, se presentó como un padre dolido (v. 28) y como un vengador renuente (v. 29). Cuando **Labán** exigió que Jacob devolviera los

lit. literalmente

s. siglo

terafines (sus **dioses**), Jacob, sin saberlo, puso una sentencia de muerte sobre la cabeza de **Raquel** (v. 32).

Pero **Labán** fue engañado por **Raquel** (vv. 33–35), quien puso los ídolos **en una albarda de un camello** y se sentó sobre ella en su **tienda**. Aparentemente, **Labán** jamás soñó que una mujer se atreviera a correr el riesgo de contaminar a los ídolos. Pero qué insulto fue para los terafines—que se convirtieron en menos que nada, porque una mujer que dijo estar “con la costumbre de las mujeres”, se sentó sobre ellos (vv. 34–35; cf. Lv. 15:20).

31:36–42. La segunda “riña” o acusación vino de parte de **Jacob**. (La frase **riñó con Labán** lit. significa que tuvo una confrontación o controversia [*wayyāreb*, que se relaciona con al sustantivo *rīb*, “riña o acusación”].) **Labán** el acusador, se convirtió así en el acusado. Jacob, ignorando que Raquel había robado los ídolos, con enojo hizo un devastador contraataque recapitulando los padecimientos que había sufrido durante los **veinte años** que sirvió a **Labán** (cf. 29:27–30), teniendo pérdidas financieras mientras cuidaba de sus rebaños, siendo consumido por **el calor, y de noche por la helada**. Pero el **temor de Isaac**, i.e., el Dios que Isaac temía, estuvo con él y **vio su aflicción** y duro trabajo.

31:43–55. **Labán** sugirió que hicieran **un pacto** (i.e., un convenio) para establecer límites territoriales entre ellos (vv. 44, 52). **Labán** fue quien lo propuso porque Jacob ¡ni lo necesitaba, ni le importaba!

Jacob tomó una piedra y después **tomaron piedras e hicieron un majano**, apilándolas alrededor de la primera. **Labán** llamó al lugar **Jegar Sahaduta**, su nombre en arameo, pero **Jacob** lo llamó **Galaad**. **Labán** explicó que el nombre significaba que ese **majano** era **testigo** entre ellos, pero añadió el nombre hebr. **Mizpa** (“atalaya”), confiando en que **Jehová** vigilara el cumplimiento del convenio. Las condiciones fueron que Jacob no haría daño a las **hijas** de **Labán** (v. 50) y que Jacob y **Labán** se mantendrían alejados uno del otro (v. 52).

Al expresar las condiciones del pacto, **Labán** usó muchas palabras para ocultar su falta de credibilidad. Ese hombre poco confiable estaba tratando de demostrar que Jacob tenía un carácter inconstante y que tenía que ser atado por una larga serie de cláusulas. **Labán** trató de aterrorizar a Jacob como si fuera un pagano que necesitara ser amenazado. Hasta se apropió del majano diciendo: **He aquí esta señal, que he erigido** (v. 51; las itálicas son añadidas), refiriéndose al monumento que Jacob había hecho.

Tanto el establecimiento de los límites como los derechos de las esposas muestran que **Labán** y Jacob querían confirmar el statu quo. Pero el convenio también marcó el rompimiento de la familia de Israel con sus parientes del oriente. El tratado estableció que la frontera quedaría en los campos montañosos de Galaad.

En su última confrontación, Dios se apareció en sueños a Jacob (v. 3) y a **Labán** (v. 24) con el propósito de separarlos. Todo este suceso se vio complicado por los intereses egoístas terrenales, como el robo de los ídolos por Raquel y la egoísta hostilidad de **Labán**. Es interesante que al final, Dios haya sido invocado para que vigilara el cumplimiento del convenio (v. 49).

Posteriormente, este relato fue de la mayor importancia para Israel: Dios libraría y protegería al pueblo a medida que los llevaba de Egipto a la tierra prometida. En esta narración, Israel podría ver que Dios triunfa sobre los ídolos y los idólatras, la forma en que Dios usaba los sueños para liberarlos y protegerlos, y los límites que Dios había establecido

para mantener a su pueblo separado de sus enemigos. Todo esto tuvo gran significado para las relaciones israelo-aramneas posteriores (Labán fue arameo, o sirio, 25:20).

e. Preparación para el encuentro con Esaú (32:1–21)

32:1–2. Dios preparó a **Jacob** para su encuentro con Esaú dando al patriarca una visión angelical. Jacob acababa de dejar a Labán y estaba a punto de regresar a su tierra para enfrentarse con Esaú otra vez. A esas alturas, el mundo invisible de Dios tocó abiertamente el mundo visible de Jacob.

El encuentro se describe con una brevedad asombrosa. Se utilizan sólo cuatro palabras hebr. para registrar el encuentro: **le salieron al encuentro ángeles de Dios**. A continuación, **Jacob** llamó a ese lugar **Mahanaim**, que probablemente significa “dos campamentos” o “dos compañías” (BLA, nota mar.). Él debe haber interpretado la compañía de ángeles como una fuente de consuelo para su gente (su campamento), precisamente cuando se disponía a regresar a su tierra.

Aquí es necesario hacer una comparación entre éste y el encuentro previo que tuvo Jacob con los ángeles de Bet-el (28:10–22) al salir de su tierra, pues es por demás instructiva. En todo el A.T., la expresión “los ángeles de Dios” aparece únicamente en 32:1 y en 28:12. La palabra hebr. *pāgaʿ* con *h*^e aparece en 28:11 (“llegó”, RVR60; “se encontró”, BLA, nota mar.) y en 32:1 (“encuentro”). *Zeh* (“este”) se usa cuatro veces en hebr. en 28:16–17 y es una importante referencia a la reacción de Jacob de 32:2. (Cf., e.g., “este lugar ... es ... puerta del cielo”, 28:17, con **campamento de Dios es este**, 32:2.) En ambos casos, Jacob interpretó lo que había visto antes de darle nombre (28:17; 32:2) y en hebr., se usa una expresión idéntica en el proceso de nombrar ambos lugares (28:19; 32:2). Finalmente, se usan *hālak* y *derek* (“este camino en que voy” [28:20 BLA] y “siguió su camino”; i.e., “seguir en un viaje”) tanto en 28:20 como en 32:1.

Es evidente que los dos pasajes están relacionados. Lo que sucedió cuando se dio nombre a Bet-el, cuando Jacob iba a salir de su tierra, ahora volvió a tener lugar al nombrar a Mahanaim durante su recorrido de regreso. Su contemplación de los ángeles de Dios le aseguró una vez más que le acompañaría la protección divina. Además, los ángeles le dieron la bienvenida al regresar a la tierra de promisión. Esta seguridad le llegó a Jacob en el momento en que tan desesperadamente la necesitaba.

Cuando se trata de la obra de Dios, el conflicto es espiritual, no físico. Esto se aplica a Jacob, a Israel, y a nosotros en esta época. Ningún esfuerzo humano es suficiente para llevarla a cabo. La fuente de protección y el medio de la victoria provienen de los ángeles ministradores de Dios.

32:3–8. Impulsado por la idea de la visión, **envió Jacob mensajeros ... a Esaú, ... a la tierra ... de Edom**. (La palabra hebr. que se trad. “ángeles” también significa

BLA Biblia de las Américas

mar. margen, lectura marginal

RVR60 Reina-Valera Revisión 1960

trad. traducción, traductor

“mensajeros”). En esta sección se encuentran muchas ideas clave y juegos de palabras. Jacob acababa de ver a los ángeles (mensajeros de Dios) y después envió a sus propios mensajeros a Esaú. Él había interpretado la presencia de los ángeles como “campamento (*maḥānēh*) de Dios”, y nombró a ese lugar *maḥānāyim* (v. 2). Después, debido al **gran temor** que tenía de Esaú (que iba a recibirlo con **cuatrocientos hombres**), **distribuyó** a su gente **en dos campamentos** (*maḥānôt*).

32:9–12. Debido al miedo, Jacob oró a Dios pidiendo que lo librara. Sin duda, recordaba la amenaza de Esaú de matarlo (27:41). Jacob tal vez todavía sentía temor, pero vería que Dios lo libraría de su hermano. De hecho, el profundo miedo de Jacob se manifiesta en cada una de las secciones de este pasaje, aun durante su oración.

Jacob se dirige a Dios como Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, y de paso, le recuerda el mandato que le había dado de regresar a su **tierra** y su parentela y la promesa que le hizo de bendecirlo. Dios quiere que cuando su pueblo ora, le recuerde su palabra dada. Esta es una de las motivaciones de la fe. A continuación, el patriarca confesó que era inmerecedor de **todas** sus **misericordias** y bendiciones materiales. Él asumió la actitud correcta al orar—mostró absoluta dependencia de Dios. Jacob pidió que lo librara de **Esaú** y admitió: **porque le temo**. Después, repitió la promesa que Dios le había hecho acerca de que su **descendencia** sería **como la arena del mar, que no se puede contar** (cf. 22:17). Todo esto debía haber sido suficiente para sostener la fe de Jacob, pero en ese punto, estaba totalmente dominado por su complejo de culpa y temor.

32:13–21. Para aplacar a **Esaú**, Jacob tomó parte de sus posesiones y preparó **un presente** (*minḥâh*) **para su hermano Esaú**. Con frecuencia, se daba un *minḥâh* a un superior con objeto de ganar su favor. **Jacob** le envió **cabras, ... machos cabríos, ... ovejas, ... carneros, ... camellas**, ganado y asnos—un total de 550 animales, sin contar los camellos recién paridos. Pensó que esas cinco manadas enviadas por separado impresionarían a Esaú y lo apaciguarían (v. 20). Sin embargo, posteriormente se enteró de que Dios lo iba a librar aun sin haber hecho esos regalos. Asimismo, la nación debía aprender que la liberación viene por la fe en Dios, no entregando tributos al enemigo.

Este pasaje termina con un importante juego de palabras en el v. 21 que muestra cuán alejado estaba este presente de la visión (v. 1) donde Dios le había asegurado que lo protegería: El **presente** (lit. “regalo” *hamminḥâh*) fue enviado antes que él, pero **él durmió aquella noche en el campamento** (*bammaḥāneh*).

f. La bendición en Peniel (32:22–32)

Antes de que Jacob entrara en la tierra de promisión, tuvo un encuentro con Dios que así como lo dejó cojo, también lo bendijo. Este suceso fue un hito muy importante en la vida del patriarca.

Para entender el propósito de este relato, se deben destacar varias características. Primero, la lucha se dio cuando Jacob se encontraba en el umbral de la tierra prometida, ya que el río Jaboc de Galaad desemboca en el río Jordán por la frontera oriental (vv. 22–24). En segundo lugar, en ese lugar Jacob se convirtió en Israel (v. 28). Su nuevo nombre no sólo estaba ligado al relato, más bien el nombre se explica por la narración. En tercer lugar, la narración se relaciona con el nombre de un lugar, Peniel, que fue dado por Jacob en respuesta a su nuevo nombre (v. 30). En cuarto lugar, la historia incluye una restricción

dietética para el pueblo de Israel (v. 32). Ese tabú se convirtió en una costumbre de Israel, pero no se incluyó en la ley mosaica. Los judíos ortodoxos todavía se rehúsan a comer el tendón del encaje del muslo de los animales.

El énfasis de la narración ciertamente está en la lucha; pero su propósito era transformar a Jacob en Israel. No se puede ignorar aquí el contexto de la vida del patriarca. La relación se confirma por el juego del significado de los nombres. Desde el principio (vv. 22, 24) se mencionan *ya* ‘*āqōb* (“Jacob”) el hombre; *yabbōq* (“Jaboc”) el lugar; y *yē* ‘*ābēq* (“luchó”), el encuentro. Inmediatamente, esto atrae la atención del lector en hebr. debido a la similitud entre las consonantes *y*, *q*, y *b* que aparecen en esas palabras. Antes de que Jacob (*ya* ‘*āqōb*) pudiera cruzar el Jaboc (*yabbōq*) para entrar en la tierra de promisión, tuvo que luchar (*yē* ‘*ābēq*). Una vez más, debía tratar de vencer a un adversario, pero en esa instancia, fue enfrentado por alguien que deseaba tener un encuentro privado con él, por lo que se vio forzado a luchar.

32:22–25. Antes de que **Jacob** cruzara **el vado de Jaboc** en pos de su familia, sus siervos y sus posesiones, **luchó con él un varón** que lo atacó. No se dan detalles acerca de la lucha, porque sólo era el preámbulo de la parte más importante, el diálogo. No obstante, la lucha fue real y física.

La palabra יִשׁ (“un hombre”) no revela nada acerca de la identidad del atacante. Pero esto es adecuado, porque más tarde, “el hombre” se negó a revelarse directamente (v. 29).

Es muy importante el hecho de que el encuentro duró **hasta que rayaba el alba**, porque la oscuridad simboliza la situación de Jacob. El temor y la incertidumbre lo inundaban. Si Jacob se hubiera dado cuenta de que iba a luchar con Dios, seguramente nunca se hubiera enzarzado en la pelea, y mucho menos la habría continuado toda la noche.

Por otro lado, el hecho de que la pelea duró hasta el alba sugiere que fue un encuentro largo y decisivo. De hecho, el atacante no venció a Jacob hasta que recurrió a una treta extraordinaria.

Al final, el atacante **tocó en el sitio del encaje de su muslo** para que se le descoyuntara el muslo. El punto es muy claro. El asaltante tomó así la ventaja. Jacob, el peleador tramposo, quedó cojo por un golpe sobrenatural. En pocas palabras, así como había sucedido a muchos de sus rivales, Jacob se encontró finalmente con alguien a quien no pudo derrotar.

32:26–29. No obstante, aunque quedó cojo e incapaz de ganar, **Jacob** se aferró a su asaltante y le pidió que lo bendijera. Por fin se hizo clara a Jacob la identidad de su atacante, así como la importancia del encuentro. Una vez que se dio cuenta de quién era su contrincante (v. 28), Jacob se aferró a él resueltamente, implorando su bendición. Es muy significativo que en respuesta a la petición del patriarca de ser bendecido, el varón le preguntara: **¿Cuál es tu nombre?** Cuando recordamos que en el A.T. el nombre de la persona está relacionado con su naturaleza, se aclara el punto: el patrón de vida de Jacob tenía que cambiar radicalmente. Al decir su nombre, **Jacob** tuvo que revelar toda su naturaleza. Aquí, “el que toma por el talón” o “el suplantador”, fue atrapado y tuvo que confesar su verdadera naturaleza antes de ser bendecido.

La bendición tomó la forma de darle un nuevo nombre—**Israel**. Probablemente ese nombre significa “Dios lucha”, como dice la etimología popular. A continuación, se da la explicación de que **Jacob** había **luchado con Dios y con los hombres**. Es fácil comprender que había luchado con los hombres, pero que luchó “con Dios” es más difícil de entender.

Durante toda la vida de Jacob, él había utilizado la bendición de Dios bajo todo tipo de circunstancias para su beneficio y según sus propias fuerzas. Él era demasiado tozudo y orgulloso para dejar que se le diera la bendición.

Así que su nombre se convirtió en “el que lucha con Dios” o “Dios lucha”. En primer lugar, esto significaba que Dios decidió, debido a la terquedad y orgullo del patriarca, luchar contra él. En segundo lugar, significaba que Dios lucharía por Israel.

El nuevo nombre de Jacob le recordaría a él y a otros de esa pelea, en la que él había **vencido**. Estas palabras estaban cargadas de esperanza para los israelitas. Si alguien pudiera luchar con éxito con Dios, entonces ganaría la batalla con el hombre. De esta manera, el nombre “Dios lucha” y la explicación de que Jacob había “vencido”, adquirió la significancia de una promesa para las luchas venideras de la nación.

32:30–32. Llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel (“cara de Dios”) porque vio a Dios cara a cara, y fue librada su alma. Como hizo antes (28:19; 31:47; 32:2), nombró el lugar para conmemorar el suceso. Sin embargo, “a Dios nadie le vio jamás” (Jn. 1:18). Para encontrar una explicación a esta aparente contradicción, V. el comentario de Éxodo 33:11, 20 y de Juan 1:18.

Dios se había acercado a Jacob tanto como era posible—puso sus manos sobre él. La idea no es que *aun así* su alma fue librada, sino que y su alma fue librada. Él había orado pidiendo que Dios lo librara de su hermano (Gn. 32:11) usando la palabra hebr. *nāṣal* (“líbrame”), la misma que usó posteriormente (*nāṣal*, fue “librada” mi alma, v. 30). La oración de Jacob pidiendo liberación fue contestada por Dios en ese encuentro que se realizó cara a cara y con la bendición subsecuente.

Cuando Dios tocó el tendón más fuerte de su contrincante, se desconyuntó su muslo y junto con él, también se desbarrancó la confianza en sí mismo que él tenía. Sus armas carnales quedaron destruidas e inútiles; le fallaron en su encuentro con Dios. De pronto se le reveló lo que él había venido sospechando durante los últimos veinte años: él estaba en las manos de Aquél contra quien no tiene caso luchar. Después del toque que lo dejó cojo, la lucha de Jacob tomó una nueva dirección. Cuando quedó limitado en su fuerza natural, se hizo más arrojado en la fe.

Jacob no fue el único que tuvo un encuentro de esta naturaleza con Dios. Moisés también fue confrontado por el Señor cuando todavía no se ajustaba totalmente a la voluntad divina (Éx. 4:24). El encuentro de Jacob se realizó en la frontera de la tierra prometida a la simiente de Abraham. Dios, el verdadero “propietario” de la tierra, se opuso a que el patriarca entrara en ella como “Jacob”, ya que confiando sólo en su voluntad y fuerza, nunca podría entrar en la tierra.

Para la nueva nación de Israel, era muy claro el punto de la historia, pues significaba que saldría de Egipto para entrar en la tierra prometida; la victoria final de Israel no vendría por los métodos normales que emplean las naciones para adquirir poder, sino a través del poder de la bendición divina. La autosuficiencia es incompatible con la obra de Dios en cualquier época. Sólo la fe vence al mundo.

3. EL REGRESO DE JACOB Y LA AMENAZA DE LA CORRUPCIÓN EN LA TIERRA (CAPS. 33–35)

a. *Reconciliación con Esaú (33:1–17)*

El tan esperado encuentro de Jacob con Esaú fue un acontecimiento maravilloso. Dios había cambiado de tal modo el corazón de Esaú, que estaba ansioso de reconciliarse con su hermano. Anteriormente, Esaú había sido indiferente a su primogenitura (25:32–34) y ahora no estaba interesado en vengar antiguas ofensas. Por su parte, Jacob se sintió aliviado de que Esaú no le mostrara hostilidad y tuvo que admitir de nueva cuenta que la mayor parte de todo ello se debía más a la intervención divina de lo que él se imaginaba.

33:1–7 Jacob todavía mostró debilidad y temor al encontrarse con **Esaú**. Formó a **sus niños** y a sus esposas en orden de importancia para él, dejando **a Raquel y a José los últimos**, en el lugar más seguro.

Es interesante observar los contrastes entre ambos hermanos cuando se volvieron a ver después de veinte años.

Jacob **se inclinó a tierra siete veces** en señal de homenaje (v. 3), haciendo así varias paradas antes de llegar hasta Esaú. Éste, sin embargo, ansiosamente **corrió a su encuentro y le abrazó ... y le besó; y lloraron** ambos. ¡Qué cambios suceden cuando “Dios lucha” a su manera! Cada vez que se dirigía a Esaú, Jacob constantemente se refería a sí mismo como **tu siervo** o “su siervo” (vv. 5, 14) y a su hermano lo llamaba “mi señor” (vv. 8, 13–15), mientras que Esaú simplemente le llamaba “hermano mío” (v. 9). Esto contrasta grandemente con la bendición de su padre, cuando Isaac dijo que Jacob se enseñorearía de Esaú (27:29). Definitivamente, la actitud de Jacob cuando se acercó a Esaú fue cautelosa y humilde, con la intención de hacer a un lado cualquier espíritu vengativo.

33:8–11. Jacob presionó a **Esaú** para que aceptara el presente de 550 animales (cf. 32:13–15). Cuando vio que Esaú dudaba de aceptar el ganado, Jacob insistió y dijo: **acepta mi presente** (*minḥātî*, la misma palabra que usó en 32:13). Y después volvió a insistir: **Acepta, te ruego, mi presente** (*birkātî*). La palabra “presente”, viene de *bārak*, “bendecir”. Al usar el término *birkātî*, **Jacob** deliberadamente mostró que quería compartir su bendición con **Esaú**, y que estaba tratando de suavizar sus acciones pretéritas.

La explicación de Jacob, de que haberlo visto era como **si hubiera visto el rostro de Dios**, demuestra que sabía que esta liberación de cualquier daño de parte de Esaú provenía de Dios. En Peniel, Jacob había visto a Dios cara a cara y fue librado (32:30). Habiendo pasado por esa experiencia, también sobreviviría al encuentro con su hermano. Por lo tanto, la reacción favorable de Esaú fue un acto misericordioso de Dios.

33:12–17. Astutamente, **Jacob** evitó viajar junto con **Esaú**. Lo convenció de que necesitaba viajar despacio debido a sus **niños** y los animales **recién** paridos, y que lo seguiría hasta **Seir**. Pero Jacob tomó el camino contrario—siguió al norte, hasta **Sucot**, al oriente del río Jordán y al norte del río Jaboc, en vez de seguir rumbo al sur, a Seir. Pero bien pudo haber sido sabio al no ir hasta Edom, pero no necesitaba haber engañado a su hermano otra vez.

De esta manera, ocurrieron milagros tanto en Jacob como en Esaú. En **Jacob**, Dios creó un espíritu de humildad y generosidad. **Esaú** fue transformado de un ser vengativo a un hombre que deseaba la reconciliación. Estos cambios son prueba de que Dios decidió librar a Jacob en respuesta a su oración (32:11).

b. El asentamiento en Siquem (33:18–20)

33:18–20. Estos vv. son una especie de epílogo a la permanencia de Jacob fuera de su tierra. Él regresó en paz y acampó cerca de **Siquem ... de Canaán**, directamente al occidente del río Jaboc y a casi 32 kms. de distancia del río Jordán. Ahí fue donde Abram acampó por primera vez cuando llegó a Canaán (12:6). Siquem estaba entre los montes Ebal y Gerizim.

Al igual que Abram, **Jacob** compró una parte del campo y asimismo **erigió allí un altar** (12:7), **y lo llamó El-Elohe-Israel** (“El es el Dios de Israel”). De esta manera, dio testimonio de que el Señor lo había dirigido durante todo el camino de regreso a su tierra.

Los siguientes caps. cambian el enfoque hacia los hijos de Jacob. Su regreso a la tierra y el establecimiento del altar, son la culminación de las “experiencias de Jacob con Labán”. En este cap., Jacob puso nombre a dos lugares más (cf. Bet-el, 28:19; Galaad, 31:47; Mahanaim, 32:2; Peniel, 32:30). Sucot (“refugios”) fue llamado así debido a las cabañas que construyó para su ganado (33:17) y el nombre que dio al altar fue para conmemorar la importancia de la relación de Dios con Israel, el nuevo nombre de Jacob. Dios lo había prosperado y protegido como prometió.

c. *La violación de Dina (cap. 34)*

Una vez que Jacob se asentó, se convirtió en un problema para él la amenaza de los cananeos. Su historia es una maraña de cosas buenas y malas, mismas que caracterizan a todos los relatos de los patriarcas. Para el pueblo de Israel, ciertamente esto sería una advertencia contra los perniciosos efectos de relacionarse con los cananeos, aunque fuera para engañarlos. Se suponía que los israelitas no debían casarse con ellos y ni siquiera hacer convenios. Pero este pasaje también advierte contra siquiera visitar a las hijas de esa tierra (v. 1). Es más, los convenios pactales no debían hacerse basados en pretensiones falsas (v. 13), porque el buen nombre de Israel estaba de por medio en esa tierra (v. 30). Debido a esto, Simeón y Leví (v. 25) fueron desconocidos cuando Jacob dio a sus hijos la bendición final (49:5–7).

34:1–4. **Dina**, la única **hija** de Jacob (30:21), **salió ... a ver a las hijas del país**. Esta acción fue como si se soltara una roca que causó una avalancha. Jacob había tenido relaciones comerciales con Siquem (33:19), pero el paso que Dina dio para relacionarse socialmente con los siquemitas tuvo complicaciones muy serias. Hubiera sido más seguro evitar cualquier contacto con los cananeos.

Siquem ... príncipe de aquella tierra ... la deshonró (*‘ānāh*, “afligir, oprimir”), i.e., la violó. Después de que una mujer era rebajada de esa manera, no le quedaba esperanza de formar un matrimonio válido. Sin embargo, Siquem **se enamoró de la joven** y quiso hacerla su esposa.

34:5–7. La reacción de Jacob a la situación de Dina fue bastante inusual. Cuando **oyó ... que Siquem la había amancillado** (*timmē*, “contaminar”), **calló Jacob** el incidente hasta **que viniesen** sus hijos a casa. Sin embargo, sus hijos **se enojaron mucho, porque Siquem hizo esa vileza** (lit. “necedad”, (*nēbālâh*) **en Israel**. (Esta es la primera vez que se menciona a la nación por su nombre.) Una infamia de ese tipo era imperdonable, e involucraba a toda la comunidad, porque era algo **que no se debía haber hecho**. Mientras que sus hijos hervían de coraje y tristeza, Jacob se mantuvo pasivo y no pudo controlar la

situación. Si Dina hubiera sido su hija por parte de Raquel, probablemente habría actuado en forma distinta.

34:8–12. Los cananeos se acercaron con una proposición. El padre de Siquem, **Hamor**, pronunció un diplomático discurso: ambas partes se verían grandemente beneficiadas si se hacía un acuerdo para que emparentaran (vv. 8–10), por lo que les ofreció **la tierra** (v. 10). Pero era Dios, no los cananeos quien les iba a dar su tierra. El posterior discurso de Hamor a sus conciudadanos muestra que todo el tiempo estuvo fingiendo, con la esperanza de apropiarse de las posesiones de Jacob (v. 23), pero Israel no obtendría ninguna cosa buena si confiaba en los profanos cananeos. **Siquem** ofreció pagar a Jacob y a los hermanos de Dina lo que le pidieran como **dote o dones**, con tal de tomar a la joven **por mujer** y librarse del problema.

34:13–24. Los hermanos (¡no Jacob!) se rehusaron a entrar en el convenio porque dijeron que era un **hombre incircunciso**, y emparentar con él sería una **abominación** (*ḥerpâh*, “reproche o burla”). (Las palabras—“incircunciso” [en hebr., este término también sugiere algo impuro] y “abominación”—son una buena descripción de los cananeos.) Así que los hermanos planearon que Siquem y los suyos se sometieran a la circuncisión, pero por supuesto que esta no era una proposición sincera. Ellos, al igual que su padre, usaron “palabras engañosas” (v. 13). Aparentemente nunca pensaron que **Siquem y ... Hamor** aceptarían que ellos y los varones de su ciudad se circuncidaran como condición para casarse con las hijas de Israel. Pero los cananeos aceptaron la propuesta y **circuncidaron a todo varón**, no sólo para que Siquem pudiera casarse con Dina, sino para que subrepticamente se quedaran con **su ganado, sus bienes y todas sus bestias**.

34:25–31. El resultado de la trama fue trágico. **Simeón y Leví** (y sin duda los que vivían con ellos), asesinaron a los varones cananeos **cuando sentían ... el mayor dolor** y estaban débiles durante el período de convalecencia de la circuncisión. Los hermanos rescataron a **Dina** y **saquearon la ciudad** y los campos, tomando su ganado así como todos sus bienes, y llevando cautivos **a todos los niños y sus mujeres**. Todo esto produjo temor en **Jacob**, porque sabía que podría haber graves repercusiones para él y su familia, pero los hijos simplemente **respondieron: ¿Había él de tratar a nuestra hermana como a una ramera?**

Posteriormente, la nación de Israel recibió instrucciones de que evitara contaminarse con los cananeos. La política exterior de Israel era destruirlos completamente antes de que los contaminaran (Dt. 20:16–18).

En esta historia, el instinto de Simeón y de Leví fue el correcto, pero debido a sus desenfrenadas pasiones, posteriormente fueron pasados por alto cuando Jacob dio la bendición a sus hijos (Gn. 49:5–7). Es más, nunca debieron haber hecho un convenio engañoso con los paganos. No obstante, en diferentes ocasiones Dios usó a Simeón, a Leví y a Jehú (2 R. 10:11–14, 17–31) como instrumentos de su justicia.

d. El regreso a Bet-el (35:1–15)

Hay dos temas que corren a través del cap. 35: terminación y corrección. Es la historia de terminación porque por fin Jacob puso fin a su estancia fuera de la tierra de promisión y porque regresó a ella con toda su familia y sus riquezas. Obtuvo la victoria, consiguió su objetivo, y la promesa se cumplió. Pero también es una historia de corrección porque la

familia no se había sometido completamente a su responsabilidad de andar por fe: los ídolos tenían que ser sepultados y Rubén tenía que ser castigado.

35:1. Los primeros quince vv. registran el regreso de Jacob a **Bet-el**, que estaba a unos 24 kms. al sur de Siquem, para dar cumplimiento a sus votos, los cuales, hechos previamente en el mismo lugar, incluían hacer de Jehová su Dios, a Bet-el la casa de Dios, y entregar sus diezmos al Señor (28:20–22). Dios llamó a Jacob para que regresara a la tierra (28:13–15; 31:3), pero su peregrinaje tomó un largo tiempo. El Señor tuvo que recordarle sus votos olvidados. Aparentemente, su indiferencia a ellos fue la causa de la deshonra de Dina perpetrada por Siquem (cap. 34). Jacob debía haber seguido su viaje hasta Beerseba, el hogar de sus padres (28:10), sin detenerse en Siquem.

35:2–5. Para poder cumplir con sus votos, primero debía pasar por un proceso de santificación. La familia de Jacob debía deshacerse de todos sus ídolos, **los dioses ajenos**. Dios no permite rivales; él sólo acepta una lealtad única y no el uso de talismanes mágicos. Toda esta purificación (eliminar los ídolos, limpiarse, y mudar de **vestidos**) fue muy instructiva para el pueblo de Israel, que posteriormente necesitaría practicar una consagración semejante cuando entrara a la tierra prometida (Jos. 5:1–9).

Después de enterrar a los ídolos (así como los **zarcillos**, que aparentemente estaban relacionados con ellos de alguna manera, porque tal vez eran fetiches) en **Siquem ...**, **Jacob** y su familia emprendieron el viaje hacia Bet-el. La gente de **las ciudades** circunvecinas, tal vez habiendo escuchado de la masacre de Siquem (Gn. 34:25–29), tenían miedo de Jacob.

35:6–8. Cuando arribaron a **Bet-el** (a la que se acostumbraba llamar **Luz**, 28:19), Jacob **edificó allí un altar** como Dios le había dicho (35:1). Por ese entonces, **murió Débora, ama de Rebeca**, madre de Jacob. Esa muerte parece indicar que con ella, se pone fin a una etapa más de los relatos patriarcales. El hecho de llamar al lugar de su sepultura **Alón-bacut** (“encina del llanto”) conmemoraba el luto que guardaron por la anciana nodriza, quien fue sepultada **debajo de una encina**. Es interesante que los ídolos de las esposas de Jacob también se enterraron debajo de una encina en Siquem (v. 4).

35:9–15. En Bet-el, **Dios** confirmó a Jacob la promesa que le había hecho anteriormente en ese lugar (32:28). El cambio del nombre de Jacob a **Israel** era prueba de la bendición prometida. La referencia que Dios hace de sí mismo como **yo soy el Dios omnipotente** (*ʿēl šadday*; cf. el comentario de 17:1), dio seguridad al patriarca de que su promesa sería cumplida (cf. 28:3). Ahora que Jacob estaba de regreso en la tierra de promisión, quedó confirmada de nueva cuenta la promesa de que sería una **nación** (por su “simiente”), y que tendría **reyes y tierra** (cf. 12:2–3; 15:5, 18; 17:3–8; 22:15–18; 28:13–14). Las acciones de Jacob aquí son casi idénticas a las que realizó anteriormente en Bet-el: **erigió una señal ... de piedra, y derramó ... sobre ella aceite ... y llamó ... aquel lugar ... Bet-el** (cf. 35:6–7, 14–15; 28:16–19). En ambas ocasiones, Dios le prometió a Jacob que tendría muchos descendientes en la tierra (28:13–14; 35:11–12). Pero en esta ocasión, añadió que dentro de sus descendientes habría reyes.

e. La familia se completa y corrupción de Rubén (35:16–29)

35:16–20. Una vez que llegaron a la tierra, la familia se completó con el nacimiento de Benjamín. (Es interesante que once de los doce hijos de Jacob, que fueron los antecesores de las doce tribus de la nación, nacieran fuera de la tierra, en Padan-aram, 29:31–30:24.)

Raquel ... murió en el parto. Este deceso es la segunda muerte transicional que aparece en el cap. 35 (cf. v. 8).

El nombre que ella dio al recién nacido, **Benoni** (“hijo de mi dolor”), no fue adecuado para el muchacho. Jacob le **llamó Benjamín** (“hijo de mi diestra”). Jacob tornó esta ocasión de tristeza en triunfo y en prospectos victoriosos. Además, él quería que el hijo que llegó en respuesta a la oración de Raquel (30:24), quien pidió al Señor un segundo hijo (el nombre de José, *yôséṗ*, viene de *yāsap*, “añadir”), llevara un buen nombre.

Esta sección también significa que Israel, una vez que estuviera en la tierra prometida, continuaría floreciendo bajo la bendición divina. **Y levantó Jacob un pilar sobre su sepultura** (cf. sus otros pilares: 28:18; 31:45–47; 35:14), entre Bet-el y **Belén**. (Efrata era el antiguo nombre de Belén; cf. “Belén Efrata”, Miq. 5:2. Asimismo, cf. Rt. 4:11; 1 Cr. 2:50–51).

35:21–22. La *tôlêḏôt* (“narración, generación”) de Isaac llega a su fin en los vv. 21–29 con la inclusión de varios informes breves. El primero describe la ruptura de la familia de Jacob debido al acto incestuoso de su hijo **Rubén** con **Bilha, la concubina de su padre** y sierva de Raquel, con quien el patriarca había tenido dos hijos, Dan y Neftalí (30:3–8). La transgresión de Rubén tuvo lugar cerca de **Migdal-edar**, entre Belén y Hebrón. Es posible que Rubén, el hijo mayor de Jacob, con su proceder pagano, estuviera tratando de reemplazar prematuramente a su padre como patriarca del clan. Pero al hacerlo, *perdió* su herencia (su primogenitura; cf. 49:3–4; 1 Cr. 5:1–2). Ese acto fue advertido por Jacob, quien en Génesis 35:21–22 es llamado dos veces **Israel**. (Cf. 32:28; 35:10. Y note que no dijo nada cuando escuchó que su hija Dina había sido violada, 34:5.)

35:23–26. El segundo informe hace una lista de los doce **hijos** de Israel, mismos que se convirtieron en cabezas de las doce tribus originales. (V. “Familia de Jacob” en el Apéndice, pág. 315.) Esta fue otra seguridad de que las promesas de Dios son buenas. La lista ofrece las primicias de las tribus que llegarían a convertirse en una gran nación.

35:27–29. El último informe del cap. es la muerte de **Isaac**, quien vivió **ciento ochenta años**. Esta es la tercera muerte transicional que registra el cap. 35 (cf. vv. 8, 18). En ese entonces, Isaac estaba viviendo cerca de **Hebrón**, todavía más al sur en Beerseba (cf. 28:10). **Esaú y Jacob** se unieron para sepultarlo. Tal vez esta fue la primera vez que los hermanos se vieron después de haberse separado (33:16–17).

En los acontecimientos del cap. 35, Jacob aprendió que aunque su regreso a Canaán era un cumplimiento de las promesas, no podía permitirse la complacencia, porque significaba un nuevo comienzo. Débora, Raquel e Isaac murieron, marcando el fin de una época. Rubén renunció a su derecho de heredar la bendición (cf. 49:3–4) y el pecado tuvo que ser confrontado. Los ídolos tuvieron que ser sepultados y todos debieron consagrarse para que se cumpliera el voto que Jacob hizo en Bet-el. Asimismo, la nación debía estar completa en la tierra con los doce hijos (tribus). Durante esta gran transición, la fe en Dios tenía que ser revitalizada para que su pacto pudiera seguir. Por esa razón, este cap. pone mucho énfasis en los votos de Jacob y en la promesa divina.

D. Sucesión a partir de Esaú (36:1–8)

Este cap. es complicado y difícil, porque incluye detalles bastante asombrosos. Termina la *tôlêḏôt* de Isaac (25:19–35:29), así que el libro retoma la descendencia de sus hijos,

siguiendo la costumbre de finalizar la historia de la línea no elegida (cap. 36) antes de proseguir con la línea escogida (cap. 37; cf. cap. 4 con el cap. 5; 10:1–20 con 10:21–31; 21:8–21 con 22:1–18).

36:1–8. Estos vv. proporcionan la *tôlêdôt* (**generaciones**) **de Esaú**, quien tuvo tres **mujeres: Ada ..., Aholibama y Basemat**. Puesto que los nombres de dos de esas mujeres no coinciden con los que se mencionan anteriormente (26:34; 28:9), es probable que las otras ya hubieran muerto o bien que estas tres fueran las que él favorecía entre las seis que tenía, o bien, que ambas se cambiaron el nombre.

Aholibama fue la bisnieta de Seir horeo, cuyos descendientes vivían en Edom cuando Esaú llegó a ese lugar (36:20, 25). De esas tres esposas, Esaú tuvo cinco hijos.

La narración hace hincapié en dos elementos. Primero, dice que los hijos de Esaú **nacieron en la tierra de Canaán** (v. 5), antes de que se mudara a **Seir** (v. 8). Esto contrasta fuertemente con Jacob, cuyos hijos nacieron *fuera* de la tierra y después se mudaron hacia *dentro* de ella. En segundo lugar, se dice que **Esaú ... es Edom**. De hecho, a través de todo el cap., al lector se le recuerda esto. Ciertamente, Israel debe haber entendido la importancia de esta afirmación, porque a menudo tuvo que pelear contra los edomitas (cf. Abd.), que fueron los descendientes de Esaú (Gn. 36:43).

Las palabras del v. 7 son asombrosas. Nos recuerdan a Lot: **la tierra no podía sostener** a ambas familias debido a que sus rebaños eran demasiado grandes (cf. 13:5–6). Al igual que Lot, Esaú partió hacia el oriente buscando tierras más fértiles (cf. 13:8–12).

E. Sucesión de Esaú, padre de los edomitas (36:9–37:1)

36:9–19. La última parte del cap. 36 (vv. 9–40) también comienza con una *tôlêdôt* (**linajes**, v. 9; cf. v. 1), aunque muchos intérpretes la ven como una división insignificante dentro del relato de lo que sucedió con **Esaú**.

Los hijos de Esaú también tuvieron hijos. Entonces, tuvo cinco **hijos** y diez nietos (ya sea que fueran sus descendientes literales y/o tribus fundadas por ellos). (Esaú tuvo once nietos si se incluye a **Coré** [v. 16]. El TM hebr. lo incluye aquí, pero no en el v. 11 o en 1 Cr. 1:36. Tal vez Coré murió poco después de convertirse en jefe de tribu. O tal vez la palabra Coré de Gn. 36:16 es un error del escriba que repitió el nombre del hijo de Esaú, Coré, mencionado en el v. 14.) En hebr., cada uno de los diez nietos y tres de sus hijos—trece en total—son llamados “jefes” (*ʿallûp*, vv. 15, 17–18), o cabezas, de las tribus. Aquí se observa que la figura de Esaú estaba emergiendo como la de un jefe supremo (cf. vv. 40–43).

36:20–30. Estos vv. listan **los hijos** (i.e., hijos, nietos y nietas) **de Seir horeo**, que eran los habitantes de aquella tierra. Esos hijos probablemente eran los edomitas aborígenes que Esaú había conquistado (Dt. 2:12). Los siete hijos de Seir (Gn. 36:20–21) se convirtieron en **los jefes de los horeos** (cf. v. 29) y de ellos resultaron veinte “hijos” o “hijas” (i.e., “tribus”). Una de las esposas de Esaú fue **Aholibama**, bisnieta de Seir (cf. vv. 2, 14, 18, 25. Seir engendró a Zibeón, [v. 20] padre de Aná, v. 24, cuya hija fue Aholibama).

36:31–39. No es seguro cómo es que los reyes de Edom estaban emparentados con Esaú, pero eran **los reyes que reinaron en la tierra de Edom**, y “Esaú... es Edom” (v. 8).

La organización de clanes en Edom aparentemente era similar a la de Israel. Por último, eligieron a un rey de entre las tribus y siguieron una línea de sucesión a partir de él. Tampoco es seguro que la línea de ocho reyes que se mencionan aquí prosiguió hasta después de Jacob y Esaú. No obstante, el punto es que estos datos son para establecer una comparación, ya había reyes en Edom **antes que reinase rey sobre los hijos de Israel** (v. 31).

36:40–43. Estos vv. listan los nombres de los **jefes de Esaú por sus linajes, por sus lugares, y sus nombres**. Por lo tanto, **Esaú** fue un gobernante grande y poderoso: **padre de los edomitas** (v. 43) y gobernador de los clanes y lugares (v. 40) cuyos once jefes descendían de él. Así se cumplieron las promesas de Isaac para Esaú, y debido a que vivía lejos de Jacob, se estaba sacudiendo del “cuello” el “yugo” de su hermano (27:39–40).

37:1. En un dramático contraste con el creciente y poderoso Esaú, **Jacob** vivía **en la tierra donde había morado su padre ... en ... Canaán**. Al contrario de Esaú, Jacob todavía no tenía jefes ni reyes (35:11) ni tierras que gobernar ni tampoco tribus completas. Era un errante. Delitzsch acertadamente comenta que la grandeza mundanal y secular se obtiene más rápidamente que la grandeza espiritual (*A New Commentary on Genesis*, “Nuevo Comentario de Génesis”, 2:238). La prometida bendición espiritual requiere paciencia y fe. Esperar mientras otros prosperan es una prueba de fe y perseverancia personal.

F. Sucesión a partir de Jacob (37:2–50:26)

La historia de José en Egipto forma una unidad literaria única en el libro de Génesis. El hecho de que haya algunos elementos repetidos en los relatos no prueba que el material fuera transmitido en dos tradiciones diferentes como muchos críticos aducen. La repetición es el distintivo del estilo hebreo; y sirve para subrayar el mensaje, dándole un énfasis múltiple.

Un ejemplo de repetición es la analogía entre las historias de Jacob y José. Ambos ciclos de relatos empiezan con el engaño del padre y la traición de los hermanos (caps. 27; 37). Asimismo, incluyen un período de veinte años de separación, mientras el hermano menor permanece en tierra extraña. (Para Jacob V. 31:38. En cuanto a José, estuvo trece años en la casa de Potifar y en prisión—desde los diecisiete años [37:2] hasta los treinta [41:46]—y después de siete años de abundancia, sus hermanos vinieron a Egipto, 41:53–54; 42:1–2.) Ambas narraciones concluyen con la reunión y reconciliación de los hermanos (33:1–15; 45:1–15). Así como Dios había hecho que las cosas llegaran a una solución apropiada con Jacob, así haría con su hijo José.

Los relatos de José también fueron muy instructivos para Israel. Así como José pasó muchos años de esclavo en Egipto antes de ser liberado, así los descendientes de Jacob estarían sometidos en ese mismo país y serían liberados de su opresión. Para José, la disciplina sería una prueba de fe; para la nación, la estancia en Egipto sería para su preservación y disciplina.

En el registro de la vida de José se encuentran varios ciclos de acontecimientos: tres grupos de sueños, cuatro grupos de relaciones paralelas (José y su familia, José y la casa de Potifar, José y los prisioneros y José y la casa de faraón), dos episodios en un pozomazmorra que incluyen acusaciones falsas y el uso de sus ropas como prueba, así como los

repetidos viajes de sus hermanos a Egipto. Estos ciclos forman la estructura de la *tôlêdôt* (“historia”) de Jacob (37:2).

Las narraciones tienen un tono diferente al del material precedente de Génesis. Aquí, el énfasis parece estar íntimamente relacionado con la literatura sapiencial de Proverbios y Eclesiastés, incluyendo comentarios incidentales y el punto principal de que José fue un gobernante sabio (Gn. 41:39).

Es predominante el tema del sufrimiento para probar el carácter, tanto en José como en sus hermanos. Aunque José era justo, no se le privó de sufrir, más bien, fue preservado por su fe a través de la aflicción. Al final, José reconoció que Dios encaminó todo para bien (50:20). Asimismo, la literatura sapiencial bíblica asegura a los fieles que Dios produce bien aun del mal y el sufrimiento. Aunque los malos prosperan por un tiempo, los justos se aferran a su integridad porque hay un principio más alto e imperecedero que rige su vida (cf. el libro de Job). Los sabios reconocen que el Señor Dios es soberano sobre la naturaleza y las naciones, y que con justicia ordena los asuntos de su pueblo. En ocasiones, los procedimientos divinos parecen injustos y paradójicos, pero si se soportan con fe, producen bendiciones a los justos.

1. JOSÉ ES VENDIDO Y LLEVADO A EGIPTO (37:2–36)

a. *Los sueños de José (37:2–11)*

37:2–4. Después de que el título indica que esta sección es la última *tôlêdôt* de **la historia de la familia de Jacob**, el autor comienza el relato acerca de **José**. Éste es presentado como un obediente joven **de diecisiete años**, quien **informaba ... a su padre** de **la mala fama** de sus medio hermanos (aunque no le informó nada malo acerca de su hermano Benjamín). No se dice cuál fue el contenido de su informe. Aunque hacer eso nunca ha sido muy popular, muestra que José era un siervo fiel. Naturalmente, **sus hermanos ... lo aborrecían**.

Además, el muchacho también fue exaltado por su padre, quien **le hizo una túnica de diversos colores**, probablemente muy ornamentada. Esto parece significar que Jacob lo prefería sobre el resto de sus hermanos y que tal vez deseaba entregarle toda, o una gran parte, de la herencia. Esto se debía a que José había sido el primogénito de Raquel, la esposa amada de Jacob (30:22–24). Pero Jacob debería haber recordado el daño que el favoritismo produce en una familia, ya que eso fue precisamente lo que lo separó de su amorosa madre (27:1–28:5) y el que también separaría a José de Jacob.

37:5–11. Dios confirmó la elección de ese hijo fiel enviándole dos sueños. En el A.T., la revelación divina se daba a conocer por distintos medios. A veces eran sueños, en especial cuando el pueblo salía o andaba lejos de su tierra, i.e., en tierras paganas. Fue en un sueño que Dios anunció a Abraham por primera vez la esclavitud en Egipto (15:13); asimismo en un sueño el Señor prometió protección y prosperidad a Jacob durante su estancia con Labán (28:12, 15); y por medio de dos sueños, Dios predijo que José gobernaría sobre su familia.

Sus hermanos ... llegaron a aborrecerle más todavía (37:5, 8) porque **le tenían envidia**, pero Jacob meditaba en ello (v. 11). Él sabía la forma en que Dios trabaja; él estaba consciente de que el Señor podía elegir al hijo menor para gobernar sobre el mayor,

y que Dios podía declarar su elección anticipadamente por medio de una profecía o un sueño.

La escena del primer **sueño** es agrícola (v. 7). Tal vez esta sea una pista que nos hace ver la forma en que José alcanzaría la autoridad sobre sus hermanos (cf. 42:1–3). Su **manejo** de grano **estaba derecho**, mientras que los **manejos** de sus hermanos **se inclinaban** ante el de él. La escena del segundo **sueño** es celestial (v. 9). **El sol y la luna y once estrellas se inclinaban** ante él. En las culturas antiguas, esos símbolos astronómicos representaban a los gobernadores. Entonces, el sueño anticipaba simbólicamente la supremacía de José sobre toda la casa de Jacob (el **padre** de José era el sol; la **madre** la luna, y sus **once** hermanos, las **estrellas**, v. 10).

Presintiendo que José iba a elevarse a la prominencia sobre ellos, es comprensible que sus hermanos lo envidiaran y odiaran. Sin embargo, esa reacción, en contraste con la honradez y fidelidad de José, demostraron por qué era correcta la preferencia que Jacob mostraba por él. La elección soberana de Dios de un líder a menudo provoca los celos precisamente de aquellos que deben someterse. En vez de reconocer la elección divina, sus hermanos hicieron planes para buscar la forma de destruirlo. Sus acciones, aunque precipitadas por la creencia de que ellos eran los que deberían gobernar, precisamente son las que muestran por qué no lo podían hacer.

b. José es vendido (37:12–36)

37:12–17. La oportunidad de vender a **José** se les presentó cuando obedientemente éste viajó hasta donde sus hermanos se encontraban **en Dotán** (v. 17) para inquirir acerca de su bienestar. A pesar del odio que sabía sentían por él, José cumplió con los deseos de su padre. Desde el hogar de Jacob en el **valle de Hebrón** (v. 14) hasta **Siquem** (v. 12) en el norte, había como 80 kms., y Dotán estaba todavía 24 kms. más al norte. No puede dejar de pensarse que tal vez los hermanos llevaron sus rebaños hasta **Dotán** con la intención oculta de revisar la tierra de Siquem, cuyo gobernante había violado a su hermana Dina (cap. 34).

37:18–24. Los hermanos diseñaron un complot para matar al **soñador** e impedir que **sus sueños** se hicieran realidad. Anteriormente, habían conspirado para matar a muchos siquemitas para vengar a su hermana (34:24–29); en contraste, aquí conspiraron para matar ¡a su propio hermano!

Rubén, tratando de buscar una oportunidad de salvar a **José**, y **hacerlo volver a su padre**, convenció a sus hermanos de que no cometieran tal crimen y les sugirió que lo echaran **en una cisterna**, pensando que podría regresar a rescatarlo. Así que **sus hermanos ... quitaron a José su túnica ... y le echaron en la cisterna** seca para dejarlo morir.

37:25–28. Pero **Judá** convenció a sus hermanos de que vendieran a José a una caravana **de ismaelitas** que iba de paso, **de Galaad ... a Egipto**. Los ismaelitas eran descendientes de Abraham por la línea de Agar (16:15) y los madianitas (37:28) descendían de Abraham por medio de su concubina Cetura (25:2). El término “ismaelitas” llegó a ser el nombre que se daba a las tribus del desierto, por lo que los **madianitas mercaderes** también eran conocidos como ismaelitas. **José** fue maltratado por sus hermanos, pero a pesar de haber sido vendido **por veinte piezas** (el equivalente a 230 gms.) **de plata** y llevado **a Egipto**, fue conservado vivo.

37:29–35. El tema del engaño resurge otra vez en la familia; aquí Jacob fue engañado una vez más—en esta ocasión, ¡por sus propios hijos! Éstos **tomaron la túnica de José ... y la tiñeron con la sangre** de un cabrito para engañar al patriarca y hacerle creer que José

había muerto, devorado por **alguna mala bestia**. **Jacob** hizo un gran luto por la muerte de su hijo amado (**rasgó sus vestidos y puso cilicio** [pieles no tratadas de animales] **sobre sus lomos** que eran señales de dolor y luto; cf. 44:13; Job 1:20; 16:15) y **no quiso recibir consuelo**. Por lo tanto, todos tuvieron que compartir el sufrimiento por la traición.

37:36. Aquí se contrasta el ambiente doloroso que había en Hebrón (cf. v. 14) con el informe de que **los madianitas lo vendieron** [a José] **... a Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia**.

Esta es una historia de odio y engaño. Los hermanos trataron de mejorar su situación con su padre utilizando métodos malvados. El mismo Jacob había tratado de hacer algo semejante con su padre. Sin embargo, los hermanos tenían que aprender, así como lo hizo Jacob, que Dios no bendice a aquellos que hacen tales cosas. Es irónico que usaran la sangre de un cabrito, ya que Jacob utilizó precisamente el mismo tipo de pieles para engañar a su padre (27:16). El pecado cometido por Jacob años antes volvió para perseguirlo. La actitud de los hermanos de José también tendría que ser cambiada por Dios, o no podría haber una nación.

Entonces, aquí está el comienzo del sufrimiento de José, el siervo obediente. Dios iba a probar su carácter a través de la aflicción, para que a su tiempo pudiera ser exaltado.

2. CORRUPCIÓN DE LA FAMILIA DE JUDÁ Y CONFIRMACIÓN DE LA ELECCIÓN DIVINA (CAP. 38)

Un extraño suceso parece que a primera vista interfiere en la historia de José. Sin embargo, tiene un propósito significativo para Génesis, porque confirma el plan de Dios de elegir al hermano más joven para ponerlo sobre el mayor, a pesar de quienes trataran de impedirlo.

38:1–5. **Judá**, el que había sugerido a sus hermanos que vendieran a José a los ismaelitas (37:26–27), **se apartó** y se fue a vivir a Adulam (que estaba como a 24 kms. al noroeste de Hebrón) y **tomó** por esposa a una mujer cananea. Tuvieron tres hijos, **Er ...**, **Onán ...** y **... Sela**. Ese casamiento con una cananea casi arruinó a la familia de Judá. Los matrimonios mixtos con los cananeos se habían evitado con anterioridad (cap. 34), pero no en este caso. Este relato de la mezcla racial con la gente de esa tierra nos ayuda a entender por qué Dios trasladó a la joven nación a la seguridad de Egipto hasta que creciera.

38:6–11. **Er**, el primer hijo de Judá, **fue malo ... y le quitó Jehová la vida**. Debido a la costumbre de la ley matrimonial del levirato (del lat. *levir*, “hermano del esposo”), el segundo hijo, **Onán**, debía casarse con su cuñada **Tamar** para levantar **descendencia a su hermano**. Sin embargo, en repetidas ocasiones, Onán utilizó esa ley para gratificarse sexualmente. Se aprovechó de la situación, pero no quiso aceptar la responsabilidad que involucraba esa ley. Así que Dios también **le quitó la vida**.

En vista de lo acontecido, **Judá** no quiso dar a la viuda de Er su tercer hijo **Sela**, porque no era lo suficientemente grande (y posteriormente, aun cuando creció, Judá siguió rehusándose a dárselo; v. 14).

38:12–23. Así que el futuro de la familia se puso en peligro. **Tamar** sentía que debía tomar el asunto en sus manos para poder recibir los beneficios de la ley del levirato. Posteriormente, Moisés reglamentó el sistema con objeto de preservar el nombre de los muertos (Dt. 25:5–10).

Cuando le pareció que el tiempo había llegado, con engaños Tamar sedujo a su suegro **Judá** para que tuviera una unión inmoral con ella, haciéndose pasar por una **ramera** del

templo, o cuando menos él pensaba que lo era (Gn. 38:15, 21). Como **señal** de que le enviaría **un cabrito** en pago de sus favores, él le entregó su **sello** (que traía colgado del cuello con un **cordón**) y su **báculo**. Cuando trató de rescatarlos por medio de Hira, **su amigo el adulamita** (cf. v. 1), la mujer no pudo ser encontrada. Una vez más, la familia de Jacob experimentaba el engaño—esta vez por parte ¡de su nuera cananea!

38:24–26. Judá carecía de integridad (v. 16), y aquí se ve que también era hipócrita. Cuando **tres meses** después se supo que **Tamar** estaba **encinta**, Judá la condenó a ser **quemada** como prostituta. Pero ella probó con **el sello, el cordón y el báculo** que él era el culpable. Tamar se ganó el derecho a ser madre de los hijos de Judá, aunque en forma por demás engañosa, porque su acción fue desesperada y arriesgada.

38:27–30. Esta última parte de la historia provee el significado de todo el relato. Dios le dio a Tamar gemelos y la línea de Judá continuó debido a ella. Pero cuando los niños nacieron, ocurrió un acontecimiento inusual, parecido al nacimiento de Jacob y Esaú. Después de que un gemelo sacó **la mano**, el otro hizo una brecha y **salió primero**, por lo cual fue correctamente llamado **Fares** (hebr. Perez, “brecha”). Después, cuando nació el segundo gemelo, fue llamado **Zara** (“escarlata”; “resplandor”, BLA), debido al **hilo de grana** que la partera había atado **a su mano**. Es como si la profecía relativa a que Jacob regiría sobre su hermano mayor (27:29) se estuviera repitiendo en la línea de Judá. Lo que fue significativo es la forma en que Judá trató a José (37:26–28). Él y sus hermanos vendieron al hermano menor como esclavo en Egipto, pensando que podrían impedir el designio divino de que los hermanos mayores servirían a José, el menor. Pero en la misma familia de Judá, a pesar de sus intentos de impedir que Tamar se casara, la voluntad de Dios se cumplió haciendo una confirmación irrefutable del principio de que el mayor serviría al menor. La línea de promisión seguiría a través de Fares (cf. Mt. 1:3), porque los designios de Dios no pueden hacerse fácilmente a un lado.

3. JOSÉ ASCIENDE AL PODER EN EGIPTO (CAPS. 39–41)

a. *José es tentado por la esposa de Potifar (cap. 39)*

39:1–6a. Después de hacer la importante digresión relacionada con la historia de la familia de Judá (cap. 38), el relato regresa a **José**, que **fue varón próspero** bajo la dirección de Dios y que se convirtió en el **mayordomo** o sobreveedor de la **casa de Potifar**. Éste era **oficial de Faraón, capitán de la guardia**. Tal vez el faraón era Sesostri II (1897–1879 a.C. V. “Cronología retroactiva de Salomón hasta José”, en el Apéndice, pág. 316). La presencia de José era el medio por el cual Dios bendecía a Potifar.

39:6b–10. Pero Dios probó a José a través de **la mujer** de Potifar para comprobar su obediencia. Cuando ella tentó al **hermoso** joven, él se rehusó a dormir con ella porque dijo: **¿cómo ... haría yo este ... mal, y pecaría contra Dios y contra mi amo?** Después de esto, deliberada y sabiamente, él trató de esquivar sus repetidos acosos evitando estar siquiera cerca de ella. Su rechazo se vio fortalecido porque estaba convencido de que Dios le había llamado a realizar una obra especial—había visto la evidencia de ello en su ascenso desde la esclavitud. Si alguien quiere cumplir los designios de Dios, no puede pecar contra él, porque él es quien hace que se cumplan esos designios.

39:11–20a. La esposa de **Potifar**, humillada por el desprecio de José, inventó una mentira para acusar a José de haberla deshonrado, por lo que **ella** mostró **la ropa de José** a los sirvientes de su casa y después a Potifar. José había dejado sus ropas cuando tuvo que

huir de los continuos acosos de la mujer. Esta es la segunda vez que la ropa de José fue usada para dar un informe falso acerca de él (cf. 37:31–33). En ambos casos, él había estado sirviendo fielmente, pero en ambas ocasiones, José terminó siendo esclavo.

39:20b–23. José también prosperó **en la cárcel** gracias al favor divino. Como resultado, **el jefe de la cárcel entregó en mano de José el cuidado de aquella prisión.** José había prosperado bajo la mano de Dios en la casa de Potifar donde fue nombrado mayordomo y de nueva cuenta, volvió a prosperar gracias a la mano de Dios, por lo que fue nombrado encargado de la cárcel. En cuatro ocasiones, este cap. afirma que **Jehová estaba con José** (vv. 2–3, 21, 23).

Este cap. muestra que José era un fiel siervo de Dios. Teniendo en la memoria sus sueños de prosperidad (37:6–7, 9), se mantuvo fiel a Dios en lugar de ceder a la tentación con el primer indicio de que estaba ascendiendo al poder. Los gobernantes sabios reconocen que su fidelidad a Dios es el primer requisito de un rey ideal. También Israel aprendería que debía permanecer fiel al Señor sin importar las consecuencias, las cuales incluyen el sufrimiento de los justos.

Esta historia se parece a los consejos del rey Salomón que aparecen con frecuencia en Proverbios. Es necio ceder a las tentaciones de un hombre o una mujer aduladores y echar por tierra todo prospecto de una vida de servicio a Dios. El camino de la sabiduría es considerar el costo del pecado. José no se rindió a la tentación porque estaba convencido de que Dios tenía preparado algo maravilloso para que él lo realizara y no iba a echar por la borda las bendiciones de Dios a cambio de los placeres del pecado. Tampoco le preocupaban los sufrimientos que padecía por causa de su fe. Al final, Dios lo iba a honrar como le había prometido.

b. José interpreta los sueños de los prisioneros (cap. 40)

La prueba de que José no perdió su fe en la promesa de Dios se observa en su disposición de interpretar los sueños. Él seguía convencido de que se cumpliría la revelación que Dios le había dado en sus dos sueños previos (37:5–7, 9).

40:1–8. Habiendo caído **en prisión** dos siervos de **Faraón, el copero ... y el panadero, cada uno** tuvo un **sueño** preocupante **en una misma noche.** Al día siguiente, **José** advirtió que estaban **tristes**, por lo que aceptó interpretar sus sueños. Él sabía que **las interpretaciones ... son de Dios**, y comprendía que Jehová les había enviado los sueños. Asimismo, se dio cuenta de que el Señor estaba empezando a hacer su voluntad a través de esos sueños.

40:9–15. Entonces, José interpretó los sueños de los siervos de Faraón. El sueño del **jefe de los coperos** tuvo una interpretación favorable. Su sueño reflejaba su profesión, pero con actividades aceleradas. **Los tres sarmientos** o ramas de **uvas** maduras significaban que Faraón levantaría la **cabeza** de ese hombre en el término de tres días, i.e., que lo iba a restituir a su **puesto.** A esto, **José** añadió la petición de que se acordara de él cuando saliera y procurara que él fuera dejado en libertad.

40:16–19. Pero el sueño del panadero no fue favorable. Su sueño también reflejaba su profesión, porque **las aves ... comían** de las viandas que había en los tres **canastillos** que iba cargando **sobre** su cabeza. Para desgracia del panadero, José le explicó que **al cabo de tres días, Faraón** también levantaría la cabeza del panadero; i.e., lo haría **colgar en la horca** y que las aves comerían su carne.

40:20–23. Las interpretaciones se cumplieron al pie de la letra, porque al cabo de tres días, durante la celebración **del cumpleaños de Faraón**, el rey restituyó al copero, pero **hizo ahorcar al jefe de los panaderos**. No obstante, José permaneció olvidado en la prisión.

Aun así, el hecho importante para José era que había interpretado correctamente los sueños. No entendió mal las revelaciones que Dios le había hecho en sueños. Tal vez no entendía por qué estaba preso, pero su fe recibió ánimo. **El jefe de los coperos no se acordó de José**, pero Dios no le olvidó. Con esa esperanza, José siguió perseverando en la fe. Su fe no desapareció debido a las desfavorables circunstancias.

c. José interpreta los sueños de Faraón (41:1–40)

Fue entonces que Dios utilizó dos sueños para elevar a José de la miseria de la prisión al esplendor de la corte. José había demostrado su fidelidad a Dios y por lo tanto, era apto para el servicio.

41:1–8. Los dos sueños del faraón le causaron gran desasosiego, especialmente porque ninguno de **los magos de Egipto** pudieron explicárselos (v. 8). Dios utilizó al esclavo hebreo para confundir a los sabios egipcios. Más adelante, en los días de Moisés, otro faraón estaría a merced del poder divino.

El ambiente egipcio se pone de manifiesto en estos sueños. A las **vacas** les agrada estar medio sumergidas en el **río** Nilo entre los carrizales para huir del calor y las moscas. Cuando necesitan comer, salen del agua para pastar. La parte preocupante del sueño era que **siete vacas de feo aspecto y enjutas de carne**, salían del río y **devoraban a ... siete vacas hermosas y muy gordas**.

El segundo sueño contenía un mensaje parecido: **siete espigas llenas y hermosas que crecían en una sola caña**, eran devoradas por **siete espigas menudas y abatidas del viento** que salían después.

Los magos pertenecían al gremio de expertos en manejar los libros rituales de magia y de reglas para el sacerdocio. Sin embargo, **no había quien ... pudiese interpretar** los sueños de **Faraón**. Más adelante, una cofradía de magos de Babilonia tampoco pudo interpretar el sueño del rey, y Dios usó a otro esclavo hebreo, Daniel, para demostrar que sin importar cuán poderosa sea una nación, no puede evitar estar bajo el control soberano de Dios (Dn. 2).

41:9–27. José fue sacado de la prisión cuando el **jefe de los coperos** recordó que él tenía el don de interpretación de **sueños**. Pero cuando estuvo ante la presencia del faraón (afeitado como era la costumbre en Egipto y con otros **vestidos**), declaró que la interpretación vendría sólo de Dios (cf. 40:8). Después de que **Faraón** le hubo contado sus sueños (41:17–24; cf. vv. 1–8), José le reiteró su convicción de que **Dios** estaba mostrando **a Faraón lo que el Señor iba a hacer** (vv. 25–27).

41:28–32. Ambos sueños predecían que habría **siete años de gran abundancia** que serían seguidos por **siete años de hambre**. Además, José explicó que debido a que el sueño se había repetido **dos veces**, significaba que la **cosa** era **firme de parte de Dios** y que además, su cumplimiento era inminente. Por la forma en que Dios lo había tratado a él, José debe haber tenido varias cosas en mente: sus dos sueños propios (37:5–7, 9), sus dos encarcelamientos (37:36; 39:20), los dos soñadores de la prisión (40:5–23), y ahora los dos sueños de Faraón.

41:33–36. La revelación divina exigía una respuesta. Así que José aconsejó a **Faraón** que escogiera a **un varón prudente y sabio** y lo pusiera como encargado de que se almacenara el veinte por ciento del **trigo** durante cada uno de los siete **años** de abundancia para que hubiera **provisión ... para los siete años de hambre**. La literatura sapiencial enseña que planear sabiamente con anticipación es un principio básico de la vida práctica.

41:37–40. El **hombre** a quien **Faraón** consideró que era el único capaz de llevar a cabo tal empresa, fue **José, en quien** estaba **el espíritu de Dios**. Por la misma razón, siglos más tarde, Daniel fue elegido para ser el tercero en el reino de Babilonia (Dn. 5:7, 16).

José había sido fiel en las pequeñas cosas que Dios le había enviado; ahora llegaría a ser gobernador de **todo** el **pueblo** de Egipto bajo las órdenes de Faraón.

d. Exaltación de José (41:41–57)

41:41–46. El **anillo** real que el faraón dio a **José** era el sello que se usaba para firmar documentos. Cuando éste se imprimía en un documento escrito sobre barro blando que después se endurecía, dejaba una marca indeleble del sello real y por lo mismo, contaba con su autoridad. Faraón también **lo hizo vestir de ropas de lino finísimo** y le **puso un collar de oro en el cuello** y lo nombró como segundo en el mando y **lo hizo subir en su segundo carro** para que la gente pudiera rendirle homenaje. Como señal de su nueva posición, el faraón **le dio por mujer a Asenat**, de la familia sacerdotal **de On** (una ciudad que era centro de la adoración del sol y que se encontraba a 11 kms. al norte de Cairo, que también era conocida como Heliópolis). Asimismo, le dio un nombre egipcio, **Zafnat-panea** (cuyo significado se desconoce). **José** era **de edad de treinta años** cuando ascendió al poder. Habían pasado trece años desde que fue vendido por sus hermanos (cf. 37:2). El nuevo puesto de José le dio oportunidad de viajar extensamente por **toda la tierra de Egipto**. (Salmos 105:16–22 habla de la prisión, liberación y ascenso al poder de José.)

41:47–52. Los sueños del faraón se cumplieron. **En aquellos siete años de abundancia, la tierra produjo ... montones** de cosechas, incontables como la arena del mar, que **José** almacenó **en las ciudades** egipcias, ejerciendo autoridad absoluta sobre **toda la tierra de Egipto**.

A pesar de su éxito, no abandonó su herencia israelita. Dio a sus dos hijos nombres distintivamente hebreos. **Manasés (olvidar)** significaba que **Dios** le había hecho olvidar el sufrimiento por haberse separado de su familia. **Efraín (fructificar)** significaba que Dios le había hecho fructificar **en la tierra** de Egipto.

41:53–57. La sabiduría de José dio su fruto, porque **los siete años de abundancia** fueron seguidos por **los siete años del hambre** y los egipcios, y la gente de **toda la tierra**, venían y compraban el grano en los almacenes que había por todo ese país.

Por fin, **José** tenía el poder de Egipto. La revelación que Dios le había dado en sueños se estaba cumpliendo.

4. EL TRASLADO A EGIPTO (42:1–47:27)

Las siguientes narraciones muestran que Dios usó la hambruna para llevar a Israel a Egipto, que estaba bajo la dirección de José. La nación permanecería allí por unos 400 años, tal como Dios lo profetizó a Abram (15:13). Israel tendría el consuelo de que a pesar de su opresión, algún día Dios le permitiría triunfar sobre Egipto.

a. *El primer viaje de los hermanos a Egipto (cap. 42)*

42:1–5. La hambruna se había generalizado y también llegó a Canaán. Así que **Jacob** envió **a sus hijos** a Egipto a que compraran alimentos—a todos, menos a **Benjamín** porque no quería perder también al otro hijo de Raquel. Su renuencia a mandar al muchacho revela lo que Jacob había llegado a sospechar. La desaparición de José no se había esclarecido, y las características de los hermanos eran bien conocidas por el anciano. Temía que también hicieran daño a Benjamín.

42:6–17. **José ... vio a sus hermanos y los conoció**, pero los puso a prueba acusándolos en cuatro ocasiones de ser **espías** (vv. 9, 12, 14, 16), aunque debajo de su aspereza (vv. 7, 30) había cariño, como se comprueba por la reunión que tuvieron posteriormente. Es irónico que sus hermanos estuvieran hablando con una persona a la que creían muerta (el **otro no parece**, v. 13).

Su llegada a Egipto confirmó a José la veracidad de sus sueños, pero no su cumplimiento. José sabía que toda la familia debía venir a Egipto para que estuviera bajo su dirección. José les ordenó que **uno** de ellos fuera a traer al otro **hermano**, como prueba de que no eran **espías**. El hecho de que los retuvo **presos** es un interesante contraste, ya que los hermanos habían puesto a José en una “cisterna-prisión”.

42:18–24. Pero después de tres días de tener a los hermanos bajo custodia, **José** cambió de plan y sugirió poner en la **cárcel** sólo a **uno** de ellos, mientras los otros nueve regresaban. José **tomó de entre ellos a Simeón** (v. 24) mientras los otros regresaban a Canaán con el grano. Si no regresaban con el **hermano menor**, Simeón moriría. La expectativa del castigo empezó a despertar remordimientos en los hermanos, así como sentimientos que los gritos de José pidiendo clemencia (v. 21) y las lágrimas de Jacob (37:34–35) no habían logrado despertar. Pensaban que el hecho de tener que traer a Benjamín de regreso a Egipto contra los deseos de su padre, sería su castigo por haber vendido a José. Puesto que Jacob todavía estaba desconsolado, ahora **ellos** también lo estarían. Hablando entre ellos, no percibieron que **los entendía José**, debido a que **había intérprete entre ellos**. Cuando José advirtió sus remordimientos, se conmovió y **se apartó ... de ellos, y lloró** (cf. 43:30; 45:2, 14; 50:1, 17).

42:25–28. Como un medio adicional de hacer sentir el temor de Dios (vv. 18, 28, 35) en sus hermanos, **José** hizo que **el dinero** (con que ellos habían comprado **el trigo**), se pusiera de nuevo en sus sacos. Ya sea que quisiera que el dinero fuera descubierto en el camino de regreso o cuando llegaran a su hogar, el resultado inicial que tuvo esto fue muy efectivo. Sus remordimientos recién despertados hicieron que el grupo viera de inmediato la mano de Dios en las acciones del gobernador. Así que la pregunta: **¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?** fue una reacción loable, pero incompleta. Aparentemente creían que José los iba a acusar de ladrones, lo cual apoyaría su suposición de que eran espías.

42:29–38. Cuando los nueve hermanos llegaron hasta donde estaba **Jacob su padre en ... Canaán, le contaron todo lo ... acontecido**. El padre, contristado porque creía que otro de sus hijos había muerto (**no parece ... Simeón**, v. 36), se rehusó a que **Benjamín** fuera con ellos. Pero **Rubén**, el mayor, trató de convencer **a su padre** de que lo traería de regreso a salvo. Esto es irónico, porque precisamente Rubén había fallado en evitar que **José** fuera vendido (37:21–22). Pero Jacob se negó a que Benjamín fuera con ellos. Les dijo que si algo le pasaba a su hijo menor, lloraría hasta el fin de sus días, lo mismo que dijo cuando oyó que José había “muerto” (37:35).

Las pruebas que José puso a sus hermanos eran importantes para el plan de Dios de bendecir a la simiente de Abraham. Dios planeó traer a la familia entera a Egipto para que pudiera crecer allí y formar una gran nación. Pero era necesario que el pueblo que entrara en Egipto fuera fiel al Señor. Asimismo, se requería que los hermanos fueran probados antes de que pudieran participar de la bendición divina. Las puyas de José tenían que ser muy sutiles, ya que los hermanos debían estar conscientes de que la mano de Dios se estaba moviendo contra ellos para que reconocieran el crimen que habían cometido contra José, así como su incredulidad inicial acerca de sus sueños. Pero una sola prueba no era suficiente, debía haber dos.

b. El segundo viaje de los hermanos a Egipto (cap. 43)

43:1–7. Pero **el hambre** continuaba y la familia de Jacob necesitaba más **trigo**. Sin embargo, en esta ocasión Benjamín tenía que ir con ellos a **Egipto**. **Judá** le recordó a **Israel** que sin Benjamín, su largo viaje a Egipto sería en vano. Por supuesto que Jacob estaba renuente a dejarlo ir; su regaño: **¿Por qué me hicisteis tanto mal, declarando al varón que teníais otro hermano?** fue un intento desesperado de evitar la temida decisión que tenía que tomar. No obstante, tuvo que dejar ir a Benjamín para que los hermanos pudieran regresar a Egipto. De otra manera, todos morirían de hambre.

43:8–14. **Judá** eliminó sus últimas reservas tomando una calurosa iniciativa personal, y ofreció responder **por él** si Benjamín no regresaba. **Judá** (el cuarto hijo de Jacob; 29:31–35) tuvo éxito donde Rubén había fracasado (42:37) y Benjamín descendió con sus hermanos a Egipto. Es interesante que fuera **Judá** quien sugiriera el plan de vender a José para que fuera llevado a Egipto (37:26–27). Ahora tuvo que negociar con su padre para hacer que Benjamín viera a José.

Jacob les indicó que también llevaran **de lo mejor de la tierra** así como **un presente** para el varón egipcio, incluyendo **bálsamo ... miel ... aromas y mirra, nueces y almendras**. Aparentemente, esos bienes tan apreciados no se producían en Egipto (cf. 37:25). Asimismo, llevaron **dobles cantidades de dinero**, incluyendo el **dinero** puesto por José en sus costales y que habían encontrado anteriormente. Jacob se resignó a correr el alto riesgo que involucraba tal vez perder a su tercer hijo—primero, José, después Simeón y ahora quizá **Benjamín** también.

43:15–30. Entonces, los hermanos se apresuraron para llegar a Egipto. Cuando arribaron, fueron llevados a la casa de **José**. Los hermanos **tuvieron temor**, pensando que iban a ser apresados. Cuando dijeron **al mayordomo de la casa de José** acerca del **dinero de cada uno** que habían encontrado cada uno en **su costal** cuando iban de regreso del primer viaje, el mayordomo les dijo que no tuvieran miedo, diciendo: **el Dios de vuestro padre os dio el tesoro en vuestros costales**. Probablemente José había hablado con el mayordomo acerca del Dios verdadero.

Simeón fue traído **a ellos** (v. 23) y se preparó una comida para el **mediodía** en honor de los once huéspedes de José. Cuando **ellos le trajeron el presente** a José, **se inclinaron ante él hasta la tierra**, en cumplimiento del sueño de José (37:7). Al ver a su hermano **Benjamín**, José no pudo contener las lágrimas de alegría. Por supuesto que Benjamín era su hermano, su verdadero hermano, pues los otros eran medio hermanos. Como hizo antes al ver a los diez (42:24), José **entró en su cámara, y lloró allí**.

43:31–34. Durante la comida, José hizo algo que para ellos fue muy amenazador. La misteriosa exactitud con que los sentó (del **mayor** hasta **el menor**), debe haber aumentado su ya de por sí incómodo sentido de vulnerabilidad ante la intervención divina.

A pesar de eso, durante todo lo que sucedió en ese viaje, los hermanos encontraron sólo amabilidades por parte de Dios a través de “ese egipcio” (vv. 16, 27, 29, 34). El cap. es un atisbo de las cosas futuras, porque como dijo José más adelante (45:5), Dios lo envió a él antes que a ellos porque quería suplir sus necesidades en medio de la hambruna.

c. La prueba de José (cap. 44)

44:1–13. José, que ya había obtenido un brillante éxito al crear tensiones en las dos visitas de sus hermanos, ahora dio su golpe maestro. Quiso probar si en verdad se preocupaban por Benjamín, con objeto de hacerlos conscientes de su maldad. Si ellos fallaban esta prueba y no tenían compasión del segundo hijo de Raquel, entonces no tendrían parte en el cumplimiento de las promesas. Dios tendría que empezar de nueva cuenta y hacer de José una gran nación si es que los otros demostraban ser indignos de hacerlo (cf. Éx. 32:10).

La prueba consistió en volver a poner **el dinero de cada uno en la boca de su costal** (como se hizo en el primer viaje) y **la copa de plata de José en la boca del costal del menor**, Benjamín, y después perseguirlos para arrestar a Benjamín. Cuando el mayordomo los **alcanzó** y los acusó de robo, deliberadamente creó tensión entre ellos comenzando a registrar los costales **desde el mayor** y terminando con el del **menor**. Por supuesto que él sabía que **la copa** estaba en el costal **de Benjamín**. La súbita amenaza contra Benjamín fue como si una espada traspasara sus corazones (cf. el plan de Salomón, 1 R. 3:16–28). Todas las condiciones estaban listas para que se perpetrara una nueva traición cuando Benjamín fue acusado. Pero en esta ocasión, la reacción de los hermanos muestra lo bien que el castigo había hecho su obra. **Entonces ellos rasgaron sus vestidos** para demostrar su dolor (cf. Job 1:20), la misma reacción que anteriormente ellos habían provocado que su padre tuviera cuando perdió a José (Gn. 37:34).

44:14–17. Los **hermanos** regresaron hasta donde estaba **José ... y se postraron delante de él** (v. 14; cf. 37:7; 43:26, 28). De hecho, José no tuvo que **adivinar** nada para descubrir su traición (44:5, 15). Probablemente sólo se refirió a ello para aumentar el asombro que ya de por sí había causado en sus hermanos. De nueva cuenta, **Judá** actuó como vocero y confesó que **Dios** había visto **la maldad** de ellos y declaró que eran **siervos** de José. Pero **José respondió** diciéndoles que sólo el culpable, **el varón en cuyo poder fue hallada la copa**, sería su **siervo**. Los demás podían volver a su casa.

44:18–34. **Judá** intercedió por el muchacho; su larga solicitud de ser encarcelado en lugar de Benjamín es una de las mejores y más conmovedoras peticiones. Demuestra su preocupación por su **padre**, quien seguramente moriría si Benjamín no regresaba con ellos (vv. 31, 34; cf. 42:38).

De esta manera, los hermanos mostraron que se habían arrepentido del pecado que habían cometido contra su hermano José (“Dios ha hallado la maldad de tus siervos”, 44:16). Asimismo, mostraron preocupación genuina por su **padre** y por su **hermano joven**, Benjamín. Fue entonces que José (45:1–15) se dio a conocer a sus hermanos y les mandó que vinieran junto con sus familias para que vivieran en Egipto, donde había suficiente alimento (45:16–47:12).

d. *Reconciliación de José con sus hermanos (45:1–15)*

45:1–8. Con emoción incontinente, se dio **a conocer José a sus hermanos**. Esta (v. 2) fue la tercera de cinco veces en que lloró en relación con sus hermanos (42:24; 43:30; 45:14; 50:17; cf. 50:1). Ellos quedaron estupefactos por la sorpresa, y **no pudieron responder porque** temían que **José** los matara. En este pasaje, los fuertes sentimientos, argumentos y juicios espirituales correctos completaron la obra de reconciliación que hasta entonces había exigido que se probara con severidad a los hermanos. Había sido obra de un hombre sabio, y aunque tomó bastante tiempo, José hizo que esa obra terminara maravillosamente.

José les explicó que en su soberanía, **Dios** lo había llevado a **Egipto** para librarlos de la hambruna. Sus palabras constituyen una declaración clásica del control providencial: **porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros** (45:5). **No me enviasteis acá vosotros, sino Dios** (v. 8; cf. v. 9). La certeza de que la voluntad de Dios y no la humana es la realidad controladora de cada acontecimiento, brilló a través de esa reconciliación como la base de todo. Sin duda, José se había consolado muchas veces aplicando este principio de fe a sí mismo. Aquel que es espiritual, puede percibir la mano de Dios actuando en todos los acontecimientos de su vida y por lo tanto, es capaz de perdonar a los que le hacen daño.

45:9–13. Entonces José les dio instrucciones de que se dieran **prisa** y que sin demora (cf. **daos prisa** en v. 13 y cf. 43:15) fueran a su **padre** Jacob y le informaran acerca del poder de José (como “gobernador en toda la tierra de Egipto”, 45:8, y **señor de todo Egipto**, v. 9) y de **toda su gloria en Egipto** (vv. 9, 13). La familia completa debía trasladarse a Egipto para vivir en la zona de Gosén, una fértil región que se encontraba en el delta del Nilo (cf. el comentario de 47:1–12) y para que vivieran bajo la dirección de José, porque Dios les había preparado el camino a través de todas las circunstancias.

45:14–15. Finalmente, los **hermanos** se reunieron; primero José y **Benjamín**, y después **todos** los demás. Indudablemente que aquellos fueron momentos repletos de intensa emoción, con abundantes lágrimas (cf. 42:24; 43:30; 45:2) y después seguramente vinieron las pláticas. El odio y celos que habían tenido por José se desvanecieron completamente (37:4, 8, 11).

e. *La familia se traslada a Egipto (45:16–47:12)*

45:16–24. Se dieron instrucciones a los hermanos de que trasladaran a toda la familia de Jacob a Egipto. **Faraón** mismo les dijo que regresaran y que les daría **lo bueno de la tierra de Egipto**. Además, les proporcionó **carros** para que transportaran de regreso a los miembros de sus familias (cf. 46:5) y les prometió darles **de la abundancia de la tierra**.

José dio a sus hermanos abundancia de **viveres** para el camino, incluyendo **mudas de vestidos**, comida, y para Jacob, **de lo mejor de Egipto**. A medida que se alejaban, **José** les dijo: **no riñáis por el camino**. Esa no era la ocasión para hacer acusaciones o recriminaciones. Era el tiempo de disfrutar de la reunión gozosa. No obstante, él sabía que podían recaer en sus prácticas durante el viaje a casa.

45:25–28. Al principio, **Jacob se afligió, porque no los creía** cuando escuchó el informe de sus hijos en el sentido de que José estaba vivo. Pero, al escuchar la historia completa, y viendo **los carros que José enviaba para llevarlo**, Jacob se convenció y de inmediato decidió viajar para ver a **José** su **hijo**.

Esa invitación real hecha a Jacob, el anciano patriarca que estaba a punto de perder la esperanza, y a los diez hermanos carcomidos por el remordimiento, fue un punto decisivo en sus vidas y el cumplimiento de la predicción de Dios (15:13–16), en el sentido de que vivirían aislados en un país extraño para que se multiplicaran sin perder su identidad.

46:1–7. Años antes, Abram había ido a Egipto durante una hambruna en Canaán (12:10). Ahora, el nieto de Abram, Jacob, y once de sus bisnietos (sin contar a José que ya estaba allá), se iban a trasladar para Egipto. Dios consoló a **Jacob** durante ese gran cambio. Dejando Hebrón (cf. 37:14), hicieron una primera parada en **Beerseba**, donde el patriarca **ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac**. Beerseba fue donde vivió Isaac y de donde Jacob partió para huir de la ira de Esaú (28:10).

Y habló Dios a Israel en visiones de noche en las que el Señor le reiteró que haría de su familia **una gran nación** en Egipto, y asimismo le dijo que haría **volver** a esa gran nación a la tierra prometida. Dios había dicho a Isaac que no fuera a Egipto (26:2), pero aquí le dijo a Jacob que fuera. Seguramente que esa visión consoló al patriarca, y también animaría a la nación de Israel cuando Moisés les exhortara a dejar la tierra de Egipto para regresar a Canaán con objeto de recibir las promesas de Dios.

46:8–27. Dentro del relato del viaje **a Egipto**, se encuentra una lista de **toda** la **descendencia** de Jacob. En el v. 26, se dice que el número de personas era de **sesenta y seis**, mientras que el v. 27 dice que **fueron setenta**. El primer número representa a los que viajaron con Jacob a Egipto, y el segundo, incluye a los hijos y nietos que ya tenía en Egipto. La siguiente tabla explica la forma en que se determinaron ambas cifras:

Hijos y nietos de Lea (v. 15)	33
Hijos y nietos de Zilpa (v. 18)	16
Hijos y nietos de Raquel (v. 22)	14
Hijos y nietos de Bilha (v. 25)	+7
	70
Dina (v. 15)	+1
	71
Er y Onán (que murieron en Canaán; v. 12); José y sus dos hijos, que ya estaban en Egipto (v. 20)	-
	5
Los que fueron con Jacob a Egipto (v. 26)	66
José, Manasés, Efraín y Jacob (v. 27)	+4
Jacob y su progeñie en Egipto (v. 27)	70

Fue de esos setenta (incluyendo a los dos hijos de José que nacieron en Egipto, vv. 20, 27; cf. 41:50–52) de quienes vendría la nación de Israel. (En el tiempo de la iglesia primitiva, Esteban dijo que la familia de Jacob se componía de 75 personas; V. el comentario de Hch. 7:14.)

46:28–34. Finalmente, después de 22 años (V. “Cronología retroactiva de Salomón a José” en el Apéndice, pág. 316), se reunieron **Israel** y **José**. La reacción de ambos fue de gran alegría. Una vez más, José **lloró** (cf. 42:24; 43:30; 45:2, 14–15) y con toda razón. La última vez que José vio a su padre fue cuando tenía diecisiete años (37:2). Jacob estaba feliz de ver a su hijo vivo, porque era al que había designado para ser su heredero, al que Dios había escogido para gobernar sobre la familia. Así que esta fue más que una reunión familiar; fue la confirmación de que la bendición prometida por Dios permanecía intacta.

José instruyó a sus hermanos para que dijeran que eran **hombres de ganadería**, no pastores de ovejas, porque **para los egipcios** esto último era **abominación**. Como de costumbre, José no quería ofender las preferencias de los egipcios (cf. 41:14; 43:32). Sin embargo, cinco de los hermanos no respondieron con la misma diplomacia (47:3).

47:1–12. **Faraón** dio a la familia de Jacob lo mejor de la tierra (cf. 45:10), i.e., **la tierra de Gosén** y aun los puso **por mayores** de su **ganado** (47:6). En los escritos egipcios antiguos, no se hace referencia a Gosén, pero el nombre que se le dio posteriormente fue **la tierra de Ramesés** (v. 11; cf. Éx. 1:11). Esto, aunado al hecho de que era muy fértil y que se encontraba cerca de la corte de José, sugiere que estaba cerca de la parte oriental del delta del Nilo.

Cuando **José ... presentó** a Jacob delante de Faraón, el patriarca reconoció que su difícil **peregrinación había durado** por **ciento treinta años**. Tanto al principio como cuando salió de su presencia, **Jacob bendijo a Faraón**. Es interesante pensar de los israelitas viviendo en tierra extraña, en una cultura diferente, y aun así, el patriarca pidió la bendición de Dios sobre Faraón.

f. La sabiduría del gobierno de José (47:13–27)

47:13–27. José comprobó que fue un sabio administrador de **la tierra de Egipto**, de modo que bajo su gobierno, la gente fue librada de la inanición y **Faraón** prosperó. En esos tiempos, el faraón era Sesostri III (1878–1843 a.C.).

Para realizar la venta de **los alimentos** durante la severa hambruna, José aceptó **dinero ... ganados (caballos ... ovejas ... vacas ... y ... asnos)** en pago de ellos y finalmente, **compró José toda la tierra de Egipto para Faraón**, excepto **la tierra de los sacerdotes**. Una vez que la tierra era del faraón, José dio instrucciones **al pueblo** de que sembrara la **semilla** que le dio. Su única condición fue que **el quinto** de toda la producción se entregara **a Faraón**. En resumen, el pueblo sobrevivió, pero (excepto **los sacerdotes**) todos quedaron como **siervos de Faraón**.

No obstante, en la tierra de **Gosén**, Israel prosperó y sus descendientes se **multiplicaron en gran manera**.

Así que Dios bendijo a su pueblo de acuerdo a las promesas que le hizo a Abraham. Rápidamente se estaban convirtiendo en una gran nación. Además, Dios bendijo al faraón por cuanto dio a la simiente de Abraham lo mejor de la tierra de Egipto. Más adelante, en el tiempo de Moisés, cuando otro faraón oprimió a Israel, Dios tuvo que tratar con dureza a los egipcios.

5. PROVISIÓN PARA LA CONTINUACIÓN DE LA BENDICIÓN PROMETIDA (47:28–50:26)

En esta, que es la última sección del libro, los relatos se dirigen hacia el futuro de la simiente de Abraham.

a. *La bendición de Efraín y Manasés (47:28–48:22)*

De toda la trayectoria de Jacob, el escritor de Hebreos seleccionó esta bendición de Jacob sobre los hijos de José como su mayor acto de fe (He. 11:21). Fue su forma de prever la continuación de la promesa divina ante la inminencia de su muerte. Es irónico que esta es la misma cosa que él adquirió por medio del engaño (Gn. 27). Una vez más, la bendición sería dada al hijo menor, pero esta vez no existieron trampas ni amargura. Fue un acto de fe.

47:28–31. Y vivió Jacob en la tierra de Egipto diecisiete años (cf. v. 9) hasta que cumplió **ciento cuarenta y siete años**. (Abraham murió a la edad de 175 años [25:7–8] e Isaac a los 180 [35:28].) Si el año en que Jacob se trasladó a Egipto fue en 1876 a.C. (V. “Cronología retroactiva de Salomón hasta José”, en el Apéndice, pág. 316), entonces murió en el año 1859 a.C. Y su nacimiento, 147 años atrás, debió ser en 2006 a.C. (V. Cronología de los patriarcas” en el Apéndice, pág. 317). Al final de su vida, Jacob hizo jurar a **José** que lo enterraría **en el sepulcro** de sus padres (cf. 49:29–33). Por supuesto que se estaba refiriendo a la cueva de Macpela, que había sido comprada por Abraham (cap. 23). Jacob, queriendo asegurarse de que José cumpliría su promesa, le pidió que pusiera su mano **debajo de su muslo** (V. el comentario acerca de esta costumbre en 24:1–9). Aun estando a punto de morir, Jacob (llamado aquí **Israel**), adoró a Dios.

48:1–4. Jacob, enfermo pero todavía con fuerzas como para sentarse **sobre la cama**, repasó cómo **el Dios Omnipotente** (*ʿēl šadday*; cf. el comentario de 17:1) se le **apareció en Luz**, lugar cuyo nombre cambió Jacob a Bet-el, y le prometió multiplicarlo y ponerlo como **estirpe de naciones** y darle la **tierra ... por heredad perpetua** (cf. 28:10–22). Las palabras de esa promesa habían dado esperanza al patriarca durante todo su peregrinaje, y también despertarían la esperanza en la nación que salió de él porque contaban con la palabra más segura, la de Dios.

48:5–7. Jacob dio su derecho de primogenitura a José, elevando a **Efraín y Manasés**, los **hijos** de José (41:51–52), al rango de primogénitos, por lo que José recibió una doble porción. De esta manera, ellos vinieron a reemplazar a **Rubén y Simeón**, los dos primeros hijos de Jacob, nacidos de Lea (cf. 1 Cr. 5:1–2). Posteriormente, ese reconocimiento de los hijos de José afectó la repartición de la tierra prometida, durante los días de Josué (Jos. 16–17). La elevación en rango de los hijos de José surgió del recuerdo que Jacob tenía de **Raquel**, su esposa favorita, quien había muerto **en la tierra de Canaán** (cf. Gn. 35:16–20).

48:8–14. Cuando **José** presentó a sus dos **hijos** al anciano patriarca, éste pronunció su bendición. Al igual que Isaac, Jacob lo hizo cuando **sus ojos estaban ... agravados por la vejez**. Durante ese acto, **Israel** cruzó **sus manos adrede**, de tal forma que **su mano derecha ... la puso sobre ... Efraín ... y su mano izquierda sobre ... Manasés ... aunque Manasés era el primogénito**, y normalmente hubiera tenido que ser bendecido con la mano derecha. Esta decisión fue tomada por Jacob, a pesar de que José dirigió su mano. Como muchos otros, **José** esperaba que Dios obrara de determinada forma, pero aquí se dio cuenta de que a menudo, le place hacerlo en forma diferente y hasta alejándose de los convencionalismos humanos. Pero la fe reconoce que los caminos de Dios no son iguales a los caminos del hombre. A Jacob le llevó toda una vida de disciplina aprender este hecho. Pero al final lo aprendió y aquí bendice al hijo menor en lugar del mayor. Por cuatro generaciones consecutivas, se siguió este patrón contrario: Isaac fue bendecido en lugar de Ismael, Jacob en vez de Esaú, José en lugar de Rubén, y Efraín en lugar de Manasés.

48:15–20. Durante ese acto de bendición sobre **José**, Jacob utilizó una invocación triple de Dios (vv. 15–16): (a) **el Dios** que hizo pacto con sus padres **Abraham e Isaac** (este hecho había afianzado la fe de Jacob en muchas ocasiones, 28:13; 31:5, 42; 32:9; 46:3), (b) **el Dios que** lo había mantenido y que había sido su pastor (cf. 49:24; Éx. 6:6; Sal. 23:1; Is. 59:20) durante toda su vida, y (c) **el Ángel** (V. el comentario de Gn. 16:7) **que** lo había librado de **todo mal**. La palabra hebr. *gā'al* que se traduce como “liberta”, expresa la protección y triunfo sobre el mal que había experimentado Jacob. Al hacer estas impresionantes referencias a Dios, Jacob oró pidiendo la bendición misericordiosa sobre los **jóvenes**. En ese acto, podemos ver un atisbo de la fe de Jacob.

Pero viendo José que su padre bendijo a Efraín en lugar de Manasés, se disgustó y protestó. **Mas** las palabras de Jacob fueron: **Lo sé hijo mío; lo sé** y expresan la confianza que había en su fe: él estaba bendiciendo de acuerdo al plan divino, no conforme a la costumbre tradicional. Él había aprendido que sin importar lo que el hombre tratara de hacer, **Dios** lo había bendecido a él, que era el menor. Esto es lo que transmitió a los hijos de José. Años después, **Efraín** se convirtió en la tribu que dirigió el reino del norte, mucho más grande que la tribu de **Manasés**, tal y como predijo Jacob.

48:21–22. Convencido de que Dios los iba a llevar de regreso **a la tierra** de promisión, Jacob dijo que a José le había **dado ... una parte más que a sus hermanos**. La palabra hebr. que se traduce porción o “parte”, es *šekem*, que constituye un juego de palabras con el nombre de la ciudad de Siquem. Más adelante, José fue enterrado en Siquem (Jos. 24:32) como señal de que esa tierra heredada le pertenecía a él. Aparentemente, Jacob conquistó esa porción de tierra, misma que tomó **de mano del amorreo** (montañeses de la región de Canaán), aunque esta es la única mención que se hace de esa conquista en la Biblia, y donde él había cavado un pozo (cf. Sicar, Jn. 4:4–5).

b. Profecías de Jacob relacionadas con las tribus (49:1–28).

En la economía de Dios, es un principio fundamental que la vida y naturaleza de los patriarcas afectaran a sus descendientes. Dios obra el destino multiforme de su pueblo de acuerdo con sus distintivos morales. Génesis 49 nos da un atisbo de ese programa de Dios. Este cap. incluye los últimos grandes dichos, relacionados con el destino de las personas, que encontramos en Génesis—bendiciones, maldiciones, juicios y promesas. Jacob, actuando por fe y como instrumento pactal divino, vio hacia adelante, a la conquista y asentamiento de Israel en la tierra de Canaán, y después mucho más allá, hacia una época más gloriosa.

Dios dio a su pueblo esa profecía para que los sostuviera durante las tristes y estériles experiencias que tendrían y para mostrarles que él es quien planea el futuro. Para la familia de Jacob, el futuro estaba más allá de la esclavitud en Egipto, estaba en la tierra prometida. Pero el disfrute de las bendiciones de esa esperanza dependería de la fidelidad de los participantes. Así que hablando desde la solemnidad de su lecho de muerte, Jacob evaluó a sus hijos uno por uno, y llevó esa evaluación hacia las futuras tribus.

49:1–2 Al llamar **a sus hijos** durante sus últimos momentos de vida, **Jacob** les dijo que les iba a decir lo que habría **de acontecer en los días venideros** a cada uno de ellos. Entonces, sus palabras fueron un oráculo profético cuidadosamente escogido.

49:3–4. Jacob amontonó muchas alabanzas sobre **Rubén**, su **primogénito**, las que se anularon cuando anunció que Rubén había **subido al lecho** de su **padre**, una referencia

clara al adulterio que cometió con Bilha, la concubina de Jacob (35:22). Aunque Rubén tenía derecho a ser líder de las tribus y a una doble herencia (1 Cr. 5:1–2), debido a su naturaleza impulsiva parecida al hervor del agua (**impetuoso como las aguas**), fallaría en su liderazgo. Durante el tiempo de los jueces (Jue. 5:15–16), la tribu de Rubén se caracterizó por la indecisión.

49:5–7. Simeón y Leví eran hombres anárquicos (por su **temeridad**) y no de justicia, eran hombres cuyo **furor ... y su ira**, despreciaban tanto a los hombres como a los animales. Este es el castigo moral de Dios sobre su matanza de los siquemitas (34:25–29). Dios hace una distinción entre la guerra santa y la venganza. Posteriormente, ambas tribus fueron esparcidas (49:7). La tribu de Simeón fue la que se desintegró más (porque su tierra quedó dentro de la de Judá; Jos. 19:1, 9), pero a Leví se le dio una dispersión honrosa, porque fue la tribu sacerdotal (Jos. 21).

49:8–12. En esta profecía, Jacob predijo que **Judá** ejercería una férrea dominación sobre sus **enemigos** y sobre **los hijos de su padre**, quienes lo alabarían. Aquí se hace un juego de palabras con la palabra Judá, que significa “alabanza” (cf. 29:35). La profecía se basa en la palabra **hasta** (49:10b). Cuando aparezca el prometido que va a gobernar a las naciones, el escenario se convertirá en un paraíso terrenal. Estos vv. anticipan el reinado en Judá que culminará con el gobierno del Mesías (cf. la tribu de Judá, Ap. 5:5), en el cual, todos **los pueblos** le obedecerán.

La tercera línea de 49:10 se trad. “hasta que venga Siloh”. Muchas fuentes, incluyendo el Targum (paráfrasis de A.T. en arameo) consideran que “Siloh” es un título del Mesías. Sin embargo, la palabra hebr. *šīlōh* debe trad. “de quien es”, i.e., **no será quitado el cetro de Judá** hasta que **venga** de quien es, i.e., el cetro. Las palabras similares de Ezequiel 21:27: “hasta que venga aquel cuyo es el derecho” a la corona (Ez. 21:26) fueron dirigidas al último rey de Judá.

Cuando venga el Mesías, habrá un esplendor parecido al paraíso. Kidner dice que cada línea de Génesis 49:11–12 “habla de abundancia exuberante e ilimitada: será la era de oro del que está por venir, cuyo reinado universal se sugiere en el v. 10c (*Genesis*, “Génesis”, pág. 219). Para Judá, las vides serían tan abundantes, que se usarían como palos para atar a los pollinos; **el vino** sería tan abundante como el agua para lavar la ropa. En Judá, los **ojos** de la gente serían **rojos**, o brillantes por el **vino**, y **sus dientes**, serían blancos por tomar tanta **leche**. Esta es una forma pictórica de describir la fertilidad del territorio de Judá para plantar viñedos. Esa opulencia sólo será evidente durante el milenio (Is. 61:6–7; 65:21–25; Zac. 3:10).

49:13–15. Zabulón sería rico gracias al comercio marino (aunque de hecho, no llegó a asentarse hasta el borde del Mediterráneo; cf., Jos. 19:10–11). La tribu de **Isacar**, como un **asno fuerte**, sería forzada a servir a otros **en tributo**. Esta tribu, que se localizó en la amplia y fértil (**tierra ... deleitosa**) de Esdraelón, a menudo fue víctima de los ejércitos invasores.

49:16–17. Dan muestra también una disparidad entre el llamamiento y el logro obtenido (cf. vv. 3–4). Esta tribu juzgaría **a su pueblo** (“Dan” significa “juez”), pero escogió la traición, y sería como una **serpiente junto al camino**. Durante el tiempo de los

jueces, en esa tribu apareció la primera y más importante, práctica de la idolatría (Jue. 18:30).

49:18. A continuación, Jacob interpone una petición de **salvación** a **Jehová**. Tal vez indirectamente estaba recordando a sus hijos de la necesidad que tenían de depender del Señor (porque si él la necesitaba, seguramente ellos también la necesitarían). O quizá estaba expresando su deseo de disfrutar de la esperanza mesiánica, en que sería librado de todos sus problemas y aflicciones (cf. “redención” en las palabras de Ana, Lc. 2:38).

49:19–21. En hebr., tres de las seis palabras que hay en el v. 19 hacen un juego con el nombre de Gad (“ataque”): **Gad** sería *amenazado* por un **ejército** de *atacantes*, pero, **él acometerá al fin**. El vb. *gāḏaḏ* significa “forzar” o “atacar”. A menudo, las fronteras de las tribus que se asentaron al oriente del río Jordán (e.g., 1 Cr. 5:18–19) eran atacadas por sus enemigos.

Aser sería fértil y productiva, y su **pan** sería **sustancioso**. Esa tribu se asentó a lo largo de la rica frontera norte de Canaán. **Neftalí**, como **cierva**, sería gente montañesa que andaría **suelta**, i.e., en libertad. Débora cantó acerca del pueblo de Neftalí, diciendo que arriesgaba su vida “en las alturas del campo” (Jue. 5:18). Esa tribu se asentó al noroeste del mar de Galilea o Cineret.

49:22–26. Esta parte de la profecía trata a **José** más pródigamente que a ninguno de los otros, porque aquí radica la principal bendición (cf. 1 Cr. 5:1–2). Jacob tomó la promesa de que sería **rama fructífera**, del nombre del hijo de José, Efraín (que significa “fructificar”) y después derramó la promesa de victoria (Gn. 49:23–24a) y de prosperidad (v. 25b) sobre las dos tribus de José. Josué experimentó la victoria en la batalla, así como Débora y Samuel, todos ellos provenientes de la tribu de Efraín, y por Gedeón y Jefté, procedentes de la tribu de Manasés. En estos vv. se encuentran varios títulos maravillosos dados a Dios—el **Fuerte de Jacob ... Pastor** (cf. 48:15), **la Roca de Israel ... Dios de tu padre ... Dios Omnipotente** (*šadday*; cf. *’ēl šadday* en 17:1)—que es el que da **bendiciones de los cielos de arriba** (i.e., lluvias para las cosechas) y las **bendiciones del abismo que está abajo** (i.e., arroyos y pozos de agua) y las **bendiciones de los pechos y del vientre** (i.e., muchos descendientes). Jacob asignó a José las **mayores** bendiciones porque **fue apartado de entre sus hermanos** (cf. 41:41).

49:27–28. La profecía acerca de **Benjamín** describe a una tribu de espíritu violento, que sería como **lobo arrebatador** y devorador (cf. la crueldad de los benjamitas en Jue. 20, y Saúl, que fue benjamita, en 1 S. 9:1–2; 19:10; 22:17).

Estas profecías tienen un propósito en el libro, parecido al de los oráculos de Noé acerca de sus hijos (Gn. 9:24–27). Ambos patriarcas miraron hacia adelante proféticamente, viendo el destino de sus hijos al final de sus respectivas épocas—Noé en los días más primitivos y Jacob en la era patriarcal.

c. Muerte y sepultura de Jacob (49:29–50:14)

49:29–33. Una vez más, se hace importante el asunto del sepulcro de un patriarca, ya que Jacob instruyó a José diciendo: **Sepultadme con mis padres en ... Canaán**, no en Egipto (cf. 47:29–30). Allí es donde estaba puesta su esperanza. Él quería yacer **en la cueva ... de Macpela** que **compró Abraham** (23:3–20), cerca de Hebrón donde sepultó a **Sara** (23:19), y donde sepultaron a **Abraham** (25:8–9), y a **Isaac** (35:27–29), a **Rebeca su mujer** (49:31) y a **Lea**, primera esposa de Jacob (v. 31).

Así que **Jacob** murió después de ciento cuarenta y siete años (47:28) de luchas; al fin, sus aflicciones terminaron. Tuvo muchas fallas, y no pocos pecados. Pero Jacob tuvo un inextinguible deseo de recibir la bendición de Dios. Tenía una profunda piedad que habitualmente confiaba en Dios a pesar de todo lo demás. Al final, murió como un hombre de fe verdadera. En su vida, aprendió de dónde venían las bendiciones verdaderas, y luchó con Dios y con el hombre para tener el privilegio de transmitir las a sus hijos.

50:1–6. Después de llorar sobre el cadáver de su padre (cf. otras ocasiones en que lloró José: 42:24; 43:30; 45:2, 14; 50:17), **José mandó a sus siervos ... que embalsamasen** el cuerpo de Jacob a la usanza de los entierros típicos de Egipto. El período para realizar ese procedimiento rara vez era menor de un mes y normalmente era de **cuarenta días. Y lo lloraron los egipcios setenta días**—dos meses y medio—sólo dos días menos que el tiempo normal que se guardaba luto por un faraón. Esto muestra el gran respeto que los egipcios tenían por José. **Pasados los días de luto**, José pidió y obtuvo permiso de **Faraón** para ir a sepultar a su **padre** en la cueva de Macpela **de Canaán**.

50:7–9. José organizó una gran procesión, formada por los **ancianos de Egipto ... toda la casa de José, y sus hermanos**, así como **gente de a caballo**, para ir a sepultar a su padre en Canaán. Esta fue la primera vez que José volvió a su tierra en 39 años (había estado en Egipto 22 años antes de que Jacob se mudara para allá y Jacob había vivido 17 años en Egipto). Siglos después, los hijos de Israel volverían a abandonar Egipto, llevando los huesos de un patriarca, de José. Sin embargo, aquí el viaje a la tierra prometida fue temporal; la tumba era una porción reclamada de la tierra de promisión. Dios había prometido a Jacob que él le regresaría a la tierra y que José lo enterraría (46:4).

50:10–14. Yendo por el camino, se detuvieron en **la era de Atad ... al otro lado del Jordán y endecharon ... por siete días** a Jacob, lo que dio motivo para que se diera nombre al lugar llamándolo **Abel-mizraim**, que significa “campo (*ʿāḇēl*) de los egipcios”, pero por medio de un juego de palabras también sugiere “duelo (*ʿēḇēl*) de los egipcios”. **Los cananeos** reconocieron que era un gran acontecimiento. El viaje de regreso a Egipto fue la cuarta ocasión en que la mayoría de los hermanos hacían el viaje a Egipto, y fue el segundo viaje de José.

d. Seguridad del cumplimiento de la bendición (50:15–26)

50:15–21. Ahora que Jacob había **muerto, los hermanos de José** temían que él los fuera a maltratar por **el mal** que le hicieron (cf. 45:3), por lo que le rogaron que los perdonara. Una vez más (cf. 44:33), se refirieron a sí mismos como sus **siervos** (cf. 37:7). Pero **José** (después de llorar; cf. 42:24; 43:30; 45:2, 14; 50:1) les aseguró que no tuvieran miedo (diciéndoles en dos ocasiones **no temáis**, vv. 19, 21; cf. 43:23) que todo había sucedido como parte del plan divino de cumplir la bendición prometida (cf. 45:5, 7–9). José también les prometió que los sustentaría a ellos y a sus hijos (cf. 45:11) **y les habló al corazón**.

50:22–26. José también **murió** en la tierra de Egipto. Al igual que su padre, hizo prometer a **los hijos de Israel** que llevarían **sus huesos** fuera de la tierra de Egipto cuando salieran de ella (vv. 24–25; cf. Éx. 13:19; Jos. 24:32; He. 11:22). Además, les aseguró que esa liberación se llevaría a cabo cuando **Dios** los visitara para cumplir las promesas hechas a sus padres.

José vivió lo suficiente como para ver a sus tataranietos por parte de Efraín y sus bisnietos por el lado de Manasés. El hecho de que fueron **criados sobre las rodillas de José** es un gesto que significaba que le pertenecían (Job 3:12). Después, José murió **a la edad de ciento diez años; y lo embalsamaron** así como a Jacob. (Abraham vivió hasta los 175 años [25:7]; Isaac, hasta los 180 [35:28]; y Jacob hasta los 147 años [47:28].) El libro de Génesis termina con la promesa de **la tierra** todavía sin cumplirse, pero con la expectación de una visita de lo alto. Las palabras de José, **mas Dios ciertamente os visitará** expresadas en dos ocasiones, resumen en forma asombrosa la esperanza que se encuentra a través de todo el Antiguo y el Nuevo Testamentos (50:24–25). Así que el grupo de fieles esperaba con gran expectación por esa visita de la simiente prometida, el Mesías, quien pondría fin a la maldición y establecería en realidad la tan esperada bendición de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios:

Bush, George. *Notes, Critical and Practical on Genesis*, “Notas Críticas y Prácticas de Génesis”, 2 vols. N.Y.: Ivison, Phinney & Co., 1857. Reimp. Minneapolis: Klock & Klock Christian Publishers, 1981.

Cassuto, Umberto. *From Adam to Noah: A Commentary on the Book of Genesis*, “De Adán a Noé: Comentario del Libro de Génesis”, Vol. 1. Trad. por Israel Abrahams. Jerusalén: Magnes Press, 1961.

——— *From Noah to Abraham: A Commentary on the Book of Genesis*, “De Noé a Abraham: Comentario del Libro de Génesis”, Vol. 2. Jerusalén: Magnes Press, 1964.

Davis, John J. *Paradise to Prison: Studies in Genesis*, “Del Paraíso a la Prisión: Estudios en Génesis”. Grand Rapids: Baker Book House, 1975.

Delitzsch, Franz. *A New Commentary on Genesis*, “Nuevo Comentario de Génesis”. Trad. por Sophia Taylor. 2 vols. Edimburgo: T. & T. Clark, 1899. Reimp. Minneapolis: Klock & Klock Christian Publishers, 1978.

Dods, Marcus. *The Book of Genesis*, “El Libro de Génesis”. The Expositor’s Bible. Londres: Hodder & Stoughton, 1892.

Jacob, Benno. *The First Book of the Bible: Genesis*, “El Primer Libro de la Biblia: Génesis”. N.Y.: KTAV Publishing House, 1934.

Kidner, Derek. *Genesis*, “Génesis”. The Tyndale Old Testament Commentaries. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1967.

Leupold, H.C. *Exposition of Genesis*, “Exposición de Génesis”, 2 vols. Grand Rapids: Baker Book House, 1942.

Phillips, John. *Exploring Genesis*, “Explorando Génesis”. Chicago: Moody Press, 1980.

Speiser, E.A. *Genesis*, “Génesis”, The Anchor Bible. Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1964.

Stigers, Harold G. *A Commentary on Genesis*, “Comentario de Génesis”. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1976.

Thomas, W.H. Griffith. *Genesis: A Devotional Commentary*, “Génesis, Comentario Devocional”. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1946.

Westermann, Claus. *Genesis*, “Génesis”. Neukirchen Vluyn: Neukirchener Verlag, 1976.

Wood, Leon J. *Genesis: A Study Guide Commentary*, “Génesis: Comentario a manera de Guía de Estudio”. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1975.

Estudios especiales

Cassuto, Umberto. *The Documentary Hypothesis and the Composition of the Pentateuch*, “La Hipótesis Documentaria y la Composición del Pentateuco”. Trad. por Israel Abrahams. Jerusalén: Magnes Press, 1961.

Fokkelman, J.P. *Narrative Art in Genesis*, “El Arte de la Narrativa en Génesis”. Assen, Amsterdam: Van Gorcum, 1975.

Kitchen, Kenneth A. *Ancient Orient and Old Testament*, “El Oriente Primitivo y el Antiguo Testamento”. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1966.

Livingston, G. Herbert. *The Pentateuch in Its Cultural Environment*, “El Pentateuco y su Entorno Cultural”, Grand Rapids: Baker Book House, 1974.

Lowenthal, Eric I. *The Joseph Narrative in Genesis*, “El Relato de José en Génesis”. New York: KTAV Publishing House, 1973.

Segal, Moses Hirsch. *The Pentateuch: Its Composition and Its Authorship and Other Biblical Studies*, “El Pentateuco: Composición y Autoría y Diversos Estudios Bíblicos”. Jerusalén: Magnes Press, 1967.

Vos, Howard F. *Genesis and Archaeology*, “El Génesis y la Arqueología”. Chicago: Moody Press, 1963.

Westermann, Claus. *The Promises to the Fathers: Studies on the Patriarchal Narratives*, “Las Promesas a los Padres: Estudios de las Narraciones Patriarcales”. Trad. por David E. Green. Filadelfia: Fortress Press, 1980.

**Este material está disponible gratuitamente,
con la única finalidad de ofrecer lectura edificante
a tod@s aquell@s herman@s que no tienen
los medios económicos para adquirirlo.
Si usted es alguien financieramente privilegiado,
utilice este material para su evaluación,
y, si le gusta, bendiga al autor,
editores y librerías, con la compra del libro.**

adoradordejesucristo@hotmail.com